CRONICAS DE AMERICA 25

PEDRO FERNANDEZ DE QUIROS

Descubrimiento de las regiones australes

Edición de Roberto Ferrando

historia 16

La travesía del Pacífico por Magallanes reactualiza mitos como la localización de las minas del rey Salomón, y viejas teorías medievales como la existencia de la Quarta Pars Incognita. Hasta el asentamiento en las Filipinas, las navegaciones españolas se habían circunscrito al Pacífico septentrional, y aunque se sabía que existían archipiélagos, ¿a qué continente pertenecerían?

Esa incógnita será el móvil de unas navegaciones que se emprenderán desde el virreinato del Perú en el último tercio del siglo XVI y primeros años del siglo XVII. Los protagonistas serán: Alvaro de Mendaña, su esposa Isabel de Barreto, que para los habitantes de Manila será la nueva y legendaria **reina de Saba,** y sobre todo, el portugués Pedro Fernández de Quirós, el hombre que con su fantasía logrará atraer la atención de papas y monarcas, las preocupaciones de Consejos como el de Estado y de Indias, y sobre todo el interés de toda Europa occidental, absorta ante las noticias del descubrimiento de la **Terra Australis,** que unido a la belleza paradisíaca de sus tierras, atesoraba cuantas riquezas imaginaba el protagonista de nuestro relato.

La repercusión de los escritos de Quirós fue muy grande en su tiempo, y hay que tener en cuenta que un siglo más tarde, los **viajes científicos del XVIII,** a cargo de Cook, Bouganville, etcétera, tendrán como misión fundamental, comprobar las aseveraciones de Quirós.

CRONICAS DE AMERICA

historia 16

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

Descubrimiento de las regiones australes

Edición de Roberto Ferrando

historia 16

Director de colección: Manuel Ballesteros Gaibrois.
Edición, introducción y notas Roberto Ferrando.
Primera edición: Octubre de 1986.
Diseño colección: Neslé Soulé.
O Historia 16, 1986 - Información y Revistas, S. A.
Hermanos García Noblejas, 41
28037 Madrid.
I.S.B.N.: 84-7679-001-5
Depósito legal: M. 24.970-1986
Impreso en España - Printed in Spain
Fotocomposición VIERNA, S. A. Drácena,38. 28016 Madrid.
Impresión y encuademación: HEROES, S A. Torrelara, 8. 28016 Madrid

Director de colección: Manuel Ballesteros Gaibrois
Edición, introducción y notas Roberto Ferrando.
Primera edición: Octubre de 1986
Diseño colección: Nesle Soulé.
© Historia 16, 1986 - Información y Revistas, S. A.
Hermanos García Noblejas, 41
28037 Madrid
I.S.B.N.: 84-7679-001-5
Depósito legal: M. 24.970-1986
Impreso en España - *Printed in Spain*
Fotocomposición VIERNA, S. A. Drácena, 38. 28016 Madrid
Impresión y encuademación HEROES, S. A. Torrelara, 8. 28016 M

DESCUBRIMIENTO DE LAS REGIONES AUSTRIALES

INTRODUCCION

Aunque el título de esta obra parece referirse exclusivamente a los viajes del marino portugués Pedro Fernández de Quirós, la realidad es mayor, porque se incluye el primer viaje de Alvaro de de Mendaña (1567), antecedente preciso para explicar la presencia de Quirós, en la vuelta hacia las míticas islas de Salomón en 1595; y el viaje hacia las tierras australes, de Quirós en 1605, su pretendido descubrimiento; y el apéndice de Vaez de Torres, el lugarteniente abandonado, que sí logra descubrir la *cuarta parte*, y a través del estrecho de su nombre (estrecho de Torres) demuestra definitivamente la insularidad de Nueva Guinea, que se consideraba parte integrante de un continente desconocido que llegaba hasta el estrecho de Magallanes.

Los tres viajes o exploraciones forman parte de la gran empresa del conocimiento del Pacífico, emprendido por las naves españolas, desde que, en 1520, Magallanes irrumpe en sus aguas. A partir de este momento una serie de navegaciones se emprenderán, aunque, cosa curiosa, el Pacífico Austral quedará al margen, ya que el interés estará centrado en asegurar el eje Molucas-Filipinas y las rutas que se dirigían a él.

Dentro de este contexto debemos incluir, tras la travesía de Hernando de Magallanes, las de Jofre Loaysa-Elcano en 1524. Pero estos dos exploradores, apenas llegados al Pacífico, fallecen, pasando la jefatura a Alonso de Salazar, que llegará finalmente a las Molucas, tras haber tocado en las Carolinas y en las islas de los ladrones. En las Molucas se enfrentan con los portugueses, que consideran dichas islas de su propiedad exclusiva.

En auxilio de estos españoles, que quedaron en las Molucas, saldrá en el año 1528 una expedición desde las costas de Nueva España, al mando de Alvaro de Saavedra. Los refuerzos llegan oportunamente para salvar a los refugiados de Tidore. Pero al fra-

casar en el intento de volver a las costas de México, terminarán cayendo prisioneros de los portugueses, que los repatriarán finalmente a la Península.

Esta rivalidad armada por las Molucas era resuelta en abril de 1529, al renunciar a ellas Carlos V, mediante una indemnización de 350.000 ducados por parte de Portugal. Esto no quería decir que *las Islas de Poniente* (las Filipinas) fueran abandonadas, y por esto los virreyes de la Nueva España recibieron instrucciones para asegurar su ocupación.

Hernán Cortés, por su propio impulso, desde 1532, había iniciado el conocimiento de la costa del Pacífico: Diego Hurtado de Mendoza, Grijalba, Becerra exploran desde Acapulco hacia el norte, y el propio Cortés llega a California.

Depuesto Cortés, el primer virrey de México, don Antonio de Mendoza, encargó al malagueño López de Villalobos que saliera al frente de cinco naves rumbo a las Islas de Poniente, en 1542. Tras una gran tempestad, pasó por las Carolinas, Palaos y arribó a Mindanao, donde encontró la oposición portuguesa, haciéndose finalmente fuerte en la isla de Leyte. Tras fracasar nuevamente en la vuelta a Nueva España, Villalobos muere, y los restos de la expedición regresaban a España en 1549, vía Goa. A Villalobos se debe haber dado nombre a las islas Filipinas, en honor de Felipe II, ya que anteriormente eran conocidas como Islas de Poniente.

El agustino Juan de Urdaneta, superviviente de la expedición de Loaysa-Elcano, había ponderado de tal modo las islas que acababa Villalobos de bautizar como Filipinas, que el nuevo virrey Velasco le ordena la organización de otra nueva expedición para hacer efectiva su ocupación. Da el mando a Miguel López de Legazpi, con la asesoría técnica de Juan de Urdaneta. En noviembre de 1564, la expedición se encamina directamente a las Filipinas, y desembarcan en abril del año siguiente en Cebú, base de una feliz y fácil conquista. En 1565, visto el buen cariz de la posesión de las islas, Urdaneta emprende el hasta entonces imposible viaje de vuelta, la llamada *vuelta de Poniente*. Sube hasta los 15° latitud norte, aprovechando los vientos N-E, atraviesa el Pacífico hasta llegar a las costas californianas. La importancia del descubrimiento será trascendental, porque se facilita una vía para el regreso a las costas americanas, y no sólo se asegura la regularidad de las comunicaciones Filipinas-Acapulco, sino que tanto Mendaña como Quirós, a la vuelta de sus expediciones, buscarán la ruta de Urdaneta para volver a sus bases de partida en el Perú.

Como hemos visto, los españoles habían sido hasta el presente los grandes navegantes del Pacífico, pero no olvidemos que su presencia en aquellas aguas había sido promovida por la posesión de unas islas, las Molucas, en poder de los portugueses. Y la presencia lusitana era, por tanto, anterior a la española.

Los portugueses, desde los tiempos de Don Enrique el Navegante, a principios del siglo XV, se habían iniciado en la política descubridora; comenzaron por los archipiélagos atlánticos y por las costas africanas, y luego, sobre todo a partir de 1487, cuando Bartolomé Díaz emprendió el viaje que le llevó a doblar el cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza, se abrió definitivamente el camino hacia la India.

A partir de ese momento la actividad descubridora lusitana se incrementó al máximo y los logros fueron increíbles: en julio de 1497, Vasco de Gama emprendió el glorioso viaje que le llevó a la India, y en 1502, ya con el título de virrey, inició la acción conquistadora en este país.

La actividad de los lusos no se limintó a esto. En 1507 llegaron a Ceylán; en su marcha hacia el Este, hacia el Pacífico, organizaron una expedición a Malaca, que fue conquistada en 1511. No olvidemos que esta península era la llave de las islas de la Sonda y del Mar de la China.

Después de la caída de Malaca, una flota, mandada por Antonio d'Abreu, fue enviada a conquistar las islas de Sonda, conociéndose las vecinas de Borneo, Célebes y Molucas. Todo ello en 1511. A Cantón llegaban en 1516, y se cuenta que veinticuatro años más tarde, en el puerto chino de Liam-Pon, más de mil casas eran de portugueses. En 1520, los comerciantes portugueses llegaron a Pekín y dos años antes a las islas de Riu-Kiu. A partir de 1542, Japón entraba en la órbita del comercio portugués.

Sin querer restar méritos a la vertiginosidad del avance lusitano, la realidad es que iban sobre un terreno conocido desde la Antigüedad, y que Marco Polo volvió a actualizar en la Edad Media. La importancia de las navegaciones portuguesas estriba sobre todo en dar una efectividad real a unos lugares que hasta entonces se consideraban casi míticos, entre fantasías y realidades.

La Quarta Pars, desconocida

Los descubrimientos portugueses venían a ratificar los conocimientos geográficos de Ptolomeo, puestos en entredicho, tras el descubrimiento del continente americano. Hasta para el mismo Colón la fe ciega en Ptolomeo tenía carácter de dogma. Los siguientes navegantes comprobaron que aquellas tierras no tenían nada que ver con las noticias geográficas ptolemaicas, que fueron definitivamente arrumbadas. Pero por otra parte los portugueses, con sus viajes a todo lo largo del Indico, habían llegado al *Quersoneso aureo* (Malaca), a *Cattigara,* que Marino y Ptolomeo denominaron puerto de *Sines* (China), y que no es otro que Singapur. Y así se volvía a tener conocimiento de Sumatra y de las Javas, y de

sus infinitos archipiélagos, ricos en especies. Y, ¡cómo no!, si por ensalmo Ptolomeo volvía a tener nuevamente vigencia, ¿por qué no se podía creer en la existencia de la *Terra incognita* que existía más al sur, y que se extendía desde Africa hasta el Quersoneso, o tal vez más allá?

La posibilidad de ese cuarto continente inmenso, independientemente de Europa, Asia y Africa, fue creída también ciegamente por autores de la antigüedad, y hay alguno como el romano Claudio Bliano (siglo II) que llega a describirlo, como de extensión inmensa, poblado de infinitas clases de animales. Sus habitantes, extraordinariamente altos, gozaban de envidiable longevidad. Lo mejor del relato es lo que sigue: *Unos hombres, llamados* merópes, *habitaban ese continente y sus innumerables islas. Esta comarca se terminaba en una especie de abismo llamado* Anostos, *de donde no se volvía. No era ni oscuro ni luminoso, sino lleno de un ambiente opaco, sombrío, rojizo. En la región, fluían dos ríos: uno se denominaba* Voluptuosidad *y el otro* Tristeza. *Ambos estaban bordeados de árboles que parecían grandes plátanos. Los frutos que producían los árboles del río* Tristeza *tenían la singularidad de que quienes los probaban prorrumpían en amargo lloro y morían de pena. Los frutos de las orillas del río* Voluptuosidad *causaban los efectos opuestos: el que los tomaba perdía el deseo de aquello que más había deseado; olvidaba cuanto había querido y paulatinamente se rejuvenecía, pasando de la ancianidad a la edad viril, de ésta a la juventud, y luego a la adolescencia y a la niñez, hasta reducirse a la nada* (1).

Como vemos, a los innumerables incentivos de lo desconocido no podía faltar el tema del rejuvenecimiento, también presente en el descubrimiento de América. *La isla de Bimini y sus fuentes de la juventud* habían atraído al primer colonizador de Puerto Rico, Ponce de León (2).

Si el mantenimiento de la ciencia en la existencia de esa *Terra incognita* era una pervivencia de la geografía clásica, no es menos cierto que vuelve a resurgir gracias a los más reputados geógrafos de la segunda mitad del XVI. La famosa línea ptolemaica austral tiene consistencia a partir del descubrimiento y exploración de la costa septrentrional de la isla de Nueva Guinea, que se cree parte de esa *Quarta Pars Incognita*, y que llegará hasta el mismo estrecho de Magallanes. Téngase presente que hasta 1614 no se descubrió el cabo de Hornos, la punta meridional americana.

Si portugueses y españoles fueron sus primeros descubridores,

(1) Antonio Ballesteros Beretta, *Génesis del Descubrimiento,* tomo III, págs. 118, 119; Barcelona 1947.

(2) Manuel Ballesteros Gaibrois, *La idea colonial de Juan Ponce de León,* San Juan de Puerto Rico, 1960.

en sus mapas iban reflejando las tierras que iban conociendo. Pero si en la cartografía portuguesa de la época encontramos una pervivencia de la tradición ptolemaica respecto a la *terra australis*, ésta es prácticamente inexistente en los *patrones reales* hispanos, más atentos a reflejar únicamente las tierras que los navegantes españoles van descubriendo. El famoso *mapa-mundi* de Ortelio de 1564, que anota todo cuanto se conoce hasta entonces, esboza a lo largo del Pacífico meridional la existencia de ese hipotético continente, que arrancaba de la Nueva Guinea e iba inclinándose insensiblemente hasta la Antártida, ocupando más de la mitad del Pacífico Austral (3).

Todo esto nos lleva al planteamiento y objetivo de los viajes de Mendaña y Quirós, que fueron motivados por la busca y localización de ese hipotético continente austral, fundamentado en la más rancia tradición clásica: la creencia científica de esa masa continental que fuera el contrapeso a las del hemisferio Norte, y en que se creyó definitivamente, tras el descubrimiento de Nueva Guinea.

Ahora tan sólo faltaba delimitar su contorno, que tras los viajes de Magallanes y Loaysa debía estar más allá de los 30° de latitud Sur. Por esta razón, la nueva base exploradora será el Perú y no el virreinato de Nueva España, excesivamente alejado del objetivo propuesto. Además, aparte del interés científico del descubrimiento, existe un interés político estratégico. En la época de los viajes de Mendaña-Quirós, la rivalidad hispano-inglesa ha alcanzado su máxima virulencia; los navíos ingleses han atravesado el estrecho de Magallanes y han saqueado las poblaciones españolas desde el Perú hasta el virreinato mexicano. Drake parece ser que llevaba intención de recorrer el continente que llegaba hasta el estrecho de Magallanes, pero no lo encontró. Finalmente, diremos que a finales del siglo XVI llegarán los holandeses a los mares del Sur, atacando las factorías portuguesas que en ese momento tienen a Felipe II como monarca de la unidad ibérica. Hontman había llegado a Java en 1596, y en 1602 fue creada la famosa Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Vemos, pues, que la amenaza holandesa a la que antes hemos aludido no era hipotética sino real.

Por todas estas razones, el interés geográfico queda desbordado por el político, y no deja de resultar curioso que el último viaje de Quirós vaya a ser organizado por el Consejo de Estado de Felipe III (4), apartando al de Indias, porque a través de su planificación

(3) Para un conocimiento más detallado del tema, véase la *Historia de la Cartografía*. Ed. Códex, Buenos Aires, 1968, obra en la que colaboré profundamente.

(4) Roberto Ferrando Pérez; «Felipe III y la política española en el mar del Sur», en *Revista de Indias*, Madrid, 1953.

vemos la voluntad de la Monarquía española de querer seguir controlando el Pacífico como un Mar Ibérico. Téngase presente que la unidad peninsular es un hecho, como lo demuestra el gran número de portugueses que participa en el último viaje de Quirós.

Todo este interés por el Pacífico, la existencia de esa *Quarta Pars*, tenía, como hemos visto, distintas connotaciones, y de ahí que el interés se acrecentara cuando Quirós, al regreso de su último viaje, proclame que ha descubierto la *Terra Australis*, y se considera un nuevo Colón. La noticia tendrá una gran difusión, pero será Londres quien más se interesará por las noticias sobre las nuevas tierras de Quirós. Que esa preocupación y ese interés por el descubrimiento español estuvo vigente lo demuestra el que, al cabo de los años, prácticamente cincuenta después, Byron (1764), Carteret, Bouganville y, sobre todo, Cook (1768) busquen infructuosamente el continente pretendidamente descubierto por Quirós en 1606 (5).

Primer viaje de Alvaro de Mendaña

La relación que publicamos, y que aparece en el manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, se trata de un sumarísimo resumen de la relación que hizo Hernán Gallego, piloto mayor de Alvaro de Mendaña. Prácticamente se limita a enumerar las islas que se fueron descubriendo, y los principales contratiempos que tuvieron en el viaje de vuelta. Pero, afortunadamente, existen una serie de relaciones, seis en total, de Hernán Gallego, Alvaro de Mendaña, Sarmiento de Gamboa, Pedro Ortega, amén de cartas e informes que sobre el viaje se hicieron, y del que se puede decir que abundan las noticias.

Intentos iniciales

El que estos viajes se organizaran desde el Perú no era casual, ya que desde su conquista y planificación se habían preparado jornadas descubridoras de grandes islas y tierras que se creían próximas al Virreinato peruano, no faltando tampoco tradiciones incaicas que recordaban la existencia de grandes imperios al otro lado del ignoto océano, referidas seguramente al archipielago de las Galápagos.

Las noticias de islas y tierras por descubrir, solicitando a las

(5) En la Biblioteca Indiana, de Aguilar, Madrid, 1957-58, tomos I y III, se han publicado los viajes de estos navegantes, con el estudio y notas correspondientes, hechos por el autor de la presente edición.

autoridades permisos para organizar expediciones, abundan en extremo. Posiblemente la más antigua es la del maestresala Gómez de Solís, en carta al Emperador, que lleva fecha de 16 de agosto de 1550, y aunque el célebre pacificador La Gasca autorizara la expedición, ésta no se llevó a cabo. El mismo La Gasca, en carta al Consejo de Indias, da cuenta del viaje del piloto Francisco López, antiguo compañero de Orellana, que viniendo en una galera el año 1548, fue apartado de la costa peruana 150 leguas y *estando en catorce grados y medio de la Equinoccial hacia el Sur, vieron que traía muchos maderos el agua de la parte de Poniente, que es señal de tierra donde había ríos de mucha agua... cerca della Especeria, pues están en el mismo clima que los de las Malucos* (6).

También circulaban por el Perú, y se mantenían vivos, recuerdos de las expediciones marítimas para conquistar las Galápagos, que, naturalmente, eran islas llenas de tesoros. Será sobe todo Sarmiento de Gamboa el que da mayores noticias de estas expediciones conquistadoras, en tiempo de Topa Inca Yupanqui (7).

Si la fabulosa conquista del Perú había dado pie para que las mentes calenturientas de los conquistadores concibieran tierra adentro la existencia del mítico imperio de El Dorado, es lógico creer que allí se concibiera la idea de que más allá de las aguas del océano existiese el Ophir, las tierras a donde iba el mismo rey Salomón a cargar sus naves. El misterio del mito, inalcanzable, se va desplazando hacia lo desconocido, manteniendo así su vigencia. Fue precisamente Colón el que resucitó la leyenda de Ophir es sus viajes al creer localizar las minas del rey Salomón, próximas a Catay y Cipango (8). Ahora que Catay y Cipango habían sido definitivamente localizadas, que el Maluco y la Especiería eran un emporio de riquezas, ¿por qué no creer que aquellas misteriosas islas no pudieran ser las del rey bíblico? Es curiosa la explicación que del nombre de islas de Salomón aparece en un manuscrito de don Gabriel Fernández de Villalobos, conservado en la Biblioteca Nacional: *Las islas que llaman de Salomón, por una tradición que yo tengo por tonta... como es decir que una nao de Philipinas, viniendo de Acapulco, arribó con un temporal a una de ellas, que está en 11° de altura australes, llegado derrotada, hizo fogón en ellas, echó, como es costumbre, un terraplén de tierra para hacer lumbre, y cuando llegó a Acapulco, halló que se había fun-*

(6) Jiménez de la Espada, «La isla de los Galápagos», en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid,* tomo 31, pág. 396.

(7) Sarmiento y Gamboa, *Historia de los Incas,* pág. 90 de la edición de Angel Rosemblat, Buenos Aires, 1947.

(8) M. Ferrándiz Torres, *El mito del oro en la conquista de América,* pág. 82.

dido un tejo de oro. De aquí se tomó de decir que esta tierra era donde enviaba Salomón a cargar sus flotas de oro (9).

Si esa conseja llegó o no al Perú, está por ver. Pero que la idea de la existencia de esas islas era firme entre los peruanos lo demuestra el ahínco con que el licenciado Castro, gobernador del Perú, insiste una y otra vez en ir a descubrirlas.

Para concluir sobre la denominación de estas islas, veamos la opinión de Justo Zaragoza: *Acaso porque iba en la armada de Mendaña un hijo o pariente de aquel Antonio Salomón que estuvo en el descubrimiento del estrecho de Magallanes, en la nao del capitán Luis Mendoza, que por haber distinguido tierra antes que nadie, reclamase para él, según se acostumbraba en aquel tiempo, el título de su apellido* (10). La opinión de Zaragoza se viene abajo, si antes del descubrimiento ya esas misteriosas tierras que se prentendían descubrir, las denominadas Islas del Rey Salomón, *que caen frontera de Chile, hacia la Especiería, que se tiene aquí gran noticia.*

El último de los proyectos frustrados será el que pretenda organizar el soldado Pedro Aedo, con la colaboración del *rico* Maldonado, que a su costa y con sólo cuatro mil ducados de ayuda real pretenden ir a las Salomón, y que en un principio autoriza y apoya el gobernador García de Castro en 1565 (11).

Pero este viaje, que se comienza a preparar rápidamente, con idéntica celeridad quedará bruscamente paralizado, porque el gobernador manda detener a Maldonado, pues es considerado miembro de una conspiración contra su persona a causa del problema de las encomiendas; y a Pedro Aedo, por una pretendida intención de alzarse contra él. Todo muy oscuro, que cuando con posterioridad se realice el *juicio de residencia* contra el gobernador, éste será castigado a pagar una indemnización a Pedro de Aedo. Pero la realidad es que Aedo se quedó sin viaje.

Organización del viaje a las islas Salomón

Que el gobernador Castro (1564-1569) desposeyese a Pedro de Aedo del viaje, ya sabemos por qué causas *oficiales* lo hizo. Pero creemos que hubo más, sobre todo por la intervención del gallego nacido en Alcalá de Henares, Pedro Sarmiento de Gamboa (12), de

(9) Jiménez de la España, *ob. cit.* en la nota 6, pág. 378.

(10) Justo Zaragoza, *Historia de los descubrimientos austriales por el general Pedro Fernández de Quirós,* tomo II, pág. 179.

(11) Loberto Levillier, *Gobernantes del Perú,* tomo III, pág. 100.

(12) Ernesto Morales *Aventuras y desventuras de un navegante: Sarmiento de Gamboa,* Barcelona, 1932; Buenos Aires, 1946.

padre pontevedrés y de madre bilbaína. Este hombre, que se considera gallego, es un auténtico autodidacta, y llegó a ser uno de los grandes escritores de su época. Llevó su interés no sólo a la cosmografía, sino también al mundo indigenista y al latín, lo que le permitiría años después, en los días de su cautiverio con los indígenas, comunicarse con Walter Raleigh y conversar directamente con la mismísima reina Isabel de Inglaterra.

Este hombre, que encontramos en el Perú, ha estado antes en Flandes y en el virreinato de Nueva España y, por su carácter inquieto, había sufrido un juicio de la Inquisición de Puebla y estaba pendiente de otro, incoado por el Santo Oficio de Lima, por prácticas hechiceras. En el Perú, aparte de estar al servicio del conde de Nieva, se preocupa por la cultura indígena, y fruto de este interés será la tan celebrada *Historia de los Incas*; y es por tanto, y a través de la realización de dicha obra, por lo que Sarmiento tendrá noticias de los viajes marítimos incaicos. Transcribimos a continuación sus palabras sobre el origen y presencia del hombre en América: *... Y esta tierra, es la que llaman los descriptores demapas, Tierra incognita al Austro, desde la cual se pudo venir poblando hasta el Estrecho de Magallanes, hasta el poniente de Catigara y hacia el levante de las Javas, y Nueva Guinea e Islas del archipiélago del Nombre de Jesús, que yo, mediante Nuestro Señor, descubrí en el mar del Sur el año 1568* (13).

Sarmiento de Gamboa, por sus conocimientos y simpatía, se pudo hacer con el ánimo del gobernador, y ya que estaba en marcha el viaje a las Salomón, aunque sin jefe, él bien pudo soñar en ser el Adelantado de aquellas islas. Pero el enojoso conflicto con la Inquisición hizo imposible que ostentara la más alta jefatura de la expedición. El, Sarmiento de Gamboa, como persona entendida, sabedora de la localización de las islas Salomón, iría en calidad de *cosmógrafo;* y como Adelantado un sobrino del gobernador, un joven recién llegado al Perú, sin ninguna experiencia, lo que facilitaría la tutela de Sarmiento sobre su aparente superior jerárquico.

El ocasional jefe de la expedición fue Alvaro de Mendaña de Neira, que aparece en diversos escritos como Alvaro Davendaña, o sea de Vendaña o Bendaña, parroquia de Santa María de Bendaña, ayuntamiento de Touro, en la provincia de La Coruña; otras veces como Alvaro de Vendaña y de Avendaña, y lo mismo que su segundo apellido, de Neira, tiene un carácter referencial toponímico, quizás por proceder de una de las cinco provincias que de este nombre figuran en los partidos lucenses de Sarria y Becerreá. Lo que está fuera de dudas es su origen gallego.

No sabemos el año de su nacimiento, pero se puede deducir que fue hacie al año 1542, puesto que contaba 25 años de edad

(13) *Historia de los Incas,* cap. V.

cuando en 1567 emprendió su primer viaje a las islas Salomón. Se puede aventurar que en 1564 llegó al Perú en compañía de su tío el gobernador, que como presidente de la Audiencia le metió en la comisión encargada de inquirir las causas de la muerte del último virrey, el Conde de Nieva, que al poco tiempo de gobernar fue hallado cadáver con evidentes muestras de haber sido asesinado.

El nombramiento de este joven como general de la expedición, cuyo solo mérito era ser sobrino del gobernador, planteará constantes suspicacias y en algunas ocasiones trascendentales se recriminarán sus pocos conocimientos. Como el mismo Mendaña escribe, *ninguna de las cosas les pareció convenía, diciendo que el que está, juzga, y el que está en el mar, navega,* con lo que venía a reconocer que no tenía ninguna autoridad, como hombre de tierra adentro, sobre los veteranos navegantes que le rodeaban.

El viaje, a pesar de las cartas optimistas del gobernador a Felipe II, encontró bastante oposición, tanto de los frailes, por la presencia de Sarmiento de Gamboa, como de la Audiencia, escandalizada del enorme costo: más de cien mil ducados. También la Audiencia de Chile reclama para sí la organización de la expedición, por entender que las islas que se van a descubrir están más cerca de Chile que del Perú (14).

Volviendo al costo de la expedición, hay diferencias notables sobre el precio de los dos navíos, pues si según el gobernador *uno de tres mil e tantas arrobas, y otra de siete mil de porte, que costaron diez mil pesos ensayados* (15); y el fiscal Monzón, dice que al tomarse los navíos a su propietario contra su voluntad, *costaron sólo los cascos y aparejos para navegar treinta mil ducados* (16).

Las dos naves que iban a emprender tan famosa aventura se llamaban *Los Reyes* y *Todos los Santos.* En la primera embarcación, el Capitán General Alvaro de Mendaña, el cosmógrafo Sarmiento de Gamboa, el piloto Juan Enríquez, y el tesorero Gómez; y en la segunda nao, el piloto mayor Hernán Gallego y el maestro de campo Pedro Ortega.

Durante mucho tiempo se ha llamado al viaje de Mendaña la

(14) «Carta a S. M. del fiscal de la Audiencia de Chile. 28 de junio 1567», publicada en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica,* de Madrid, t. 31, pág. 381.

(15) «Esta es una breve relación que se ha recogido de los papeles que se hallaron en esta ciudad de la Plata, acerca del viaje y descubrimiento de las Islas de Poniente del Mar del Sur, y que comúnmente llaman de Salomón», Colec. Muñoz, t. XXXVII.

(16) «Carta del Fiscal a los Reyes», en Levillier, *Gobernantes del Perú,* t. III.

expedición de los Cuatro Gallegos (17), es decir: Alvaro de Mendaña, Sarmiento de Gamboa, Hernán Gallego, y el licenciado García de Castro. Acompañaron a los tres primeros el Alférez General Fernández Enríquez, el capitán de artillería Pedro Xuarez, tres pilotos, cuatro franciscanos y unos 150 marineros y soldados (18). De estos tripulantes, morirán a lo largo del viaje 40 hombres (19).

La Armada descubridora salía el 19 de noviembre de 1567 del puerto del Callao, y Pedro Sarmiento mandó aderezar *la vuelta del Oes-Sudeste, que era la cierta derrota que convenía llevar conforme a la noticia dada* (20), y que se debía mantener hasta los 23°, que era la altura que el cosmógrafo marcaría nuevo rumbo. La relación de Hernán Gallego que publicamos omite cualquier referencia a la navegación, desde su salida del Callao hasta que llegan a la isla de Jesús el 10 de enero de 1568; y sin embargo, en ese intervalo se producirán graves decisiones: la primera, el 28 de noviembre, cuando *este día mudó Hernán Gallego la derrota, y empezó la vía del oeste, quarta al sudeste, que es una quarta más baja del camino que habíamos traído desde que salimos de Lima, esta mudanza de la derrota sin consejo ni acuerdo de los pilotos ni de Pedro Sarmiento* (21).

El cambio de rumbo, la sospecha por parte de Sarmiento de un entendimiento entre Mendaña y Hernán Gallego, provoca la ruptura total, y hace que las *instrucciones* sean totalmente olvidadas. Lo prueba no sólo el cambio de rumbo, sino que la flotilla va perdiendo altura, es decir, se acerca a la línea ecuatorial.

Nada de estas discordias refleja la *Relación* de Hernán Gallego, ni el resumen que publicamos. Para demostrar el desdén del piloto mayor hacia el cosmógrafo, sólo lo citará ocasionalmente como hombre de guerra que tiene que desembarcar para hacer sentir la superioridad española sobre los indígenas. Ahora bien, solamente se puede explicar la decisión de Hernán Gallego contando de antemano con la conformidad de Mendoza, deseoso de protagonismo.

(17) Amancio Landín Carrasco; «Las islas Salomón o el descubrimiento de los cuatro gallegos», en *Revista General de Marina,* vol. CXXVII, Madrid, 1944.

(18) Sarmiento de Gamboa, *Viaje al estrecho de Magallanes,* en dos tomos, Edición de Angel Rosenblat, Buenos Aires, tomo I, pág. XII.

(19) *Breve relación de la Plata,* Colección Muñoz, XXXVII.

(20) *Relación del viaje que hizo Alvaro de Mendaña con el Armada de Su Majestad el descrubrimiento de las Islas de Poniente o Salomón, desde el 19 de noviembre que salió del Callao de Lima.* El original en Archivo de Indias, Patronato 10, n.° 10.

(21) *Relación de la Plata,* en Codoin, 42 vols., Madrid, 1864-1884, tomo V, pág. 213. Colección Navarrete, t. XXX.

Bien porque Hernán Gallego desconfiase del rumbo que seguían, bien porque Mendaña se sentía culpable de los reproches de Sarmiento y sus amigos, lo cierto es que el 8 de enero, general y piloto mayor, deciden restituir a Sarmiento el poder decisorio, conforme a las instrucciones, y de este modo, *no mirando, pues, el Capitán Pedro Sarmiento a venganzas o intereses, dixo al general que este negocio estaba tan perdido que sería muy dificultoso cobrallo, porque la tierra quedaba atrás, y con el tiempo que hacía no se podía ir a ella, más que al oeste quarta del sudueste donde había tierra muy poblada, que yendo a ella se podían reformar y esperar tiempo, y hacer el bergantín que iba determinado hacerse, y así volverían a enmendar lo errado..., y tomó un padrón en el qual mostró el piloto el punto y derrota por donde habían venido hasta allí; a donde quedaba la tierra, y la que podían tomar; y así dixo que gobernasen el oeste y quarta del sudueste* (22).

Con el cambio de rumbo resurgen las esperanzas, y más cuando el 15 de enero encuentran la isla de Jesús, que erróneamente Sarmiento cree próxima a la Nueva Guinea. Pero el rumbo marcado por el cosmógrafo no se puede mantener a causa de los sucesivos temporales y Hernán Gallego manda bajar hacia la equinoccial. Es curioso contrastar las *Relaciones* que enviaron Sarmiento, Mendaña y Hernán Gallego. Mientras la del cosmógrafo es tremendamente pasional, y la del piloto mayor exclusivamente técnica, la de Mendaña procura, sobre todo, dar un tono de naturalidad y religiosidad a todo lo que acaece. Las acusaciones que le hace Sarmiento en su *Relación*, que son constantes, Mendaña ni las recoge, y en todo caso, cuando hay que tomar decisiones, se apoya siempre en el consejo y veteranía de su piloto mayor.

La discrepancia mayor de estas *Relaciones* posiblemente la tengamos en el momento que llegan a las islas Salomón, objetivo y finalidad del viaje. Mientras Mendaña y el piloto Hernán Gallego cree haber llegado felizmente a las islas paradisíacas, Sarmiento no creen que han llegado a las Salomón, y así, años después, cuando dedica al Rey su *Historia Indica*, escribe... *Las islas del archipiélago de nombre Jesús, vulgarmente llamadas de las Salomón, aunque no lo son, de que yo di noticia y por mi persona, las descubrí el año 1567, aunque fue por General Alvaro de Mendaña.*

También, hay que decirlo, existen diferencias cronológicas en-

(22) *Esta es la relación y suceso de las cosas que han sucedido y pasado en el descubrimiento de las islas que el ilustre Sr. Alvaro Davendaña fue a descubir el año 1567 hasta el 1568, por mandato del Virrey ilustre señor el Licenciado Castro, su tío, Gobernador y presidente de los Reynos del Perú*, Codoin, t. V, págs. 221-285. En la *Colección* Navarrete, XXX, fol. 81.

tre las diversas *Relaciones*. Mínimas entre el general y el piloto mayor, y mayores con las de Sarmiento. Pero téngase en cuenta que al cosmógrafo le quitaron sus papeles a la terminación del viaje y, por tanto, lo tuvo que reconstruir de memoria. Desgraciadamente desaparecieron, entre otros, unos vocabularios de lenguas indígenas que Sarmiento estaba confeccionando, queriendo probar el parentesco de los melanesios con los indígenas americanos (23).

Ya hemos dicho anteriormente que el escrito de Gallego, la única referencia que encontramos a Sarmiento, la tenemos como hombre de armas y de la política dura que llevó. Sin embargo, es curioso leer las aprensiones del cosmógrafo para una misión que no era la suya y las condiciones con que las emprendía:... *Y en todo el campo se murmuró la poca gente que llevaba el dicho capitán, que se creía que la tierra era muy grande, y muy poblada y áspera, y que era temeridad del que iba osar, ir con tan poca gente, y maldad el que le enviaba, que decretara le subcediera algún desastre* (24)

También las discrepancias existen, y hondas, sobre los asuntos trascendentales: como decidir poblar las Salomón o qué rumbo se tomaba para regresar al Perú. Si Sarmiento acusa agriamente a Mendaña del abandono, el general, esto hay que reconocerlo, da más que abundantes razones, todas juiciosas, para ordenar la retirada: y en cuanto al derrotero de vuelta, leamos lo que dice el cosmógrafo: *Dieron sus paresceres Pedro Sarmiento y los pilotos, sobre la derrota que se tomaría, y Pedro Sarmiento dio un derrotero de todos los rumbos, y dio por parescer que se siguiera la vuelta del sudoeste en demanda de la otra tierra que en principio él quiso descubrir, que está sobre Chile. Los tres pilotos fueron de su parescer; el Gallego, aunque también dixo que se hiciese, no lo cumplió; antes contra lo determinado, gobernó sobre Nueva España y fue milagro escapar* (25).

Las relaciones de Mendaña y Hernán Gallego no coinciden en esa unanimidad en volver a descubrir, sino todo lo contrario: en regresar por la vuelta de Nueva España, aunque con las clásicas reservas del general. Lo cierto es que se impuso el criterio del piloto mayor, y Sarmiento quedó una vez más burlado, y sin descubrir aquella tierra incógnita que, según él, se deslizaba desde la Nueva Guinea hasta el estrecho de Magallanes. Melancólicamente terminará la relación de la Plata: *No se puede saber mucho de esta tierra, porque no hubo lugar de tiempo, ni el general quiso bus-*

(23) R. Ferrando, «Un vocabulario inédito de Sarmiento de Gamboa», en *Homenaje a Paul Rivet, São Paulo, 1955, t. II.*

(24) Colección Navarrete, XXX, fol. 92-93.

(25) Codein, tomo V, pág. 220.

carlo, ni procurarlo. La buena tierra de contratación de oro, se colixe de esta relación que está a la mano izquierda, sobre el mar, enfrente de Chile.

En la relación que publicamos se hace especial hincapié en el gran temporal que estuvo a punto de engullir a la armadilla. Se dispersaron la capitana y su almirante, y Sarmiento, que había pasado a ésta, en la carta que escribe a Felipe II desde el Cuzco, afirma que Alvaro de Mendaña aprovechó deliberadamente la tempestad para abadonar a su suerte la nao *Almirante* (26).

La alegría de ambas tripulaciones fue indescriptible. *Fue tanto el regocijo que teníamos de vernos los unos a los otros que llorábamos de placer. Venía Pedro Ortega tan malo, que entendí que al otro día lo enterramos, y por el contento de habernos visto volvió en sí muy en breve, porque también nos tenían a nosotros por perdidos* (27).

El final del viaje vino a romper finalmente las relaciones entre Mendaña y Sarmiento, cuando, según éste, Mendaña, temeroso *porque había una información ante nuestra real justicia, tomó los papeles, relaciones, cartas, y contratos, y los rompió* (28).

A partir de entonces se abrirá una sorda lucha, hecha de acusa*ciones y calumnias entre ambos, llevándose la palma Sarmiento* de Gamboa, que recurre a la insidia constante contra Mendaña, porque éste creyó, equivocadamente o no, más en la destreza de su piloto mayor que en la ciencia de su cosmógrafo.

Un largo intermedio (1569-1595)

En mal momento llega a Perú el flamante General Alvaro de Mendaña, descubridor de las míticas islas Salomón. En mal momento, porque coincide con el relevo de su tío el gobernador, el licenciado Castro. En vez de honores y agasajo, serán acusaciones y denuestos, porque son los días en que se está realizando su juicio de residencia como gobernador depuesto, que preceptivamente realiza el nuevo virrey, don Francisco de Toledo.

Todos los que se han sentido lastimados por la acción del gobierno del licenciado Castro acuden ahora solícitos en busca de

(26) *Carta de Sarmiento de Gamboa a Felipe II, desde el Cuzco a 4 de marzo de 1575.* Existen dos cartas de igual fecha, pero presentan el texto con ligeras variaciones. Se encuentran en Archivo de Indias, Patronato 33, doc. n.° 3. Han sido muy divulgados.

(27) Justo Zaragoza, *Historia del descubrimiento de las regiones australiales,* tomo II, pág. 47.

(28) Pedro Sarmiento de Gamboa, *Viajes al Estrecho de Magallanes,* tomo II, pág. 176.

justicia y reparación. Afortunadamente, de todos los cargos que se le imputan sale limpio y sin mácula, a excepción del infortunado caso de Pedro de Aedo, por lo que es multado por el secuestro que hizo de sus bienes. García de Castro regresa finalmente a Madrid, para ocupar un cargo relevante en el Consejo de Indias.

La presencia de Sarmiento en Perú iba a traer forzosamente complicaciones a Mendaña, además de su parentesco con el gobernador residente. Parece ser que el cosmógrafo entró a formar parte del grupo de cortesanos que rodeaban al nuevo virrey, y por eso no debe sorprendernos que éste, a instancias de Sarmiento, procediese contra Alvaro de Mendaña por haber incumplido las instrucciones de Su Majestad.

La información abierta por el doctor Barrios, oidor de la Audiencia de Lima, y en la que intervinieron un gran número de participantes de la expedición a las Salomón, fue favorable en general a Mendaña, pues no se encontraban motivos razonables para procesarlo criminalmente (29).

Mendaña, apenas se ve libre de las molestias de la información, y antes de que surjan nuevos problemas, decide regresar cuanto antes a la Península, donde encuentra un gran valedor, su tío, ahora consejero de Indias. Y en efecto, aunque a Madrid llegan hasta el Rey y el propio Consejo cartas de Sarmiento reclamando la primacía del descubrimiento, la influencia del licenciado Castro neutraliza el efecto que pueden producir las acusaciones del cosmógrafo gallego.

No sólo las neutraliza, sino que gracias a su influjo se firman el 27 de abril unas nuevas *Capitulaciones* entre Felipe II y Alvaro de Mendaña. Mediante éstas, se le hace Adelantado de las Islas Salomón, y se le faculta para hacer posible su conquista y evangelización. Estas *Capitulaciones* son semejantes a tantas y tantas que despacharon los monarcas españoles, que a cambio de unos hipotéticos títulos y beneficios, el esfuerzo económico caía en el futuro conquistador, *todo ello a nuestra costa y minsión, sin que Nos ni los Reyes que después de Nos fueren, seamos obligados a vos socorrer con cosa alguna de nuestra hacienda para ayuda de ello* (30).

Pero también se le obligaba: *Antes de que os partáis en seguimiento de vuestro viaje, daréis fianzas llenas y abonadas, en cantidad de diez mil ducados, a contento de los de Nuestro Consejo de Indias o de nuestros oficiales de la Casa de Contratación.*

Pues bien, a pesar de tan duras coincidencias, Alvaro de Menda-

(29) *Informe que el ilustre doctor Barrios, oidor de esta Real Audiencia, mandó hacer por comisión de S.E.D. Francisco de Toledo, virrey del Perú, del descubrimiento de las islas Salomón.* Colección Muñoz, tomo 37.

(30) Archivo de Indias, Patronato 18; n.° 10, v. 8, fol. 17.

ña se dispone a llevar a cabo inmediatamente su designio. No sólo paga lo estipulado, en Sevilla, sino que embarca en dicho puerto con un grupo de seguidores. Su paso por Panamá, camino del Perú, le va a resultar catastrófico. Lo sabemos por la carta que dirige al rey el 3 de febrero de 1577. El presidente de la Audiencia de Panamá, queriendo vengar en Mendaña viejos resentimientos contra su tío, el consejero de Indias, aprovecha unos alborotos provocados por acompañantes del Adelantado para meterle en un calabozo, mezclado con negros, donde permanece encerrado cuatro días, pasando luego muchos más, guardado en las Casas del Cabildo y del Factor, hasta que puede embarcar. Termina la carta Mendaña al monarca indicando el temor con que acudía al Perú, donde el virrey Toledo, por manifiesta enemistad, no le favorecería, a no ser que Felipe II enviase una provisión en la que se le ordenase *no se entrometiese en cosas de esta jornada*.

Aun contando con la posible enemistad del virrey, que apuntaba Mendaña, la realidad es que pocas facilidades iba a encontrar para reunir gente para su expedición. La conquista de Chile estaba consumiendo todas las reservas de hombres del virreinato, y aunque *le dejo enarbolar bandera y que toquen tambores*, la realidad es que hay poca gente que se interese por estas expediciones marítimas, *pues no hay nadie que quiera arriesgar sus haciendas en empresas de tan dudoso éxito*.

Existen numerosas cartas del virrey al monarca, en que comenta estos y otros inconvenientes que encuentra Mendaña para el apresto de su jornada, como el que se le ha dispersado la gente que traía de Panamá, casi todos delincuentes. En la de abril de 1580, escribe: *En quanto a la jornada de Alvaro de Abendaño, como escribí a vuestra Magestad, llegó aquí seis o siete meses, y en casi todo este tiempo lo hemos dexado enarbolar bandera a su ventana, y tocar sus atambores cada día, y yo he hecho lo que he podido para enderezarle gente, y con todo eso tan pocos los que le llegan, y él con tan poco caudal para sustentallos... no sé si va a poder salir de aquí* (31).

Sin embargo, Mendaña no opinaba así, y en 24 de marzo de 1580, escribe al Consejo de Indias lamentándose de los muchos inconvenientes en que le pone el virrey: su hacienda la he ido consumiendo inútilmente, alistando personal suficiente para la empresa; pero que por dos veces el virrey le estropeó sus planes, al quitarle toda la gente alistada, para enviarle a Chile. La segunda prejuicio, sobre todo, de las muchas doncellas que sólo esperaban prejuicio, sobretodo, de las muchas doncellas que sólo esperaban el apresto de la Armada para casarse, y embarcarse con sus espo-

(31) Roberto Levillier, *Gobernantes del Perú*, Madrid, 1921, tomo VI, pág. 66.

sos, y que *al demorarse, pudieran darse al mal vivir.* Sus intereses estaban ya agotados, pues apenas bastaban para sus gastos la encomienda de indios que tenía en Guanaco (32).

Cuando más desesperado se encontraba el contrito Adelantado, dos hechos cambian el rumbo de los acontecimientos: uno, el relevo del virrey Toledo; y el segundo, su casamiento con Isabel Barreto. El nuevo virrey, conde de Villar, parece mostrar un sincero interés porque se realice la ocupación de las islas Salomón, *por entender que importa y conviene al servivio de su Magestad,* escribe al monarca el 25 de mayo de 1586.

El virrey no sólo le ayuda con buenas palabras, sino que le facilita tierras para que saque trigo para la futura expedición. Fruto del nuevo clima será la ayuda que le ofrecerá Hernando Samero Gallegos de Andrade, que aprestará *para la dicha jornada un navío aderezado e pertrechado e marinado para hacer el viaje el dicho Adelantado; y levantó cien hombres para la dicha jornada, sin sueldo alguno, sino con los socorros que el dicho capitán les daba, en que hizo grande gasto de su hacienda* (33).

Todo tiene un color rosado para que Mendaña ponga en marcha su accidentado viaje, pero un nuevo inconveniente lo demorará: una vez más, las piraterías inglesas. Ya en 1578, Drake había merodeado por las costas peruanas, atacando inclusive el puerto de El Callao; ahora, en 158", todo el virreinato se convulsionó por la presencia de Thomas Cavendish, que hasta 1591 realizaría correrías por sus costas.

Alvaro de Mendaña se tuvo que ofrecer para luchar contra los ingleses y lo vemos ocupando puestos de responsabilidad en la lucha contra Cavendish, y en 1593 contra Richard Hawkins, participando personalmente en su captura, en el combate naval que se dio en el puerto de Atacama, donde, tras ardorosa pelea, Hawkins se rindió a don Beltrán de Castro, que le dio su palabra de que su vida sería respetada, como así fue en efecto.

El otro acontecimiento trascendental en la vida de Mendaña será su casamiento con su paisana Isabel de Barreto, posiblemente en los primeros meses de 1580. Tendría por tanto Mendaña treinta y ocho años; ignoramos los de la novia, aunque creemos que sería veinteañera. De esta unión no hubo hijos, pero sí los tuvo la Barreta de su segundo enlace con don Fernando Castro, según se deduce de una carta que escribió este último a Su Majestad, el 28 de enero de 1598.

Por la edad de las nupcias de Mendaña, no parece ser que Doña Isabel fuera su único amor, pues, cómo no, por Sarmiento sabe-

(32) Archivo de Indias, Patronato 18, n.° 10, vol. 8.

(33) *Declaración prestada por Juan Fernández,* Archivo de Indias, Patronato 2-5-3/11.

mos que una de las causas por las que Mendaña ansiaba regresar rápidamente a Perú es por que andaba enamorado. No creo que fuera de la Barreto, que tendría entonces unos cuatro o seis años.

El enlace con Isabel, más bien parece una boda de conveniencia. Recordemos su vuelta a Perú, el agotamiento de su peculio, y para rehacerlo, el casamiento salvador, porque según el virrey, el conde de Villar pensaba gastar la dote de su mujer para realizar la jornada *(Carta* a su Majestad, 25 de marzo de 1586).

Nombrado virrey de Perú, don García Hurtado de Mendoza (1588-1595), tras resolver el problema de las incursiones de los piratas ingleses, se preocupó de resolver lo más prestamente posible la ya eterna marcha a las Salomón, y más, tras el relevante papel desempeñado por Mendaña, en atajar las acciones de dichos piratas.

Segundo viaje de Mendaña

Entramos de lleno en el tema de la *Historia de los descubrimientos de las regiones australes,* en las que aparece Pedro Fernández de Quirós, como piloto mayor del segundo viaje de Alvaro de Mendaña.

Si antes eran todo dificultades sin cuento, ahora la celeridad con que se solventan los problemas será la nota predominante. Las trabas que ponen los oficiales reales pronto se acelerarán, tras las conminaciones terminantes del virrey a la obediencia. Hay razones políticas para la realización rápida de la expedición: la salida del Perú de toda la gente indeseable que por allí pululaba. En esto están de acuerdo tanto el rey como el marqués Cañete.

El virrey vendió a Mendaña por *ocho mil pesos corrientes de a nueve reales,* precio simbólico, los galeones *San Juan, San Francisco y San Gerónimo,* con tal de que participaran en la jornada de las islas. A éstos, hay que añadir el que aportaba el adelantado (34).

El aprovisionamiento de artillería, pipas, velas y demás aprestos provenían del navío capturado a Hawkins; y el resto, de la Hacienda Real. No en vano se puede decir que el segundo viaje de Mendaña fue posible gracias a la magnificencia de Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.

Los quinientos hombres que le autorizaban las Capitulaciones

(34) *Relación, diario y derrotero del segundo viaje del Adelantado Alvaro de Mendaña, con el título y orden expresa del Sr. D. Felipe II, en año de 1595...* Esta *Relación* se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, Mss. 10645; y en la Biblioteca del Museo Naval, Mass. 196, folios 177-216. Ambos manuscritos tienen mucha semejanza con el de la Biblioteca de Palacio, que ahora reeditamos.

para ir en la jornada colonizadora de las Salomón no se completaron, a pesar de levantar bandera el capitán Lorenzo Barreto, cuñado del adelantado, y *enviar a los valles de Truxillo y Saña otro capitán, llamado Lope de Vega, a cuyo cargo estaba levantar gente y hacer bastimento.*

Con el adelantado, irá su mujer, Isabel Barreto, y sus cuñados, Lorenzo, Diego y Luis, amén del capitán Lope de Vega, que se casó con una cuñada de Mendaña, Mariana de Castro, y al que le concedió el título de Almirante.

Pero el personaje que alcanzará más celebridad a partir de este viaje, eclipsando a todos, es sin ninguna duda el piloto mayor, Pedro Fernández de Quirós, hombre enigmático y, sobre todo, de un temple extraordinario.

Portugués nacido en Evora en 1565 más o menos, las pocas noticias que tenemos sobre su vida, anteriores a este viaje, las debemos a las informaciones hechas el 14 de marzo de 1615 en la Casa de Contratación de Sevilla, con motivo del último viaje de Quirós a las Indias Occidentales.

Según dicha información, Quirós contaba entonces *unos cincuenta años*, había nacido en Evora, pero se crió y educó en Lisboa. Muy joven embarcó, ejerciendo el cargo de escribano o escribiente en naves de mercaderías, o sea, ejerciendo lo que hoy denominamos sobrecargo. Navegando fue paulatinamente adquiriendo conocimientos náuticos, hasta llegar a tripular navíos, con el máximo cargo de piloto mayor.

Entre 1588 y 1589 contrajo matrimonio con Ana Chacón, de veinticinco años, natural de Madrid, e hija del licenciado Juan Quevedo de Miranda, y de Ana Chacón de Miranda. Tuvieron Pedro y Ana una hija en 1590, que nació en Madrid, y al poco tiempo de nacer la primogénita, Fernández de Quirós marchó a Perú, aunque lo más probable, y al igual que tantos tripulantes, fuera acompañado de su familia. Este hecho del acompañamiento familiar se probaría sin más, sin calculamos la fecha que tiene su hija en Sevilla en el momento de la ya citada información, es decir, dieciocho años. La niña nacería en 1597, cuando Quirós regresa de las Filipinas hacia Acapulco. Pero para que quede una duda en la información, se dice que ambas hijas han nacido en Madrid, y para que se siga manteniendo el enigma, en la relación que publicamos de carácter autobiográfico, Quirós no hace la más mínima alusión a la presencia de su familia a bordo. Y sin embargo lo creemos así, porque ¿cómo explicar el nacimiento *legítimo* de la hija de Quirós en Madrid, estando su padre en los mares del Sur? (35).

(35) *Información presentada por el Capitán Pedro Fernández de Quirós, a las Indias, con su mujer, hijos y criados, que se expresan*, Archivo de Indias, Patronato 51.

El 12 de abril de 1595, escribe el marqués de Cañete al rey que el adelantado ha emprendido por fin el viaje. La salida fue muy solemne y no faltaron los discursos de rigor. Los manuscritos de la Biblioteca Nacional y del Museo Naval de Madrid insertan una larga proclama, puesta en boca de Hurtado de Mendoza, en que tras alentar a Mendaña en la empresa que inicio, hace una síntesis de los descubrimientos españoles a partir de los viajes colombinos (36).

El viaje

La fecha real de la expedición fue el 9 de abril de 1595, cuando salieron del puerto de El Callao. Antes de emprender la larga travesía visitaron algunos pueblos de la costa, para recoger provisiones y completar las tripulaciones de forma poco ortodoxa, deteniendo navíos, *tomando de ellos la parte que quisieron*, y como la Almiranta no iba fina la barrenaron y sustituyeron por otra nave que estaba cargada de harina, comprometiéndose al regreso a pagar su coste al dueño de la nave y mercadería, un sacerdote del puerto de Chaperre, donde ocurrió la aprehensión

Desde antes de que se iniciara la travesía y a lo largo de ella, las páginas del manuscrito del palacio Real nos manifiestan la debilidad de carácter del adelantado, incapaz de tomar prontas decisiones, y siempre a merced de los requerimientos de su mujer y cuñados. Si en el primer viaje se movió entre las influencias de Sarmiento y Hernán Gallego, quienes constantemente le recordaban su experiencia náutica para imponerle sus respectivos pareceres, en su segundo y último, Alvaro de Mendaña, con su constante afán contemporizador, amigo de ceder para no romper, provoco un creciente desdén hacia su autoridad. Cuando la quiso recuperar, a consecuencia del asesinato de un jefe indígena, como todos los débiles, actuó de forma brutal y sangrienta, pero ya era tarde Otro factor, motivador de un gran número de rencillas y suspicacias, es la abundante presencia femenina a bordo, comenzando por la autoritaria doña Isabel Barreto. Justo Zaragoza, el primer prolonguista de la obra, escribe acertadamente: ... *En las manifestaciones del carácter de Mendaña comprendieron todos el fondo de verdad que lo determinaba. Tales manifestaciones que las gentes de menguado sentido traducen por debilidades, las producían frecuentemente en el Adelantado, y le obligaban a hacerlas públicas, ciertas exigencias femeniles de a bordo, exigencias producidas a menudo por las molestias de la navegación, o por pequeñas pasiones muy propias de las sociedades menudas que vi-*

(36) Manuscristo Museo Naval, n.° 196, fol. 157.

ven aisladas... y no menos sabida es la inconveniencia de llevar esos jefes sus esposas en el barco que mandan; de la cual inconveniencia emanaron, sin duda, las rígidas ordenanzas que prohíben su embarque (37).

Las discordias se habrían iniciado antes de embarcar. Las inició el Maestre de Campo Marino Manrique con Quirós, en El Callao, por cuestiones de competencia, y siguieron en el puerto de Chaperre, con el almirante Lope de Vega y el vicario de la flota. Quirós pidió licencia para no ir, y el Maestre de Campo, todo airado, y llegó a desembarcar. La intervención pacífica de Mendaña resolvió amigablemente de momento la cuestión, pero como ya veremos, las rencillas se ahondarán por la enemistad abierta hacia Marino Manrique de Isabel Barreto y sus hermanos.

Por fin la flota levó anclas en el puerto de Paita, el 16 de junio de 1595.

Llamábase la nao capitana San Gerónimo. *Iba con ella el Adelantado, su mujer y hermanos, el Maese de Campo, todos los oficiales mayores, dos sacerdotes, y el uno con título de vicario. En la Almiranta, que se decía* Santa Isabel, *Lope de Vega Almirante, dos capitanes y un sacerdote. En la Galeota (que nombraron* San Felipe), *el capitán Corzo, sus oficiales y gente. En la fragata llamada* Santa Catalina *iba por teniente de capitán Alonso de Leyba* (38).

El número total de tripulantes era de trescientos setenta y ocho hombres, y unas noventa y ocho personas entre mujeres y niños. Se llenaron mil ochocientas botijas de agua.

La navegación fue bastante tranquila. Llegaron a las primeras islas el 21 de julio. El adelantado, en homenaje al virrey Cañete, las bautizó marquesas de Mendoza. En la travesía, según cuenta el transcriptor de Quirós, no faltaron comentarios a la antipatía de la adelantada y de sus hermanos a Pedro Marino Manrique; de la creación de banderías, de murmuraciones sobre la ineptitud de Mendaña y Quirós, que no encontraban las Salomón; pero el hecho más sobresaliente que anotamos fue el casamiento múltiple de quince parejas en vísperas de la arribada a las Marquesas, y cuando las señales de tierra próxima eran inequívocas.

A los españoles les asombró la gran belleza de aquellos polinesios *casi blancos y de gentil talla*. Pero la política de fuerza o de terror que quiso imponer el Maese de Campo estorbó los planes de Mendaña de querer establecer una factoría. Por otra parte, la creencia en la proximidad de las Salomón determinó al adelantado a proseguir la navegación.

(37) *Historia de los descubrimientos de las regiones australes*, tomo III, págs. 120-121.

(38) Biblioteca Nacional, Mss. 10645, fol. 170.

A partir de este momento crecen las murmuraciones, y el malestar se generaliza al no encontrar prestamente las suspiradas islas de Poniente. Quirós hace al Maese de Campo promotor de todas las inquietudes. Un hecho lamentable ensombrece más si cabe la incertidumbre que pesaba sobre la flotilla. El 7 de septiembre ve por última vez a la nao Almiranta, mandada por Lope de Vega. Nunca más encontrarán rastro de ella y de los que la tripulaban.

Por esa razón, cuando al otro día tropezaron con la isla de Santa Cruz, al pronto Mendaña creyó haber encontrado por fin sus ansiadas islas, y decía: *Esta es tal isla y tal tierra.* Pero cuando se dirigió a los indígenas en la lengua que en el primer viaje aprendió, *ni ellos, ni él, jamás se entendieron.*

No obstante, al descubrir un fondeadero aceptable, ver la frondosidad y belleza de la isla y la buena disposición de los indígenas, que por mediación de su cacique Malope llegaron a convivir, pensaron que la colonización no tendría problemas; todas estas circunstancias incitaron a Mendaña a fundar una población, olvidándose de su compromiso de llegar a las Salomón.

La fundación y levantamiento de la nueva ciudad, en un lugar elegido por el Maese de Campo, parece ser que no fue del agrado de todos. Por otra parte, la nueva tierra no colmaba sus afanes de riqueza, tal como correspondía en las míticas islas Salomón. Muchos de aquellos hombres habían vendido sus haciendas para ir tras las riquezas que tenían aquellas islas, a las que en la antigüedad enviaba sus naves el rey Salomón. En vez de abundancia al alcance de las manos, tenían que construir ellos mismos chozas donde guarecerse, y procurarse el alimento diario, bien por las entregas de los indígenas, o arrebatándolo a viva fuerza. Con razón se sentían traicionados, y así se comenzaron a coger firmas *pidiéndole al Adelantado les sacase de aquel lugar y les diese otro mejor, o los llevase a las islas que había pregonado.*

Para acelerar la salida de la isla y provocar el fracaso de la colonización, el Maese de Campo comenzó a practicar una política sistemática de saqueos de los poblados indígenas, esperando provocar un levantamiento general de los aborígenes. Debemos apuntar que esa política de saqueos sistemáticos era posible gracias a que Mendaña se encontraba gravemente enfermo, y permanecía aislado en la Capitana, acompañado de su familia y seguidores más fieles, entre ellos Quirós.

Esta funesta división entre los colonizadores trae trágicas consecuencias. A bordo del *San Gerónimo* llegan las noticias inquietantes de conjuras que plaena el Maese de Campo. El Adelantado baja a tierra, pero se da cuenta que su autoridad poco pesa allí. *Triste y cariacontecido, se retiró al galeón, convencido de que todo había finalizado para él.*

Arcabuzazos contra el galeón, nuevas noticias sobre la exaltación de la conjura, el fracaso de la mediación de Quiros, todo esto

lleva al Adelantado a querer cortar de raíz lo que ya considera motín contra su persona. A persar de su debilidad, desembarca al romper el alba, donde le esperan sus cuñados y unos pocos fieles soldados. Acuden al fuerte y sorprenden indefenso al Maese de Campo Pedro Marino, y lo apuñalan. A él seguirán sus más fieles amigos, asesinados por la furia homicida de los hermanos Barreto, que llegarán a cortar la cabeza de los que considerarán principales cabecillas.

La jornada sangrienta no acabó ahí. Por la tarde regresaron al fuerte un destacamento de soldados que habían ido anteriormente al poblado del cacique Malope, el jefe indígena que tanto había intimado con Mendaña. Le habían asesinado de forma gratuita, y su asesinato es descrito por Quirós de una manera escalofriante. Enterado el Adelantado, ordenó que fueran aprisionados algunos soldados para saber su participación en el crimen. El Alférez que mandaba el pelotón, sin juicio previo fue ejecutado y cortada su cabeza, para emplearla a la entrada de la fortaleza, junto a las de otros dos que fueron ejecutados por la mañana.

El asesino material de Malope, que milagrosamente salvó la vida, víctima de sus remordimientos, moría a los pocos días.

Los acontecimientos narrados presagian el fracaso final de la colonización, porque a partir del asesinato alevoso de Malope, la exhibición de la cabeza del alférez para apaciguar a los nativos no sirve para nada, y los indígenas no cejarán de atacar implacablemente a los españoles, produciendo bajas diariamente y provocando desconcierto y desmoralización.

Las fiebres del trópico, por otra parte, aparecen y diezman a los españoles, y si a esto unimos la postración y agonía del adelantado, el cuadro no puede ser más sombrío. El 18 de octubre, Alvaro de Mendaña hace testamento ante el escribano Andrés Serrano, siendo testigos Diego de Vera, Andrés del Castillo, Juan de Isla, Luis de Barreto y el capitán Felipe Corzo. En sustancia, nombra a *Isabel Barreto, su legítima mujer, por gobernadora... y todos los demás bienes que agora y en algún tiempo parescieren ser míos, y del título del marquesado que del rey nuestro señor tengo, y de todas las mercedes que su majestad me ha hecho* (39). Ese mismo día murió, y su cuerpo posteriormente embarcado encontró su definitivo descanso en las islas Filipinas.

La Reina de Saba

Ya tenemos a doña Isabel Barreto como gobernadora de la colonia de Santa Cruz, adelantada de las islas de Poniente, mar-

(39) *Testamento de Alvaro de Mendaña*, Archivo de Indias, Patronato 18, n.° 10, folios, 42-43.

quesa, etc. Tenemos en ella a la primera mujer que ostentará tales títulos, si exceptuamos, claro está, el de marquesa. De carácter varonil, autoritaria, indómita, impondrá su voluntad despótica a todos los que están bajo su mando, sobre todo en el peligroso viaje hacia Manila. La flamante gobernadora sabe que su colonización ha fracasado. Ahora, no intenta atajar la recogida de firmas que va recibiendo el vicario para salir de la isla. Dicha recogida no encontrará facilidades, por temor a correr la misma suerte que el Maese de Campo y sus compañeros. Finalmente, la gobernadora autoriza la información solicitada por el vicario, que tiene lugar el 30 de octubre (40). En ella declara Quirós que interesa abandonar la isla de Santa Cruz, ya que había fallecido el adelantado, y se había perdido la nao Almirante; el segundo testigo, un marinero, declara lo mismo que el piloto mayor, y añade que para regresar a Perú directamente se necesitaban más marineros de los que había; en parecidos términos son las declaraciones del condestable, del contramaestre y de tres marineros más.

Lorenzo Barreto, que había quedado como capitán general de la expedición, se adhiere a la información, proponiendo la salida de la malsana isla. Pero no llegará a verla, pues también él, como el vicario, morirán en los próximos días. La muerte de su hermano mayor es la gota que colma el vaso, y así, el 14 de noviembre *propuso la gobernadora que quería salir de aquella isla, a buscar la de San Cristóbal, por ver si en ella se encontraba la Almiranta.* El acuerdo y parecer de todos fue unánime en salir lo más rápidamente posible de la isla. Como el galeón *San Gerónimo* estaba muy necesitado de aparejos y de marinería, Quirós aconsejó a la adelantada que se abandonaran la fragata y la galeota, y así se aprovecharían sus jarcias y velamen para la capitana, amén del mal estado de varios navíos. Pero sus propietarios se negaron a aceptar el criterio del piloto mayor, pretendiendo salvar aquellos navíos carcomidos por la *broma.* Terrible error que pagarían con sus vidas, pues esas naves, dos en total, serían tragadas por el Pacífico en su demanda de las islas Filipinas.

El 18 de noviembre salían de la trágica bahía Graciosa en la isla de Santa Cruz. El temor era mucho, pero todo era preferible antes que seguir en aquel pudridero. En los últimos días se había enterrado a cuarenta y siete personas.

Como no se localizase la isla de San Cristóbal, ni menos la nao Almiranta, *y fuimos dos días y no vimos nada, y a petición de toda la gente, que daba voces que los llevábamos a perder, mandóme hiciese el camino a Manila.* Dos rutas se planteaban a Quirós: aunque lo lógico hubiera sido hacer y remontar la Nueva Guinea,

(40) *Poder de la tripulación que quedó en la Armada, después de la muerte del Adelantado, dado en la dicha isla de Santa Cruz, el Vicario de la Armada,* Archivo de Indias, Patronato n.° 10, folio 25.

las dudas sobre su exacta localización, como habían comprobado al no hallar las Salomón, determinó al piloto mayor a elegir la más larga pero también más conocida, que consistía en buscar las ladronas, donde se encontraba la isla de Guam, conocida desde Magallanes, y desde allí bajar a las Filipinas por ruta harto desconocida.

Así emprendieron el rumbo *Nornorueste,* y el 10 de diciembre alcanzan la línea ecuatorial. La galeota, que a duras penas les seguía, aquella noche desapareció para no ser vista más.

La navegación era cada vez más trabajosa, a causa del mal estado de los navíos, y las restricciones en el abastecimiento paulatinamente se endurecen, sobre todo en lo tocante al agua. Y aquí viene lo más chocante. Doña Isabel de Barreto, muy poseída de todos sus cargos, y con gran estupor de todos, hacía gran consumo de ella: *Era muy larga la gobernadora en gastarla, y en lavar con ella la ropa, y para este efecto le envió a pedir una botija* (41). Como el piloto mayor no se la diese, la adelantada a punto estuvo de declarar rebelde a Quirós, y expedita, mandó quitar las llaves al despensero para entregarlas a un criado suyo. Como se comprenderá, tales hechos no pasaron inadvertidos y provocaron la ira general contra la Barreto. No debemos extrañarnos que pronto en los corrillos se comentara la conveniencia de nombrar por general a un varón, dados los caprichos tan impertinentes de mujer tan orgullosa. En la noche del 20 de diciembre desaparece la fragata mandada por Diego de Vera. Hay una acusación de Quirós contra la Adelantada, porque ésta no consintió en el trasbordo de su tripulación a la Capitana. El día 3 de enero llegan a la isla de Guam, donde son bien recibidos por los naturales, pero no pueden abastecerse de refresco, pues el batel se encuentra sin aparejos.

Sin cartas, y gobernando por noticias, Fernández de Quirós enfiló la nave hacia las Filipinas, primera tierra de los cristianos en aquellas apartadas altitudes. El 14 de enero avistan tierra, y ante la primera embocadura de una bahía, una gran parte de los tripulantes, y entre ellos la adelantada, creen haber llegado a Manila. Quirós pasa adelante buscando una rada tranquila, pero para mayor complicación el navío se le desarbola. Doña Isabel, cada día más histérica, se derrumba creyendo llegado el último día de su vida. Finalmente, arreglan el aparejo y encuentran una bahía en la isla de Mindanao.

Los naturales se les acercan temerosos de que sean ingleses y les hacen sabedores de las últimas noticias que corren por las Filipinas. El nuevo gobernador de Manila es don Luis Pérez das Mariñas, y existe el temor de que el archipiélago sea invadido por una armada japonesa.

(41) *Resolución tomada por la viuda Adelantada,* Archivo de Indias, Patronato 18, n.° 10, V.

Es tan lastimoso el estado de la *San Gerónimo,* que Quirós aconseja abandonarla y desembarcar las cosas de valor. Doña Isabel no acepta las razones y dicta un auto de procesamiento contra Quirós, por motín, por no cumplir sus órdenes. Tan tirana se pone, que dicta un bando prohibiendo el abandono del navío, bajo pena de muerte, sin su permiso. Y hubiera ahorcado a un soldado que se atrevió a marchar a un pueblecito en busca de comida si no interviene el piloto mayor.

El 29 de enero reemprenden la navegación, llegando al puerto de Cavite el 11 de febrero de 1596. Pasan tres días infructuosamente, intentando embocar en la bahía. La llegada al puerto de Cavite fue realmente emocionante. Sabedoras las autoridades de Manila de la llegada de los expedicionarios al archipiélago, se les esperaba con gran curiosidad. No sólo estaban las más altas autoridades, sino *toda la gente del mar y otras personas de la ciudad vinieron a ver la nao por cosa de ver, así por sus necesidades como por venir del Perú y traer, como se decía, la Reina de Saba, de las islas Salomón.*

La entrada de doña Isabel Barreto fue espectacular. *Entró de noche y fue recibida con aparato de hachas y bien hospedada.* El viaje y su popularidad concluirían poco tiempo después, pero antes, aprovechando el hechizo de su leyenda, doña Isabel lograba que cayese enamorado y rápidamente la desposase don Fernando de Castro, sobrino del gobernador de Manila, Pérez das Mariñas, que recientemente había sido nombrado general de la nao de Acapulco, encargada de las comunicaciones entre las Filipinas y el Virreinato de Nueva España. A partir de entonces el protagonismo de la Barreto pasará a un segundo plano, por la representación que de sus derechos hace su segundo marido. El 10 de agosto de 1597, la pareja se embarcó en el *San Gerónimo,* ya reparado, y llegaron a Acapulco el 11 de diciembre, solicitando desde México, continuar los descubrimientos de Mendaña. En 1598 regresó don Fernando a Filipinas, quedando en México su mujer, que para entonces ya había sido madre. A la vuelta del marido pasaron a Perú, para hacerse cargo de la encomienda que tenía Mendaña en Guánuco. En 1602 socilitaban licencia de ocho años para pasar a España, e intentar reanudar los viajes a las islas Salomón. Un año después, sabedores de que a Pedro Fernández de Quirós le iban a conceder autorización para nuevos descubrimientos, protestaron airadamente, diciendo que no se habían pagado los 130.000 pesos de las deudas que contrajo el adelantado Mendaña. Solicitaron, bien encomiendas de indios, o pensiones sobre ellos, que durasen por dos vidas, con que también pudieran remediar a sus hijos, caso de faltarles sus padres.

Finalmente, el 29 de diciembre de 1608, en carta fechada desde Lima, volvieron a protestar contra las pretensiones de Quirós de hacer otros viajes, pues iba contra los derechos de la adelanta-

da. Por último, sabemos que la pareja y sus hijos, en 1609, embarcaron para la Península y al parecer crearon un mayorazgo en Galicia, aunque Justo Zaragoza afirma que esto no ha podido ser probado (42).

El viaje a las regiones australes

Realizadas las informaciones oficiales sobre la navegación, sucesos de la isla de Santa Cruz, y acusaciones posteriores contra Quirós y algunos tripulantes (43), y habiendo quedado limpia la ejecutoría del Piloto Mayor, comenzó éste a intuir la posibilidad de proseguir la empresa inciada por Mendaña, no en busca de las no localizadas islas de Poniente, sino del continente que debía de estar más al sur.

Así, sin comunicar a la adelantada y a su esposo sus pretensiones, embarcó con ellos hacia la Nueva España, en su viejo conocido galeón *San Gerónimo*. Al llegar a Acapulco, se dio licencia a los supervivientes de la expedición, y con muchos de ellos se dirigió a Perú. Desde el puerto de Paita escribió al nuevo virrey del Perú, don Luis de Velasco, interesándole por sus servicios y solicitando un navío de sesenta toneladas para *ir a descubrir el novísimo continente* (44).

Como las pretensiones de Quirós superaban las atribuciones del virrey, se dio pronto cuenta de que aquél no era el lugar para obtener los favores que solicitaba, y prestamente, el 17 de abril de aquel mismo año, embarcó hacia Panamá, para pasar a Portobelo y Cartagena de Indias. Allí embarcó en la flota de la Nueva España, y el 25 de febrero de 1600, *con estruendo de artillería y música, dimos fondo en Sanlúcar.*

De carácter avispado, el portugués, al llegar a Sevilla y saber que aquel año era Santo y se ganaba el jubileo en Roma, decidió ir allí en las galeras que salían de Cartagena, en vez de marchar directamente a Madrid. El cambio de rumbo no creo se debiera únicamente a la extremada religiosidad de Quirós, aunque sí la tenía. Sus intenciones iban más alla. Sabía que si lograba interesar a las más altas dignidades romanas encontraría luego en Madrid mayores facilidades para resolver sus pretensiones.

Desembarcó en Génova, y a pie llegó a Roma, buscando el palacio del embajador en España, duque de Sesa, que lo acomodó y se interesó por sus proyectos.

(42) Zaragoza, tomo III, págs. 68-69.

(43) *Información realizada por Don Antonio Borga,* Archivo de Indias, Patronato 10, v. 8.

(44) -*Carta* del virrey Velasco a S. M., sobre las pretensiones de Quirós-, en Levillier, *Gobernantes del Perú,* tomo XIV, págs. 117-118.

Parecióle bien a su Excelencia, he hizo juntar en su casa los mayores pilotos y matemáticos que se hallaban en Roma, habiendo en su presencia hecho largo examen de mis papeles, discursos y cartas de marear...

Sustancialmente, el proyecto de Quirós no era otro que el que planeara años antes Sarmiento de Gamboa, y que coincidía con las creencias de los cenáculos científicos de la época. Lo que más podía impresionar a los presentes era su experiencia como navegante de los mares del sur.

La estancia de Quirós en Roma duró diecisiete meses; por intercesión del embajador español, fue recibido por el pontífice Clemente VIII, al que dio conocimiento de su proyecto y del gran provecho que se obtendría al llevar la luz de Cristo a tantos millones de seres que vivían en las tinieblas del paganismo.

Tras conseguir despachos de recomendación a su empresa, desde el Papa, hasta el último romano, y sobre todo del embajador, sabe que el éxito lo tiene asegurado, y que nada se puede interponer a sus designios. Tanto es así, que tras localizar a la Corte en El Escorial, será prontamente recibido por el nuevo monarca Felipe III. De sobra es conocida la indolencia y beatería del rey, de lo que saca provecho el portugués. Cabe imaginar cómo éste le hablará del interés de su Santidad por su empresa; de los inmensos beneficios que se podían obtener al cristianizar a tantos millones de seres del inexplorado continente adelantándose a los ímpios ingleses y holandeses que ya merodeaban por el Pacífico (45). El discurso del portugués hace mella en el monarca, que para agilizar la diligencia del viaje logra que lo tramite el Consejo de Estado, y no el de Indias, como era lo aconsejable. Con ello lograba soslayar las seguras protestas de la adelantada, que lo haría normalmente a través del Consejo de Indias.

La voluntad real moviliza la lenta máquina burocrática, y aunque encuentra reticencias y obstáculos, todo se allana finalmente, cuando el 5 de abril de 1603 le entregan los despachos de Su Majestad, para que salga prestamente hacia Perú. La carta del rey a su virrey de Perú, sobre los móviles del viaje, hacen ociosa cualquier consideración: ... *y habiendo considerado su propósición con la atención que tan grave negocio requiere por el aumento de la fe y el beneficio de las almas de aquellas gentes remotas; anteponiendo el servicio de Dios a todo lo demás como es razón; a consulta de mi Consejo de Estado, he resuelto que el dicho Capitán Quirós parta luego al dicho descubrimiento en la primera flota para el Perú, y así os ordeno y mando que llegado allá le hagáis de dar navíos y muy buenos a su satisfacción que vayan*

(45) Puede consultarse mi trabajo ya citado sobre la política española en el Mar del Sur, *Revista de Indias,* Madrid, 1953.

muy en orden con el número de gente conveniente, bien abituallos, minicionados y artillados (46).

Quirós fue a Cádiz, donde embarcó en la flota que se dirigía a la Nueva España y que llevaba al nuevo virrey Montes Claros. Fue una trabajosa travesía, sobre todo en aguas del Caribe, donde su navío naufragó, y al igual que otros, pudo recalar en Caracas, donde permaneció ocho meses esperando reanudar su viaje. Llegó finalmente el 6 de marzo de 1605, *con deudas del pasaje y comida, y sin dinero.*

El viaje del general Pedro Fernández de Quirós

A pesar de las cartas del monarca, Quirós iba a encontrar dificultades. El 11 de marzo lo recibe un nuevo virrey, conde de Monterrey, y el 25 de ese mismo mes expone sus planes ante una junta de notables convocada por la autoridad virreinal. Esta apunta la posibilidad de que la expedición podría resultar más económica si partiera desde Manila, a lo que replicó Quirós que hacer esto representaba ir *contra la orden real, que mandaba expresamente saliese de Lima y contra toda buena navegación por los vientos opuestos.*

A esta falta de interés del conde de Monterrey, debemos añadir la presencia de la antigua adelantada en el Perú. Don Fernando de Castro, en nombre de su mujer, protestó enérgicamente, ante las autoridades de Madrid, de que se conculcaran sus derechos. Pero finalmente, y según cuenta el marino portugués, tras una entrevista, *dejóse el caballero convencer de mis piadosas razones, y dijo que a su entender condenaría su alma quien pretendiera estorbarme.*

El 21 de diciembre de 1605, a las tres de la tarde salían del Callao las tres naves descubridoras, la Capitana, *S. Pedro,* y la Almiranta, mandada por otro portugués, Váez de Torres; y una zabra, mandada por Pedro Bernal Cermeño, con un total de trescientos hombres.

Las intenciones del viaje y su intento de llegar al contienente austral se revelan en las *instrucciones* que da Quirós a Váez de Torres. En ellas, minuciosamente, da cuenta, del orden y religiosidad que debe imperar en la armada, pero sobre todo lo más importante será el rumbo que deberá seguir, *navegando la vía del sudueste, hasta subir a la altura de 30°, y si puesta en ellos no hallare tierra, hará una derrota del noroeste franco hasta bajar a altura de diez grados; y si hasta ponerse en ellos no hallare*

(46) -*Carta* de Felipe III al virrey del Perú-, en Biblioteca Nacional, Mass. 3.099. fol. 11.

tierra, navegará al norueste hasta bajar a diez grados y un cuarto, y puesto en ellos navegará al oeste en demanda de la isla de Santa Cruz. Localizada esta isla, se dirigirían a Filipinas, remontando la Nueva Guinea, y una vez llegados a Manila regresarían a España por la ruta del cabo de Buena Esperanza.

Si estudiamos esas instrucciones, y el itinerario real que siguió Quirós, hasta la Australia del Espíritu Santo, nos daremos cuenta de que esas instrucciones no fueron precisamente seguidas, pues no bajaron a los treinta grados. Es el caso que Quirós emprendió audazmente la ruta del *oes-sudueste,* que, de haberla mantenido, le habría llevado a Nueva Zelanda. Pero antes de llegar —según el P. Kelly— al Aecteon Group ya enderezó el rumbo y se mantuvo en los 20° latitud sur, sin pretender bajar más, sino todo lo contrario. A partir de aquí perdieron altura, y así llegaron a las islas de la Sociedad. Quirós, que siempre quiere descubrirse, dice que el piloto mayor, Gaspar de Leza, *le mudaba la derrota y se decía que se quería alzar en la nao.* Bien porque se sintiese enfermo realmente desee la salida, bien porque al cabo de tres meses largos de navegar no encontrase el añorado continente, Quirós, sintiéndose derrotado, mandó poner proa a la isla de Santa Cruz. Sin embargo no la encontró, lo que dio lugar a que el 25 de marzo de 1606 hubiera una junta de pilotos, donde hubo encontrados pareceres, sobre todo con Leza, su piloto mayor, del que Quirós nunca da el nombre. Tal fue el encono de la discusión, que ordenó a Váez de Torres que se llevase preso a Leza.

Prácticamente sin resolver nada la junta, perdidos, navegan por rosarios de islas pertenecientes a las actuales Duff y Banks, hasta que a los cinco meses de travesía, al encontrarse con una gran isla de las Nuevas Hébridas, la *del Espíritu Santo,* Quirós, sin más averiguaciones, creyó haber llegado a la *tierra Australia.*

Sugestionado por la obsesión de haber cumplido lo prometido, y por otra parte, gran amigo del espectáculo, organizó unas suntuosas y ruidosas fiestas religiosas; celebró una procesión, condecorando a todos los expedicionarios, halagándoles con la concesión de la cruz de la orden del Espíritu Santo, lo que fue objeto de chanzas por muchos marineros, según cuenta Iturbe, veedor de la expedición (47).

Dio por fundada la ciudad de la *Nueba Hierusalem,* de la que sólo edificó una iglesia de madera, perio sí concedió cargos municipales de esa ciudad, que sólo existió en su fantasía. Toda esta espectacularidad barroca que Quirós considera necesaria es, por una parte, para cumplir con el Papa, haciendo una gran fiesta reli-

(47) *Carta* de S.M. por Juan de Iturbe, sobre la navegación y descubrimiento del capitán Quirós. México, 25 de mayo de 1607, en Mass. Biblioteca Nacional, 3099, folio 129.

giosa; por otra parte con la ocupación, para cumplir también con Felipe III. El espectáculo será ampliamente descrito por el propio Quirós, en sus múltiples memoriales difundidores de su gran descubrimiento.

Quirós, olvidándose por completo de sus instrucciones en caso de pérdida, sin intentar regresar a la Tierra del Espíritu Santo, sin cumplir las órdenes reales de marchar a Manila, decide emprender el viaje de regreso por la ruta tradicional de Nueva España. Antes de esta decisión, y deseoso de reconocer más detalladamente la Tierra del Espíritu Santo, el 8 de junio de 1606 salió del puerto y bahía de San Felipe y Santiago. Pero apenas salidos, un furioso temporal dispersó a la *San Pedro,* la almiranta de Váez de Torres, y la capitana de Quirós.

La decisión de regresar a través de la ruta de Nueva España hay que interpretarla como el resultado de la obsesión de Quirós por su éxito, que quiere revelar cuanto antes a Felipe III. En relación con esto, todos los tripulantes firman un papel en el que afirman que lo más conveniente es navegar rumbo a Acapulco. El navío llegó efectivamente allí, después de cinco meses de navegación desde la Tierra del Espíritu Santo.

Luego que la gente desembarcó, hubo personas que por vengar sus pasiones o por otros respetos, escribieron al marqués de Montesclaros, virrey de México, y sembraron por toda la tierra muchas cartas, procurándose descomponer y desacreditar la jornada; a que yo satisfice por otras lo mejor que pude, dando a entender mi verdad y buen celo. Con estas palabras de Quirós se inicia el drama de su vida: la incredulidad de la gente hacia él. Pues todo cuanto afirme será refutado a través de escritos salidos de los más remotos lugares. En México, las autoridades virreinales se mostrarán indiferenrtes, y sólo la protección de un amigo le proporciona un pasaje hasta Sanlúcar de Barrameda. Sin blanca, llegará a la Corte, establecida definitivamente ya en Madrid, el 9 de octubre de 1607. Ahora le espera la más espantosa miseria, alentada con la última y postrera esperanza.

Váez de Torres y el descubrimiento de Australia

A la mañana siguiente que alejó a la Capitana, debido a un temporal, Váez de Torres escribe en su diario: *La salí a buscar haciendo las diligencias debidas; era imposible hallarles, pues ellos no iban por el camino ni voluntad derechas; así me hube de volver a la bahía por ver si acaso volvían a ella* (48).

(48) -Relación de Luis Váez de Torres a Felipe III, desde Manila a 12 de julio de 1607-, en Archivo General de Simancas, Estado, leg. 209. Hay copias manuscritas en la Biblioteca Nacional y en el Museo Naval.

En la bahía permanecen quince días, esperando el regreso de Quirós. En el ínterin, el capitán Prado de Tovar inicia la serie de mapas y dibujos de los naturales, que tanta trascendencia tendrán (49).

Todos tienen la impresión de que han sido abandonados a su suerte. Por otra parte, la Capitana se ha llevado la totalidad de los bastimentos, pues llevaba el almacén de la escuadra, a excepción de pan y agua.

A pesar de la opinión contraria de muchos de sus oficiales, Torres decide seguir el cumplimiento de las instrucciones que le dio Quirós al partir de El Callao.

Será esta observancia la que llevará a cosechar los mejores laureles, con el descubrimiento del estrecho que lleva su nombre, y que separa la isla de Nueva Guinea de Australia.

Intenta reconocer la Tierra del Espíritu Santo, y pronto se da cuenta de que es una isla montuosa, y como hacia el sudoeste no encontró señales del pretendido continente, viró hacia el noroeste, topando días después con Nueva Guinea: *No la pude montar por la banda de Leste, así la vine costeando al oeste, por la parte sur.* De esta forma tan simple comienza Torres a describir uno de los más grandes descubrimientos geográficos de la época. A lo largo de la costa, alineándose frente a ésta, existen multitud de islas y arrecifes innumerables. Hacen algunos desembarcos y describen y dibujan a sus gentes y armas.

Pasarán varias jornadas atravesando propiamente el estrecho y conociendo sus islas. Entre ellas, el remate de la península de York, Australia. El conocimiento *de las gentes de las islas questán a la parte del Sur de Nueva Guinea* nos lo prueba el dibujo testimonial de Prado de Tovar. Accidentalmente si se quiere, acaban de descubrir Australia.

Las dos naves prosiguen su ruta hacia Manila, llegando a las primeras islas de Insulindia, donde trafican poco con mahometanos, porque los rescates los llevaba la Capitana. Cuado llegan a las Molucas se enteran de la presencia holandesa en los mares del Sur, y colaboran en sofocar una rebelión de moros en la isla de Vachan. En Tarnate dejan el parage y a veinte hombres. Ya en Manila, no se le presta atención ni ayuda, por lo que escribe amargamente al rey, en carta de 12 de junio de 1607, haciéndole relación puntual de lo descubierto, y que hoy publicamos.

La relación de Váez de Torres no sirvió para nada, sino en todo caso para embrollar más la situación de Quirós en Madrid. Siete

(49) Los dibujos han sido muy difundidos recientemente, aunque ya se conocían desde el siglo pasado.

(50) Roberto Ferrando, *Las armas de los indígenas del estrecho de Torres y los dibujos de Prado Tovar,* en tomo III, de las *Actas* del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 1964.

años después, desde Goa, el 25 de diciembre de 1613, el capitán Pedro Tovar escribía a Felipe III y a su secretario Arostegui sendas cartas, en las que tras enviar sus mapas y dibujos insistía en que no debían fiarse de. Quirós. Al parecer, el descubridor del estrecho, Torres, ya había fallecido.

Las postreras ilusiones de Quirós

Siete años dura la última estancia de Quirós en Madrid, y son posiblemente los años más desalentadores y amargos de su existencia. Por su historia, y sus innumerables memoriales, sabemos de la extrema miseria que padeció. Si llegó a Madrid sin un maravedí, su situación no mejoró, sino que empeoró, porque en vez de alegría por la grata nueva que traía encontró los más helados silencios o sonrisas conmiserativas. En los once primeros días de permanencia en Madrid, no teniendo con qué comprar tinta y papel, y hacer memoriales a Su Majestad, según cuenta él mismo, *valióse de ciertas hojas sobrantes en un antiguo cuaderno, y cortadas, las cosió, y lo enmendado suplió con remiendos de otro pegado encima.* De este modo escribió el primer memorial, y para poder imprimirlo tuvo que vender una capa; para el segundo memorial, dos sábanas, y para el tercero, la bandera del rey que había ondeado en las Tierras del Espíritu Santo.

Pasa hambre. Cada día va peor vestido, y por ello añade: *aquí aprendí a buscar en la iglesia donde arrodillarse, de modo que no fuese visto el mal calzado, y no por eso dejó de decirme un perulero: -malos zapatos trae el segundo Colón-; y a quitarme el sombrero con la copa hacia mí, porque no se vieren las banderillas de su aforro; y a no sacar los brazos, por no verse hechas las mangas hechas andrajos; ni a descubrir la capa, por no mostrar los harapos de todo el vestido...* Pues bien, este hombre hambriento, harapiento, que ha encontrado prácticamente cerradas las puertas de los Consejos, por los informes negativos que están llegando a la Corte, será capaz, gracias a su pluma, no sólo de que se le vuelvan a abrir los despachos en los Consejos de indias y de Estado, que se entreviste con el rey, sino que su popularidad por su empresa se difunda por toda la Europa Occidental, y concretamente en las dos potencias más interesadas: Holanda e Inglatera.

Todo ello es posible gracias a su tenacidad escribiendo y publicando Memoriales, en los que ensalza la belleza de los parajes por él visitados, las riquezas de sus tierras, y sobre todo, los inmensos beneficios que se pueden lograr, llegando la cruz de Cristo redentor a tantos millones de indígenas, que viven idolátricamente. Pero a pesar de que sus despachos son atendidos, de que es recibido sucesivamente por el conde de Lemos, duque de Lerma, Montes-

claros, etc., Quirós se da cuenta de que su empresa ha dejado de interesar. Tiene una baza a su favor: el rey Felipe III sigue embelesado en la conversión de los millones de paganos que la evangelización de la Tierra del Espíritu Santo puede proporcionar. Gracias al monarca se le conceden quinientos ducados, con los que de momento puede pagar a sus muchos acreedores.

A pesar de las diligencias del monarca, sus consejeros vacilan, pues independientemente de la veracidad de las afirmaciones del navegante portugués, una nueva expedición no entra en la política poco expansiva del momento, entre otras razones por los dramáticos momentos pecuniarios de las arcas del erario público.

Conforme pasan los días, el nerviosismo del portugués aumenta, y amenaza con marcharse de España. Se ha convertido en un huésped verdaderamente incómodo, y más cuando sus escritos se están leyendo en los Países Bajos e Inglaterra (51). Se le intenta enviar a Perú, pero no quiere, sin antes conocer el contenido de los despachos. Al fin accederá a irse cuando le extiendan una real cédula por la que se le ordenaba el apresto de la armada pretendida. Esta cédula, más las garantías personales que el nuevo virrey del Perú, príncipe de Esquilache, le dio fueron bastantes para dirigirse a Sevilla, donde embarcó en compañía de su mujer y de sus dos hijas.

Los quebrantos, sinsabores, hacen mella en la salud de Quirós; apenas llega a Panamá ve cómo sus fuerzas decaen, y su ilusionada místico-descubridora se apaga. Pedro Fernández de Quirós, *de unos cincuenta años*, general de las regiones australes del Espíritu Santo, moría a orillas del Océano, que él había querido desvelar hasta sus últimos confines.

El autor

En 1870 se publicaba en Madrid, como tomo primero de la Biblioteca Hispano-Ultramarina, *la Historia del descubrimiento de las regiones australes, hecha por el general Pedro Fernández de Quirós.* La obra, antes de salir, armó polémica, porque una hoja divulgadora de la editorial reclamó la atención de la Real Academia de la Historia, que a través de la *Gaceta de Madrid* (5 de agosto de 1875) negaba la paternidad de la obra al poeta sevillano

(51) El memorial n.° 8 alcanzó una extraordinaria difusión, no sólo en España, con ediciones en Madrid (1609), Pamplona (1610), Sevilla (1610), Valencia (1611); en el extranjero, en latín (Colonia, 1612), alemán (Ausburg, 1611), italiano (Milán, 1611), holandés (Amsterdam, 1612), y francés e inglés, en 1617. Sólo hemos citado primeras ediciones. Carlos Sanz, entre 1963-1973, ha reeditado este famoso *Memorial,* y sus repercusiones europeas, a través de numerosos opúsculos.

Luis Belmonte Bermúdez, secretario de Quirós en su viaje a la Tierra del Espíritu Santo. Justo Zaragoza, que atribuía la autoría a ese poeta, en sus prólogos a los dos tomos primeros de 1876 y 1880, atacaba inmisericordiosamente a las autoridades académicas, ratificándose en creer que el autor, Luis Belmonte Bermúdez, lo fue tanto del resumen o extracto del viaje de 1567, del piloto mayor de Mendaña, Hernán Gallego como también de la descripción bastante extensa del segundo viaje de 1595, tal vez habiéndoselo dictado Quirós o facilitándole los datos principales, aunque nos inclinamos por la primera hipótesis; y por último escribirá Belmonte, como cronista oficial, la relación del tercer viaje o postrero del general Pedro Fernández de Quirós.

En lo que todos coinciden es en no creer autor material de la obra al navegante portugués, a pesar que de joven se inició como escribiente, y sobre todo, al final de la vida, escribe muchos *memoriales.* Sin negar que Quirós tuviera aficiones literarias, recurre a colaboradores para que le den definitiva forma. Aparte del poeta Belmonte Bermúdez, le ayudaron Mira de Amescua, Cristóbal Suárez de Figueroa, y sobre todo en cuanto a los *memoriales,* el literato Juan Gallo de Miranda, que inclusive le ayudó económicamente. Si se puede aceptar que alguno de los cincuenta memoriales que envió al monarca, o a sus consejos, fueran obra personal suya, no lo es materialmente la obra que nosotros presentamos, en la que alienta, sí, su espíritu inquieto y receloso, místico e idealista, o mísero, como ocurre en las grandes personalidades, capaces de sacrificar a todo el que se oponga a sus designios, eso sí, justificando siempre todo cuanto hace.

El autor de la *Historia del general Pedro Fernández de Quirós,* según Zaragoza, debe ser, pues, Luis Belmonte Bermúdez, al que Juan Ruiz de Alarcón llama *aventurero sevillano.* Muy joven pasó a las Indias, residiendo en Nueva España, aunque pasando posteriormente a Perú. Se le encuentra en Lima el año 1604, se le conocía por poeta y autor de comedias, una de ellas titulada *Algunas hazañas, de las muchas de don García Hurtado de Mendoza.* Marchó con Quirós en calidad de cronista, y permaneció con el marino portugués hasta 1610, fecha en que le abandona para dedicarse más libremente a su vena poética, componiendo su *Hispalica,* donde, en estrofas casi gongóricas, narra la gesta de Quirós. Fue autor bastante prolífico.

Ediciones

Los viajes de Mendaña y Quirós alcanzaron una gran popularidad. La primera relación que se publicó fue por Antonio de Morga, en *Sucesos de las islas Filipinas,* México, 1609, obra que fue reeditada en Madrid en 1888, y en París por Rizal en 1890 y que recogen las relaciones de Alvaro de Mendaña; el segundo viaje de Mendaña

y segundo de Quirós a través de la versión que publicamos, fue utilizada por Cristóbal Suárez de Figueroa para los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza* (Madrid, 1613); finalmente, parte del tercer viaje de Quirós aparecía en la *Monarquía indiana,* de Fray Tomás de Torquemada (Sevilla 1615).

Como vemos, todas estas primeras ediciones lo fueron fragmentariamente, y tenemos que llegar a 1737, cuando aparece la edición príncipe de Andrés González de Barcia, y sobre su contenido dice: *Hemos separado las* Relaciones de *los viajes a las islas Salomón y Tierra Austral, con Alvaro de Mendaña;* Historia o Relación *del segundo viaje del Adelantado Alvaro de Mendaña a las islas de Salomón, siendo Piloto Maior i Capitan, el* autor; *y prosigue con la* Relación *del viaje que hizo él mismo, como General de la misma Tierra Austral, Población en ella, arribo a Acapulco, y venida a España, hasta que se le mandó ir, con el príncipe de Esquilache, el año de 1614.* (52).

Pero tendrá que llegar el siglo XIX, en que Justo Zaragoza edita para la efímera Biblioteca Hispano-Americana la *Historia del descubrimiento de las regiones austriales hecho por el general Pedro Fernández de Quirós,* basándose especialmente en la publicación del Manuscrito que guarda la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, y que lleva por título: *Varios diarios a la mar del sur...* Curiosamente, este manuscrito es casi idéntico a otros dos que tienen la Biblioteca Nacional y el Museo Naval de Madrid, y hemos procurado en esta edición resaltar añadidos y omisiones que cada uno de ellos presenta.

La edición que hoy sale a la luz, sustancialmente es el primer tomo de la edición de Zaragoza, al que hemos añadido la trascendental relación de Váez de Torres, por considerar que con la noticia del viaje descubridor fortuito de Australia completamos el ciclo descubridor hispano, que se inicia en 1567 y concluye en 1606.

Bibliografía

Intentar resumir la bibliografía sustancial que han generado estos viajes creemos que es empresa ardua, pues, como hemos visto, muy pronto despertaron curiosidad e interés. Las relaciones de los viajes han sido publicadas repetidas veces, lo mismo que toda clase de documentos relativos a su organización, que han ido revelando los estudios sobre estos navegantes.

Dentro de una bibliografía inmensa, hay siempre obras capitales que merecen destacarse, como la de lord Amherst de Hadkney sobre Mendaña (53); el también inglés Alexander Dalriymple,

(52) León Piñelo-Andrés González Marcia, *Bibliotheca Oriental y Occidental Nautica,* Madrid, 1737-1738.

gran entusiasta de la obra de Quirós (54), y que será el promotor del creciente interés hacia la figura del portugués. Debemos destacar la obra de Sir Clement Markham sobre el postrero viaje del navegante portugués (55). Sobre el viaje de Váez de Torres, posiblemente lo más interesante sea la obra de Henry Steves (56) a través del *Diario* del capitán Pardo y Tovar. Si repasamos títulos y obras en la *Bibliografía general de los descubrimientos australes* (57), nos damos cuenta del tremendo interés que ha mostrado el mundo anglosajón, ya que ellos fueron la motivación de los que constituyeron la llamada *era Cook,* como el problema de quien fue el descubridor de Australia. Lo cierto es que, aun existiendo omisiones, la benemérita bibliografía de Carlos Sanz nos muestra que ese interés no ha decaído, especialmente en las últimas décadas, con especialistas sobre Quirós, como el franciscano australiano Celsus Kelly, autor de numerosas obras sobre las travesías del portugués; Carlos Sanz y sus numerosas obras sobre los *Memoriales,* y hasta el autor de estas líneas, cuya tesis doctoral trató sobre las navegaciones españolas de los mares del Sur, en la que se apoyan muchos asuntos de esta introducción. Insisto, pues, en la actualidad de este libro, verdaderamente apasionante, que muestra los esfuerzos de aquellos españoles por conocer todos los confines del mundo, con el propósito de desvelar viejos mitos, con antigüedad de siglos movidos por la mística evangelizadora de pretender que todos los indígenas de la Terra Austrialia rezaran en español.

Roberto Ferrando

(53) *The Discovery of the Salomon by Alvaro de Mendaña,* Londres, 1903, Hakluyt Society, vols. 7 y 8.

(54) De su extensa bibliografía, destaca *An Historical Collection of the general Voyages and Discoveries in the South Pacific Ocean,* Londres, 1770-1771, 2 vols.

(55) *The voyages of Pedro Fernández de Quirós to 1606,* Hakluyt Sc., Londres, 1894, vols. 14 y 15.

(56) New Light on the Discovery of Australia, en Makluyt Society, Londres, 1919, vol. 64.

(57) Carlos Sanz, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, serie E, n.° 523, Madrid, 1975.

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS REGIONES AUSTRIALES HECHO POR EL GENERAL PEDRO FERNANDEZ DE QUIROS

CAPITULO I

En que se da cuenta de la jornada y viaje primero que al descubrimiento de las islas de Salomón hizo el adelantado Alvaro de Mendaña, siendo piloto mayor Hernán Gallego, que es quien escribió la relación

Habiéndose de tratar en esta historia del descubrimiento de la parte Austral incógnita, parece muy conveniente, así para claridad de lo adelante como para dar al lector satisfacción a su deseo, el dar razón antes; y así se tratará en este capítulo del primer viaje, conforme lo escribe el piloto mayor de él, Hernán Gallego.

El año mil quinientos y sesenta y siete, siendo presidente en Lima y gobernador por vacante del virrey el licenciado Castro, el cual, por causas que le debieron de mover, despachó del puerto del Callao a su sobrino Alvaro de Mendaña, con título de general y orden para que descubriese a la parte incógnita del Sur, tierras que debía de sospechar había en ella.

Isla de Jesús (1).—Partió el general, como se dice, del Callao, y viernes diez de enero de mil quinientos sesenta y ocho, reconocieron una isla pequeña, poblada de gente amulatada: púsosele por nombre *Isla de Jesús:* está en altura de seis grados y tres cuartas partes, a mil cuatrocientas y cincuenta leguas de Lima: halláronse aquí los primeros aguaceros, truenos y relámpagos que se vieron.

(1) Isla de Malden.

Bajos de la Candelaria.—De esta isla ciento y sesenta leguas, hay unos arrecifes, atravesados de Nordeste Sudueste, con alguna isleta en medio de ellos; lo que se vio tendría quince leguas, y pasan más adelante: llamáronse los *Bajos de la Candelaria* (2): está su medio en altura de seis grados y un cuarto; pusiéronse diez y siete días en llegar desde la primera isla a ellos, con contrastes de vientos, grandes aguaceros del Oeste y del Oesnorueste y del Norueste.

Isla de Santa Isabel.—Túvose vista de otra tierra; fuese en demanda de ella, y hallaron un puerto en donde entraron día de Santa Apolonia (3), a punto que se cayó un pedazo de tierra mayor que la nao al puerto, que está de la banda del Norte, casi en medio de la isla; se puso *Santa Isabel:* llámanla los indios *Samba*, y al cacique *Bille-banarra*. Córrese este puerto con los Bajos de la Candelaria, Norte-Sur cuarta de Norueste-Sueste, distancia veinte y seis leguas. Esta gente (4) adora en sus oratorios culebras, sapos y cosas tales; son amulatados, los cabellos crespos, andan desnudos, partes tapadas; su comida es cocos y raíces a que llaman *renau;* no tienen ningunas carnes ni brebajes: es gente limpia. Entendióse por cosa cierta que comían carne humana, y porque el cacique envió de presente al general un cuarto de un brazo de un muchacho con su mano, mandóle el general enterrar delante de los que le trujeron; mostraron gran sentimiento de esto, y bajando las cabezas, se fueron muy corridos. Es gente de parcialidades, tienen guerra unos con otros, y pareció se cautivaban, porque unos que los nuestros prendieron delante de unos amigos, los pedían por cautivos, y porque el general no se los quiso dar, se fueron tristes a sus pueblos: llaman al capitán *Jaurique* (5). En esta isla hizo el general decir la primera misa (6), y por hallar allí aparejo se hizo un bergantín con que, a cuatro de abril

(2) Descubiertos el 2 de febrero de 1568.

(3) Isla Mayor de las Salomón. Llegaron el 9 de febrero y la denominaron Santa Isabel de la Estrella porque salieron ese día del Perú.

(4) Los melanesios son de color achocolatado oscuro, prognatos y platirrinos; son de estatura media (de 1,60 a 1,65 metros) y, en su gran mayoría, dolicocéfalos.

(5) Las relaciones de Mendaña y Sarmiento difieren sobre la fecha, el 10 y el 11 de febrero, respectivamente.

(6) *Tauriqui,* escribe Sarmiento.

(7), fue enviado el maese de campo Pedro Ortega Valencia, con diez y ocho soldados, doce marineros y el piloto mayor Hernán Gallego a descubrir. Navegóse al Essueste, que así corre la costa, y a seis leguas del puerto se hallaron dos islas pequeñas con grandes palmares, en altura de ocho grados, y por el mismo rumbo se hallaron otras muchas islas, y se vio una grande bahía con siete u ocho islas pequeñas (8), todas pobladas de gente que tiene por armas *macanas* (9), arcos y flechas.

Isla de Ramos.—Leste-Oeste con esta ensenada, a catorce leguas, se vio una grande isla que llaman los indios *Malaíta* (10): tiene a medio camino dos isletas y otras seis de a dos leguas cada una; a una, punto que está en altura de ocho grados, llamóse *Isla de Ramos* por descubrirse en su día (11).

Cabo Prieto.—Corriendo la costa de la isla se vio un puerto y cabo en nueve grados escasos, catorce leguas de la ensenada atrás; púsose por nombre *Cabo Prieto* (12).

Isla Galera.—Al Sudueste de este cabo, distancia de nueve leguas, están unas islas echadas de Norte a Sur, cuarta de Norueste Sueste, y otras de Nornorueste-Susueste: la primera de ellas a que se llegó tendrá de boj legua y media, cercada toda de arrecifes; llamóse *La Galera* (13).

Buena Vista.—A una legua de ésta y Norueste-Sueste, y con Cabo Prieto a distancia de nueve leguas, está otra de doce de cuerpo; es muy poblada y tiene los pueblos formados y juntos: diosele por nombre *Buena Vista,* por tenerla y ser muy fértil; su altura son nueve grados y medio; tiene en su redonda muchas isletas pobladas, y otras cinco en cordilleras del Leste-Oeste.

Islas Florida, de San Dimas, de San Germán y Guadalupe.—Saltóse en tierra en la primera, cuyos moradores se enrubian el cabello, huyen del arcabuz, tocan arma con caracoles y

(7) Le llamaron *Santiago,* según la relación de Mendaña, que dice salieron el 7 de abril.

(8) Suleis.

(9) Arma ofensiva a manera de machete, de raja de palma o madera, filo de pedernales.

(10) Sigue conservando el nombre.

(11) El 9 de abril. Se mantiene la denominación.

(12) Actualmente, cabo *Astrolabe.*

(13) Isla de *Vatilau.* Forma parte del *Neggela Grup.*

tambores, comen carne humana: sus bojes de veinticinco leguas; altura, nueve grados y medio; llamóse *La Florida*: a otra isla más al Leste, de cinco leguas de boj, llamóse *San Dimas;* a las otras islas no se fue, y llamáronlas, a la una *San Germán,* y a la otra, *Guadalupe* (14).

Isla Sesarga.—De estas cinco islas, a la parte del Sur hay otra, que se le puso por nombre la *Sesarga;* tiene de boj ocho leguas y de altura nueve grados y tres cuartos: está con Buena vista, Norueste-Sueste, distancia cinco leguas; es isla alta, redonda y muy poblada.; tiene mucha comida de *ñames* (15), *panaes,* y algunos puercos, y en medio de ella un volcán, que de ordinario está vomitando mucho humo.

Isla Guadalcanal.— Río de Ortega.—Viose una grande isla; en ella un gran río, donde salieron a ver a los nuestros, nadando, muchos hombres, mujeres y muchachos, y otros muchos en canoa, los cuales dieron un cabo al bergantín, y teniéndole junto a tierra, tiraron muchas piedras, diciendo *mate, mate:* mataron los arcabuces algunos de ellos, con que se retiraron. Saltó el maese de campo en un pueblo, a donde halló mucho número de raíces y jengibre verde, cogido en cestillas, y también puercos; llamaron a la isla *Guadalcanal* (16) y al río de *Ortega* (17), que está en altura de diez grados escasos al Sur de Buena Vista, distancia de nueve leguas.

Isla de San Jorge.—De este paraje se volvió el gergantín con toda su gente, en demanda del puerto donde habían dejado las naos; fueron bojeando la isla de Santa Isabel, porque así se les había ordenado, pasando por junto a Cabo Prieto: a siete leguas de él, al Oesudueste, a distancia de cinco leguas, estaba una isla que, en nombre natural, llaman *Varnesta,* y su cacique *Benebonafa.* Esta isla hace canal con la de Santa Isabel: la entrada, que está por parte del Sueste, tiene de largo seis leguas y un auste de ancho, y puerto de ocho a doce brazas, fondo limpio, que pueden caber mil

(14) La *Florida* se sigue denominando igual y es la mayor de los archipiélagos.

(15) Los ñames es el nombre común de las plantas Dioscoreas, tubérculo grueso, harinoso, comestible.

(16) La isla recibió el nombre de *Guadalcanal,* por ser Pedro Ortega originario sevillano del mismo nombre.

(17) En otras relaciones figura como río *Gallego.*

naos: la entrada al Sueste y la salida al Norueste, a donde hay una población con más de trescientas casas. Viéronse en esta isla algunas perlas, y los indios no hacen mucho caso de ellas; dábanlas todas por el rescate de una canoa que se les había tomado; también trujeron unos dientes que parecieron ser de algún grande animal; estimábanlos en mucho, y decían que los tomasen y volviesen su canoa. Su altura nueve grados y un tercio; su nombre *San Jorge* (18).

Islas de San Nicolás y de Arrecifes.—Navegando al Oeste cuarta al Noreste, como al tercio de esta isla, de la parte del Sudueste, se vieron dos grandes y espaciosas islas; no se fue a ellas por irse acabando el plazo y por ser cosa de arrecifes, y tanto que, a veces, apenas se podía salir en el bergantín; estarán a seis leguas de Santa Isabel, altura de nueve grados y un tercio una contra otra Leste-Oeste, y la tierra para el Oeste corre mucho adelante: la una se llamó *San Nicolás* (19), y las demás, al Poniente, de *Arrecifes,* por tener muchos: tiene de ancho veinte leguas; viéronse en ella murciélagos que tenían, de punta a punta de las alas, cinco pies.

Corriendo la costa de la isla de Santa Isabel, habiendo andado cuarenta leguas, se vieron unos muy grandes arrecifes y en ellos muchas canoas de indios que estaban pescando; vinieron todos a tirar flechas al bergantín y se volvieron: en estos arrecifes hay muchas isletas pobladas y despobladas, y en la punta y remate de Santa Isabel, que está en siete grados y medio, hay muchas islas, todas pobladas: tiene de largo esta isla noventa y cinco leguas, de ancho viente, de boj más de doscientas: viéronse murciélagos como los dichos.

Isla de San Marcos.—A la vuelta del Oeste, cuarta del Sudeste de este cabo, a seis leguas, se vio una grande isla: no se fue a ella por no detenerse y haber muchos que andaban ausentes: púsosele por nombre *San Marcos* (20): está en altura de siete grados y tres cuartos: a la gente que está aquí, que se vio, no se le conoció señor.

Habiendo girado la isla por la parte del Oeste, se hallaron los mismos vientos Lestes y Lessudestes con que antes navegaron, y porque habían de volver a Leste en demanda

(18) Mantiene su denominación.
(19) Isla *Nidero.*
(20) Isla *Barona Ite.*

del puerto donde quedaron las naos, siendo tan contrario el viento, por esto el maese de campo envió una canoa con nueve soldados, un marinero y un indio amigo, que siempre anduvo con los nuestros, a dar aviso al general de su ida y de las causas por que no llegaba. Fueron éstos costa a costa, y en unos arrecifes se hizo pedazos la canoa, y perdiendo alguno el hato, se salvaron todos; y por habérseles mojado la pólvora, determinaron volver atrás a buscar el bergantín. Fuéseles el indio, aunque no era de aquella isla; caminaron toda la noche en su demanda, por encima de la peñas vivas de luengo de costa sin camino, con temor de cuando los indios los habían de asaltear; encontraron con una cruz, que habían dejado levantada en cierta parte cuando pasaron, y habiéndola adorado, acordaron de esperar tres días al bergantín, o hacer una balsa para irse a los navíos. En esta aflicción estaban, cuando Dios fue servido que viesen el bergantín, que les dio el contento que se puede imaginar, y así hicieron una bandera para hacerles señas, a que acudió el bergantín, y embarcando la gente, siguieron su viaje hasta entrar en el puerto, donde hallaron algunos de las naves muertos y otros indispuestos.

CAPITULO II

De cómo salió el general del puerto y prosiguió el descubrimiento

Río Gallego.—Puerto de la Cruz.—Sábado a ocho mayo acordó el general de salir con las naos y bergantín del puerto donde había estado, por entre unos arrecifes que están a su entrada; los vientos eran Lestes y a ratos recios, y con ellos fue a surgir en una playa de la isla de Guadalcanal; buscóse otro puerto y hallóse junto a un río que se llamó *Río Gallego,* altura diez grados ocho minutos, y al puerto *de la Cruz* (21). Tomóse el siguiente día posesión de la tierra de S. M. y se levantó una cruz en un cerrillo, presentes algunos indios que tiraban flechas; mataron dos con los arcabuces y los demás huyeron todos y nuestra gente se embarcó. Quisieron el otro día salir en tierra para celebrar la

(21) Posiblemente donde hoy está situada la capital *Hotiara.*

misa y vieron cómo los indios habían quitado la cruz y la llevaban, con que los nuestros se volvieron a embarcar, y viéndolos los indios, volvieron la cruz a su lugar y se huyeron.

A diez y nueve de mayo envió el general a don Fernando Enríquez, alférez real, con treinta soldados, a ver la tierra: queriendo dar cara a un gran río, cargaron tantos naturales, que fue forzoso dejarse de esto y defenderse; afirmaron los mineros que el río era de oro; trujeron dos gallinas y un gallo, que fueron los primeros que se vieron, de que mucho se holgó el general, por entender de que cada día se había de ir descubriendo más tierra con mejoría de las cosas.

Envió el general desde allí a don Fernando Enríquez, con el piloto mayor, en el bergantín; navegaron a Lessueste, y a distancia de una legua, se halló un río y cerca de él muchas poblaciones: otra legua más adelante está el río Ortega, y toda la costa llena de poblaciones; y más adelante, en otro río, doce leguas de las naos, saltó el alférez real en tierra, y en ella le salieron de paz doscientos indios a darle plátanos; mas, al embarcarse los nuestros, la convirtieron en pedradas. Navegó a Lessueste, y a cuatro leguas más adelante, se dio en otro río poblado; púsosele nombre de *San Bernardino;* su altura, diez grados, un tercio: está Nordeste Sueste con un muy alto y redondo cerro (22). Dos leguas más adelante, a orilla de un pequeño río, se vio una gran población; saltó en tierra nuestra gente, y los indios, al son de sus instrumentos, se juntaron más de seiscientos, y al embarcar, les tiraron muchas piedras y flechas y, con todo eso, mandó don Fernando Enríquez que no les hiciesen mal. Algunos se echaron a nado y entraron en el bergantín a pedir con muchos halagos una canoa suya; mas viendo que no se la daban y que los amenazaban, se fueron a tierra, y a poco rato trujeron dos, en un palo, un cierto bulto a la playa, y llegándose al bergantín, decían les diesen su canoa y fuesen por aquel puerco, que los nuestros conocieron ser bulto de paja, y ellos que era conocida su treta, y con grandes gritos se echaron todos a nado y, tirando flechas y piedras, se fueron todos a tierra sin que se les hiciese mal ninguno.

Río de Santa.—Fuese en seguimiento del camino a dar en

(22) El monte *Lions Head,* de 1.831 metros.

un grande río con muchos bajos de arena, a donde se vio gente sin número; llamóse río de *Santa Elena*; viéronse en toda la costa muchas llanadas y palmares y, ocho leguas la tierra adentro, una cordillera de muy altas sierras con quebradas, de donde salen los ríos: viose más adelante una punta de arrecife, a donde más de mil indios salieron a flechar a los nuestros, y otros, a nado y zambulléndose, procuraban el *reson*. Había en tierra grande número de gentes, de quien, matando los arcabuces dos, se deshizo la junta huyendo: para su reparo hicieron en la tierra unos bastiones de arena, y aunque se vio, no se les hizo daño; salieron los nuestros a tomar agua, contra quienes se juntó, detrás de los bastiones, un gran número de gente; disparóseles un verso cargado de perdigones y, muerto un indio y muchos heridos, se fueron a meter en la montaña.

Prosiguióse por la costa hasta seis leguas, de donde salieron tres mil indios que presentaron un puerco, muchos cocos e hinchieron las botijas de agua, y con sus canoas las trujeron al bergantín y en él sin armas se entraban a mirarle: el cacique se llamaba *Nobalmua*. Más adelante media legua, hay dos islotes poblados, y al Norueste de estas dos está otra de arena: junto a ellas, seguida la costa hasta la punta de la isla, se hallaron muchas isletas, y entre ellas una grande isla que tiene un buen puerto, su altura diez grados tres cuartos, y de esta costa va corriendo la costa al Sudueste y no se la vio fin: hay de esta punta y puerto cuarenta leguas a donde habían quedado los navíos.

Al Sueste cuarta del Leste se vio, a siete leguas, una isla; no se fue a ella sino a la de Malarta o de Ramos (24), que está con la punta de la isla de Guadalcanal (de donde salieron) Nordeste Sudueste cuarta del Leste; y a diez y seis leguas parte del Sudeste, se fue a dar en buen puerto, que en su entrada tiene muchos arrecifes; está en altura de diez grados y un cuarto, y por ser casi cerrado se le puso *Puerto Escondido*. Los indios andan aquí del todo desnudos y los más con unas mazas, que son de grandor de naranjas, de un metal que parecía oro bajo: tiénenlas puestas y fijas en un palo, para pelear con ellas cuando vienen a las manos.

Saliendo de este puerto, se navegó al Lessueste hasta

(23) Esconderse.
(24) Isla *Malapa*.

cuatro leguas, donde se halló una entrada de un gran río que por su rápida corriente no se pudo entrar en él: cuatro leguas adelante se halló un buen puerto, en diez grados, con una isla a la entrada, que se ha de dejar a la banda de estribor y pasarse por junto a ella; púsose por nombre *Puerto de la Asunción.* Siguiendo la costa al Lessueste está al cabo de esta isla, en altura de diez grados y un cuarto y Nordeste Sudueste con la isla de Jesús, la primera que se descubrió: distancia de ochenta y cinco leguas tiene esta isla de Ramos de largo; no se anduvo toda por la parte del Norte, y por esto no se sabe su ancho. De la isla de Guadalcanal dice así Hernán Gallego, que para andarla es menester medio año, y que había andado de largo de ella, por la banda del Norte, ciento y treinta leguas, y que va corriendo la costa al Oeste con una infinidad de poblaciones, y que hay allí papagayos blancos y de muchos colores.

Isla Treguada.—Del cabo de esta isla de Malarta, se vio al Leste cuarta Sueste otra isla, distancia ocho leguas (25); fuese a ella, y en un pequeño río salieron de paz todos los indios, con sus mujeres e hijos, todos desnudos: llámase en lengua nuestra esta isla la *Treguada,* y en la natural *Brava;* llamáronla así por salirlos a recibir su gente con tregua falsa, y está en altura de diez grados y medio: es muy poblada, tiene mucha comida y contratación con las islas comarcanas; tendrá de boj viente y cinco leguas.

Islas Tres Marías.—Santiago y San Urbán.—De la punta de esta isla, al Sur cuarta del Sudueste, hay a tres leguas unas islas bajas, con muchos bajos a la redonda; están pobladas y llamáronse *Las Tres Marías* (26); no tienen puerto alguno; córrense Leste Oeste cuarta del Norueste Sueste. A tres leguas de Las Marías, hay otra que bojea seis leguas; está en altura de diez grados y tres tercios, tiene buen puerto: a dos leguas Norte Sur, está otra isla que se llamó *Santiago;* tiene de largo cuarenta leguas; córrese del Leste Oeste por la banda del Norte; está en altura de diez grados y tres cuartos: a diez leguas, a la parte del Sudueste, está otra isla grande; córrese Lessueste Oesnorueste en altura de doce grados y medio, y sólo cuatro leguas apartada de la isla de Guadalcanal: llámase isla de *San Urbán.*

(25) Las islas de *Bio y Ugi.*
(26) Islas *Olu Malau.*

Volvióse con lo hecho el bergantín a los navíos, y en ellos hallaron que los indios habían muerto nueve hombres, que con el despensero fueron por agua, escapando solamente a nado un piloto mayor. El cacique de aquella parcialidad se mostraba amigo del general e iba y venía a los navíos muchas veces, y su gente, cuando se iba por agua, hinchia nuestras botijas, y cuando los nuestros fueron a socorrer los otros se juntaron más de cuarenta mil indios, que con muchos atambores y gritos los salieron a recibir. Entendióse se había hecho este daño por un muchacho que les tenían, y no se lo había querido dar el general, aunque el cacique lo había pedido trayendo un puerco y rogando se lo diese; tomáronle el puerco diciéndole hablase al general, que estaba en tierra, y como no se le dio, sucedió la desgracia contada, que se entendió ser por esto.

Otro día, después de sucedido lo dicho, envió el general al capitán Pedro Sarmiento que con toda la gente saliese a tierra a hacer castigo, así en los indios como en sus casas: mató veinte y quemó muchos pueblos, con que se volvió, y se le envió otra vez con cincuenta hombres: quemó todos los pueblos que vio, a donde halló pedazos de los jubones y camisas de los nuestros que mataron; y porque por desprecio habían puesto los indios en unos palos unos pedazos de cocos, entendiendo el general ser las cabezas de los nuestros, envió al Sarmiento con viente soldados a ver lo que era, y quemóles de esta vez ocho pueblos; y con esto y otros grandes castigos, que cada día que saltaron en tierra se hicieron, quedaron los indios amedrentados.

CAPITULO III

En que se prosigue el descubrimiento, y salida del puerto del general; su gran tormenta y llegada a la Nueva España y Pirú

Isla de San Cristóbal.—A trece de junio se hicieron las naos a la vela, y media legua a barlovento, donde habían estado antes con el bergantín, se vieron muchas poblaciones y una isla, y desde allí se fue a una isla, que se llamó *San Cristó-*

bal (27). Tomóse puerto en ella, saltando en tierra el general, que, visto por los indios, decían por señas a los nuestros que se volviesen, y viendo no querían, fue cosa notable de ver las bravuras que hicieron, visajes, temblores y revolcar y escarbar en la arena con los pies y manos, irse a la mar, echar el agua por alto y otros muy extraños ademanes. Tocóse nuestra trompeta a recoger, vino Pedro Sarmiento donde estaba el general con toda la gente, y los indios se vinieron para los nuestros con sus armas en las manos a punto de pelear; cada uno tenía dos o tres dardos, otros *macanas* (28), arcos y flechas: llegáronse tan cerca, que si desembarazaran no dejaran de herir a los nuestros, porque el general les decía por señas que se fuesen, que no los quería hacer mal: esto no aprovechaba, mas antes enarcaban los arcos y hacían muestras de arrojar dardos, y porque no se quisieron ir se dispararon los arcabuces: matando uno y otros muchos heridos, se fueron todos. Entraron los nuestros en su pueblo y en él hallaron gran cantidad de *panes* y *ñames,* muchos cocos y almendras, que había para cargar una nao, y así con las barcas, aquel día, no se hizo otra cosa sino llevar comida a ellas: los indios nunca más se atrevieron a volver, y con lo hecho, nuestra gente se embarcó, porque se acercaba la noche. Este puerto está en once grados y muy pegado a la isla de Santiago por la parte del Sueste; es isla muy estrecha y montuosa (29), la gente como la demás.

ISLAS DE PAURO Y DE SANTA CATALINA.—A cuatro de julio el general envió por caudillo a Francisco Muñoz Rico, con doce soldados y trece marineros, en el bergantín, a descubrir: salió costeando esta *isla de Pauro,* que así se llamaba en lengua natural; córrese hasta media isla, Norueste Sueste, viente leguas, toca una cuarta del Leste y la otra mitad se corre el Este Oeste cuarta de Norueste Sueste: está la punta de esta isla en once grados y medio, y toda ella tiene de boj cien leguas y de ancho siete; es muy poblada. Descubriéronse otras dos islas pequeñas; fuese a la banda del Sur, que es la menor, y estando surtos, vinieron doce indios nadando y entraron en el bergantín, a donde estuvieron un rato, y los nuestros por señas les preguntaron si adelante había más

(27) Mantiene su denominación.
(28) Machete de raja de palma o madera.
(29) Tiene una extensión de 3.050 km. cuadrados.

tierra; a esto dijeron que no, sino a la parte y vuelta del Sueste señalaban que había mucha tierra, y dice Hernán Gallego que también él vio, a la cual no se fue por no tener espacio. Quisieron echar mano a los indios; mas ellos hicieron tanta fuerza, que se huyeron a nado y fueron a su isla, y nuestra gente, saltando en tierra, tomaron algunos puercos, muchas almendras y plátanos; hízose subir un marinero en una palma a ver si descubría tierra por la parte del Sur, o del Sueste, o del Leste, o del Lesnoreste, y no pareció cosa. Púsose a esta isla *Santa Catalina* (30) y el natural es *Aguarí;* su boj es cuatro leguas; es baja y llana; tiene muchos palmares; es muy poblada, y cercada de arrecifes; su altura once grados dos tercios a dos leguas del remate de isla de San Cristóbal.

Isla de Santa Ana.—La otra isla dista tres leguas, y casi la misma altura: llámase isla de *Santa Ana* (31), en natural se dice *Itapa;* tiene de boj siete leguas; está baja y redonda, con un alto en medio a manera de castillo; es bien poblada y fértil, tiene puercos y gallinas, y un puerto muy bueno a la parte del Leste: saltó el caudillo en tierra y los indios acometieron a los nuestros con muchos dardos, flechas y alaridos; venían enbijados (32); con ramos en las cabezas y unas bandas por el cuerpo: salieron a ellos cuatro rodeleros (33) y cuatro arcabuceros, y tres negros y el caudillo delante, peleando todos bien sin ayuda de otros que estaban en tierra aprestándose. El piloto mayor les decía desde el bergantín que no volviesen pie atrás; hirieron a tres nuestros y un negro, que, visto por el caudillo, cerró con ellos y, muertos dos, se huyeron los demás: arrojaron al caudillo un dardo, con tanta furia y fuerza, porque la gente la tiene, que le pasaron la rodela y el brazo y sobró un palmo del dardo a la otra parte, y por esto, tomada agua, se les quemó el pueblo. Miróse desde un alto y no se vio tierra: embarcados, se fue costeando la isla de San Cristóbal; tomaron en una canoa a dos indios, con que, llegando a los navíos, el piloto mayor dio cuenta al general de lo hecho, y como no se vio

(30) Mantiene su denominación.

(31) Se llama igual.

(32) Pintados o teñidos con bermellón.

(33) Soldado que llevaba un escudo redondo y delgado para cubrirse, y armado con una espada.

más tierra y que a la parte del Oessudueste estaba una infinidad de ella, hizo el general junta de todos los pilotos y capitanes y en ella se acordó que se hiciese jarcia (34), alojasen los navíos, y se les dio lado lo mejor que pudo. Hubo en la junta, en razón del viaje que se había de hacer para el Pirú, diversos pareceres, si había de ser por la parte del Sur: acordóse que fuese por la parte del Norte y que no se perdiese más tiempo, porque no se acabasen los bastimentos ni desaparejasen los navíos, y esto se ejecutó.

Miércoles a once de agosto se dieron velas a las naos: tardáronse siete días en montar la isla de San Cristóbal; salieron de ella y con recio viento Lessueste se navegó al Noreste cuarta del Leste, y con algunos contrastes se fue navegando del Lesnoreste al Norte más y menos y en pareja (35): de dos hasta cuatro grados parte del Sur se hallaron muchas palmas atadas, y leños quemados y otros palos y rosuras, que salían de ríos, señales de tierra al Oeste: entendióse ser la Nueva Guinea (36).

A cuatro se septiembre, estando en la equinoccial, quisieron los pilotos hacer al general un requerimiento dando por razón andaban perdidos y ser mejor de golpe subir a uno u otro polo; y unos a otros se decían ser enemigo de Dios y suyo el que otra cosa hacía (37): acordóse seguir la vía, como ayudase el tiempo del Norte al Norueste, y así fueron. En once días caminaron veinte y cinco leguas y se hallaron en cinco grados parte del Norte, y no es de espantar, por ser cierto en aquel paraje de poca altura hallarse pocos vientos y al propósito: tuvieron aquí un aguacero de que se cogió agua y les dio la brisa del Leste y colaterales con algunos aguaceros. Viose tierra y fuese a ella; no se surgió por mucho fondo: salió gente en el batel a buscar agua, y vistos los naturales se huyeron. Viose ir a la vela una cierta embarcación; saltó nuestra gente en tierra y en ella hallaron un escoplo hecho de un clavo, y un gallo y muchos pedazos de cuerda y muchas palmas agujereadas, señal que el agua que los naturales beben es la que cogen allí y que

(34) Revisión de los aparejos de los navíos.

(35) A través del *Indispensable Strait*.

(36) Era la isla de *Bougainville*.

(37) La competencia entre Sarmiento y Hernán Gallego fue muy viva. Mendaña se decidiría como siempre por la opinión de Hernán Gallego de seguir el rumbo hacia la Nueva España.

hacen otras bebidas de unas ciertas piñas que se vieron, con que se volvieron sin agua. Esta tierra son dos islas de quince leguas (38), con dos andanas de arrecifes y canales, y a su remate otras dos isletas; su altura ocho grados y dos tercios: navegóse al Norte, y por las faltas de pan y agua, se iba padeciendo mucho y muriendo alguna gente.

Isla de San Francisco.—Topóse más adelante una isla baja (39), redonda, de mucha arena y matorrales, cercada de arrecifes, despoblada y poblada de muchos pájaros marinos, de boj dos leguas, de altura diez y nueve grados un tercio; llamóse de *San Francisco*. Navegóse al Norte y Noreste hasta treinta grados y un tercio, en el cual paraje, a diez y seis de septiembre, les dio un chubasco de agua menuda: amainaron, y al siguiente día al amanecer, la nao almiranta estaba aún a vista. Dioles en esta ocasión con tanta furia un viento Susueste, que confiesa el piloto mayor no haber visto otra tal furia en cuarenta y cinco años que tenía de navegación, y que le puso espanto; y que hasta media escotilla metió el costado del navío debajo del agua, que a no estar calafateada y clavada, los hundiera allí, y nadaban los marineros y soldados dentro de la nao. Alejóse el batel lleno de cables y agua, y con mucho trabajo se mandó dar un poco de vela al trinquete, y aún no estaban desatadas dos jaretas (40), cuando se hizo el trinquete mil andrajos y en ellos fue volando por los aires, quedando mondas las relingas (41) y la nao zozobrada media hora, hasta que el general mandó cortar el árbol mayor, que fue a la mar con todos sus aparejos, llevándose al salir el canto del bordo, y el agua sobre él una vara de medir. Deshicieron el camarote de popa, y alijado, se dio vela con una frazada (42), con que la nao arribó y navegó al Sur aquella noche, y el día siguiente para atrás, con cincuenta leguas de pérdida y sin vista de la almiranta: este mal viento abonanzó y les dio otro con que se puso la proa a camino con sola la dicha vela.

(38) Isla *Nauru*.

(39) Descubierta el 4 de octubre de 1568. En las cartas, figura alternativamente como isla de San Francisco o de Mourelle.

(40) Jareta, cabo que se amarra y tensa, de obonque a obonque, desde una banda a otra, para sujetarlos, y asegurar los palos, cuando la obencadura se ha aflojado en un temporal.

(41) Cabo con que se refuerzan las orillas de las velas.

(42) Manta.

A diez y nueve de octubre se hizo el viento Lesnoreste y mucho, durando hasta veinte y nueve; por ser el navío molo (43) de mar al través, se anduvo de una y otra vuelta, y se volvió a perder el camino que se había ganado el día antes: negocio de mucha pena. A veinte y nueve de octubre cargó el viento Sueste con tanta furia y mar, y con tantos truenos y relámpagos, que parecía hundirse el mundo: no se puso vela que no la llevase el viento; habiendo en la nao siempre un codo de agua. Desenvergóse la cebadera y púsose por trinquete para correr con ella; mas cargó tanto el viento Sur, que llevó la vela y quedaron sin ninguna: pusieron las frazadas y con ellas se corrió al Noreste hasta otro día postrero de octubre que el viento, con aguaceros, fue rodando hasta que se hizo Oeste, con que se navegó al Leste altura de viente y nueve grados. Pasó el viento al Noreste muy furioso, con que corrió al Sueste y duró hasta cuatro de noviembre, y bajóse a veinte y seis grados por no se poder tener el costado a la mar. Saltó el viento Leste y navegóse al Nornordeste: púsose un mastelero (44) por árbol mayor con una vela que parecía de batel, con que se caminó hasta veinte y siete grados. Saltó el viento al Noreste, que parecía venían allí los demonios, y fuese al Leste cuarta del Sueste: pasó el viento al Lesnoreste, y corrióse al Sudeste, que era camino perdido. Iba la gente de sed y hambre muy fatigada; y tanto cuanto bastaba medio cuartillo de ruin agua y ocho onzas de bizcocho podrido en tan largo viaje, contrarios vientos, roto y mal aviado bajel; ver unos muertos de hambre y sed, otros de la flaqueza ciegos; y en punto de arribar, sin saber a dónde, ni tener con qué, ver los soldados estar jugando la ración de agua, y el perdidoso estar bramando hasta recibir la otra.

Andando en estos contrastes, desaparejados y hambrientos, día de Santa Isabel dio viento, con que se puso la proa al camino. Navegóse hasta altura de treinta grados, y allí saltó el viento al Noreste, que duró hasta siete de diciembre con grandes fríos y nieblas, todo lo cual obligó a volver abajo más de treinta leguas. Algunos soldados se amohinaron e importunaron al general mandase arribar a los bajos

(43) Cansado.

(44) Cualquier palo derecho que sirve para mentener una cosa, en este caso una vela.

de San Bartolomé: respondióles que no quería sino ir a dar cuenta a S. M. de lo hecho, y que, dando a medio cuartillo, tenía agua para viente días, con que sería Dios servido llegasen a la tierra deseada; y que cuando la necesidad obligase, se aconsejaría con su piloto mayor y haría lo que mejor pareciese para la salvación de todos. Estos que gruñían eran seis, que insistían en que arribasen y que el piloto mayor, por estar hecho a aquellos trabajos, no se le daba nada de andar un año y dos en la mar.

A nueve de diciembre se pasó el viento al Sursueste y con él se navegó al Lesnoreste, altura treinta y un grados, en cuyo paraje se vio un palo de pino, mucha *corrióla* (45), gaviotas, un pato y otras cosas, todas señas de tierra. El viento se hizo Norte bonanza; acertó a lloviznar, y los marineros y soldados cogieron agua para tres días; aclaró el tiempo con viento fresco a propósito, y por las pocas velas se caminaba poco; las corrientes corrían mucho y mucho más los deseos de llegar a tierra, a cuya causa se hacía un año cada día. Acabáronse las tormentas, alargó el viento, favorecieron las olas y navegóse a popa, con que la víspera de Nuestra Señora de la O, a la tarde, fue Dios servido de mostrar la deseada tierra, que algunos desconfiados decían no ser posible, y certificados de ella, se alegraron de ver la madre de todos; que la mar es buena para los peces Navegóse aquella noche, y amanecióse junto a dos islas, una legua de tierra firme, altura de treinta grados (46). Habiendo afijado la aguja un día antes, navegóse al Sueste y se ensenaron en una grande bahía, en que surgieron en cieno al pie de un banco de arena, altura de veinte y siete grados tres cuartos: tiene a la punta dos islas, entre ellas y la tierra firme un muy buen fondo; la mayor tiene unos bajos de la parte del Sueste, que salen dos leguas a la mar (47).

A veinte y dos de enero de mil quinientos y sesenta y nueve se entró en el puerto de Santiago, por otro nombre de Salagua, y a tres días allegados, arribó la almiranta, sin árbol mayor ni batel y con sola una botija de agua, y tan

(45) Corriente.

(46) La isla mayor se llama San Gerónimo, frente a la alta California.

(47) Se encuentra la bahía en el llamado desierto de *Vizcaíno*, y la isla se denominan *Cedros* y *Ojo de Liebre*.

necesitada del camino y tormentas como la capitana (48). Su piloto se llamaba Pedro Rodríguez (49); surgió día de la Conversión de San Pablo: vino a Samano, alguacil mayor de México, a saber qué gente era; el cual, dando velas a dos de marzo y a veinte y dos de julio de la punta de Santa Elena, costa del Perú, don Fernando Henríquez, alférez real, llevó la nueva a Lima, con que se acabó este descubrimiento (50).

CAPITULO IV

De cómo se dio principio al segundo viaje de las Islas de Salomón por el ya adelantado Alvaro de Mendaña, en cuya compañía fue por piloto y capitán Pedro Fernández de Quirós. Cuéntase la salida del Callao

Pasados en silencio muchos años, desde el primer viaje arriba dicho hasta el tiempo presente (51), fue Dios servido que en la ciudad de los Reyes, residencia de los virreyes del Perú, pregonó la jornada Alvaro Mendaña, Adelantado, que por orden de S. M. quería hacer a las Islas de Salomón. Tendió bandera, cuyo capitán fue don Lorenzo Barreto, su cuñado, y envió a los valles de Trujillo y Saña otro capitán que se llamaba Lope de Vega, a cuyo cargo estaba levantar gente y hacer bastimentos. Tuvo el adelantado en su expe-

(48) Existe una disparidad de fechas respecto al día de la llegada, en las diversas relaciones del viaje. Mientras Mendaña dice en su relación a Felipe II, que llegaron el 24 de enero, la atribuida a Hernán Gallego, afirma que fue el 26, mientras que el manuscrito de Palacio, como vemos, pone el 22 de enero de 1569. También existen diferencias sobre la llegada de la Almiranta, pues mientras las relaciones de Mendaña y Hernán Gallego dicen que arribó al día siguiente, la de palacio afirma que llegó 3 días después.

(49) Curiosamente se omite que la nao iba mandada por Pedro Sarmiento y Pedro Ortega.

(50) En el puerto de Santiago de Colima permanecieron 40 días; marcharon a Nicaragua, donde permanecieron dos meses, llegando Mendaña al puerto de El Callao el 11 de septiembre de 1569. Antes, el alférez real, Fernández Henríquez, se adelantó para llevar la feliz nueva del regreso.

(51) 26 años.

dición algunas dificultades y contradicciones, las cuales facilitó (52) y ayudó a vencer don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, virrey del Perú en aquella ocasión, conque se despachó y aprestó lo mejor que pudo cuatro ñavíos (53), y se fue de Lima al Callao con su mujer doña Isabel Barreto y toda la gente que había de llevar allí; y con las diligencias que hizo persuadió, llevó por capitán y piloto mayor a Pedro Fernández de Quirós, el cual propuso al Adelantado algunas dificultades que se le habían ofrecido en los discursos que hizo en razón del viaje, así de ida como de vuelta, y todas se absolvieron; conque acabó de resolver en ir a la jornada.

Las desórdenes que en esta jornada hubo fueron muchas, y para el intento que en esta historia se lleva, es fuerza decir algunas de ellas, que a mi parecer han sido la causa del mal fin que tuvo.

Las estrellas del octavo cielo son en grandeza desiguales, porque unas a nuestra vista son grandes y otras pequeñas que apenas se alcanzan a ver. Hay quien dice que si alguna de ellas faltara allá en el cielo, que también acá en la tierra faltara el efecto suyo; quiero decir, que no se entienda que la cosa más menuda que se muestra ha dejado de dañar y puede aprovechar su parte.

Embarcóse el maese de campo, y lo primero que hizo fue atravesarse con el contramaestre de la capitana sobre cosas de su oficio, diciéndole palabras de las que obligan poco e indignan mucho. Descartóse el contramaestre, y queriendo vengarse el maese de campo, se lo impidieron ciertas personas de cuenta. Estaba a esta sazón hablando el piloto mayor con doña Isabel, quien dijo: —Riguroso viene el maese de campo; si aquel fuera el modo de acertar en lo que se pretende, tuviera próspero fin, mas a mí muy lejos me parece de acertar. Y vuelto al maese de campo, le dijo que mirase que el adelantado no gustaría que le tratase su

(52) El marqués de Cañete facilitó a Mendaña los siguientes bastimentos: 60 pipas y cuartones para agua, 16 piezas de artillería, munición para las piezas, 150 arcabuces, 100 botijas de pólvora, 20 quintales de plomo, 300 rollos de mecha. (Relación, Biblioteca Nacional, Manuscrito 196; folio 157).

(53) El marqués de Cañete le vendió a Mendaña, por 8.000 pesos, los galeones *San Juan, San Francisco, San Gerónimo,* al que se unió otra galera propiedad del Adelantado, llamada *Santa Catalina.*

gente con el desamor que mostraba, y más por tan leve ocasión. El maese de campo respondió con gran desgarre: —Mire lo que tenemos acá. Y el piloto mayor, lo que es razón en toda parte, mostróse indignadísimo. El maese de campo con altivez replicó: —Conóceme, ¿no sabe que soy el maese de campo, y que si navegamos los dos en una nao y le mando embestir con unas peñas que lo ha de hacer? Replicó el piloto mayor: —Cuando ese tiempo venga, haré lo que me pareciere no ser desatino; y, yo no reconozco en esta armada otra cabeza sino el adelantado que me ha entregado aquesta nao, cuyo capitán soy, y en llegando le diré las obligaciones que tiene y tengo; y créase de mí, que si entendiera ser señor de todo lo que se va a descrubrir, por sólo no ser mandado por quien tanto se adelanta y tan poca reputación muestra, no fuera a la jornada. Dos buenos soldados que se hallaron a estas razones se alteraron de lo dicho, y llegándose al piloto mayor, le dijeron que allí estaban sus personas, pues la suya habían tanto menester para su viaje. Estimó el piloto su buena voluntad, respondiéndoles que no venía a formar bandos: lo demás que pasó se deja (54).

Embarcóse el adelantado, y con decir que pondría el remedio conveniente se quedó el piloto mayor. Viernes nueve de abril año de nuestro Salvador Jesucrito mil quinientos y noventa y cinco, mandó zarpar áncoras y dar las velas del puerto del Callao de los Reyes del Perú, que tiene de latitud meridional doce grados un tercio, en demanda de los valles de Santa, Trujillo y Saña, de su misma costa y provincia.

CAPITULO V

De lo que sucedió a la armada hasta el puerto de Paita, y qué puertos tocó

Dadas las velas, no se pudo salir del puerto por poco viento. Envióse una bárca a tierra, que volvió luego dicien-

(54) Esta discusión entre Quirós y el Maestre de campo Marino Manrique no figura en los Manuscritos de la Biblioteca Nacional ni en los del Museo Naval.

do hallar la playa llena de gente armada que le impidieron la salida. Gastóse la noche, y venido el día, la galeota se adelantó y entró un barco que iba a entrar en el Callao, y fue por los puertos de la costa visitando los navíos que encontró, tomando de ellos la parte que quisieron; y después de haberlo hecho mejor que pudiera un corsario, llegaron al puerto de Santa, donde hallaron una buena nao cargada de mercaderías y negros que iba de Panamá a Lima. Quitáronla la barca, poniéndola guarda, porque no se pudiese ir hasta que el adelantado llegase, a quien daban por consejo la llevase, así como estaba, para su mejor despacho, y que su valor lo enviaría a sus dueños cuando se lo diese Dios. El adelantado no lo hizo ni consintió se hiciese: el vicario, celoso del servicio de Dios, con ásperas razones reprehendió al capitán y le dijo que estaba descomulgado, y por ello se hizo cargo de pagar lo que tomó, estropeando aquí un soldado: cállase la causa.

Dadas velas, surgieron en el puerto de Cherrepe, que lo es de la villa de Santiago de Miraflores, a donde el capitán Lope de Vega tenía alistada una buena compañía de gente casada y casados: el adelantado le casó aquí con su cuñada doña Mariana de Castro, dándole título de almirante.

Estaba surta en este puerto una nave nueva y fuerte cargando de harinas, azúcar y otras cosas para hacer viaje a Panamá, y aficionados de la bondad suya los oficiales de la almiranta, persuadieron con razones eficaces al general la tomase, y diese por ella la suya que por vieja y mal aderezada justamente lo podía hacer, pues con ella se había de servir mejor al Rey. Mostró el adelantado gran pena de todos estos consejos, y a ellos respondió que su nao era muy buena para ejecutar la ajena. Sintieron los mal intencionados la buena intención, y por salir con la suya dieron de secreto a la nao siete barrenos a fin de obligar, como obligaron, a los soldados a decir que no se habían de embarcar en nao tan rota si no tomaba la otra; en cuya conformidad el piloto y maese presentaron una petición al adelantado, diciendo su nao hacía mucha agua y no estaba para tan largo y arriesgado viaje como el que se quería hacer, por la cual razón le pedían el remedio que tan a la mano tenía. Y el adelantado, visto la determinación de todos, compelido de su necesidad, remitió la causa a su maese de campo, ante quien se hizo información en que se probó cuanto quisie-

ran, y si más quisieran, más probaran; y luego el general mandó que el maese de campo tomase la nao, pero que se estimase la mejora que hacía a la suya por los carpinteros de ribera de la armada, que dijeron valer menos la de la armada seismil y seiscientos pesos de plata ensayada.

Puso luego el maese de campo soldados de guarda a la nao, empezándose a descargar. Estaba en ella un clérigo dueño de la mitad, que viendo la pérdida de su hacienda, se quejó con mucho sentimiento por el rigor y despojo, y así requirió y protestó fuerzas y daños en nombre suyo y de los a quien tocaba: pedía su nao, alegando estar en ella su remedio: fue y vino con sus quejas a la capitana, mas no hubo lugar, ni faltó quien dijo que un cierto soldado le había dado un rempujón y que le amenazó la echaría a la mar. Sintióse mucho de esto el sacerdote, y con grande exclamación decía que había de suplicar a Nuestro Señor, en sus sacrificios, que nunca llegase a salvamento la nao, que no se descargó toda. Gran lástima hizo a los compasivos el buen sacerdote, así por la fuerza hecha como por el tratamiento de la hacienda, y doblaba el dolor ser empresa de los mismos dueños, que tiernamente rogaban y en vano se quejaban de su perdición; mas al fin descargada la nao, se le puso la bandera del almirante, entregando la otra y satisfaciendo el adelantado al sacerdote la parte que en ella tenía, con que se quietó algo. Por la otra parte hizo obligación de pagar dentro de dos años, o antes si viniesen de las Islas de Salomón al Perú, hipotecando a ello todas sus naos. Mucho se quejaba y sentía el adelantado de esta obra en que le habían metido, y así para su tiempo amenazaba a los que entendió ser la causa.

Y porque los tientos en todo se diesen, aún parece que en la justicia de Dios no faltasen, se entienda que en aquel puerto hay muy de ordinario, represadas en ciertas bodegas, muchas mercaderías que de todos aquellos valles se embarcan para Lima, Panamá y otras partes. Algunas de ellas se embarcaron, y el que las tenía con su mujer e hijos. Muchas cosas se dejan y callan, pues bastan las sombras de las dichas para que se vea, que jornadas sin bolsa real que parece que no se pueden hacer sin daño de partes.

El maese de campo, porque debía de querer en sus ordinarios y primeros pensamientos de no tener paz, tuvo cierto piconcillo con el almirante, que aunque menudencia, pare-

ció principio a desórdenes; que para haberlas, por mínimo que sea, como el demonio atiza, resobra. El adelantado iba deseosísimo de llevar gente de bien, y así por cosas que le movieron echó en tierra ciertos hombres y mujeres, y bien creo que pudiera echarlos a todos e irse solo a su jornada (55). Aquí por una ocasión ligera estropearon y dejaron un sargento: quién fue la causa y lo hizo, me perdone el lector, pues se deja entender, y porque no soy amigo de decir aunque lo haya mal.

Asentadas estas cosas, mandó el adelantado al piloto mayor hacer cinco cartas para su navegación, una para él y las cuatro para cada piloto la suya; y que no mostrase más tierra en ellas, que la costa que hay en el Perú del puerto de Arica al de Paita y dos puntos Norte Sur, uno con otro; el uno en siete y el otro en doce grados y mil quinientas leguas al Poniente de Lima, que dijo ser lo extremo, según latitud, de las Islas que iba a buscar, cuya longitud era mil cuatrocientas y cincuenta leguas (56); y que hacía poner más las cincuenta, por ser mejor llegar antes que después, y que el no mandar describir más tierra lo hacía, porque no se le derrotase o huyese algún bajel.

Embarcóse el almirante en la nao nueva, y los bastimentos se repartieron, que no eran tantos ni tan buenos como eran menester; pero suplió esta falta los muchos que los soldados y demás gente compraron y por otros medios se hubieron.

Restaba solamente hacer el aguada por el poco aviamento y mal puerto, a lo cual vino el corregidor de aquel partido, don Bartolomé de Villavicencio, cuya buena y bien mostrada voluntad confesaba el almirante en su despacho; mas como vio en llegando las demasías que hacían, se fue a su casa, llevando los indios y caballos de que nos ayudábamos, por necesitarnos a que nos fuésemos de allí. Esta razón le hizo al adelantado hacer a la vela y seguir su camino con

(55) Felipe II había escrito al marqués de Cañete, que una buena solución para sanear el Perú sería enviar a toda la gente haragana, que pululaba por el Virreinato, a la expedición de Mendaña.

(56) El valor de la legua marina varió a menudo. En la época de los grandes descubrimientos osciló entre los 14 1/9 de Colón y los 17 1/2 de Magallanes. En el *Tratado del Esphera,* de Fleiro (1535), el autor cuenta 16 2/3 leguas el grado.

sólo el agua que en las naos tenía el piloto mayor. Reconocida tan gran falta, le dijo que mirase que era caso terrible salir de puerto con la mitad de las botijas sin agua, sabiendo había de entrar en el mayor de los golfos, y que se mirase bien en ello, porque él no había de dejar la tierra sin llevar cumplida el agua necesaria para viaje tan dudoso y largo. Respondióle el adelantado que los soldados le pedían que los sacase ya de los puertos, a donde se hallaban ya muy gastados, y que si les hubiesen de dar ración de media azumbre de agua, se les diese un cuartillo. A esto respondió el piloto mayor que a su cargo estaba mirar por todos, y no dejarse vencer de importunaciones de gentes que no sabían lo que pedían. Respondióle a esto el adelantado, ya convencido, que lo acabase con ellos, como lo hizo con buenas y malas razones, y hecho, se dieron velas, arribando a hacer agua en el puerto de Paita (57).

CAPITULO VI

De lo que pasó en el puerto de Paita y cómo la armada se hizo a la vela para su viaje

En cada puerto desconcierto, y porque siendo éste de los mejores de la costa del Perú se guardó el bueno para allí. La cólera del maese de campo, que no perdonaba a nadie, se atravesó en el vicario sobre cierta averiguación de sus oficios: hubo palabras entre los dos, y hubiera obras si no se hallara el adelantado presente, que lo estorbó; pero quedaron sentidos y poco amigos. También se empezaron embites entre el maese de campo y el capitán don Lorenzo, sobre chismes que llevó y trajo cierto soldado.

El maese de campo dio un golpe con el bastón a una persona de consideración: él decía que no la conoció, pero la parte bien conocía un palo cuánto pesa. Hubo un poco de alboroto, desnudó el maese de campo su espada (que era presto en esto), y dio tras otro soldado que se había

(57) Hoy cuenta con unos 8.000 habitantes. En la época hispánica, el puerto de Paita alcanzó gran importancia, al ser escala obligada entre Panamá y El Callao.

sentido del golpe del compañero, y huyendo éste le prendieron: incontinenti le quisieron castigar. Salió doña Isabel a pedirlo. Mostróse tan airoso el maese de campo, que echó el bastón en el suelo y se iba a embarcar: porque no se fuese le daba el adelantado facultad contra el preso. Salió en esto el piloto mayor, a quien el adelantado no quería oír, diciendo que aquél había puesto la mano en la barba, y que era género de motín. Suplicóle el piloto mayor (58), no obstante esto, que le oyese o despidiese, y si no quería, estimase la verdad con que acudía a su oficio; y que aquel hombre le habían traído por fuerza y no parecía justo le quitasen la honra. Al fin con ruegos justos el adelantado le dio el preso libre. El maese de campo se había ido a tierra y luego envió por su ropa; mas mostrando el adelantado gana de que se quedase, intervinieron el almirante y el capitán don Lorenzo para que volviese a la nao.

Parecióle al piloto mayor no ser cosa acertada ver los fines de tan desordenados principios, a cuya causa pidió al adelantado le dejase en tierra, y para esto le dio muchas razones que no le parecieron mal. Echóle los brazos al cuello el adelantado, diciendo que sólo un ángel podría llevar bien cuanto decía, que él pondría en todo buena orden y cierto remedio. Tornó el piloto mayor a instar por su licencia, pues a donde su persona estaba, que tan bien entendía el arte de navegar, podría bien excusarse. Mostróse el adelantado con mucha pena de lo que había oído decir, y con su sagacidad, muy blando y amigo le dijo palabras tan melosas que le obligaron a quedar. Embarcóse, y al pasar la barca, le dijeron los marineros: —¡Ah!, señor piloto mayor, muchas idas y venidas son éstas; seamos avisados de lo que piensa hacer, porque ninguno ha de quedar en esta nao aunque a todos cueste la vida. Saltando en tierra, el almirante, el teniente de Paita y otras personas de la armada se llegaron a él a porfiarle y él a dar su razón a todos. Llegó en esta sazón el maese de campo y en alta voz le dijo: —Ea, señor, que anda el diablo suelto entre nosotros por ver si puede impedir esta buena obra; vamos a lo que venimos y él váyase para quien es, que aunque le pese y más diligencias haga, habemos de llevar adelante tan cristiano pensamiento, y en esta jornada se ha de servir con muchas veras

(58) Pedro Fernández de Quirós.

a Dios y al Rey. Respondió a esto el piloto mayor: —Señor maese de campo, para todo eso ha de haber moderación y medios, y vuesa merced es muy manipresto en alzar el bastón, desnudar la espada y maltratar de palabra a la gente de mar, tan necesaria; y como yo conozco el daño, quisiera ver el remedio para cumplir con todas mis obligaciones. El maese de campo, más manso en tierra, respondió que no podía andar un maese de campo tan medido. Replicó el piloto mayor, que bien mirado y muy medido había de ser; que aún estaba en el Perú, y que la gente de mar los había de llevar a las islas y llegados a ellas habían de guardar las naos, y que si los agraviaban como hombres, podían hacer alguna burla pesada; que ellos habían de traer la nueva y llevar el socorro y decir bien de la tierra, o por vengarse, mal, aunque fuese buena. No se aquietaba con la razón el maese de campo, casado con su parecer, y así le respondió, que si los favorecía tanto, que no harían en la mar lo que les mandase; que él los había de hacer saltar más de paso, y que todo lo pasado había sido menester para que no se desbaratase la armada; y cada uno en su oficio parece bien y es orden. Y con esto y otras muchas cosas que allí se dijeron se cerró esta plática.

Embarcáronse los dos, no muy conformes, y el adelantado recogió allí un hombre que le dio dos mil pesos por la plaza de sargento mayor, y con esto se acabó de despachar; embarcando mil y ochocientas botijas de agua, dando instrucciones de la orden que se había de guardar y de la navegación que se había de hacer.

Iban en la jornada trescientas y setenta y ocho personas por la lista: doscientas y ochenta que podían tomar armas; doscientos arcabuces y otras armas defensivas y ofensivas, de que tomó testimonio ante el teniente de Paita, para enviarle al Rey nuestro Señor, como lo hizo.

La nao capitana se llamaba *San Jerónimo:* iba en ella el adelantado, su mujer, su cuñada y hermanos, los oficiales mayores y dos sacerdotes.

El almiranta *Santa Isabel:* iba en ella el almirante Lope de Vega, dos capitanes y un sacerdote (59).

(59) La tomada en Charreque. La barrenada fue posiblemente la *San Juan,* del lote del marqués de Cañete.

La galeota, *San Felipe:* iba en ella el capitán Felipe Corzo, y sus oficiales y gente.

La fragata, *Santa Catalina:* iba por el teniente capitán Alonso de Leyva (60).

Puesto en todo lo dicho la orden referida, viernes diez y seis de junio, el adelantado mandó dar velas y seguir al Poniente el viaje de este puerto de Paita, que tiene de la parte del Sur cinco grados de latitud. Lo que se hizo fue decir, como es costumbre, todos: —Buen viaje nos dé Dios.

Isla de la Magdalena.—Dadas velas, se fue navegando a la vuelta de les Sudoeste, tendido el estandarte Real y las banderas, tocando cajas y clarines y festejando todos a tan deseado día, como tenían aquél. Navegóse con vientos Sures y Sursuestes, que son los vientos del Perú, hasta que subimos a altura de nueve grados y medio, y de este punto se navegó al Oeste cuarta al Sudoeste, hasta en altura de catorce grados. De este paraje se navegó al Oeste cuarta del Noroeste, hasta veinte y uno. Se pesó el sol a medio día, y hecha su cuenta se halló diez grados cincuenta minutos; y a las cinco de la tarde se vio una isla al Noroeste cuarta del Norte, distancia de diez leguas. El adelantado la puso nombre de la *Magdalena* (61), por ser víspera de su día. Entendióse ser la tierra que se buscaba, a cuya causa fue muy alegre para todos su vista, celebrando haber venido a popa, breve el tiempo, amigo el viento, bueno el pasto, y la gente en paz y sana y gustosa. Hiciéronse en el viaje quince casamientos, no se tratando de uno para otro día sino quién se casaría mañana: ya parecía a todos correr parejas con la buena fortuna, grandes las esperanzas, muchas las cuentas y ninguna del bien de los naturales.

Dijo el adelantado al vicario y capellán que con toda la gente de rodillas cantasen el *Tedéum laudamus,* y que diesen gracias a Dios por la merced de la tierra; lo cual se hizo con gran devoción.

El siguiente día, con duda si aquella isla era poblada, se

(60) Ninguna relación hace mención de la permuta del *San Francisco* por la fragata *Santa Catalina.*

(61) La isla Santa Magdalena pertenece a las Marquesas. Fue descubierta el 21 de julio de 1595. Según Dumont D'Urville, era llamada por los indígenas *Otahi Hoa* o *Fetu Hira;* en las cartas de Tessan se la denomina *O-Hita-Oya,* y en la carta inglesa de 1836, que es la que ha predominado, de *Fatu-Hira.*

pusieron las naves al Sur de ella y muy cerca de tierra, y de un puerto que está junto a un cerro o picacho que queda a la parte del Leste, salieron setenta canoas pequeñas, no todas iguales, hechas de un palo, con unos contrapesos de cañas por cada bordo, al modo de postigos de galeras, que llegan hasta el agua en que escoran para no trastornarse, y bogando todos sus canaletes. En cada una los menos que habían eran tres y en la que más diez, unos a nado y otros sobre palos, como cuatrocientos indios, casi blancos y de muy gentil talle, grandes, fornidos, membrudos, bueno el pie y la pierna, y manos con largos dedos; buenos ojos, boca y dientes, y las demás facciones; de carnes limpias, en que mostraban bien ser gente sana y fuerte: hasta en el hablar eran robustos. Venían todos desnudos sin parte cubierta; los cuerpos y rostros todos muy labrados con un color azul, y dibujados algunos pescados y otras labores; los cabellos, como mujeres, muy crecidos y sueltos, algunos los traían torcidos y con ellos mismos dadas vueltas; eran muchos de ellos rubios y había lindos muchachos, que cierto para gente bárbara y desnuda era gusto el verlos, y había mucho de que alabar a su Criador (62).

Entre los demás había un muchacho que parecía de diez años; venía con otros dos en una canoa bogando su canalete, los ojos puestos en la nao, su rostro que parecía de un ángel, aspecto y brío que prometía mucho, buena la color, no albo pero blanco, los cabellos como de una dama que se precia de ellos mucho: era todo tal, que puedo con razón decir, que en la vida tuve tanta pena como que tan bella criatura en parte de tal perdición se quedase.

Venían los indios con mucha furia y priesa bogando sus canoas, y mostrando con los dedos su puerto y tierra, hablaban alto y usaban mucho decir *atalut* y *analut*. Esperaron nuestras naos, y llegados, nos dieron cocos y cierta casta de nueces, una comida como masa envuelta en hojas, buenos plátanos y unos grandes cañutos de agua; miraban la nao y gente y a las mujeres, que a verlos habían salido al corredor, a quienes con afición miraban y se reían mucho de verlas. Alcanzaron de la nao uno con la mano y con halagos le

(62) Sorprende la descripción, pues si los polinesios constituyen una raza híbrida originaria de papúes e indonesios, el color de la piel suele ser moreno mate o cetrino.

metieron dentro: vistióle el adelantado una camisa, poniendo en la cabeza un sombrero, que viéndose así se reía y remiraba dando voces a los demás, con las cuales entraron cuarenta, junto a quien los españoles parecían de marca pequeña: entre ellos había uno que era más alto, lo que hay de hombros a cabeza, que el mayor hombre nuestro que había, con haber uno bien alto (63). Comenzaron a andar por la nao con gran desenvoltura, echando mano a cuanto podían aver, y muchos de ellos tentaban los brazos a los soldados, tocaban con los dedos en muchas partes, miraban las barbas y rostros y hacían otras monerías; y como veían vestidos y tantos colores, mostrábanse confusos, mas los soldados por satisfacerlos se desnudaban los pechos, bajaban las medias y arremangaban los brazos, con que mostraban aquietarse y holgarse mucho.

El adelantado y algunos soldados les dieron camisas, sombreros y otras cosas menudas, que luego colgaban al cuello, danzaban y cantaban a su usanza, y con grandes voces llamaban a los otros, mostrando lo que habían recibido. Empezaron a mostrarse importunos, y enfadado el adelantado de sus demasías, les decía por señas que se fuesen; pero ellos no querían, mas antes con más libertad echaban mano a cuanto veían: unos cortaban con cuchillos de cañas brevemente pedazos de nuestro tocino y carne, y queriendo llevar otras cosas, el adelantado mandó disparar un verso, que como lo sintieron y oyeron, con mucho espanto, sin quedar ninguno en la nao, se echaron todos al agua y nadando se entraron en sus canoas. Quedó sólo uno colgado en las mesas mayores de guarnición y nunca lo pudieron hacer desaferrar, hasta que cierta persona con la espada le hirió en una mano, que mostraba a los demás que en una canoa lo llevaron. En este tiempo ataron una cuerda al bauprés de la nao (64), y bogando tiraban por ella a tierra pensando la habían de llevar.

Con la herida del indio se alborotaron todos, a quienes ponía en orden un indio que traía un quitasol de palmas.

(63) Efectivamente, los indígenas de las Marquesas son son altos (entre 1,70 y 1,75 metros), de rostro ovalado, pómulos salientes y labios gruesos y carnosos.

(64) Palo grueso, horizontal, que en la proa de los barcos sirve para asegurar las estayas del trinquete y orientar los foques.

Entre ellos había un viejo, de una larga y bien puesta barba, que hacía notables fierezas con los ojos, ponía ambas manos en la barba, alzaba los mostachos, estaba en pie y daba voces mirando por muchas partes. Tocáronse caracoles y dando con los canaletes en las canoas se embravecían todos; algunos sacando lanzas de palo que traían arrizadas y otros con piedras en hondas, que no traían otras armas: con buen ánimo empezaron a tirar piedras con que hirieron a un soldado, pero primero había dado en el bordo de la nao, y los de las lanzas, blandiéndolas, hacían acometimientos para tirar con ellas. Los soldados con sus arcabuces apuntaban, y como había llovido, no tomaba fuego la pólvora, fue de ver el ruido y grita con que los indios llegaban y cómo algunos, cuando veían apuntar, se ponían colgados de las canoas dentro en el agua o detrás de otros indios. Pero al viejo de las bravuras se le dio un pelotazo por la frente de que cayó muerto, y otros siete u ocho con él y algunos heridos, se fueron quedando y nuestros navíos andando; y luego vinieron en una canoa dando voces tres indios, el uno traía un ramo verde y una cosa blanca en la mano y parecía ser señal de paz: parece que decía que fuesen a su puerto; mas no se hizo, y así se volvieron dejando unos cocos.

Tendrá esta isla de boj al parecer diez leguas, en todo lo que de ella vimos. Limpia y tajada a la mar, alta y montuosa por las quebradas, que es a donde los indios viven; tiene el puerto a la parte del Sur; está en altura de diez grados y mil leguas de Lima: hay en ella mucha gente (65), porque demás de la que en las canoas vino, estaban la playa y peñas llenas de ella. Desconocióla el adelantado, y así desengañado dijo no ser las Islas en cuya demanda venía, sino descubrimiento nuevo.

CAPITULO VII

De cómo se tuvo vista de otras tres islas, sus nombres, y cómo se tomó puerto en la de Santa Cristina

Isla de San Pedro.—A poca distancia de esta isla se tuvo la vista de otras tres islas, en cuya demanda se fue: la prime-

(65) Actualmente la población de las Marquesas oscila sobre los 4.000 y 5.000 habitantes.

ra, a quien el adelantado puso nombre *San Pedro* (66), estará de la Magdalena diez leguas al Norte cuarta del Noroeste. No se supo si está poblada, porque no llegaron a ella: es isla de cuatro leguas de boj, de mucha arboleda pareja no muy alta; tiene a la parte del Leste un farellón poco apartado de la tierra.

Isla Dominica.—Hay otra isla, que tendrá de boj quince leguas, su nombre es la *Dominica* (67); está al Noroeste de la de San Pedro, distancia cinco leguas: es isla de buena vista, córrese de Nordeste Sudoeste, tiene muy buenas llanadas y aun los altos lo parecían; es muy poblada y con manchas de mucha arboleda.

Isla Santa Cristina, Las Marquesas de Mendoza.—Al Sur de la Dominica está la otra isla a quien se dio por nombre *Santa Cristina* (68): pareció tener nueve leguas de boj, dista de la Dominica poco más de una legua, con canal limpia, hondable. Púsolas, todas cuatro juntas, el adelantado por nombre *Las Marquesas de Mendoza* (69), en memoria del marqués de Cañete, porque en esto, y en hacerse en viernes a la vela con sus navíos de algún puerto, quería mostrar cuán agradecido estaba al despacho que le dio.

De una en otra vuelta, buscando puerto en la isla Dominica, salieron de ella muchas canoas de indios, pareciendo algunos de color más morenos, y dando sus voces mostraban la misma voluntad que los pasados. Venía en una canoa un viejo bien ajestado, que en la una mano traía un ramo verde y otra cosa blanca: llamaba éste en ocasión que vira-

(66) Descubierta el 21 de junio de 1595. Según Dumont D'Urville, su nombre indígena era el de *Montane*. Mr. Tessan la denomina *O-Nateaya*, y según Beltrán de Rozpide, es un islote muy próximo al banco de Marchand.

(67) Descubierta el 21 ó el 22 de julio. Su nombre indígena era *Obiva-Hoa*, y luego aparece en la cartografía como *O-bivaboa*.

(68) Descubierta el mismo día que la Dominica. Los indígenas la llamaban *Tao-Wati*, según Krusenstern; es la *Tabu-Ata* de Stewart, y *O-Hi-tao* de las cartas inglesas.

(69) Realmente, las islas Marquesas constituyen dos grupos de islas: el de NO, o islas de la Revolución o Washington, y el SE., o Marquesas de Mendaña. Están situadas entre los 8° y 10° 30' latitud sur, y los 138° y 141° longitud O. Francia tomó posesión de ellas en 1842, por medio del contraalmirante Dupetit-Towards. Actualmente pertenecen a la Comunidad Francesa, siendo Papeete (Tahití) la capital del territorio de la Polinesia Francesa.

ban de otra vuelta, y así creyendo que las naos se iban, comenzó a dar de nuevo muchas voces, hacía unas señas con sus mismos cabellos, y con ellos y con el dedo apuntaba a su tierra. Mostró el adelantado deseo de ir, mas no se pudo efectuar por ser la parte del Leste y ventar recio este viento y no se ver puerto abrigadó a donde surgir, aunque la fragata, que lo andaba buscando bien cerca de tierra, dijo haber mucha más gente que la de la nao se vio, y que había entrado en ella un indio que con gran facilidad había alzado una ternera de una oreja.

El siguiente día envió el general al maese de campo, con veinte soldados en la barca, a buscar puerto o agua en esta isla de Santa Cristina. Salieron muchos indios en muchas canoas y acercándose le cercaron: queriendo los nuestros asegurarse, mataron algunos, y uno por salvarse se echó a nado llevando un hijo en los brazos, y aferrados los dos fueron a fondo de un arcabuzazo que disparó uno, que decía después con gran dolor que el diablo había de llevar a quien se lo había mandado. Diciéndole a esto el piloto mayor que si tanto lo había de sentir que disparara por alto, dijo que por no perder la opinión de buen arcabucero; y el piloto mayor, que ¿de qué le había de servir entrar en el infierno con fama de buen puntero? Recogióse el maese de campo sin hallar puerto ni agua.

En este mismo tiempo habían entrado en la nao capitana cuatro muy gallardos indios, y como al descuido cogió el uno una perrica, que era el regalo del maese de campo, y dando una voz todos se echaron al agua con un brío muy de ver, y nadando la llevaron a sus canoas.

El día siguiente, que lo fue de Santiago, volvió el general a enviar al maese de campo con los veinte soldados a la isla de Santa Cristina, a buscar agua o puerto. Fue y surto en uno saltó en tierra; con la gente en orden, tocando caja, rodeó un pueblo, y los indios de él se estuvieron quedos mirándolos. Hizo el maese de campo alto, llamólos y vinieron como trescientos: los nuestros hicieron una raya, con señas de que no pasasen de ella, y pidiéndoles agua la trajeron en cocos; con otras frutas salieron las indias. Afirman los soldados ser muchas de ellas muy hermosas, y que fueron fáciles de sentarse junto a ellos en buena conversación, y regalarse todos de manos. Envió a los indios el maese de campo con botijas a buscar agua, pero ellos hacían señas que las cargasen los

nuestros, huyendo con cuatro de ellas; a cuya razón los acañonearon.

Avisado el general del puerto en que estaba el maese de campo, mandó guiar la nao para surgir en él, y estando cerca, con el abrigo de la tierra faltó el viento y de la mar vino un embate que tuvo la nao, el largo de una lanza, de una roca tajada que tenía a pique cincuenta brazas: hubo gran bullicio por el conocido peligro, y así se alargó velacho con que fue Dios servido cogiese viento y con él salió. Vino luego segundo aviso de ser el puerto ruin, fondo de ratones, e imposibilitados de salir una vez entrados. Estaba muy enfadado el adelantado de oír las quejas que había, causadas por el trabajo, de que movido quiso seguir su camino diciendo que bastaba el agua que había en las naos para llegar a sus Islas. Recordóle el piloto mayor la incertidumbre de la mar, a que respondió: —Y si no se halla puerto, ¿qué tengo que hacer? Dijo el piloto, que volver al de la Magdalena, que ya estaba visto y fondado por la fragata, y que por poco más era bueno asegurarlo más. Andaba en este tiempo el maese de campo costeando la isla, y bien cerca del puerto en que había surgido halló otro en donde, avisados de él, se surgió.

CAPITULO VIII

De cómo el adelantado saltó en la isla de Santa Cristina, y lo que pasó con los indios de ella

El día después de surtos, que se contaron veinte y ocho de julio, salió a tierra el adelantado y llevó a su mujer y la mayor parte de la gente a oír la primera misa que el vicario dijo, a que los indios estuvieron de rodillas con gran silencio y atentos, haciendo todo lo que veían hacer a los cristianos, mostrándose muy en paz. Asentóse junto a doña Isabel, a hacerla aire, una muy hermosa india, y de tan rubios cabellos que procuró hacerla cortar unos pocos, y por ver que se recató, lo dejaron de hacer por no enojarla.

El general, en nombre de S. M., tomó posesión de todas cuatro islas, paseó el pueblo, sembró maíz delante de los indios y habiendo tenido con ellos la posible conversación, se embarcó; quedando el maese de campo en tierra con

toda la gente de guerra, que luego a poco rato se trabaron unos con otros. Y los indios tiraron mucha piedra y lanzas con que lastimaron a un soldado de a pie, sin hacer otro daño; y con esto se fueron huyendo al monte, llevando hijos y mujeres, y nuestra gente siguiéndolos, hasta que se emboscaron todos. Arcabucéandolos, fuéronse a las coronas de tres altos cerros y en ellas se hicieron fuertes atrincherados; y por las mañanas y tardes, todos a una voz, hacían un rumor sonoro y concertado que retumbaba por las quebradas y se respondían a gritos. Deseaban hacer mal despidiendo galgas (70), tirando piedras y lanzas, empero sus diligencias fueron vanas.

El maese de campo puso en tres puestos guardia para asegurar el pueblo y playa, donde las mujeres se estaban recreando, y los marineros haciendo aguada y leña para las naos. Lo que yo sé decir es que si como estos indios son fuertes y animosos usaran flechas, que no faltaran más cuidados que vieron. Muchas diligencias hicieron por ofender, y viendo el poco daño y el mucho que de los arcabuces recibían, procuraban amistad y paces que se dejaba conocer, porque yendo los soldados por sus haciendas, salían amorosamente a ellos, ofreciéndoles racimos de plátanos y otras frutas: parece que debían sentir la falta del regalo de sus casas, porque preguntaban por señas cuándo se habían de ir. Venían ya a los cuerpos de guardia algunos, con cosas de comer que daban a los soldados, y especialmente un indio de buena traza enseñado a persinar (71) y a decir Jesús-María y lo demás; estaban en conversación con sus camaradas, que cada uno tenía el suyo, a quien en viniendo buscaba y se sentaba con él, y por señas unos a otros se preguntaban cómo se llamaba el cielo, tierra, mar, sol, luna, estrellas y todo lo demás que estaba viendo, y ellos muy contentos lo decían y despedían, diciendo amigos, camaradas. Y porque esta amistad no fuese sin paga, hubo cierto hombre que dijo alegre al general, que tenía su perra muy cebada en indios, por un estrago que había hecho la noche atrás adonde tenía de guardia su compañía.

Vinieron otro día en dos canoas once indios, y los dos

(70) Piedras grandes, que arrojadas desde lo alto de una cuesta, bajan rodando y dando saltos.

(71) Persignar, hacer la señal de la cruz.

de ellos con unas sartas de cocos en las manos, en pie, dando voces los mostraban: mandóse no les respondiesen, y a los soldados que alistasen sus arcabuces. Viendo los indios que no les hablaban, hacían sus paradillas; al fin llegaron, y estando junto a la nao, les dispararon a un verso, con que mataron a dos, y los soldados con los arcabuces tres, y los vivos, abajados, bogando apriesa se huyeron. Siguiéronlos en la batel; mas los indios llegaron primero a tierra, y saltando en tierra se vieron sólo tres ir corriendo por encima de las cumbres de unos altos cerros. Trujeron los del batel las canoas, con tres indios que muertos quedaron dentro, porque los demás todos cayeron a la mar; y fue tanta la crueldad, que no faltó quien dijo que con aquellas heridas de la bala del verso, tan fieras y feas, se haría temor a los otros indios, y que lo mismo de fealdad y temor harían las espadas anchas, abriendo grandes cuchilladas; y para que fuesen vistos, los mandó llevar a tierra para que el maese de campo los hiciese ahorcar en parte donde los pudiesen ver los indios. Esto se dijo haber hecho, porque se entendió venían de falso a saber nuestro posible, para venir contra las naos en sus canoas; pero a mí me parece que habían poco que temer cuatro navíos armados, a indios tan desarmados en canoas. El maese de campo hizo colgar los tres indios en la parte más cómoda para el intento referido: los fue a ver cierta persona, y al uno dio una lanzada, y se vino a alabar de aquellas finezas que hizo. Venida la noche, los otros indios los sacaron de allí.

Suele un mal ejemplo dar licencia, y la razón vence a quien la conoce. Tenía cierta persona en su rancho un arcabuz, y un su amigo le cargó y apuntó para tirar a los indios: preguntóle el otro, quitándosele de las manos, qué es lo que pensaba hacer con su buena diligencia; respondió el diligente que matar, porque veía matar. —No es justo, le respondió el amigo, que en negocio de muerte de hombres tanta facilidad se muestre: ¿qué crédito es el que estos indios han cometido para que con ellos se usen crueldades? Ni es valentía con corderos mostrarse leones: mate quien quisiere matar; que si no sabe cuán feo y grave delito es matar un cuerpo que tiene alma, tiempo vendrá que lo sepa, y aunque le pese no le aprovechará.

Vino al cuerpo de guardia el indio, que se ha dicho era amigo del capellán, y porque fuese visto del general lo em-

barcaron muy alegre diciendo: —¡Amigos!, ¡amigos! El adelantado con mucho amor le recibió y regaló; diole conserva y vino, y no la comió y bebió; empezó a mirar los ganados y pareció ponerles nombre; miró la nao y las jarcias, contó los árboles y velas, bajó entre cubiertas y todo lo notó con cuidado más que de indio. Dijéronle, como dijo, dijese Jesús-María; y se persinó con gran risa, mostrando en todo buen ánimo, y luego pidió personas que lo volviesen a tierra; y fue tanta la ley de este indio, que cuando supo que las naos se querían ir, mostró pesarle y se quiso ir con los nuestros.

Tuvo el adelantado deseo de poblar estas cuatro islas para hacer su negocio dellas o dejar allí treinta hombres, algunos casados; mostráronse los soldados quejosos de esto, y sabido la mala voluntad, cesó la suya buena.

Teníase por cosa cierta haberse muerto en estas islas doscientos indios, y alabarse los impíos y mal considerados soldados del tiro que caían, uno, dos o tres; las cosas tan mal hechas, ni se han de hacer ni alabar, permitir ni sustentar, ni dejar de castigar conforme al tiempo.

CAPITULO IX

En que se da relación del puerto, isla y pueblo de los indios, y de sus comunidades y otras cosas

Esta isla de *Santa Cristina* es muy poblada y en el medio alta: tiene sus quebradas y valles, que es la habitación de los indios. El puerto se llama de la *Madre de Dios*, ¡loada sea!, está a la parte de Oeste, en altura de nueve grados y medio, abrigado de todo viento; sólo dejará de ser del viento Oeste, el cual nunca se vio cursar. Su forma parece de herradura, con boca angosta, y a la entrada tiene de fondo limpio de arena treinta brazas; a medio puerto veinte y cuatro, y doce junto a tierra. Tiene por señas un cerro de la parte del Sur tajado a la mar, y en lo más alto dél un pico en que tiene otras, y de la parte del Norte una roca cóncava, y dentro del puerto cinco quebradas de arboleda, que todas bajan a la mar, y un cerro que divide dos playuelas de arena con un chorrillo de bonísima agua que cae de lo alto, de estado y medio, del grueso de un puño, a donde se pueden hinchir

las pipas, y cerca un arroyuelo, de no menos bondad de agua, que viene por junto a un pueblo que los indios allí tienen: de manera que el chorrillo, pueblo y arroyo todo está en la playa que está del cerro a la parte del Norte; y en la otra del Sur, hay unas casas entremetidas con árboles, y a la parte del Leste unos altos cerros de peñascos, con algunas quebradas, de a donde el arroyo baja.

Algunos indios de esta isla no parecieron tan blancos como los de la *Magdalena:* tienen el mismo uso del hablarse, las mismas armas y canoas con que sirven de cerca. Su pueblo es como los dos lados de un cuadro: el uno del Norte Sur, y el otro del Leste Oeste, con las pertenencias bien empedradas; lo demás es como plaza llana de muy altos y muy espesos árboles. Las casas parecían comunidades, son hechas a modo de *galpones* (72) y de dos aguas; el suelo más alto que el de la calle. Pareció se recogía mucha gente en cada casa, porque había muchas camas señaladas, y éstas bajas. Las unas casas con puertas bajas y otras tenían abierto todo el lienzo fronterizo: son armadas de madera y entretejidas de unas muy grandes cañas, que tienen cañutos de más de cinco palmos de largo y gruesas como lo es un brazo, y la cubierta de las hojas de los árboles de la plaza.

Las mujeres, el piloto mayor no vio ninguna porque no se desembarcó a tiempo, y todos cuantos las vieron afirman haberlas lindas de piernas, manos, bellos ojos, rostro, cintura y talle, y ser algunas más hermosas que damas de Lima, con serlo mucho las de aquel lugar; y que en lo tocante a blancura no se podían decir albas, pero blancas: andaban con cierta cobertura de pechos abajo cubiertas (73).

Apartado del pueblo estaba un oráculo cercado de palizada, su entrada al Oeste, y una casa casi en medio, la puerta al Norte, en que había algunas figuras de palo mal obradas, y allí ofrecidas cosas de comer y un puerco, que los soldados quitaron; y queriendo quitar otras cosas, los indios les fueron a la mano, diciendo por señas que no les quitasen nada, mostrando tener respeto a aquella casa y figuras.

Tienen fuera del pueblo unas muy largas y bien obradas

(72) Departamento que se destinaba a los esclavos en las haciendas de América.

(73) Sin duda, es el primer relato exaltando la belleza de las polinesias, que después confirmarían Cook, Boungaville, etc.

piraguas de un solo palo, con forma de quilla, popa y proa, y añadidas con falcas de tablas, amarradas fuertemente con ternelas que hacen de los cocos; y caben bien en cada una de treinta a cuarenta indios bogadores; y con éstas daban ellos a entender, porque se lo preguntaron, que iban a otras tierras. Lábranlas con unas azuelas (74) que hacen de gruesos pescados y caracoles; afílanlas en guijarros grandes que para esto tienen.

El temperamento, salud, fuerzas y corpulencia, dicen lo que es la ropa que se sufría bien de noche, y de día el sol molestaba mucho. Hubo algunos aguaceros, no grandes; rocío ni sereno nunca se sintió, sino muy gran sequedad: tanto que las cosas mojadas, aunque de noche las dejaban en el suelo sin tenderse, se hallaban por la mañana del todo enjutas, aunque no se puede saber si pasaba así todo el año.

Viéronse puercos y gallinas de Castilla, y el pescado es cierto cuando hay mar.

Los árboles, que se ha dicho estaban en la plaza, daban una fruta que llega a ser del tamaño de la cabeza de un muchacho; su color, cuando está madura, es verde claro, y cuando verde, muy verde; la cáscara señala unas rayas cruzadas al modo de piña; su forma no es del todo redonda, algo más angosta en la punta que en el pie, y del pie nace un pezón que llega hasta el medio de ella y de este pezón una armadura de telas; no tiene huesos ni pepitas, ni cosa sin provecho más de la cáscara, y ésa es delgada; todo lo demás es una masa de poco zumo cuando madura, y de menos. De todas maneras se comieron muchas; es tan sabrosa que la llaman manjar blanco; túvose por fruta sana y de mucha sustancia; las hojas de su árbol son grandes y muy arpadas al modo de las *papayas*.

Halláronse muchas cuevas llenas de una cierta masa aceda (75), que dice el piloto mayor probó. Hay otra fruta metida en erizos como castañas, pero tendrá cada una el mello (76) como seis de Castilla, y tiene casi el sabor de ellas; su forma es al modo del corazón llano; muchas se comieron asadas y cocidas y había en los árboles por madurar.

(74) El instrumento indígena, lo compara el cronista con la azuela, que era una herramienta de carpintero, compuesta de una plancha acerada, y un mango corto de madera.

(75) Agria.

(76) Meollo.

Hay unas nueces del tamaño de las de Castilla, de las grandes, y casi parece que parejas en sabor; tienen la corteza muy dura y sin junta, y el miollo suyo no está con la cáscara entremetido, y sale fácilmente y entero cuando la parten; es fruta aceitosa; comióse y llevóse muchas de ellas.

Calabazas de Castilla, se vieron sembradas en la playa, y unas flores coloradas y de buena vista, sin olor; y como no se anduvo en la tierra, y los indios, como se ha dicho, se fueron todos al monte, sólo lo que está dicho se puede decir, y que los soldados dijeron que todos los árboles que había parecían frutales.

Fueron los nuestros muy bien recibidos de los indios, y no se puede saber si les daban la bien venida o qué era su intención; porque como no les entendieron, mal y a esta causa se puede atribuir los daños, que se les excusaran si hubiera quien con ellos los diera a entender.

CAPITULO X

De cómo el adelantado salió de esta isla y se comenzaron las murmuraciones entre la gente de guerra, en razón de faltas y de no se hallar la tierra

En el tiempo que estuvo el adelantado en esta isla, mandó aderezar la galera, porque un día antes de surta había estado colgada del bauprés de la capitana en gran peligro; mandó recoger agua y leña, embarcar la gente y aprestar las naos, con que a cinco de agosto mandó, levantando tres cruces cada una en su lugar, sin otra que en un árbol se esculpió con día y año, cargar áncora y dar velas en demanda de las islas de su descubrimiento. Navegóse la vía del Oeste cuarta del Sudoeste, con el viento Leste que iba haciendo Lessudoeste, y a la dicha cuarta, y a la del Noroeste y al Oeste franco, anduvieron al parecer cuatrocientas leguas.

A tres o cuatro días que se navegó, dijo el adelantado que aquel día se había de ver la tierra que buscaba, nueva que alegró mucho la gente, y mirando a todas partes no fue vista en aquel ni en otros muchos días, y a esta causa empezaron los soldados a decir y a mover cosas (que se dirán algunas) porque se iba alargando el viaje, faltando agua y

bastimentos, que dellos con la nueva de la tierra se había pastado largo, comenzó a mostrarse la flaqueza y desconfianza: y no hay que espantar, que para semejantes empresas han de ser muy hechos a trabajos, y muy sufridores dellos, los que han de poder llevar las faltas y cargas.

Islas de San Bernardo.—Domingo a veinte de agosto, andadas las dichas cuatrocientas leguas, se amaneció junto a cuatro islas pequeñas, bajas, playas de arena, llenas de muchas palmas y arboleda, que pareció tener de boj todas cuatro juntas ocho leguas más o menos. Están como en cuadra, muy cerca unas de otras: tienen del Sudoeste hasta el Nordeste, por la parte del Leste, unos bancos de arena que no pueden ser entrados por estas partes, y descúbrese una cabeza en la restinga que va más al Sudoeste. Púsolas el general por nombre islas de *San Bernardo* (77) por ser su día: quísose buscar en ellas puerto, y a ruegos del vicario se dejó de hacer; no se supo si estaban pobladas, aunque los de la galeota dijeron que habían visto canoas, mas entiéndese fue antojo: están en altura de diez grados y un tercio a la parte del Sur, longitud mil y cuatrocientas leguas de Lima.

Pasadas estas cuatro islas, se halló viento Sudeste, que siempre duró, y a ratos con aguaceros pequeños; y no faltaban gruesos y espesos nublados de varios colores, y de ellos, por extrañeza, se formaban muchas figuras, que en contemplarlas se formaban muchos espacios, y a veces eran tan fijas que no se consumían en todo el día; y por ser a la parte incógnita daban sospecha ser por tierra. Fuese navegando la vía del Oeste y de sus dos cuartas del Noroeste y del Sudoeste, siempre por altura conforme a la instrucción y voluntad del general, que fue no subir a doce grados ni bajar de ocho, y lo más ordinario se navegó por diez y once grados.

Isla Solitaria.—Martes a veinte y nueve de agosto se vio una isleta baja y redonda, llena de arboledas y cercada en tierra de arrecifes que salen fuera del agua; su boj será de una legua y su altura de diez grados y dos tercios, distante

(77) Descubierto el 20 de agosto de 1595. Según Espinosa, son las llamadas *islas Danger*: Byron le puso a una de ellas *Isla del Peligro*, que acaso corresponde a la que Leza denominó *Isla del Paseado*: probablemente se trata de la isla de Mainihiki, en las Esporadas Centrales, y siendo su situacion 10° 10' latitud sur, y 165° longitud O.

de Lima mil quinientas y treinta y cinco leguas; y por ser sola se llamó *Solitaria* (78). Mandó el adelantado a los dos navíos pequeños que fuesen a buscar en ella puerto para hacer leña, de que iba muy falta el almirante, y por ver si traía agua, de que también traía notable falta. Surgieron en diez brazas, y a voz alta dijeron al general pasase de largo, porque toda era suelo de grandes peñascos; los cuales se fueron viendo y pasando por encima con la sonda, unas veces hallando diez brazas y otras ciento; no había fondo, y mirar la nao encima de tantas peñas ponía espanto: no faltó priesa para salir, como se hizo, a limpia mar. Hay en su contorno de esta isla gran suma de carabelas, y la mancha de estos peñascos está al Sur de ella.

Ya iban en este paraje los soldados algo necesitados de sufrimiento, y así, cansados y gastadas las esperanzas, formaban públicas y secretas quejas, y haciendo corrillos había disolución en cosas que fueron rastro o indicio para adivinar lo que pasó después.

El maese de campo (como se ha dicho) era algo arrebatado, y así se había encontrado con muchas personas de la nao. Debía de entender convenir tal modo para hacerse temer mucho; más al fin enseñó la experiencia y el tiempo lo que se podrá decir, y yo paso con que era hacerse querer mal y ocasión de que hubiese contra él criadas malas voluntades y aun amenazas; diciéndose en común: —Aquí no venimos a perder, sino a ganar; el maese de campo mande las cosas del servicio del Rey como el Rey quiere se manden, que todos habemos de obedecer; haga su oficio y deje los ajenos; excuse desprecios y mostrar el bastón, que somos hombres de honra y no lo habemos de sufrir. Bien excusads fueran con tan poca gente tantas cabezas: bastaba nuestro general, que no vamos donde sea necesaria la práctica de Flandes, ni la de Italia, sino a unos indios desnudos, para quien no son menester soldados matadores, sino varones animosos y bien intencionados. Había, sobre todo, escuchas y correo al general y maese de campo, que cada uno tenía los suyos, que de espacio y menuda daban cuenta de todo cuanto disimuladamente procuraban oír; y por lo quitado o añadido disfrazaban la razón de tal manera que el

(78) Está al norte del archipiélago de los Navegantes. Parece ser que su nombre indígena era *Taytí*.

que lo dijo, cuando se la preguntaban, no la conocía. A esta causa había injustos ojos contra personas lejos de culpa, y éstas cuando querían dar sus disculpas y descargo eran menester ángeles para tantos de su abono, porque ya no había lugar en lo segundo por tanto crédito al primero.

La razón era corta y así se basaba la vida, que muchos decían estaba acabada por parecerles que nunca habían de hallar tierra, y que no había necesidad de tanta tasa, pues la muerte era tan cierta; otros decían que las islas de Salomón ya se habían huido, o que el adelantado estaba olvidado del lugar donde las halló, o que el mar creció tanto que ya las cubrió de agua y se pasó por encima; otros decían que por llamarse marqués y hacer sus propios, los había llevado con cuatro quintales de bizcocho a morir en aquel gran golfo, para ir a su fondo a pescar las grandes perlas que les habían dicho de hallar. Ponían argumentos y decían que es cosa y cosa, ha tantos días que navegamos por altura de diez grados, y las islas que buscamos están en los mismos y nunca las hallamos; o quedan atrás, o nunca las hubo, o por este camino daremos la vuelta a todo el mundo, o cuando poco iremos a topar la Gran Tartaria. Ni el piloto mayor que llevamos, ni los demás pilotos ni el adelantado saben a dónde nos llevan, ni a dónde al presente estamos; eran fáciles de dar y quitar palmas a quien querían o las hallaba su gusto.

Los pilotos de los otros navíos decían que subían sus naos por peñas y encima de tierra, porque el lugar donde estaba pintada había muchos días se araba y que por mucha y poca altura se navegaba; y otras cosas decían que eran para decir los soldados. También hubo quien dijo, que en tiempos estrechos y caminos largos, se conocen los verdaderos amigos y soldados.

El piloto mayor, a quien ya por las sospechas no faltaban cuidados de ver que no se hallaba la buscada tierra, y se había pasado tan adelante de la longitud que el adelantado había dicho que tenía, y de lo que oyó de cosas, por ser el archivo a donde todos iban a parar, dijo al general, a fin de que consolase a los soldados, que iban afligidos: a que le respondió que también le habían dicho a él que también iban todos perdidos. El piloto mayor, por satisfacción de su parte, le dijo en alta voz muchas cosas que se callan y concluyó con decir: —Y pues oyo y no me responde quien lo dijo, téngalo V. S. en la cuenta que merece, que yo no vine

a navegar para dejarme perder a mí mismo. Salió el capitán don Lorenzo con cierta razón bien fuera de propósito, a que el piloto mayor respondió: —¿Si no entienden las cosas, para qué las venden por otras? Juntáronse con estas pláticas tres quejosos, diciendo entre sí: —Muy otro es este negocio del que se entiende que fuera; aquí no hay honra, ni vida, según somos todos compañeros y vivimos en esta casa sin puertas, ni sin guardas de amistad. Pero no faltó quien dijo: ¿qué hospitales han fundado o servido para que quieran se mida Dios con sus deseos? Tomen lo que les da con rostro alegre, que esto es lo bueno, y siendo así, lo que falta será tal que nos conviene.

CAPITULO XI

De cómo se descubrió una isla y se reconoció la del volcán, y la pérdida de la nao almiranta

El tropel de todas estas cosas y por decir, las pasó el adelantado con mucho sufrimiento, procurando evitar pecados públicos y secretos, en que hizo cuanto pudo, y más en procurar la paz de todo, dando ejemplo. Con las cuentas en las manos, y sin juramento mandaba sin perder día rezar la salve, delante de una imagen de Nuestra Señora de la Soledad (que el piloto mayor lleva por ser su devoción), y las vísperas días festivos los hacía celebrar solemnemente, banderas tendidas y gallardetes colgados, tocando los instrumentos de guerra. Hacía ser diestros a los soldados, y cada tarde alarde; por su persona acudía a las obras del galeón, ayudando a cuanto podía, aunque fuese en lo de más trabajo.

En este estado se hallaba la capitana cuando de la almiranta se pidió al adelantado una barca de leña, diciendo que a falta de ella habían quemado cajas y *cataes* e iban gastando las obras muertas de la nao. Esta se dio, y el otro día se llegó a la capitana a dar, como era costumbre, el buen viaje, y el maestre de ella significó al general su mucha necesidad y le suplicó no se apartase de su compañía, con que estarían todos animados. Pidióle socorro de agua, diciendo que sólo tenían nueve botijas de ella; mostróse el almirante con mucha tristeza y dijo que las faltas de su nao eran muchas y su

determinación morir con aquella gente; pues a su causa habían venido allí. El adelantado los alentó cuanto pudo y les mandó diesen velas, que ya sus islas no podían estar lejos. Representóle el maestre que por llevar poco lastre iba la nao muy celosa, y a esta causa no sufría mucha vela, y que pues tenía ciento y ochenta y dos personas, que siquiera le diese veinte botijas de agua: el adelantado, aunque en su nao había en aquella ocasión más de cuatrocientas llenas, no quiso dar ninguna por parecerle embite falso.

Destos y otros malos tragos se pasaban, navegando hasta siete de septiembre, que este día, con viento Sudeste algo recio, se navegó a popa con sólo el trinquete bajo, sin boneta, al Oeste franco. Había por la proa gran cerrazón de una estable y fumosa ceja, y por esta razón mandó el piloto mayor a la galeota y fragata, fuesen delante a vista la una de la otra y del galeón, y que si viesen tierra o bajos u otra cosa de que avisar, hiciesen por señas dos lumbres, que otro tanto se haría en respuesta o en aviso; pero pudo tanto el recelo que se quedaron luego atrás la noche.

Con esta trabajosa duda se iba navegando con el cuidado a que tal noche obligaba, y como a las nueve de ella vio la nao almiranta, y a las once por la banda de babor estaba un grande y muy espeso nublado, que por aquella parte suya cubría el horizonte; los marineros, y todos los que levantaban los ojos puestos en él, dudosos si era tierra. Corrió el nublado su cortina, que era un grueso aguacero, y luego muy a lo claro se vio tierra, de que no estaba una legua, y reconocida con el regocijo que suele, en alta voz se pregonó la tierra, que todos salieron a ver. Cogióse al galeón la vela y puesto de mar en través se hicieron muchas señas a los otros navíos, y tanto, que aunque la noche era oscura, se podían ver a muy gran trecho. Respondieron de los dos y del otro no se vio seña. Pasó la noche enviando Dios el día, con que se vio al Sudeste una punta rasa, algo gruesa y negra por ser abundante de arboleda de muy hermosa vista, y mirando por el navío no se vio la almiranta, de que todos quedaron tristes y confusos, mostrando el sentimiento que era razón se mostrase; y quien más perdió de vista fue doña Mariana de Castro, esposa del almirante, que por su falta bien lloró y continuó, y el general, aunque quiso, no pudo disimular, como todos a quien amargó su parte. Lo que se puede decir es que siempre estuve receloso de la pérdida

de esta nao, por muchas razones que se pueden dar, cuya falta por pérdida se dijo en Saña, por ser distancia de mil ochocientas y cincuenta leguas. El otro día al amanecer se dijo por una india que lloraba por muerto a un soldado amigo suyo que iba en ella.

Descubrióse también con el día un solo y amogotado cerro en la mar, alto y muy bien hecho, a modo de pan de azúcar, todo tajado, y a la parte del Sudeste otro cerrito. Pareció su cuerpo de tres leguas; está ocho de la isla, no tiene puerto ni parte a donde poder saltar por el alcantil; es todo pelado por no tener árbol ni cosa verde, sino una color de tierra y piedras de extraña sequedad; tiene algunas hendidas, en especial dos a la parte del Oeste, y por ésas y lo más alto del cerro sale con estruendo mucha cantidad de centellas y tanto fuego, que puedo decir con verdad que diez volcanes que he visto, todos juntos no echan tanto fuego cuanto solo éste echaba. Cuando se descubrió no se vio echar fuego; tenía una punta muy bien hecha, que a pocos días que se tomó puerto en la isla descoronó, reventando con muy gran temblor, que con ser diez leguas distante de él donde surgió, se oyó y sintió moverse el navío; y de allí adelante, de cuando en cuando, había muy grandes truenos dentro de él, y esto al salir de él fuego, y en acabando salía tanto y tan espeso humo que parecía tocaba la superficie cóncava del primer cielo, y después quedaba ordinariamente bruñendo (79).

Mandó el adelantado a la fragata fuese a bojear el volcán, que al Oeste estaba, por ver si acaso el almirante había pasado a la otra banda de él y a su abrigo estaba en calma, y que viniese en demanda de la isla, y que se iba. A los soldados mandó que se confesasen, y por ponerles gana, él mismo se confesó en público, y el vicario por su parte les persuadió, pues salían a tierra no conocida, a donde no faltarían enemigos ni peligros.

(79) El volcán Tinaula.

CAPITULO XII

De cómo salieron a las naos, de la isla, muchas canoas; dase razón de ellas y los indios, y de lo demás que pasó hasta que se tomó puerto

Estando ya cerca de esta isla, salió de ella un canalucho con su vela y detrás de él una flota de otras cincuenta, y dando voces y meneando las manos llamaban a las naos, y aunque con recelos también los llamaban los nuestros. Llegaron: la gente que en ellos venía era de color negro atezado y algunos más loros (80); hombres todos, de cabellos frisados, y muchos los traían blancos, rubios y de otros colores, por ser cierto el teñirlos y quitado la mitad del en la cabeza, y hechas otras diferencias; los dientes teñidos de colorado: venían todos desnudos, salvo partes que las cubrían con unas telas blondas, y con tinta más negra que su color embijados todos, y de otros colores hechas en el rostro y cuerpo algunas rayas. Traían ceñidas y en los brazos muchas vueltas de bejuco (81) negro, y al cuello colgados muchos sarteles de cuentecillas muy menudas, de hueso y ébano y dientes de pescados; y de las caras de los ostiones de perlas, colgadas por muchas partes, muchas patenas chicas y grandes. Las canoas eran pequeñas, algunas venían amarradas de dos en dos, con unos lechos un poco altos y contrapesos, así como los de las primeras islas. Sus armas eran arcos, y las flechas tenían púas muy agudas de palo tostado y otras de huesos arponadas, y algunas de plumas metidas en carcajes untadas las puntas, que pareció ser yerba; y aunque de poco daño, traían piedras, *macanas* de madera pesada, que son sus espadas, dardos de palo recio con tres órdenes de arpones, en más de un palmo de punta; y como se trae el tahalí traían unas mochilas de palma bien obradas, llenas de bizcochos, que hacen de unas raíces, de que todos venían comiendo, y con facilidad dieron parte. Como vio el adelantado su color, los tuvo por la gente que buscaba, y decía: ésta es tal isla, o tal tierra. Hablóles en la lengua que en el primer viaje aprendió; pero ni ellos a él, ni él a ellos jamás entendieron (82).

(80) De moreno tirando a negro.

(81) Ligaduras de plantas, sarmentosas.

(82) Realmente no se podían entender, porque Mendaña no había

Pasáronse a mirar las naos, y todos andaban graznando al redor de ellas: nunca quisieron entrar, aunque más se les persuadió; antes, hablando unos con otros, se pusieron pronto en armas, a que parece les persuadía un indio alto, flaco y viejo que en la delantera estaba; y sin esperar más se enarcaron los arcos para tirar. Hablábales el viejo y luego se abatían; corría la palabra de unos a otros y no se acababan de determinar, y finalmente, resueltos y dando grita, tiraron muchas flechas, que clavaron por las velas y otras partes de los navíos, sin hacer otro mal ni daño. Visto esto, se mandó a los soldados, que ya estaban prestos, los arcabuzasen: mataron a unos e hirieron a otros muchos, con que todos, con grande espanto, se fueron huyendo, y en el batel se les siguió con cuatro arcabuceros, y alcanzados, se echaron dos a nado por salvar las vidas, que dejaron, y los demás, saltando en la playa, se emboscaron en la montaña.

Andúvose de una en otra vuelta buscando puerto, de todos tan deseado, con la paciencia gastada por el mucho trabajo que juzgaban padecían, entendiendo estaba el refrigerio cierto en saltando en tierra. Vino la fragata sin hallar la almiranta, que de nuevo dobló la sospecha y pena, y todos los tres navíos surgieron a la boca de una bahía al abrigo de unos bajos. El fondo era a pique, y con la creciente de la marea garró el galeón como a las diez de la noche, y con el peligro de dar en los bajos salió el general para animar a la gente y levar las áncoras. La priesa y bullicio fue grande por estar el peligro cerca, y el ser de noche lo hacía más cerca: no se podía soportar el descuido de los soldados; pero no faltó quien dijo a voces: —No son causas ni descuidos los servicios que han de merecer con el Rey; salgan de debajo de cubierta los peruanos bravos, y pues hay la fama, haya las obras: dentro en sí los tiene esta nao; ayuden aquí, pues es para fama y para redimir sus propias vidas. No quisieron ni les obligó la vergüenza, y sin ellos fue servicio Dios que se recogieron las áncoras, y dadas velas salió la nao a ancha y limpia mar con trabajo, porque entraba el agua y los hacía rodar.

llegado a las islas Salomón, sino a la de Santa Cruz, descubierta el 7 de septiembre de 1595; se encuentran entre las islas Salomón y las Nuevas Hébridas, y forman un grupo de siete, de las cuales la de Santa Cruz es la mayor. Actualmente pertenecen a Inglaterra.

En amaneciendo, el adelantado se embarcó en la galeota y fue a buscar el puerto, y halló uno el piloto mayor, aunque pequeño, que está al Noroeste del volcán, abrigado del Sudeste, que tiene doce brazas de fondo, pueblo, río, lastre y leña y partes airosas. Volvióse el adelantado sin hallar puerto y las naos a entrar en la bahía, y por ser ya tarde se surgió en una punta que allí había: saltó el sargento en tierra con doce arcabuceros para asegurar el puesto. Los indios de un pueblo que cerca estaba, los salieron a flechar con tanto ímpetu, que los obligó a hacer fuertes en una sola casa que allí estaba: de la nao se dispararon dos versos, con que los hicieron parar y huir, y la barca fue a traer la gente. Andúvose toda la noche por el mar, y el siguiente día, el adelantado halló en ella un puerto muerto y abrigado de todos vientos, a donde se surgió, en quince brazas de fondo de lama, y junto tierra, río y pueblos, de los cuales se sintió toda la noche músicas y bailes a su usanza, con palos unos con otros y tamboriles de palos huecos, en que los indios la pasaron.

CAPITULO XIII

De cómo los indios vinieron a ver las naos, cómo se halló otro mejor puerto, la -guazabra- que los indios dieron y lo que hubo hasta que se pobló

Surtos en donde se ha dicho, vinieron a ver las naos y gentes muchos indios; los más de ellos traían unas flores coloradas en las cabezas y ventanas de las narices, y a persuasión de los nuestros entraron algunos dentro de la nao, dejando las armas en sus canoas. Entre los demás entró un hombre de buen cuerpo y color loro, algo flaco y cano; parecía su edad de sesenta años, y su rostro y voluntad de hombre bueno; traía en la cabeza unos plumajes azules, amarillos y colorados, y en las manos arco y flechas con puntas de hueso labradas, y a sus dos lados dos indios de más autoridad que los demás: éste entendimos ser personaje, tanto por señalarse más que los otros, cuanto por el respeto que todos le tenían. Entró luego preguntando por señas quién era nuestra cabeza: el adelantado le recibió con

grande amor, y tomándole la mano, le dio a entender quién era. El le dijo que se llamaba MALOPE, y el adelantado a él, Mendaña: entendióle Malope y le dijo, aplicando a sí el nombre, que se llamaba Mendaña y a el adelantado que se llamase Malope; y como se acabó de satisfacer de este trocado, mostró estimarlo mucho, y cuando le llamaban Malope decía que no, sino Mendaña, y por señas con el dedo mostraba a el adelantado, diciendo que aquél era Malope.

También decía se llamaba JAURIQUI, y este nombre pareció ser de cacique o capitán. El adelantado le vistió una camisa y dio otras cosas ligeras de poco valor; a los otros indios dieron los soldados plumas, cascabeles, cuentas de vidrio, pedacitos de tafetán y algodón, y hasta naipes, y todo lo colgaron al cuello: enseñáronles a decir amigos, cruzando los dos dedos índices y abrazándose asimismo en señal de paz, lo que aprendieron y usaron mucho: mostráronles espejos, y con navajas les limpiaban la cabeza y barbas, y con tijeras cortaban las uñas y pies y manos, y de todo se holgaron mucho y espantaban; mas pedían con instancia las navajas y tijeras. También procuraban saber lo que estaba debajo de los vestidos, y desengañados, hacían las mismas monerías que hicieron los de las primeras islas.

Esto duró cuatro días; iban y venían, traían y daban lo que tenían de comer. Un día vino Malope, que era el que más frecuentaba y más amigo se mostraba, junto a cuyo pueblo los navíos estaban surtos; juntáronse con él cincuenta canoas en que traían sus armas escondidas, todos esperando a su Malope, que estaba dentro de la nao capitana, de donde, porque un soldado tomó un arcabuz en las manos, se fue huyendo a sus embarcaciones sin que le pudiesen detener, y luego a tierra todos tras de él: en la playa había otro golpe de gente, de quienes con gran alegría fue recibido, y todos juntos hicieron grandes consultas. Los soldados se mostraron apesarados de ver tanta paz, y más quisieran que dieran ocasiones de romper y darles guerra.

Aquella misma tarde, los indios sacaron todo lo que en unas casas más cercanas había y lo retrajeron al pueblo de Malope, y la noche siguiente hubo de la otra parte de la bahía grandes fuegos, que duraron la mayor parte de ella; pareció ser señal de guerra, y se confirmó por la sospecha que aquel día habían dado las canoas andando de unos a

otros pueblos a mucha priesa, como que aprestaban, o avisaban de algo.

La mañana siguiente salieron de la galeota en el batel a buscar agua, en un riachuelo que muy cercano estaba, y andándola cargando, estaban pocos indios emboscados y dando gritos, flecharon a tres de los nuestros y los vinieron siguiendo hasta la barca, de donde porque los arcabuceros se detuvieron. Los heridos fueron curados y el adelantado madó al punto al maese de campo saliese a tierra con treinta soldados y a fuego y sangre procurase hacerles todo el daño que pudiese; mas los indios hicieron rostro (83), de que murieron cinco y los demás huyeron: retiróse nuestra gente a su salvo, y embarcada se vino para las naos, dejando cortadas palmas y quemadas ciertas canoas y casas, y trajeron a tres puercos que mataron.

Este mismo día envió el adelantado al capitán don Lorenzo, con veinte soldados y marineros en la fragata a buscar la almiranta; llevando por instrucción, que por la parte que estaba por ver la isla la bojease y se fuese a poner en el paraje donde había anochecido la noche que se vio la tierra, y que estando allí fuese del Oeste al Noroeste, que era el rumbo que la almiranta podía llevar, fuera del que la capitana había seguido, y que viesen lo que por aquel camino hallaban.

Ordenó también al maese de campo, se aprestase con cuarenta soldados a ir aquella madrugada, como fue, a unos ranchos que cerca en un cerro estaban, para hacer castigo en los indios, por los nuestros que flecharon, y por ver si con el daño hecho a éstos podían excusar otros mayores. Llegó sin ser sentido de los indios, cogióles los pasos, cercóles las casas y les pegó fuego y embistió a siete indios que dentro estaban, los cuales, viéndoles apretados de fuego y gente, procuraron defenderle como hombres de valor, y no bastando, embistieron con los nuestros y se metieron por sus armas sin estimar las vidas: las dejaron los seis, y el que escapó corriendo fue mal herido. El maese de campo se recogió a las naos y trajo flechados siete soldados, y cinco puercos muertos.

Venida la tarde, vino Malope a la playa porque los pueblos y canoas que se quemaron eran suyas, y en voz alta

(83) Frente.

llamó al adelantado por nombre de Malope, diciendo: —Malope, Malope; y dándose en los pechos por sí mismo decía: Mendaña, Mendaña. Abrazóse, y deste modo se quejaba, mostrando con el dedo el daño que le habían hecho; y por señas decía que su gente no había flechado a la nuestra, sino los indios de la otra parte de la bahía, y enarcando el arco daba a entender, que todos fuésemos contra ellos, y que él ayudaría en la venganza. Llamólo el adelantado, con deseo de que viniese para darle satisfacción; pero no vino y se fue, volviendo otro día en que hubo de parte a parte mucha amistad.

El día de San Mateo apóstol y evangelista, se dieron las velas de este puerto para otro mejor y más acomodado, que se halló a media legua, dentro de la misma bahía. Yendo navegando hacia él, vino el capitán don Lorenzo y trajo por nuevas, que bojeando la isla en cumplimiento de la instrucción que llevó, vio en ella, Norte Sur con la bahía donde estábamos surtos, otra que no parecía menos buena y que mostró más gente y embarcaciones; y que más adelante vieron junto a la isla grande, otras dos medianas muy pobladas; y que en la parte del Sudeste ocho leguas, vieron otra isla que pareció tenerlas de boj; y que nueve o diez leguas, como a Lesnoroeste de donde nos anocheció cuando se vio la tierra, topó con tres islas, la una de siete leguas de cuerpo y las otras dos muy pequeñas, todas tres pobladas de gente mulata, color clara, y llena de muchas palmas, con una gran cantidad de arrecifes que corrían al Oesnoroeste, con sus restingas y canales a que no vieron fin; y que de la nao buscada no hallaron rastro alguno.

Surgióse en el ya dicho segundo puerto, y toda la noche los indios de aquella parte la pasaron en dar gritos, como que toreaban o hacían burla, y muy claro decían *amigos,* y luego a voces; y en esto y en hacer fuegos se pasó. Venida la mañana, vinieron de tropel a la playa más cercana cantidad de quinientos indios, todos con sus armas en las manos, con las cuales y con furia de enemigos amenazaban y tiraban a los navíos muchas flechas, dardos y piedras; y viendo que no alcanzaban con ellas, muchos se metían en el agua hasta los pechos, otros a nado, en suma, todos en voluntad, diligencias y alaridos estaban parejos. Acercáronse tanto, que aferrados a las boyas de las naos se iban con ellas a tierra; hasta que visto por el adelantado su atrevimiento,

mandó al capitán don Lorenzo, su cuñado, que con quince soldados en la barca saliese a escaramuzar con ellos: los rodeleros amparaban a los arcabuceros y bogadores, y con todo flecharon a dos, y fueran más si no fuera por las rodelas de que pasaron algunas de parte a parte. Los indios peleaban muy esparcidos y de salto, y se mostraban tan briosos, que se entendió habíamos encontrado gente que sabría bien defender su casa; pero esto duró en cuanto les pareció que nuestras armas no hacían el mal que hicieron y vieron; que como se desengañaron con la muerte de dos o tres, y de algunos heridos, desampararon la playa, y dejado el brío, tomando la del camino de su casa, llevaron los muertos y heridos, a quienes metieron arrastrando con la priesa que los nuestros les dieron en el monte; los heridos los llevaron en los brazos, y a otros ayudaban a andar, dejando por donde iban el rastro de su propia sangre.

El capitán don Lorenzo, aunque no llevaba orden de desembarco, con la gente siguió los indios, y el maese de campo, que desde la nao estaba mirando el suceso, le dijo a voces, que ponía la gente a riesgo, que a ser otro que era, lo castigara por haber tomado la licencia que no se le había dado. Sintióse mucho de esto doña Isabel, y es que debió entender, que por ser hermano suyo no había en la disciplina militar para él cosa limitada. Embarcóse el maese de campo con treinta soldados, con quienes desembarcados todos fueron en seguimiento de los indios, que por no esperar no hubo cosa que contar. Túvose por cosa cierta, que había dicho el maese de campo al capitán don Lorenzo que si no había de obedecer, ni era para ser capitán, que arrimase la jineta, que no faltaría a quién darla que supiese lo que había de hacer; y que sabido esto por doña Isabel, había dicho palabras de que se sintió mucho el maese de campo, el cual no se volvió a embarcar, sino aquella noche se fue a dormir a uno de los pueblos de los indios que estaba cerca, y solo; que todos aquella noche guardaron bien el silencio.

CAPITULO XIV

De cómo se comenzó a tratar de la población y de lo que pasó, poblando, con las quejas de los soldados

El siguiente día, hallándose el maese de campo en tierra, trató, con los soldados de desmontar un sitio que junto a un grande manantial estaba para la fundación de un pueblo. No agradó el lugar a los soldados por entender sería enfermo, y por esto se vinieron a la nao, algunos de los casados, a avisar al adelantado de la determinación del maese de campo y pedirle saliese a tierra, a hacer que se poblase en uno de los pueblos de los indios, que estaban las casas hechas y los sitios usados, que no podían dejar de ser más a propósito que el lugar que se escogía; y que pues los indios no tenían poblado allí, era indicio de su mala disposición; o si no, que hiciese lo que mejor le pareciese.

Salió a esto el adelantado a tierra e hizo junta; y porque los solteros fueron del parecer del maese de campo, incontinente se sacaron hachas, machetes y azadones, empezando a cortar árboles que los había de lisos troncos, altos y coposos y en hojas muy diferentes. Poco contento quedó el adelantado del acuerdo, por ser su intento poblar en una punta rasa, que está más a la entrada de la bahía, a donde fue con el maese de campo y soldados; y todos vinieron diciendo de la tierra ser una Andalucía, y muchas las haciendas que los indios allí tenían y el sitio para un pueblo tan agradable como bueno.

Con mucho gusto los soldados cortaban árboles, traían palos, con que armaban chozas, y las palmas y ramos con que las cubrían: olvidados de lo que trabajaban y del regalo que habían dejado, y del poco que de presente tenían, no se acordaban de patrias, ni de haber dejado la provincia del Perú tan rica y larga, a donde no hay hombre pobre de esperanzas. Todas las dificultades representadas y a la vista se vencían por su Dios y por su rey; que todo lo puede el ánimo y valor de los españoles, a quien no espantan trabajos ni malos sucesos suyos ni ajenos, por arduos ni temerosos que sean. Al fin hicieron sus casas y plantaron sus tiendas, cada uno como mejor pudo, para principio de las que habían de hacer en partes donde entendieron vivir y acabar con honra y fama; mas pudo el diablo tanto con algunos,

que tenían en el alma las delicias de Lima, que bastaron para robar a los demás sus altos pensamientos, y abatir así el ánimo como la constancia que para conservarse y permanecer en tales cosas es menester.

No se desembarcó el adelantado, y desde la nao mandó lo que le parecía convenir al buen gobierno de su gente; mas los soldados, a quien pocas veces o ninguna las cosas limitadas parecieron bien, comenzaron a quejarse de un bando que el adelantado mandó echar, en razón del buen trato de los naturales y de sus casas y haciendas; y no faltó quien les dijo que no les había de dar repartimiento, sino una moderada paga, pues bastaba haberlos llevado a su costa, y que todo era suyo, y otras cosas que notaban y bastaron para acordarse de lo que habían gastado y dejado, y del trabajo que padecían y esparaban; con que subían quejas de punto y por todo punto iban perdiendo el amor.

CAPITULO XV

En que se da particular relación de esta bahía, indios, puerto, pueblos y bastimentos, con lo demás que se vio en ella

Esta bahía, a quien el adelantado puso por nombre la Graciosa, que tal es ella, tendrá de circuito cuarenta leguas y media; córrese de Norte Sur cuarta al Nordeste y Sudoeste; está en lo más occidental de la isla, por la parte del Norte de ella y al Sur del volcán ya dicho; tiene de boca media legua, y a la la parte del Leste un arrecife; pero muy franca la entrada. Esta bahía se hace con una isla que está de la parte del Oeste, cuyo puerto es de cuatro leguas; es fertilísima, y muy poblada por las orillas y tierra adentro, y tanto que la llamábamos la nuestra huerta: está apartada de la isla grande poco espacio, con piedras y bancos y algunos pequeños canales por donde no pueden pasar sino bateles y canoas. El puerto está en lo postrero de la bahía entre un copiosísimo manantial de clara agua y muy buena, que a trecho de tiro de mosquete sale debajo de unas peñas a la mar donde desagua; y a la ribera de ella y de la mar es a donde se plantó el campo: a la parte del Leste de este manantial a tiro de arcabuz hay un mediano río. Está el puerto

en altura de diez grados, un tercio, y de Lima mil ochocientos y cincuenta leguas; hay en él refriegas del Sudeste, cosa de poco daño; su fondo es lama (84), y de cuarenta, treinta y veinte brazas; súrgese muy cerca de tierra. En toda esta bahía no se halla donde surgir sino en este puerto, y en el primero que se dejó por ser pequeño; todo lo demás es mucho o mal fondo por ratones (85); tiene más otro manantial en una playa de arena limpia; su agua es bonísima; tiene más un buen río y un riachuelo que a modo de acequia va por junto a las casas de Malope a entrarse en la mar.

Hay en esta bahía muchos puercos, que asan enteros sobre guijarros, gallinas como de Castilla, muchas de ellas son blancas, éstas vuelan por los árboles y crían en ellos, perdices de Castilla u otras que se parecen con ellas.

Hay grandes palomas torcazas, tórtolas de las pequeñas, patos y garzas pardas y blancas, golondrinas y otros pájaros que no conocí. De sabandijas sólo vi unas negras lagartijas y hormigas, y sin mosquitos; cosa nueva en poca altura.

Hay mucho género de peces, que los indios pescan con tres mallos, que tienen muchos y grandes; parecía ser de pita el hilo, con boyas de palo ligero y las plomadas de piedra.

Hay mucho número de plátanos de siete a ocho castas; los unos son colorados, tan anchos como una mano de través, y otros de la misma color muy pequeños y tiernos; y otra casta de pequeños, aunque estén maduros, siempre la cáscara está verde y el meollo, aunque no tanto; otros largos y torcidos con una vuelta, de sabor y olor lindísimos, y los racimos de muchos plátanos cada uno.

Hay mucha cantidad de cocos y muy grandes cañas dulces, y unas almendras de tres esquinas, que el meollo de cada una de ellas será como el de cuatro almendras de las de Castilla y su sabor es bonísimo: hay unas piñas muy hermosas del tamaño de una cabeza de un hombre, y los piñones tan grandes como una almendra de España: los árboles donde nacen tienen pocas hojas y ésas grandes; otra casta hay de muy buenos piñones que en unos grandes y largos racimos nacen en unos pequeños árboles de hojas redondas, y será cada uno con su cáscara, hechura y tamaño de un

(84) Verdín que se forma en los fondos de agua estancada.

(85) Piedras puntiagudas y cortantes que están en el fondo del mar.

dátil: también hay de la fruta grande, que se alabó mucho, de las primeras islas, y las nueces y castañas como las otras; hay otra a que llamaron camuesas; nacen en altos y grandes árboles, y otra que no es tan buena, a modo de peros; y como no se anduvo la tierra, ni se estuvo todo el año, no se sabe lo que hay más de frutas.

Hay tres o cuatro castas de raíces en cantidad (86), y éste es su pan, y las comen asadas o cocidas; la una de ellas toca de dulce, las otras dos al comer pican un poco: comió una cruda un soldado, de que le resultaron grandes bascas, pero pasó el accidente. De estas raíces hacen los indios atajadas, grande suma de bizcocho, o seco al sol o al fuego, guardándolo en espuertas de palmas: es buen sustento, y sólo tiene de malo ser algo cálido, pero mucho se comió de él y de las raíces asadas y cocidas y en las ollas.

Hay mucho del bejuco de que en todo lo oriental se sirven como de cuerdas.

Hay grandes y colorados bledos, verdolagas y cierto género de calabazas, y mucha albahaca de fortísimo olor: hay unas castas de flores coloradas de buena vista, que los indios precian mucho; no tienen olor: críanse en arbolitos como agies, y tiénenlos como en macetas junto a sus casas.

Hay cantidad de genjibre; éste nace sin que se siembre: hay mucha cantidad de yerba bien alta y enramada que se llama *jiguilete,* que es de la que se hace tinta añil: hay árboles de pita, mucha demajagua, de que hacen sus cuerdas y sus redes, y de los cocos se sirven aunque poco.

Hay caracoles como los que traen curiosos de la China, y conchas de las ostias de las perlas, unas grandes y otras pequeñas.

Había en nuestro pueblo, orilla del manantial, un árbol que los indios tenían en su tronco herido, y destilaba por allí un licor de buen olor, que parece mucho al aceite de abeto, y de esto o de otro que con él se parecía se hallaron calabazos llenos: hacen los indios muchillas y bolsas de palmas muy bien obradas, y grandes petates que sirven de velas para sus embarcaciones; usan hacer unas telas, no se de qué son tejidas, en unos pequeños telares que tienen, las cuales sirven en lugar de lienzo y de mantas con que las mujeres se cubren.

(86) Batatas.

Los naturales ya he dicho que son negros y loros (87); y es gente como la que hay entre nosotros de su color. Usan mucho una comida, que también es muy usada en la India oriental, que se llama betel; en las Filipinas *buhio:* es una hoja a hechura de un corazón, su tamaño de una mano más o menos, su olor, sabor y color como de clavo: juntan a ella cal, al parecer hecha de conchas, y unas del tamaño de bellotas, que es fruta algo recia nacida en palmas bravas; échase fuera la primera mascadura y el demás zumo tragan: alábase por provechosa y buena para fortalecer estómago y dentadura (88).

Sus pueblos son de veinte casas redondas, de tablas armadas sobre un solo estante de palo grueso; tienen dos sobrados, a que suben por escaleras de manos, con cubiertas de palmas ensartadas unas en otras, que hacen la forma de pajares de Castilla; son abiertas todas en ruedas, altura de medio hombre, y cercadas de un paredón de piedras sueltas, con su entrada en lugar de puerta, y es de manera que la cobija no llega a las tablas más de la cumbre, y queda sirviendo como un pabellón. Había en cada pueblo una casa larga, como oráculo, con figuras humanas de medio relieve mal obradas, y otra casa larga que parecía ser de comunidad (89); y a la larga, por en medio de ellas, unas barbacoas de cañas. Había de estos pueblos orillas de la mar diez o doce, y en cada uno, uno o dos pozos con curiosidad empedrados y con escalones a nuestra usanza, por donde se baja de ellos, y cubiertos con sus tapaderas de tablas; y en la orilla del mar algunos corales cercados de piedras, a donde cuando la mar crece pescan, con cierta invención y un palo a modo de guimballete de bomba (90).

Tienen unas hermosas y grandes canoas con que navegan a lo lejos, porque las chiquitas no les sirven más que para cerca de sus casas; éstas tienen formada su quilla algo chata; su popa y proa son de un solo tronco; tienen su escotilla en medio por donde sacan el agua que entra y en él meten el árbol mayor: arman en ellas unas barbacoas (91)

(87) Polinesios, de idénticas características que los de las islas de Salomón.

(88) Parece un desinfectante enérgico, y preserva de la disentería.

(89) Habitaciones de solteros.

(90) Palanca con que se da juego al émbolo de la bomba aspirante.

(91) Andamios.

con palos atravesados y con cuerdas muy fuertemente amarradas, de los cuales nacen otros a la larga que se cruzan por un bordo y sirven de escorar para no trastornarse; de modo que el vaso sólo sirve de sustentar esta fábrica en que caben treinta y más hombres con sus hatos: la vela es de petate y larga, ancha por arriba y angosta por abajo, son muy veletas y buenas de barlovento, y nuestra fragata procuró coger una y se le fue de debajo del bauprés.

Tienen sus haciendas, labranzas y frutales muy puestos en razón. La tierra es negra, esponjosa y suelta; hay también barriales; las partes donde siembran, desmontadas. El temperamento es como el de las demás tierras de su altura: algunos truenos y relámpagos hubo y muchos aguaceros, pero no mucho viento.

A la isla puso por nombre el adelantado de Santa Cruz. Tienen de boj al parecer cien leguas: todo lo que de ella vi, se corre casi que del Leste Oeste; tiene mucha arboleda; no es tierra muy alta, aunque tiene sierras con quebradas y llanos con algunos carrizales; es limpia de bajos, y los que tiene están muy en tierra: es muy poblada por todas las orillas del mar; por la tierra adentro no se sabe dar razón, porque nunca se anduvo.

CAPITULO XVI

De cómo se comenzó la inquietud de los soldados por un papel y firmas; de lo que sobre ello dijo el adelantado a ciertos soldados, y de algunas murmuraciones y casos feos que hubo

Como está dicho, el adelantado no se desembarcó por no tener casa hecha, y así, estaba en la nao y el maese de campo en tierra, a cuyo cargo estaba el orden de las cosas de ella. Empezó nuestra gente a buscar que comer, y siempre que iba un caudillo con doce o quince soldados por los pueblos de los indios (que eran muchos y del nuestro estaban cerca), y por sus labranzas y haciendas, ninguna vez dejaron de traer de seis hasta doce puercos, muchos cocos y plátanos y todo lo demás que en la isla hay; hallando los

indios llanos y muy de paz, que aunque es verdad que al principio se huyeron, ya estaban con sus mujeres e hijos muy quietos en sus casas, y ellos mismos nos traían de comer cerca del campo, no los dejando entrar por que no viesen nuestra poca gente, y lo propio hacían a la nao, que ya parecían amigos según la solicitud.

También Malope guardaba esta orden, y por la voluntad que a todos mostraba, nos pareció ser muy fija su amistad; y llegó a tanto, que el capitán don Lorenzo había concertado con los indios que vendrían a ayudar a hacer nuestras casas: pidiendo que los dejasen en las suyas, mostrando gran sentimiento cuando se las deshacían. Un día de los que vinieron, salió el vicario a ellos, y muchos con él; e hizo de dos palos una cruz; mandónos a todos la fuésemos a reverenciar; y luego los indios hicieron lo mismo, y se fueron con ella a su pueblo en procesión.

Estando las cosas en este estado, comenzó a haber entre los soldados pareceres bien diferentes de los del adelantado. Dijeron que la tierra era ruin y muy pobre, y que no había de comer en toda ella, y que el sitio que poblaron no era bueno; no hallaron nada que les contentase. Lo que ayer les había parecido muy bien, ya les parecía mal; guiados de sus antojos, y olvidados de las obligaciones que tienen los que siguen la bandera de su Rey. En suma, hubo un papel con ciertas firmas, y lo que en él se decía, que pedían al adelantado los sacase de aquel lugar y les diese otro mejor, o los llevase a las islas que había pregonado. Tuvo el adelantado noticia del papel y firmas, por las escuchas y correos que el diablo tenía puestos y prestos para llevar y traer. Cayó luego enfermo, al parecer de pena de ver un tan mal principio a lo que deseaba muy buen fin; mas viendo cuán desordenadamente se corría, salió a tierra, y encontrando a uno que había firmado, le dijo: —¿Es vuesa merced cabeza de bando?, ¿ya otro no sabe que firmas de tres, sin el que puede, es género de motín?, y él respondió, dándole en la mano un papel: —He aquí lo que pedimos, y si otra cosa han dicho mienten. Sacó otro argumento un soldado, y el adelantado le dijo: —Calle, que tiene por qué callar. Y con esto se volvió a embarcar, y al punto mandó que el piloto de la galeota fuese a tierra, a donde fue recibido de ciertos soldados; sonóse que éste les dijo dejasen aquella tierra que en menos de treinta días los llevaría a otra buena.

Entre medio de revoluciones se hizo en fin nuestra iglesia, para lo cual ya había de limosna presente buena copia, y demandas futuras partida de diez mil ducados; y cada día los sacerdotes decían misa en ella.

Acudíase a buscar que comer, y cortábase mucha majagua (92) para hacer cables: recogíanse las cuerdas que se podían haber de los indios; y la firma del papel andaba viva: túvose por cierto haber ochenta firmas. Los solicitadores no se olvidaban de afear la tierra, recordar trabajos e imposibilidades; y uno de éstos dijo a otro lo por qué le respondió, que en todo el mundo se trabajaba y que los trabajos de aquella tierra eran de calidad que bien merecían sus personas.

Dos muertes de dos indios se dijo habían pasado, así: que estando el uno debajo de nuestra amistad, un soldado le dio un arcabuzazo por la garganta, con que luego cayó muerto; y el otro, que estando en conversación, le llamaron cuatro soldados aparte, y a puñaladas le mataron. Y esto se practicaba, y hacían por poner los indios de guerra y que con ella faltasen los bastimentos, para que obligados de su falta, fuesen las voluntades todas unas en salir y dejar la tierra; y también para que apretados los indios, apretasen el campo, y con este achaque pedir al adelantado la artillería, y desarmándola qudar fuertes. Sonábase que querían matar no sé a quién, y a ciertas personas que le seguían, y que los oficios estaban entre amigos repartidos; y se decía que una noche querían tocar arma falsa, y saliendo los del adelantado de sus casas, dar en ellos.

Fue público que una noche, un tropel de armados iban a entrar en una casa a donde se guardaban de ellos; y como los sintieron y les pusieron los arcabuces en los pechos, se volvieron y entraron en una tienda, donde tentando las camas, no hallaron los dueños que juntos vivían, y juntos con temor dormían en el monte, y sus mujeres que los sintieron se alteraron. Y en otra parte probaron con una espalda el lugar de una cama, y siendo sentidos se fueron; y esto lo contaban los mismos. Y porque los cuentos fueron sin cuento, los dejo: y digo que un soldado me dijo como otros le

(92) Nombre de la malvácea. Se encuentra en terrenos anegadizos, y su madera, fuerte y correosa, se emplea para lanzas. De los vástagos nuevos se hacen sogas muy resistentes.

habían preguntado, si quería ir al Perú; y que él había respondido que sí; y viendo su voluntad le dijeron que firmase el papel, que le mostraron, para pedirlo al adelantado; y que habiendo firmado le dijo cierta persoha: —Pues habéis firmado, tened alistadas vuestras armas; y si viéredes trabado al maestre de campo y adelantado, poneos a la parte del maestre de campo, y haced como buen soldado: apuntad con vuestro arcabuz, y disparad; y no os digo que matéis; mas si matáredes, etc.; y que este mismo dijo en otra ocasión: —Mal haya yo porque anoche estorbé que no matasen a tantos hombres como se quisieron matar.

Entre los varios pareceres de los inquietos, era uno que diesen barreno a los navíos y que no era de importancia enviar aviso al Perú, porque las islas do se hallaban, aunque fuesen buscadas no habían de ser halladas: y así que todos habían de ir o ninguno. A esto dijo un mejor intencionado, que la venida había sido por el bien de la gente de aquellas partes, y que si no se avisaba al Rey, para que enviase socorro, no se podía conseguir lo deseado. Encendió tanto esta honrada respuesta a otro, que vuelto una brasa, en ira le dijo: que no se quieren convertir: es un hato de ganado: como se han estado hasta agora se estén aquí en adelante que no habemos de morir aquí porque se salven; y prosiguiendo el primero dijo: —Dichoso sería yo, si el Señor me concediera fuese medio para que una sola alma se salve; cuanto más tantas como aquí se pueden salvar. Esto de volver al Perú, andaba tan válido, que no querían que ni aun el piloto mayor saliese por la mar a las cosas de importtancia a que se ofreció; porque decías que se quería ir con la gente marinera, y no volver allí; y pudo tanto con el adelantado esta novela, que quitó las velas todas, y las puso en el cuerpo de guardia. No fue sólo éste el falso testimonio que se levantó, pues también a otra persona le levantaron otro; con que dejar la vida era poco, a trueque de que ellos cumplieran sus deseos; pero aquí se vio por experiencia que aprovechan poco trazas contra la verdadera inocencia, porque al autor de ellas las desbarata y mata; y bien sé que el daño que se pretendieron hacer, ya se lo ha perdonado. Dijo un amigo a los suyos: —¿Es vuesa merced de los otros que querían dejar la tierra? —Hermano, le respondió: ¿y qué habemos de hacer aquí? Dijo el otro: —Lo que venimos a hacer, y cuando todos se fuesen, había de quedarse sólo por

cumplir con lo debido; y que el amigo que desdijese, lo había sin más orden, de desangrar con un puñal.

Este tiempo confuso y bueno era para que cada uno brotase claro la buena voluntad, si la tenía. Quejosos e indeterminados soldados, como no se les ve firmeza, abren puertas para que les tienten los ánimos y se determinen los que están y no están determinados, que diga uno en público: —El maese de campo es mi gallo, todos le han miedo: lo que él manda se obedece. Ya anda madurando: antes de poco se verán cosas y luego tendremos libertad. También se decía, que en los vestidos de doña Isabel había para gastar dos años; y que dijo uno, que se había de tener por muy dichoso quien sacase a su mujer de la mano; y otro: —Quédense los tales y tales, que nosotros nos habemos de ir aunque pese a quien pesare, y en mi reino me he de ver; y semejantes disparates que los llevaban precipitadamente a la muerte; y también que se decía: llevaremos por piloto a fulano, que no es conocido en el mundo, y éste nos llevará al despoblado de Chile, y con que quiera lo contentaremos, y nos iremos a Potosí. En fin, cada palabra era un motín y alzamiento. Bien se fabricaba esta torre de confusión sobre cimientos de venganzas, y vanidades desordenadas de ambición y cudicia, pestes en semejantes empresas. Esto de faltar reportación y prudencia, ¿qué no destruirá? Ya bajo se verá.

CAPITULO XVII

De cómo salió el adelantado a tierra y lo que sucedió, y dijo al maese de campo: y lo que se trató entre el vicario y piloto mayor

Viendo tantos desconciertos, se determinó el adelantado a salir en tierra, en donde encontró ciertos soldados con sus espadas en las manos. Preguntóles por qué razón las traían; y el uno le respondió que porque estaban en tierra de guerra. Llegóse el maese de campo al adelantado diciéndole: —V.ª S.ª sea bien venido; paréceme que estos bellacos van y vienen con cuentos y me revuelven con V.ª S.ª; pues voto a tal, que si V.ª S.ª no lo remedia, que los ha de hallar una mañana en un árbol colgados a todos tres; apuntándolos con

el dedo. A esta desenvoltura respondió el adelantado, con mucha paciencia y mostrando gran tristeza: —No harán; no harán; y mostrando gran tristeza y callando. Replicó el maese de campo: —Bellacos, que no son para quitar las migas a un gato; y fuera de V.ª S.ª, que le tengo yo sobre mi cabeza (y esto con el sombrero en las manos), no los estimo a todos, desde el chico hasta el mayor, en lo que tengo debajo de mis pies, y ninguno merece lo que yo, que soy muy caballero; y todos cuantos aquí están, fuera de V.ª S.ª, se quieren ir y dejar la tierra; y a V.ª S.ª tengo yo de obedecer y servir; y sabe dios que si no fuera por mí que la honra de V.ª S.ª que estuviera por el suelo; y anoche habían de matar la gente de dos casas si no lo estorbaba. La una es la de fulano y la otra me callo yo. Dijéronme que había dicho más: ya yo agora no soy parte; hagan lo que quisieren. Este día se libertó un soldado con el general. Estaba el maese de campo presente y se lo riñó. Visto por el adelantado, y considerando esta y las libertades de los otros días, dijo:—¡Ya me pierden el respeto! Fue un hombre de bien, de su parte y parecer, a responder por él y por la honra de su Rey; mas trabándole el adelantado de un brazo, le dijo: —No es tiempo, no es tiempo.

Hacía algunas salidas el general para ver si su presencia los templaba. Encontróse un día con el maese de campo y díjole: —De todo esto que anda, vuesa merced tiene la culpa, pues da a los soldados alas y les sufre chismes. Respondió el maese de campo: —Los chismes en el navío andan, que yo no doy a los soldados favor; mas antes he hecho que respeten a V.ª S.ª y obedezcan como a gobernador.

En otra salida, tomó la mano el maese de campo, quejándose el adelantado por cosas que doña Isabel había hablado de él. El adelantado se amoinó esta vez más que las otras. Fuese el maese de campo, y el adelantado se entró en el cuerpo de guardia: acostóse sobre una caja, mostrando gran sentimiento; y estaba tal, que para subir los pies en ella, le ayudaron. Llegó el piloto mayor y algunos otros diciéndole, no tuviese pena y estuviese cierto que todos le eran servidores y le habían de seguir. Habiendo descansado un poco, se fue a la nao y sonóse que había dicho el maese de campo. —De mano armada venía el general para mí; y que dijo más; —que cosa era no haber ido apercibido, como era de razón, y ya que les había engañado, no traer siquiera dos-

cientas hachas y trescientos machetes; y que lo llevó a una tierra a donde Dios ni el Rey se había de servir de la venida; que si en otra parte tuviera aquella gente, le fuera de mucho provecho. Estas cosas del maese de campo las digo ayudado de otros, porque no estoy de todas ellas muy acordado.

La última vez que el adelantado salió a tierra, fue a tratar con el maese de campo la traza y el lugar de una estacada que había de servir de fuerte, y sobre esto y sementeras, y otras cosas tocantes al buen gobierno, hubo que averiguar y hartas vanidades que notar. ¡Qué de mayorazgos, parentescos, títulos o cuando poco privados de ellos! ¡Qué de mandas, respuestas y satisfacciones! ¡Qué gastaderos de tiempo y quebraderos de cabeza! Y en suma, no se fiaban unos de otros. Este día se dispararon desde el campo dos arcabuces, y la bala del uno pasó zumbando por encima del piloto mayor, que estaba en la capitana: la otra bala pasó por encima de la fragata, y no se a qué pájaros tiraban.

La noche siguiente, el piloto mayor, que tenía su orden en la guarida de la nao, la veló con cuidado, y a su cuarto, que era el del alba, vino en una canoa don Diego Barreto a hablar a su cuñado; y habiéndole hablado, me dijo que las cosas del campo andaban tales, que no prometían menos que su muerte, y las de sus hermanos y cuñado, con que habrían cumplido con sus obligaciones. A este tiempo estaba el maese de campo diciendo en tierra: Arma, arma. El piloto mayor mandó al punto que el condestable pegase fuego a una pieza, que estaba asestada al pueblo, y que fuese la bala por alto, o para espantar los indios o para que se entendiese que no dormían sin perro. Cesó el ruido de todos, y sonó la voz de uno, diciendo al general les enviase pólvora y cuerda: hízose sordo por entonces, y ya que rompía el alba les envió lo pedido y juntamente a preguntar la causa del alboroto; y respondióse que las postas de cierta parte sintieron bullir unas ramas, y creyendo que eran indios, habían tocado arma.

Este mismo día salió el vicario (93) a tierra a decir misa, como lo acostumbraba, porque también estaba en la nao por falta de casa en el pueblo, y cuando a la tarde volvió le dijo al piloto mayor: —Irase sin falta aquella gente. Preguntóle el piloto mayor: —¿A dónde se han de ir? Respondióle el

(93) Juan Rodríguez de Espinosa.

vicario: —Sólo sé lo que digo. Y el piloto le dijo: —¿Qué gente de mar han de llevar?, ¿han de matar o hacer fuerzas? Dijo el vicario, que sí: que a todo eso estaban determinados. Rogóle el piloto mayor que procurase que los soldados. Rogóle el piloto mayor que procurase que los sollos perdidosos. Encogió los hombros, diciendo: —De muy buena gana gastara aquí cuatro años en dotrinar a los indios. Y el piloto le dijo: —Aún no ha un mes que llegamos; ¿cómo se ha de sufrir tan poca firmeza en hombres de honra?

CAPITULO XVIII

De cómo el piloto mayor pidió licencia para ir en nombre del general a hablar a los soldados a tierra, y lo que con ellos pasó

El siguiente día, que fue un viernes, viendo el piloto mayor la determinación de la gente del campo, por lo que el vicario le había dicho, y la falta de salud y tristeza del adelantado, le pidió licencia para de su parte ir a hablar a los soldados; a que le respondió el adelantado: —No sé si esa gente estará para oír cosas dichas en mi favor y de la tierra, por estar ya tan declarados y determinados en hacer su voluntad. Volvió el piloto segunda vez a instar por ella, y al fin se la concedió; y con esto fue a tierra, y el primero que encontró como al desgaire, con la cabeza a modo de burla, le dijo: —¿No se despacha para irse con el aviso al Perú? Avíese, que ya es tiempo y llevarme ha unas cartas. Llegóse un soldado amigo del adelantado mayor, que le dijo: —Muy dañado lo veo; no sé en qué ha de parar según anda. Y otro le dijo, que cuanto se holgó de verle venir a la jornada, le pesaba de verle allí, por las amenazas que le hacían.

En entrando más en el campo, se vinieron a él muchos soldados, unos diciendo: —¡A dónde nos han traído!, qué es lugar éste, dónde no daldrá hombre, ni aquí volverá, aunque vaya aviso, sino es llevando oro, plata, perlas u otras cosas de valor que aquí no hay. El adelantado no ha de enviar aviso, ni lo habemos de consentir todos, o ninguno.

Decían otros: —Aquí no venimos a sembrar, que para esto mucha tierra hay en el Perú; ésta lo es de que se sigue servicio a Dios ni al Rey. Más obligación tenemos a nosotros mismos, que no a estos bárbaros. No son éstas las islas que el adelantado nos dijo, ni habemos de quedar aquí. Embarquémonos y vámoslas a buscar; o sino, llévennos al Perú o a otra parte de cristianos. Palabras resolutas de gente sin dueño. De estas cosas y semejantes, decían los unos y los otros, corriendo todos por donde sus deseos los guiaban, o por mejor decir los despeñaban, sin atender a cosa que fuese de provecho ni daño; porque de los muñidores tenían las voluntades tan rebotadas, que no había freno que los hiciese parar, aunque más verdades les dijesen.

El piloto mayor les preguntó las causas por qué hallaban ser mala la tierra; a que respondieron, que porque no tenía que dar; y él les dijo: ¿qué habían dejado en el Perú?, ¿o qué trajeron de él?, ¿o qué se busca pasar esta vida, sino dinero para comprar una casa y sustentar la vida?, cosa que pocos alcanzan tarde, o se les va la vida en esperanzas, y que lo presente era bueno para hacendarse, sin saberse lo que más habrá y lo que se descubriría. Dijeron que cuando llegase ese tiempo, se pasarain veinte años y serían viejos. El piloto les dijo: —Según eso debieron de entender hallar ciudades, viñas y huertas, entrar en casa a mesa puesta, y que los dueños dejando la posesión, se la otorgasen con perpetua esclavitud; o hallar los montes, valles y campos de esmeraldas, rubíes y diamantes para cargar, y dar vuelta; mal mirando que todas las provincias del mundo han tenido su principio, y que Sevilla, Roma y Venecia y las demás ciudades que tiene el mundo, o fueron montes o campos rasos, y que a sus pobladores ha costado lo que cuestan cosas grandes, para que sus sucesores gozasen como las gozan. Mas yo entiendo, quisieran ellos que otros hubieran trabajado, para que ellos descansasen; sin acordarse que todo estuviera por hacer, si los primeros hubieran hecho estas cuentas.

Teníanle al piloto mayor por sospechoso y daban por razón que como había de ir con el aviso, por eso favorecía tanto la población de la tierra por quedarse en la otra; y él les dijo, que ¿qué riquezas le veían prestas para que tal se entendiese de él?, que era el que más arriesgaba, pues había de ir para su bien de ellos a descubrir caminos por mares no navegados, a donde podría, demás de los trabajos a que iba

puesto, encontrar de noche una piedra y rematar cuantas.

Díjoles más: —Señores, ¿quién les engaña e inquieta?, ¿cuál es el mal mirado que dice podemos salir todos de este lugar con la facilidad que prometen? Díganme quiénes, que yo les daré a entender las imposibilidades que hay y puede haber en ir desde aquí, así al Perú como a cualquiera otra parte. Respondió el uno: —Haya lo que hubiere; que más quiero morir en la mar que donde estoy, y entrambos habemos de ir en un grillo. A esto dijo el piloto: —¿No saben que seguimos a nuestro general, que está en lugar de el Rey, y que tenemos obligación de querer lo que él en su servicio quiere, y el querer otra cosa es querer ir contra el servicio del Rey? Respondieron: —Aquí no vamos contra el servicio real. —¿Pues cómo quieren (replicó el piloto), contra la voluntad de su general, salirse y desamparar la tierra que en su real nombre ha poblado, y libertarse e incitar y amenazar a los que no estamos de su parecer? Dijeron —Nosotros no queremos sino que no envíe aviso al Perú, que somos poca gente y queremos que nos saque de aquí y lleve a las islas que pregonó, o a otra parte mejor (94). Dijo el piloto mayor: —El adelantado es la persona que tiene a cargo lo que a todos estará bien; bueno será dejarlo a él, que ya quiere segunda vez enviar a buscar al almirante a la isla de San Cristóbal, que llevaba por instrucción buscarla si se derrotase; y que si la hallase haría lo conveniente, y que si no, tomaría cristiano parecer, medido a la necesidad del estado presente; que también él tenía su persona y la de su mujer en el lugar que todos estaban: que no se podían escapar de los peligros que ellos tanto recelaban. Y cuanto a la vista de la almiranta, lo aprobaron todos; mas que el piloto mayor no había de ir, sino el adelantado que estaba bien prendado. Mas el piloto estaba enfermo y no era razón poner su persona a nuevos riesgos, ni que se ausentase del lugar; mas antes cuando el quisiera ir, se lo habían de contradecir, teniendo hombres tan honrados de quien poder fiar esto y más.

Ya en este tiempo se habían juntado otros a dar su parecer; mas como era música de muchos y tan desconcertada, mal sonaba.

(94) La certeza de que no habían llegado a las islas Salomón era de conocimiento general y causa, por tanto, del malestar contra Mendaña.

Mas prosiguiendo, les dijo el piloto mayor, que les vía olvidados de lo que había pasado navegando, con traer los navíos tanta provisión, y contó por acaso cuatro islas donde se hizo nueva escala, y haber sido el viento a popa, el viaje breve. —Acuérdense, les dijo, que si Dios no nos diera la isla en que estamos, podría ser pereciéramos, y pues nos la dio, debe ser su voluntad quedémonos en ella agora. Ya se ve que el mismo viento que trujimos ése tenemos, y que cuanto fue en favor es contrario, y que la vuelta al Perú es imposible, sin subir a mucha altura (95); y que las naos están desaparejadas y sin orden de poderlas dar carena, y que no había cables, y la jarcia está podrida; y que bastimentos no había más que poca harina, y que las botijas del agua eran menos, por haberse quebrado muchas, y las pipas rotas, por no haber quien las aderezase. El camino mucho y no conocido: que no se sabía el tiempo que había de durar tal jornada: que estas cuentas eran las ciertas que se habían de hacer, y no tratar sin fundamento de acometer cosas con riesgos de propias vidas y ajenas. Dijo más: —Yo quiero que se mude el viento y se haga el Oeste, que es todo lo que puede ser favorable; y estamos ciertos que no habemos de estar más tiempo en el viaje que el que estuvimos en llegar aquí, a donde tenemos otros tantos bastimentos como se trujeron, cuanto más que los otros no llegaron. ¿Y para qué habíamos tomado tanto trabajo, gastando nuestras haciendas y nos pusimos a tantos riesgos, emprendiendo una tan honrada empresa para no salir con ella?

Y mirasen bien que otros vasallos ha tenido y tiene el Rey, que le han sustentado y sustentan fronteras y provincias enteras, y a veces comiendo los gatos y perros por no hacer una vileza, y todo sin esperar premio tan grande como aquí se puede esperar; y que al presente ni adelante faltará de comer en tan fértil tierra, ni los enemigos apretaban tanto, ni otras faltas que nos necesiten y obliguen a olvidar de lo que otros no se olvidaron. Y pues estamos en tan honrada ocasión, no la dejemos, pues otros muchos las desean sin poder jamás verse en ellas; esto por eternizarse a costa de muchas finezas; y para que se diga que no rehusamos la carrera, mostremos buena voluntad, pues para todo hay tiempo; y tanto importa llegar a donde se desea por mayo

(95) Referencia a la vuelta de Poniente, descubierta por Urdaneta.

como por septiembre. Y en fin, a donde quiera que lleguemos se ha de decir que sólo venimos a buscar nuestros provechos, y que aun para procurarlos nos faltó el ánimo; pues tan presto, y sin haber más causa que nuestra flaqueza, lo habíamos desamparado; y todos habíamos de ser tenidos por enemigos de Dios y del Rey, y de la honra de nuestro general y nuestra propia, si dejábamos tal empresa y tal tierra.

De Dios, porque con tanta facilidad y sin haber causas bastantes, alzábamos la predicación que se venía a hacer a los naturales, y por ser honra de Dios y salvación de almas, es el mayor interés en que habemos de poner entrambos ojos, y sacallas del cautiverio del demonio que tan domados y ciertos tiene, y desterrarle su adoración y darle a Dios, a quien se debe y cuya es.

Del Rey, por impedir el servicio que se le podía hacer deste lugar, sin que para estos descubrimientos se hiciesen nuevos gastos ni arriesgase otras armadas. Y puede ser que sea lo que se entiende, que cuando se descubrió el Nuevo Mundo no dieron luego con lo importante de él, sino con unas muy cortas islas de él (96) y de poco o ningún provecho; y por la constancia de sus descubridores hubieron después a las manos las dos tan grandes y ricas provincias de la Nueva España y Perú, y que la vuelta para España les fue oculta y trabajosa muchos años, lo que agora se hace fácil por la misericordia de Dios.

De la honra de nuestro general, porque ha gastado su hacienda, dejando lo que dejó en el Perú. Quieren por sólo su gusto desbaratalle tan cristianos pensamientos que tanto le han durado.

De nuestras propias honras, porque de este paraje en que estamos, a ningunas partes podemos ir que no sean tierras de nuestro Rey; a donde sus ministros nos han de pedir muy estrecha cuenta, de dónde venimos y a dónde dejábamos al general y qué razón tuvimos para despoblar las tierras, que en nombre del Rey estaban pobladas, en especial ésta que es fértil, la gente mucha y doméstica, que por un camino u otro no podemos dejar de ofender nuestras conciencias, arriesgar vidas, honras y libertad. Salir todos, aunque queramos, no es posible: dejar las mujeres, niños y

(96) Las Antillas.

gente impedida en lugar semejante, no fuera justo: ir a la Nueva España, ya el adelantado ha andado aquel camino cuando destas partes fue, y se le murió mucha gente, pasó inmensos trabajos y estuvo mucho en llegar; que no eran todos caminos ni tiempos para poderse navegar: ir a las Filipinas, también tiene sus dificultades (97). Pensándolo todo bien, y por hartar esta inconsiderada gana, y por concluir, el piloto mayor cerró este punto con con decir: —Y porque vean que pleitean sin fundamento, váyanse luego a embarcar; que yo acabaré con el adelantado que los deje hoy ir a la vela, y verán lo imposible de toda su pretensión.

Algunos, abriendo los ojos, se mostraron convencidos a las dichas razones, y otros no, diciendo que cuanto a comida, que ellos se preferían de hinchir los navíos de lo que la tierra tenía, y el agua la meterían en diez mil cocos, en cañutos de cañas, o si no que en las mismas canoas de los indios, tapándolas y calafateándolas, y otras cosas tan bien concertadas como éstas. Mas el piloto mayor, les dijo: —¿Toda esa máquina no ha de menester tiempo?, ¿pues cómo no le dan al adelantado para que se determine en lo que ha de hacerse? Dicen que de la tierra han de llevar mucha comida; ¿cómo dicen que ya no tienen qué comer della?, y sin salir desta bahía, se comieron cien leguas de isla. ¿Qué certidumbre tienen de que los bastimentos de aquí durarán cuanto el viaje sin corrupción? —Dijeron que a ese riesgo querían ir. —Cuanto al agua, les dijo, que no teníamos sabidas otras islas en el camino, como hallamos para hacer nueva aguada, y que se sujetasen a la razón, pues eran racionales.

En fin, reventaron con decir querían ir a Manila, que era tierra de cristianos (98). Díjoles el piloto: —También lo fue de gentiles, y el ser de cristianos se debe a los descubridores que la poblaron y conservaron: y en nuestro negocio otro tanto se debiera a nosotros, como se debió a ellos; y adviertan bien que en Manila no han de ser más que unos soldados sujetos a presidios que allí tiene el Rey, haciendo buenas y seguras las haciendas a los encomenderos della, y

(97) El asentamiento español en Filipinas, la más próxima base española, había tenido lugar a partir de 1564.

(98) En 1571, Legazpi, el conquistador de las Filipinas, tomó solemnemente posesión de Manila y la hizo capital del gobierno de las islas.

que para andar allá con el arcabuz al hombro, más valdrá aquí, donde vendrán a ser lo que los otros son con honra y fama. A esto dijo el uno de ellos que la honra había de ser a donde está el Papa y el Rey, y no entre indios. Mas el piloto les dijo que mejor era pedir comedidamente lo que querían a su general, que era persona que no taparía los oídos a cosas justas, y considerasen que aquel lugar y aquel tiempo era muy peligroso y ofendía mucho el oído del general, que deseaba hacer lo que su Rey le mandaba, cualquier palabra mal sonante; cuánto más tantas y tan libres. A esto dijo un soldado: —Déjenlo, déjenlo, y quédese quien se quisiere quedar; que nosotros nos habemos de ir, pese a quien pesare. Estaba sin espada, y él y otros seis, o siete fueron por ellas, y vinieron luego demudada la color; y preguntando por el maese de campo, se le arrimaron todos las cabezas bajas, las espadas en la mano muy a lo bravo, no faltando sobrecejos, ni secretos entre algunos que se hablaban al oído, y fue público que venían a matar al piloto mayor, y hay quien juró en juicio que venían diciendo: —Vamos y matemos a éste que es causa de que estemos en esta tierra; y otros juraron que pasaban las amenazas a decir «que beberían por su calavera». Las apariencias no parecieron bien; la intención sábelo Dios.

Habló el que dijo que se habían de ir, y dijo: —Ninguno hay que no se quiera ir desta tierra, y alguno que se hace muy afuera, era el que más voluntad mostró; pero no importa. En resolución ello se dijo mucho en esta parte, esta y otras veces; y como había mucha gente, muchas razones y con ellas voces: el piloto mayor acabó las suyas con decir que cuanto había dicho tocaba al servicio de Dios y del Rey, y lo había de sustentar hasta morir, como lo tiene probado.

CAPITULO XIX

De cómo el maese de campo vino a la nao: lo que pasó con el adelantado, y a él con los soldados en la tierra a donde el piloto mayor habló al maese de campo

Este era el estado de las cosas cuando el maese de campo fue a la nao a hablar al adelantado, que pues le tenía solo, le hiciese dar garrote y le colgase de una entena; tam-

bién le daba prisa doña Isabel su mujer (según ella contó), que decía a su marido: —Señor, matadlo, o hacedlo matar: ¿qué más queréis, pues os ha venido a las manos?, y si no, yo le mataré con este machete. Era el adelantado prudente, y no lo hizo. Entendió que le pareció que su deseo del maese de campo no llegaría a tantas ofensas suyas cuantas le decían trataba. Llegó a tierra el maese de campo, y dijo a los soldados: —Señores, yo vengo de hablar al general sobre cosas suyas y de esta población, y me dijo que sabía que todos andaban afligidos y alborotados, diciendo no ser buena esta tierra; que los sacasen de ella: y dice que pidan por papel que él responderá, y es razón; pues es nuestro general. Y luego dijo: —Motín no lo es, sino cuando sin decir nada a sus cabezas vienen de rondón los soldados, matando y diciendo: «afuera bellacos». Vuesas mercedes pueden pedir; y entre tanto se irá a buscar la almiranta; que son hermanos nuestros, y no es justo se quede sin que se busque.

Pero si yo fuera que el maese de campo, dijera e hiciera porque no se entendiese que en lo que se pretendía prestaba consentimiento, y más habiéndole dicho el adelantado que sus amigos eran en todo lo más declarados; razón con que se daba a entender que también gustaba de ello.

Ningún soldado, de cualquier condición que sea, de hoy más hable palabra que mal suene al oído de mi general; porque le tengo de colgar, aunque sea el más amigo. Mi general tiene fiado de mí su honra y el servicio del Rey, en cuyo lugar está: yo le tengo de servir: cada uno se aperciba a otro tanto: a mí me tiene porque favorezco vuestro partido; no tengo de perder mi honra, ni se ha de entender jamás que a una persona de mis obligaciones, cargo y prática le pasan por el pensamiento cosas tan feas e injustas. Tampoco es razón se entienda que tan honrados soldados, como son los de este campo, querrán por fuerza lo que suena. Cada uno acuda a lo que se le ordenare; porque aquí venimos sólo a obedecer y servir al Rey, y a quien mal le sirviere, castigarlo.

Los soldados comenzaron a decir cosas de voz común; que como no los amedrentaron no se acordaron de ello, y dijo uno, tratándose de buscar el almiranta, que él se ofrecía a ir en nombre de todos a buscarla: que como él fuese, estaba seguro el negocio, como si fuera de más confianza que los otros, o como si no ignorara del todo el arte de

navegar. Dijo otro: —Vaya el adelantado, que es experto, y no le pueden engañar; y otros decían que fuese el maese de campo: y a esto, un soldado: que el maese de campo no era marinero; y él, riéndose, dijo: —Señores, yo no entiendo estas cosas, y bien me pueden vender en ellas; y dijo más: alguno ha de ir y de alguno se ha de fiar esta ida; y así se quedó lo que toca a público. Lo secreto juró un testigo que estando el piloto mayor hablando, dijo un soldado a otro: —¿Qué escuchamos a este traidor?, matémosle.

El piloto mayor apartó al maese de campo, diciendo le oyese un poco. Con cuidado le miró las manos, y en breve espacio trataron muchas cosas sobre las otras que están dichas; y acerca de la navegación le dijo el piloto mayor, que cuando se ofreciese, los llevaría bien a todos a donde lo mandase el general; y el maese de campo le dijo que ya no hacía cuenta de su vida, y que no dijese nada si no es cuando se le preguntase.

Despedido el piloto mayor, se fue a la nao a dar cuenta al general de lo que había pasado, diciéndole que era su parecer que fuese a tierra y hablase con su gente, que la tenía por fácil de atraer y reducir, con su presencia, a su voluntad, representándoles las causas justas que había.

El siguiente día fue el general a tierra; en donde saltando, dijo un criado suyo, arremangando los brazos: —Morcillas ha de haber. Viendo ciertos soldados al adelantado, dijo uno a otro: —Fulano, con la martingala sale nuestro general; también viene armado: ¿qué os parece de aquello que su criado dice? El adelantado dejó concertado aquel día con don Lorenzo y otros tres soldados de quien se fió la muerte del maese de campo, que fue bien diferente de lo que yo entendí salió a hacer; pero tantas cosas debieron de decirle que a mi parecer le mudaron del suyo. Cierta persona me dijo había dicho un mal tercero al adelantado, que si diesen de puñaladas al maese de campo (que él no decía que lo matasen), pero que si le matasen, etc. Juzgue el de mejor entendimiento, el más experimentado y celoso; porque yo no me tengo por bueno, para juez de vivos y muertos.

CAPITULO XX

De cómo salió el piloto mayor a buscar de comer, y cómo Malope salió de paz y las amistades que les hizo

El día siguiente el piloto mayor pidió licencia al adelantado para ir a buscar hombres, con los cuales fue en la barca a un pueblo en que no vio más de un indio que, con un muchacho a cuestas, a más correr se fue al monte, y entradas y buscadas las casas, no se halló cosa que fuese de comer. Siguióse un camino que se entendió iba a las haciendas de los indios, donde vieron algunos puercos que se entraron en el monte. Oyó el piloto mayor el sonido de un arcabuz, y luego otro: con que a más andar, se volvió a la mar, a donde con cuatro arcabuceros había dejado la barca, y llegando a la playa, halló a Malope que con dos canoas le vino siguiendo, diciendo: «Amigos, vamos todos para comer»; que esta palabra y otras se le habían quedado de nuestro uso, y mostró por señas nos embarcásemos y fuésemos con él adelante a donde había muchos puercos y comida, y al punto despachó la otra canoa fuese delante: embarcóse el piloto mayor y dijo a Malope llamase a los indios de aquel pueblo; los cuales salieron, y concertó con ellos que a la vuelta tuviesen para darnos comida. Bogó Malope su canoa; nuestra barca le siguió, y llegando a otros dos pueblos, concertó lo mismo. Entramos en el pueblo de los indios belicosos, que cuando el sargento lo arrinconaron. Daban un cuchinato, pocos plátanos y cocos; y como pareció poco, el piloto mayor les pidió más; pero ellos se pusieron en arma, retirados detrás de sus casas y troncos de palmas y árboles con sus arcos y flechas, dando voces, y a lo que pareció, llamaban a Malope; el cual, indeterminado, que siempre junto a sí le trajo, le cogió de un brazo, y con la daga lo amenazó que no se fuese, y que dijese a los indios que no flechasen, que si no, que con los arcabuces los matarían a todos; y con una cuerda encendida hacía que le pegaba fuego. Fue al pueblo Malope, que les dijo lo que bastó para que ellos se ofreciesen, que cuando el sol que ya salía, fuese como a las tres de la tarde, viniesen por lo que tendrían presto. Malope los llamó y vinieron luego, dándonos para comer muchos cocos y plátanos, y nos convidaron para ir a flechar otros indios de la otra parte de la bahía, y a matar

puercos. Embarcados, siguió la barca a la canoa; mas el piloto mayor fue por la playa con diez y seis hombres y tres indios que le salieron delante guiando; y porque vieron unos pájaros señalaron que los matasen con el arcabuz. No lo consintió el piloto mayor, aunque algunos se aprestaban; porque como el acertar a pequeña cosa con bala rasa estaba en duda, no quería que los indios entendiesen que no acertábamos siempre; porque no perdiesen el miedo que tenían al arcabuz.

Desembarcóse Malope, y la barca con su canoa quedaron juntas. Yendo todos por la playa, hallaron en ella el manantial que dicho queda. Sentóse Malope junto a él y con la mano nos dijo que bebiésemos. Desde allí llegamos a unos pueblos a donde los indios nos tenían prestos un gran montón de muchos plátanos, cañas dulces, cocos, almendras, raíces, bizcocho, petates y dos puercos presos: y así de pueblo en pueblo nos dieron catorce puercos, y de lo demás tanto que no se pudo traer todo. Los indios estuvieron siempre quietos; tenían sus grandes canoas encaramadas, y ellos sentados a las sombras de ellas. Algunos había que nos daban plátanos y raíces asadas, los cocos partidos y agua que sacaban de los pozos, haciéndolo todos con tanta voluntad como si se lo pagáramos muy bien; y Malope se mostraba muy contento, y dijo fuésemos más adelante para darnos más comida. Subíase en parte alta y todos los indios al redor le oían y le respetaban o como a señor o grande amigo.

Díjole el piloto mayor por señas que hiciese que los indios cargasen aquella comida; y a una palabra suya la tenían toda a los hombros. Era de ver más de cien indios seguir aquella larga playa en orden. Llegados a la barca, pusieron dentro de ella cuanto llevaban. Malope dijo al piloto mayor diese al general sus abrazos; y despedidos, se embarcó el piloto mayor, y fue por los pueblos ya dichos recibiendo lo que los indios en sus canoas salían a darnos.

Con ser buena la provisión que se llevaba, a algunos les parecía poca; y así decían al piloto mayor los dejase saltar en tierra que tomarían, que quemarían, que matarían, que eran unos perros, y que ellos no vinieron desde el Perú a contentarse con nada: a que el piloto mayor dijo: —¿Poco os parece una barca como ésta, llena de lo que no os costó dinero, y más dado con tan buena voluntad y solicitado por

nuestro amigo Malope? Replicaron como sabían; y el piloto mayor los riñó como entendió ser necesario.

Hase contado esto tan por menudo, porque hace mucho al caso a esta relación, como se verá adelante. Llegados a la nao, le dijo doña Isabel al piloto mayor como el otro día iban del campo a matar a Malope; y como lo supo, avisó al adelantado de la amistad que le había hecho, pidiendo avisase al campo no se fuese a hacer mal a quien tanto bien nos hacía. Calló el adelantado holgándose de lo que el indio había hecho, alabando su buen trato. Levantóse de la cama a ver lo que se había traído, que embarcado, fue con mucho parejo repartido, diciéndoles el piloto mayor que sólo quería por parte haberle sido compañero.

CAPITULO XXI

De cómo el adelantado con el piloto mayor salió a tierra y mandó a una escuadra de soldados, que iba a buscar de comer, que no matasen a Malope. Cuéntase la muerte del maese de campo y algunas crueldades

Venida la noche, el adelantado hizo llamar al piloto mayor, y mandóle asentar junto a sí en la cama en que estaba enfermo; y con muy gran recato le dijo que el siguiente día por la mañana saliese con él a tierra, y que llevase consigo cuatro hombres de que más confianza hiciese, armado él y ellos, y que acompañase el estandarte real, y apellidase la voz del Rey cuando fuese tiempo; porque había de ir a hacer justicia del maese de campo por causas que a ello le movían.

Veló la nao aquella noche el piloto mayor con el cuidado ordinario, y al romper del día pidieron la barca del campo a grandes voces, a las cuales se levantó doña Isabel de la cama, diciendo: —¡Ay! ¡Ay!, que han muerto a mis hermanos, y piden la barca para venirnos a matar. Hízose sordo el adelantado, y ya que era día claro, salieron del campo una escuadra de hasta treinta soldados. Hízoles el adelantado decir que no pasasen adelante, porque los quería hablar, y embarcado con su gente, preguntó quién iba por caudillo, a dónde iban, y quién los enviaba. Respondió el ayudante: —Yo soy caudillo: vamos enviados del maese de campo al

pueblo de Malope a buscar de comer. Avisóles el adelantado que no matasen a Malope, ni le hiciesen mal ninguno, ni quitasen cosa suya porque era nuestro amigo, mas antes lo llevasen consigo; que aunque no entendía lengua, servía de ella: que bien sabía se buscaba de comer, y vuelto al piloto mayor, mandó que contase lo que el día atrás le había pasado con Malope. Oyéronlo, y según se dijo, riendo.

El adelantado llevó consigo de camino al capitán de la galeota que un grande machete estaba afilando. En la playa le estaban esperando el capitán: y desembarcados, se juntaron todos con los cuales se fue hacia el fuerte que el maese de campo a gran priesa estaba haciendo; y antes de llegar, no faltó quien preguntó: —¿Dícese por allá que nos queremos alzar? Y estaba limpiando su escopeta. Llegó el general al fuerte, y el maese de campo que estaba almorzando, como lo vio, así como se halló sin jubón y sin sombrero, salió a recibir al general, y como se vio entre tan pocos amigos pidió bastón, daga y espada, que ciñó.

Fuéronse llegando los que habían de hacer la suerte. El adelantado alzó los ojos al cielo, y dando un pequeño suspiro, metió mano a su espada, diciendo: —¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores! Y luego, al punto, sin nunca le largar, un Juan Antonio de la Roca echó mano a los cabezones del maese de campo, y le dio dos puñaladas una por la boca y otra por los pechos: y segundó un sargento (99) con un cuchillo bohemio, dejándoselo enclavado en un lado. El maese de campo dijo: —¡Ah, mis señores! Fue a poner mano a su espada; mas el capitán del machete le derribó casi del brazo derecho, y cayó diciendo: —¡Ay! ¡ay!, ¡déjenme confesar! Respondióle uno: —No es tiempo; tenga buena contrición. Estaba el miserable tendido y palpitando en el suelo, diciendo: —¡Jesús María!: y una buena mujer que se llegó ayudándole a bien morir; y uno de buena alma no hacía sino envasar la espada, y la mujer reñirle. Al fin le acabaron así, y el adelantado se enterneció.

Hecho esto, mandó luego echar un bando: que pues estaba muerto el maese de campo, a todos los demás perdonaba en nombre de su Majestad: y habiendo espirado el maese

(99) En el Manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real se omite el nombre, y en el del Museo de la Marina existe esta nota: *Aquí hay un claro en el original, a donde sin duda debía colocarse el nombre del sargento.*

de campo, el atambor, por cudicia de los vestidos, le dejó desnudo en carnes.

Era el maese de campo muy solícito, gran trabajador, buen soldado que a todo lo que se ofreció en rebatos y entradas era el primero (100). Parecía ser de edad de sesenta años, por ser todo cano, y aunque viejo, brioso; pero muy arrebatado. Sabía sentir mucho y callar poco: y entiendo que ninguna otra cosa le mató.

En este tiempo estaban hablando don Luis (101) y el piloto mayor, junto a una tienda de dos amigos del maese de campo, y al uno de ellos embistió don Luis, dándole una puñalada, y el soldado decía: —¿A mí? ¿A mí?, ¿qué he hecho yo? Dejó don Luis el puñal, y con la espada le iba a dar; pero el piloto mayor se lo defendió diciendo: —¿Qué cosa y cosa es que sin más ni más se maten así los hombres? Iba saliendo de otra tienda un soldado con la espada en la mano por desnudar, diciendo: —¿Qué es esto? ¡Al maese de campo! Embistióle don Luis, y arrimáronsele otros muchos: y el soldado retirándose hacia dentro, decía: —¿Qué hice yo? ¿Qué hice yo? Llegó el capitán don Lorenzo, y sobre unas casas donde el soldado cayó, lo mataron a estocadas. El atambor le desnudó, y se pusieron soldados de guarda a los baúles de los dos.

Don Lorenzo y su hermano con una escuadra de soldados se vinieron; mas hallaron a la puerta al piloto mayor que se les opuso, diciendo se reportasen. El capitán don Lorenzo le dijo, se quitase de la puerta:—¡Mueran esos traidores! Dijo el piloto mayor, que eran amigos. —¡Mueran!, ¡mueran! (replicaron), que mejor lo merecen que los demás: y el piloto mayor a ellos, que mirasen el tiempo y lo que hacen. Respondió don Lorenzo, que sólo San Pedro, o él podrían estar allí por quien quedasen con vida aquellos tales.

A la grita y al ruido de las armas, salieron las mujeres turbadas y desgreñadas. Unas pegaban de sus maridos; otras torciendo las manos, decían lástimas. Pareció este día de vengar injurias, o malas voluntades; pero a mi ver licencia a mozos a más pudiera llegar.

Salió después del nublado el sargento mayor de su tien-

(100) Don Pedro Manrique había servido en los tercios de Italia y Flandes.

(101) Luis Barreto, cuñado de Mendaña.

da, y por que se dijese que también ensangrentó su espada, dio a un paje del maestre de campo una buena cuchillada en la cabeza, y otra a un criado suyo, y queriendo herir a un negro que le servía, se le fue por pies, y los dos heridos con las manos en la cabeza acudierona pedir socorro al general, que mandó al sargento mayor que dejase a los muchachos.

Salió uno de sospecha, y otro de viva el Rey le iba a matar, si el piloto mayor no le defendiera. Allí se decía: —Salgan traidores con sus armas: y a esto dijo un cuerdo: que muertos y vivos tenían necesidad de honra. —Salgan, decían, a acompañar al estandarte Real, que enarbolado tenía don Diego Barreto, y tocando la caja junto a él, se pregonaba la voz del Rey a que todos respondían: —¡Mueran traidores!

Fue el capitán del machete a traer las dos cabezas que el general mandó meter en unas redes, y cada una en un palo las hizo hincar junto al cuerpo de guardia. Venía en esta ocasión de la nao la barca, bogando a muy gan priesa, y el vicario en ella con una lanza en las manos, y la gente de mar armada, diciendo unos y otros: —¡Viva el rey!, ¡mueran traidores!; y llegando a donde se hallaba el adelantado, dijeron: —Aquí venimos todos a servir a Su Majestad, y a morir donde V.ª S.ª muriese: y con esto se acercaron al estandarte Real. Uno de ellos preguntó al general: —¿Qué es, señor?, ¿está hecho? —Díjole, que sí; y él: —Bien hecho está. Y viendo las dos cabezas dijo: —Un muro se me ha quitado de delante.

Y en este tiempo venían doña Isabel y su hermana de la nao, que por ellas había ido el capitán del machete a dar la nueva y el parabién de la victoria que él sabía celebrar, y alabarse que había dado una buena cuchillada al maese de campo, y hecho cortar las dos cabezas. Decía: ya agora eres señora, y estás marquesa, y yo capitán, que está muerto el maese de campo. Yo digo que es mucho para temerse hombres necios con licencias. Desembarcada doña Isabel, se recogió en el cuerpo de guardia.

En este punto salió del campo un soldado, disimulado, vestido de nuevo con plumas en el sombrero, y al descuido preguntaba: —¿Qué es esto?, haciendo que no lo sabía. Era éste el procurador de las pretensiones en quien pusieron los ojos todos: y dejó de volar este y otros por ser la gente poca que así se trataba. Muchos temerosos hubo y la ocasión

a su poca seguridad la habían dado: y a sus amigos se encomendaron algunos que con mucha verdad terciaron bien, y los libraron. Mandó el adelantado que todos, así juntos como estaban, fuesen a la iglesia a oír misa que el vicario dijo; y acabada volvió el rostro, y dijo que no se escandalizasen de las muertes dadas: que así convino. Encomendó la quietud y la obediencia a su general, recordando que haciéndolo así sería acertar, y lo demás yerro. De la manera que se fue a oír la misa, se volvió con el estandarte al cuerpo de guardia. Los baúles de los muertos se abrieron, y sus enemigos hicieron reparticiones y aplicaciones. Mandó el adelantado dar sepultura a los cuerpos, con que se acabó esta primera tragedia, y despidió a todos con apercibimiento que se juntasen a la tarde, para el efecto que dirá el capítulo siguiente.

CAPITULO XXII

De cómo los soldados mataron a Malope, y las prisiones que hubo sobre esta muerte, con la de un alférez y de un matador de Malope

Venida la tarde, todos se juntaron en el cuerpo de guardia y el adelantado mandó que se abatiesen las cabezas y esconder el estandarte, cuando llegó uno de los que habían ido y dijo al adelantado, como llegando los soldados a casa de Malope los había regalado y dado lo que tenía; y habiéndole llevado consigo en cierta parte, estando el inocente seguro, un soldado puso la boca de su arcabuz en una sien de Malope, y pegándole fuego, cayó en el suelo palpitando; y que cierta persona doliéndose porque le vio penar, se llegó a él y con un hacha le hizo la cabeza partes, diciendo que nunca mejor cosa habemos hecho. Desta manera tan injustamente mataron a Malope; y dar tanto mal por tanto bien, más fuera obra para un demonio que para un hombre. Este tenía la tierra de paz, y daba de comer. Era medio para que lo diesen otros, y realmente era mucha su bondad. Disculpábanse, diciendo que Malope les había querido hacer una traición. Este parece que fue achaque para dar color a tanta impiedad como usaron. Riñeron al matador, y él dijo poniendo al orden su arcabuz: —Bien muerto está. ¿Hay

quien quiera pedir su muerte? Mucho lo sintió el adelantado, y todos lo sentimos mucho, tanto por lo que era el caso en sí, como por la falta que había de hacer. Vino en una canoa el matador de Malope, a quien el adelantado mandó prender y con las manos atrás atadas poner un cepo entrambos pies.

Venían ya marchando por la playa la mayor parte de los soldados. Mandó el adelantado a los que consigo estaban se escondiesen en el cuerpo de guardia, y que en entrando, fuesen de cuatro en cuatro echando mano de fulano. Entró el ayudante de sargento mayor, y llegándose cuatro a él desarmaron y metieron en el cepo; llegó otro soldado, a quien sucedió lo mismo. Miraban estos dos a todas partes, y alcanzando de vista al paje del maese de campo, con los ojos le preguntaron por él, y el muchacho corrió por la garganta un dedo dando a entender ser muerto. Mostraron los presos bien su tristeza. Entró luego un sobrino del maese de campo a quien el general honró mucho, diciendo que sabía cuán servidor era del Rey; y lo mismo don Toribio de Bedeterra.

Llegó el alférez con el resto de los soldados, y el capitán don Lorenzo le desarmó, y con unos grillos lo entregó a cuatro arcabuceros que lo llevasen a un cuerpo de guardia algo apartado de allí. Andaba la mujer del preso gritando por entre casas y ramas, bien recelosa del daño de su marido, porque antes que viniese ya lo lloraba.

Don Lorenzo fue a llamar al capellán (102); y el buen padre, como veía el río turbio, no se atrevía a pasarlo, y así decía: —Señor capitán, ¿qué es lo que de mí se quiere? Mire que soy sacerdote: por un solo Dios que no me maten. —Venga conmigo, le dijo don Lorenzo; que es para un poco. Aquí, aquí, señor, y no pasemos más adelante: y desengañado ser para confesar al alférez, se aseguró y llegó detrás de un árbol, a donde el preso estaba. Empezóle a persuadir a confesión, porque lo querían matar. Dijo el preso: —¿Yo morir? ¿Pues por qué? El clérigo le desengañó. Dicen los que allí se hallaron, que dijo el alférez: —Sea, pues que Dios así lo quiere: y que yendo a ponerse de rodillas a los pies del confesor, que quien a cargo lo tenía y sucedió en su oficio, mandó a un negro del general que con

(102) Antonio de Serpa.

el machete dañador le diese, como lo hizo, por la cabeza y oreja de un golpe, y luego otro: con que le cortó la cabeza, la cual fue puesta como las otras dos, y el cuerpo cubierto con unas ramas y a poco rato echado a la mar, y de su mujer bien llorado.

Acabado con el alférez, preguntó muy paso, al oído del general, el capitán don Lorenzo, a cuál sacaría del cepo. Mandóle fuese el ayudante a quien con liberalidad sacó el sargento mayor; mas todos pidieron al adelantado le otorgase la vida, como lo hizo, tomándole en sus manos juramento. Retiróse luego porque no le rogasen por el otro que había mandado sacar del cepo; pues el sargento mayor le tiraba de un brazo; del otro le tenía el piloto mayor diciéndole qué quería con tanta prisa, y el preso, desabrochado el cuerpo, decía: —Aquí estoy: si lo merezco, córtenme la cabeza. Doña Isabel y todos juntos pidieron al adelantado que le otorgase la vida. Hízole jurar lo que al otro, y lo perdonó. Levantado éste, puso lo ojos en la cabeza del maese de campo y las manos en el rostro, y llorando, decía en voz que todos lo oímos: —¡Ay, viejo honrado!; ¡y en esto venisteis a parar al cabo de tantos años de servicios del Rey! ¡Este premio se os ha dado! ¡Muerte afrentosa, y vuestra cabeza y canas puestas en un palo! Fuele un soldado a la mano y le dijo: —No puedo dejar de llorar la mal venturosa suerte del maese de campo, que le tenía en lugar de padre. Oyólo el adelantado, y mandóle que callase. Dijéronle diese gracias por haberle librado del peligro en que estuvo, y que agradeciese a los padrinos la buena tercería que le hicieron. Dio las gracias a todos, y abrazó al compañero con muchas lágrimas.

En cuanto esto pasó, el matador de Malope llamó al piloto mayor y le dijo su estado: que por Dios le rogaba fuese tercero en su necesidad, y la segunda vez le dijo con gran tristeza que rogase al adelantado le perdonase su yerro, y para que estuviese cierto cuanto le había de servir de allí en adelante, él se quería casar con la Pancha su criada (ésta era una india del Perú, de mala suerte, *carachenta* y lo demás) que el adelantado tenía en su servicio. Aseguróle el piloto mayor, diciéndole estuviese cierto que, sin que hiciese lo apuntado, le sería tan buen tercero como luego lo vería. Iba el adelantado a sacarle del cepo con sus propias manos para que fuese justiciado: pidióle el piloto mayor le otorgase la

vida, a que el adelantado casi enojado le dijo: —Con que tengo de pagar la muerte de mi amigo Malope que éste mató? Y el piloto mayor le dijo: —Con mostrar a los demás indios las cabezas de los dos muertos, para que entiendan se hizo castigo por la muerte de Malope: y para más obligarle le dijo mirase que éramos pocos, y que el lugar obligaba a perdonar. Dijo el adelantado se hiciese cargo de él, y le tuviese preso. Agradeció el piloto la merced, y sacado del cepo, lo entregó a cuatro lo llevasen a la nao.

Dio este hombre en no querer comer, hartarse de agua salada, y con la cara a la pared estaba avergonzado, porque unos le decían ¿cómo había muerto a aquel buen indio sin razón? Otros no hacían caso de él; antes merecía estar hecho cuartos por haber hecho tal maldad. Al fin parece que tuvo por más acertada la muerte que la vida. Dejóse ir gastando, y a pocos días murió muy arrepentido, habiendo primero recibido los Satos Sacramentos, que esta ventaja hizo a los otros tres. Y con eso se acabó la tragedia de las islas donde faltó Salomón (103).

CAPITULO XXIII

Del gran llanto que por Malope hicieron los indios. Las grandes enfermedades que en el campo vinieron, con la muerte del adelantado y capellán, y las tres victorias que los indios tuvieron

Venida la mañana, se oyó en el pueblo y casa de Malope un grande llanto de mucha gente junta. Mandó el adelantado que fuesen luego por la cabeza del alférez, y la llevasen a los indios, dándolos a enterder, lo mejor que se pudiese, que por la muerte de su Malope se había dado esta otra. Mas como los indios vieron que iba la barca a su pueblo, dejando los lloros se huyeron todos al monte. Los de la barca les daban voces para que no se fuesen, mostrándoles la cabeza; pero nada aprovechó, que todos se emboscaron. Visto esto, se la dejaron colgada a su puerta, y se volvieron. Las otras dos cabezas, a petición del vicario, para dallas sepultura

(103) En el manuscrito de la Biblioteca del Museo de Marina, añade la siguiente apostilla: *esto es, la prudencia* (Nota Edic. J. Zaragoza).

mandó el adelantado fuesen quitadas de los palos. Descuidáronse de enterrarlas, y como quedaron aquella noche en la playa, la mañana siguiente se hallaron mondas porque los perros las comieron.

A todo esto nuestro adelantado iba cada día hallándose con menos salud, y a gran priesa mandó se le hiciese casa, en la cual desembarcado con su familia, se recogió.

Ya en este tiempo había bajado del cielo el castigo que merecían nuestras desconfianzas, desórdenes y crueldades, con muchas enfermedades y faltas del remedio de ellas.

El capitán don Lorenzo, a cuyo cargo estaban ya las cosas de mar y tierra, envió una madrugada en la barca veinte soldados con un caudillo, para que le trajese algunos muchachos, con ánimo de enseñarles nuestra lengua, por la falta que hos hacía no entender la suya. Los indios que con mucho cuidado velaban, se defendieron la salida a tierra con tanto ánimo, que antes que los nuestros se desenvolviesen, flecharon siete, y al caudillo; y gozando la ocasión, les fueron siguiendo con tiros de muchas flechas y pedradas y grandes gritos: y llegaron tan cerca del campo, que fue necesario salir don Lorenzo, con la bandera tendida y resto de la gente sana, a defender la entrada. Tiróseles un verso con que se fueron retirando, en cuyo alcance hicieron y flecharon seis, y a don Lorenzo, que recogidos y curados fueron. Visto esto, don Lorenzo envió a un soldado por caudillo de otros para quemarles las canoas, piraguas y casas, haciéndoles, como les hicieron, todo el más daño que se pudiese: de que trajo ocho soldados heridos. Con estas tres victorias habidas todas en un día, quedaron tan ufanos que de día y de noche flechaban al campo, y tiraban piedras de tal manera que hicieron dos; de que murió el uno. Con los soldados heridos, y enfermedad del adelantado y de otras muchas personas, sólo se procuraba defender y asegurar el pueblo, siendo las mayores entradas que hacía nuestra gente sólo a buscar bledos, que a ratos costaban caros.

Víspera de San Lucas evangelista murió el primero de nuestros compañeros, el capellán Antonio de Serpa; por cuya muerte hizo el vicario un muy del alma sentimiento y dolorosa lamentación, cuanto lo fue a clavar los ojos en el cielo, diciendo: —¡Oh, Dios mío! ¡Qué castigo tan grande es éste que por mis pecados me enviáis! ¿Dejaisme, Señor, sin sacerdote con quien me confiese? ¡Oh, padre Antonio de

Serpa, sin sacerdote con quien me confiese? ¡Oh, padre Antonio de Serpa! ¡Dichoso vos, que habéis muerto habiendo recibido los sacramentos! ¡Y quién pudiera trocar por vos la suerte, y no quedar en la que estoy para mí tan desdichada, pues puedo confesar a cuantos están aquí y no tengo quien me confiese! Andaba escondido el rostro, sin querer admitir consuelo; fuese a la iglesia, y sobre el altar lloró y sollozó reciamente, y otras muchas cosas hizo y dijo el buen vicario en cuanto se amortajó el difunto, y abrió la cueva a donde fue sepultado.

La siguiente noche, que se contaron diez y siete de octubre, hubo un eclipse total de luna, que al ascender por el Oriente ya venía toda eclipsada. El adelantado se halló tan flaco, que ordenó su testamento que apenas pudo firmar (104). Dejó por heredera universal y nombrada por gobernadora a doña Isabel Barreto, su mujer, porque de Su Majestad tenía cédula particular con poder para nombrar la persona que quisiere. A su cuñado don Lorenzo nombró por capitán general; y mandando llamar al vicario, cumplió con todas las obligaciones del alma.

En esto se pasó la noche, y vino el día, que fue de San Lucas; viéndole el vicario tan al cabo, le dijo que una persona de suerte y buena vida bien sabía cuánto importaba el bien morir, que estaba en tiempo de poder negociar con Dios lo que le faltaba. Díjole más otras cosas, tan santas como piadosas, que el adelantado oyó mostrando bien a entender cuán conforme estaba con la voluntad del Señor que lo crió. Hizo el vicario traer un Cristo, en cuya presencia pareció que el adelantado humilló las rodillas en su corazón, y ayudándole a decir el salmo de *misere mei* y el credo, a la una después del medio día pasó nuestro adelantado de esta vida con que se le acabó su jornada de tantos y tan largos tiempos deseada. Murió al parecer de todos como de él se esperaba. Todos le conocimos muchos deseos de acertar en cuanto hacía. Era persona celosa de la honra de Dios y del servicio del Rey, y a quien las cosas mal hechas no parecían bien, ni las bien hechas, mal. Era muy llano; no

(104) Alvaro de Mendaña hizo testamento el 18 de octubre de 1595, ante el escribano Andrés Serrano, firmando como testigos Diego de Vera, Andrés del Castillo, Juan de Isla, Luis Barreto, y el capitán Felipe Corzo. El original se encuentra en el Archivo de Indias.

largo en razones: y él mismo decía que no las esperasen de él, sino obras, y que parecía que sabía bien mirar las cosas que tocaba a su conciencia. Paréceme que podré decir con razón que sabía más que hacía, porque ninguna cosa vi que pasó por alto. La gobernadora sintió su muerte y ansí muchos, aunque algunos se holgaron de ella.

Venida la tarde, con la mayor pompa que nos dio lugar el tiempo, le fuimos a sepultar, en un ataúd cubierto con un paño negro, en hombros de ocho oficiales los más señalados; los soldados los arcabuces el revés a la usanza de entierros de generales. Ibanse arrastrando dos banderas, y en dos atambores cubiertos de luto dando unos golpes tardos y roncos, el pífano hacía el mismo sentimiento, y llegados a la iglesia, el vicario lo encomendó; y sepultado, nos volvimos a dar el pésame a la gobernadora de su desgracia.

CAPITULO XXIV

De cómo el vicario hizo algunas amonestaciones a los soldados y los ejemplos que trajo

Pasadas las dos muertes referidas, como el vicario vio las enfermedades cuán de veras eran, y que cada día moría uno, dos, o tres, andaba por el campo diciendo a altas voces: —¿Hay quien se quiera confesar? Pónganse bien con Dios, y miren por sus almas, que tenemos presente un castigo de que entiendo no ha de escapar ninguno de cuantos estamos aquí. Los indios han de triunfar de nosotros, y quedar gozando vestidos y armas y todo lo que tenemos en este lugar, a donde Dios nos tiene presos para castigarnos, que lo merecen nuestras obras. Miren que si por un pecado castiga Dios a un reino, aquí a donde hay tantos, ¿qué será? Pues hay hombres de tres, cinco, siete, nueve, catorce y treinta años de confesión, y otro que una sola vez se ha confesado en su vida. Hay hombres de dos y tres muertes de otros hombres; y hombre que ni sé si es moro, ni si es cristiano: y otros pecados tan feos y graves que por ser tales, su nombre callo. Miren que hizo Dios concierto con David y le dijo que escogiese de tres castigos el uno, y que tenemos presente peste, guerra, hambre y discordia entre nosotros mismos y tan alejados de todo remedio. Miren, pues, que tene-

mos a Dios airado, y de su justicia desnuda y sangrienta tiene la espada con que va matando, y presta para nos acabar: bien justificada tiene su causa; no es tanto, ni tan riguroso el castigo que nos da, que no sea más nuestro merecido. Confiésense; limpien sus almas, y con la enmienda aplacará la ira de Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Abran los ojos, y verán cuán gran castigo es éste.

Andaba el buen sacerdote una y otra vez, día y días haciendo bien su oficio, sacramentando a los enfermos, enterrando muertos, y para los que no se querían confesar buscaba medios: otras veces, con las mismas ansias pregoneras de su espíritu decía que la misericorcia de Cristo era mucho mayor que nuestros pecados, por feos y enormes que fuesen, y que una sola gota de sangre de las que derramó en su pasión, bastaba para satisfacer por los pecados de infinitos muchos, y que ninguno de los que allí estaban, por pecador que fuese, perdiese la esperanza; mas antes con la fe y constancia de cristiano la afijase más en Dios, que sabía perdonar pecados. Y para más animar y consolar a todos con ejemplos, trujo los dos siguientes.

En un pueblo del Perú había un fraile de San Francisco, en un convento, de buena vida, a cuyos pies se puso de rodillas para confesarse un soldado extragado (105), vecino y conocido suyo; y como a sus pies le vio, puso los ojos en un Crucifijo que en el crucero estaba, y en su corazón le dijo: —¡Ah, Señor, duélete y apiádate desta alma!; y que en aquel instante salió la imagen de la cruz y vino hasta la mitad de la distancia, y le dijo: —No dudes: confiésalo y absuélvelo, que por ése y otros pecadores como ése, vine yo al mundo.

El otro fue, que en las Indias había un hombre rico de hacienda y pobre de virtud, que pecaba, y tenía viejas y bien arraigadas raíces en muchos vicios; hombre que salía algunas veces al campo con adarga y lanza, y apretados dientes y los ojos hincados en el cielo, decía: —Dios; baja aquí a este lugar a reñir conmigo y veremos quién es el más valiente; y otros dichos, de tan poco temor y reverencia de dios como son éstos. Este tal dice que andando una noche paseándose en un aposento suyo, rezando en unas cuentas,

(105) Corrompido.

oyó una voz que le dijo: —¡Ah! fulano, ¿por qué no rezas con devoción ese rosario? Y que, alborotado y temeroso, trujo una lumbre mirando el aposento, no vio a nadie; y buscando más, halló una imagen de Nuestra Señora, pintada en papel, que levantada del suelo, la puso en la pared, y él, de rodillas, la tenía con las manos, prosiguiendo su rosario: y que estando así, llegaron a él dos negros, que, matando la luz, en un proviso (106) lo desnudaron en carnes y con unos de hierro le azotaron con tanta fuerza, que estaba ya para espirar; y que en este punto, se vio en el aposento un gran resplandor, y dijo una voz: —Andad, andad y dejad esa alma; que no es vuestra, que mi hijo me la tiene concedida por su misericordia y mis ruegos; y que luego, en un instante, los negros le dejaron, y el resplandor y ellos desaparecieron, y que el paciente, como pudo salió fuera y se acostó en su cama, enviando a llamar un religioso, que, venido, le preguntó qué novedad era la de llamarle a media noche. Contóle el caso, mostróle las heridas y cardenales, pidiéndole confesión con mucha instancia, diciendo había treinta y ocho años que no se confesaba. El confesor le dijo tuviese ánimo y se consolase, que a muchos mayores pecadores perdonaba Dios con larga mano; y que hizo una confesión que duró diez y siete días; y que acertada (107), una chica penitencia le absolvió, y le dio una calentura que le fue gastando de manera, que el día que cumplió la penitencia, ése murió como un santo.

Con estas y otras muchas diligencias, tan cristianas como éstas, procuraba la salvación de las almas que le cupieron en parte repastar; y para mejor acudir a las obligaciones de su oficio, se desembarcó y se fue a vivir en una casa de uno de los muertos.

CAPITULO XXV

En que se cuenta lo que más pasó con los indios

Conocido por los indios el tiempo, iban en seguimiento de su venganza, y así buscaban a nuestra gente cada día

(106) En un instante.
(107) Acabada.

trayendo paveses (108), pensando librarse del arcabuz, como nuestras rodelas se defendían de sus flechas. Estaban muy escarmentados, y así con esta rabia por entre las ramas y árboles nos flechaban, tirando al rostro y piernas, porque las veían desarmadas: y los soldados se tenían la culpa, porque tomaban sus flechas y daban con ellas en las rodelas de punta y en las otras armas duras, para darles a entender como no les hacían mal; pero ellos decían que diesen con ellas en los ojos o piernas; y como no querían, entendían el secreto y siempre tiraban a estos dichos dos lugares. Visto por el general don Lorenzo que nos venían a casa a buscar, mandó a un soldado que con otros doce fuese a hacer mal al pueblo de Malope, entendiendo ser suyos los que hacían daño. Quemaron el pueblo, y se volvieron habiendo sus moradores huido al monte.

En cuanto esto pasó, los indios más vecinos al campo estaban dando muchos gritos, y no faltara quien les ayudara a dar más diciendo: —Miren y vean cual se está abrasando el pueblo de Malope, y vean el sentimiento que aquella gente está mostrando. Llamáronles del campo con una banderilla de paz (que también la usan ellos). Llegáronse más un poco, y el general salió a hablallos, llevando al piloto mayor consigo, y que a sus espaldas fuesen seis arcabuceros para lo que pudiese suceder; mas los indios, como viesen arcabuceros, iban dando pasos atrás, y con las manos daban a entender no llegasen.

Mandólos el general quedar; y acariciándolos, les dijo: que éramos amigos suyos; y que ¿cómo ya no nos traían de comer como solían? Y ellos, por señas, se quejaban diciendo que si éramos amigos, ¿cómo los mataban, estando en paz? Y luego dijeron: —Malope, Malope, amigos *pu* (que así llamaban al arcabuz), dando a entender, que si tan amigos éramos de Malope, ¿cómo le habíamos muerto con el arcabuz, y agora le estaban quemando el pueblo? Y lo mostraban con el dedo. Dijo el general que ya los que habían hecho el daño estaban muertos y enviado una cabeza a su pueblo en castigo de lo que hicieron. Preguntaron por el *jauriqui,* que era el adelantado, y fueles dicho que estaba en el pueblo. Díjoles don Lorenzo que trujesen de comer: y ellos lo hicieron así, viniendo el siguiente día y los demás

(108) Escudo oblongo y de gran tamaño.

con la ofrenda acostumbrada. Estos indios me parecieron de buena ley y fáciles de atraer a paz, y ésta guardaron enteramente estando della. Paréceme que la guerra nosotros se la dábamos a ellos; y ellos a nosotros la hacienda: y todo el tiempo que estuvieron de quiebra hubo grande necesidad para buscar de comer. Esta falta suplió la harina que del Perú se había llevado, que fue la vida de esta jornada.

CAPITULO XXVI

En que se cuenta lo que más pasó hasta la muerte del general don Lorenzo Barreto

Acudía don Lorenzo lo mejor que podía con su enfermedad al sustento y bien del campo, y juntamente envió tercera vez con la fragata al capitán de la artillería a buscar a la almiranta, dándoles instrucción de lo que había de hacer. Fue el capitán e hizo sus diligencias, sin hallarla. Saltó de camino en una de las tres isletas referidas. Estaban en los arrecifes; y cogió en ella ocho muchachos, los cuatro varones, y todos bien agestados, de color loros, buenos talles, lindos ojos y mejor ingenio. Trajo algunas grandes conchas de las ostias de perlas que en un pueblo halló; y con esto se volvió a la nao.

Envió el general a don Diego de Vera por caudillo con algunos sodados de más salud, a buscar indios para tenellos por prendas y por freno para que no nos procurasen el mal que hacían. Trajeron tres indias con seis hijos, a quien los maridos vinieron muchas veces a ver; y juntándose muchos otros, las vinieron a pedir con muchos halagos; y por contestarlos, se las dieron.

Tratábase de pedir licencia a la gobernadora para irse de la tierra; y mandaban los que trataban de esto, a los soldados que firmasen un poder, que al vicario dieron para que en nombre de todos lo diese. El uno, escarmentado, respondió que no le mandasen firmar; pues por firmas de papeles había el adelantado muerto al maese de campo y a los otros dos soldados; asegurándole que firmase y que no tuviese pena de presente por ser uno de otro diferente tiempo.

El vicario hizo una petición, apuntando en ella causas

que decía ser bastantes para dejar la población (109). Mandaron la gobernadora y el general se recibiese información, de que pidiendo traslado el fiscal (según él dijo) le mandaron pasar de largo: y porque toda la gente de la tierra había firmado el papel y poder, tomaron toda la gente de mar por testigos, y porque el piloto mayor tiene probado cuanto le hubo de costar el deseo de poblar, digo que fue un día a la nao un su amigo, y no se sabe si fue de caridad, o si fue enviado adrede, y le dijo que se callase, porque o le habían de matar, o dejarle solo en aquella isla. Llegó su instancia a tanto, que se ofrecía a sembrar y sustentar la gente de mar; mas fue tanta la sospecha u odio que de él concibieron de esto, que nunca le quisieron dejar ir a las salidas que por mar se hacían: con que le atajaron los pasos de la intención que allí llevó; pues por emplearse en descubrimientos de tanta importancia había dejado lo mucho que podía tener en el Perú.

Agora me parece que será a tiempo el disculpar la tierra que muchos de nuestros soldados decía ser la más mala que se sabe, dando por razón las muchas muertes que en ella hubo, y enfermedades.

Claro está que de mudar temple, comida, costumbres, trabajar, andar al sol, mojarse sin tener que mudar, poblar montaña en invierno, dormir en el suelo, la humedad, desconciertos, y otros contrarios, con malos tratamientos, y otros disgustos, en hombres que no son piedra, no parece mucho que haya habido enfermedades: y luego la falta de médico que entendiese su mal, y la de los remedios que se habían de aplicar, ni quien sirviese y los regalase, eran abiertas puertas a la muerte. Demás de esto, en los pueblos y ciudades pobladas, hay unos barrios más sanos que otros: y así entiendo que no fue pequeña parte el sitio para los daños referidos; porque los que se hallaron en la mar, ninguno allí cayó malo; y si la tierra fuera tan enferma como se dijo, los enfermos con todas las faltas apuntadas no duraran tanto tiempo; pues muchos vivieron muchas semanas y me-

(109) -Poder de la tripulación que quedó en la Armada después del Adelantado, dado en dicha isla de Santa Cruz, al vicario de la Armada, y petición de éste a nombre de todos sobre lo que se debía hacer para salir de allí-. Archivo de Indias, Patronato n.° 10; vol. 8; fol. 25 del expediente de D. Fernando de Castro, segundo esposo de Isabel Barreto.

ses, y ninguno hubo que se muriese en breve, como acaece en Nombre de Dios, Puertobelo y Panamá, Cabo Verde y San-Tomé, y otras partes sujetas a poca salud; y esto, con tener presentes todos los remedios necesarios, acaban en breve tiempo, y a ratos en breves horas.

Los enfermos se iban a más andar muriendo, y era lastimosa cosa verlos en las manos de sus males, metidos en unos tendejones (110), unos frenéticos y otros poco menos; unos irse a la nao, pensando hallar allá salud, y otros de la nao al campo, pensando hallarla en él. El general don Lorenzo acudió a estas faltas cuanto le fue posible y la gobernadora como pudo, y otras personas había que, obligadas de caridad, acudían; pero todo era poco, por ser las faltas muchas. En esta ocasión cayó el vicario malo, y no le pareciendo bien la tierra, se volvió a la mar.

El general que, como habemos dicho, estaba flechado en una pierna, le fue menester guardar cama, en donde por minutos se hallaba peor de salud, habiéndosele pasmado: y en este tiempo llegó el campo a estado que no había quince soldados sanos, y ésos eran todos mozos, que por serlo podían mejor sufrir con calenturas hacer las postas; y tal hubo, que en quince días no la rindió. Fue el piloto mayor a visitar a don Lorenzo, y estándole preguntando por su salud muy afligido: —¡Ah, señor piloto mayor, que me muero sin confesión! Y luego: —¡Ah muerte, en qué estado tan fuerte me coges! Y puestos lo ojos en un Cristo, dijo: —Pecador soy, Señor, perdonadme.

Conociendo el piloto mayor su grande necesidad, le consoló, diciendo iba a rogar al vicario viniese así como estaba. Fue a la nao, y pidióle que por amor de Dios saliese a confesar a don Lorenzo, porque se moría a gran priesa. Respondióle el vicario, que también él se moría; que le trajesen a la nao que allí le confesaría. El piloto mayor le replicó, diciendo que el mal de don Lorenzo era pasmo (111), y le tenía tan yerto y envarado, que para revolverse en la cama, tenía una cuerda en el techo, a que se asía, y con ayuda de dos hombres se revolvía; y pues sabía que era mozo, no permitiese que él, ni otras personas que en el

(110) Tienda pequeña o barraca. Cobertizo.

(111) Efecto de un enfriamiento que se manifiesta en dolor de huesos y otras molestias.

campo pedían confesión se muriesen sin ella. Respondió el vicario: —Vuesa merced me quiere matar. ¿No ve que no me puedo tener en pie?; ¿tan poco quiere mi salud?; llévenme donde quisieren aunque muera. Y así fue embarcado, temblando, envuelto en una frazada: y llevado, le acostaron con don Lorenzo en su cama, a donde le confesó, y a todos cuantos se quisieron confesar. Un soldado, viendo con tan poca salud al vicario, dijo muy lloroso y triste: —¡Ah, Señor!, ¿qué priesa es ésta que veo?, ¿en qué hemos de parar?, y le volvieron a la nao (112). Aquella noche apretó el mal con don Lorenzo de tal suerte, que al romper el día dos de noviembre murió. Dios le perdone. Fue llorado y sepultado de manera que el adelantado su cuñado. Entre los demás murió un soldado que recibió la muerte con tan alegre rostro, que en esto y en las palabras que dijo y lo que hizo, parecía ser peregrino que caminó al cielo.

CAPITULO XXVII

En que se da cuenta del infelice estado de nuestra gente y muerte del vicario y la embarcación de todos

Con los sucesos dichos llegaron los nuestros a estado, que si sólo diez indios vinieran determinados, los degollaran a todos y arrasaran el pueblo bien a su salvo. Finalmente los enfermos apretados de su mal que era grande, y sin remedio se vinieron a la nao, y la gobernadora con ellos; quedando la bandera en tierra con los pocos soldados que tenían alguna salud, en cuanto se recogió agua y leña: y lunes, que se contaron siete de noviembre, se embarcó bandera y gente, y con esto se dio mal fin a esta buena empresa. Yo nunca entendí menos: y se dejó en las uñas de quien de antes la tenía, hasta que Dios permita vayan otros más deseosos de el bien de aquellos perdidos, para que con el dedo les muestren el camino de su salvación para que fueron criados.

(112) El vicario Juan Rodríguez de Espinosa, posiblemente en esa confesión, logró que Lorenzo Barreto firmara la información abierta por el vicario, solicitando la salida de la isla. Figura en el expediente de Fernando de Castro, ya citado.

El pueblo quedó hecho un espectáculo de sentimiento y consideración, por los desastrados y breves sucesos que en él hubo. Era cosa notable ver en la playa andar los perros aullando, como que preguntaban la causa por que se iban y los dejaban. El más chiquito se echó a la mar y vino nadando, y por tanta lealtad fue recibido, y por él se pudo decir que a los osados favorece la fortuna.

El vicario ordenó su testamento, y la siguiente noche le velaron tres soldados. Rogó al uno le leyese en el Símbolo de la fe de Fray Luis de Granada. Venido el día, viendo el piloto mayor la poca esperanza de vida con que estaba, y como al parecer se moría, le dijo, que pues se le acortaba el plazo y llegaba el de la cuenta, mirase lo que convenía a su alma. Respondióle el piloto mayor que él hacía oficio de amigo y que no se dejase engañar, porque se iba concluyendo. —¿Y cómo no me lo ha dicho más temprano?, dijo el vicario; y el piloto mayor: que nunca entendió que su enfermedad le pusiera en el estado que le veía. Pidió el vicario un Cristo, y con él en las manos dijo: —¡Oh, Padre eterno que enviaste... Lo que prosiguió no se le entendió, porque luego se le impidió la lengua: y así, agonizando, dio al Salvador y Criador suyo el alma.

Esta pérdida fue tal, cual nuestros pecados merecieron. Azote y castigo para que nos desengañemos que teníamos a Dios muy enojado, pues después de tantas aflicciones corporales, nos quitó el regalo espiritual. Fue su muerte muy sentida; no de todos, porque no todos saben sentir semejantes faltas. Era el vicario Juan Rodríguez de Espinosa, un muy honrado sacerdote, a quien por su mucha virtud y buenas partes se debía un grande amor. El piloto mayor, su albacea, le hizo sepultar en la mar; no queriendo fuese en tierra, por temor de que los indios no le desenterrasen e hiciesen con su cuerpo algunas cosas indecentes.

CAPITULO XXVIII

De cómo se hicieron otras dos entradas, que fueron las últimas, y lo que pasó hasta que se dieron velas

El día siguiente se hizo el viento Norte, y con ser poco, se rompieron tres cables que la nao tenía por amarras, que-

dando un delgado cable que para tener una barca parecía flaco, y fue tan fuerte que él solo sostuvo la nao que no fuese a dar en tierra, de que estuvo muy cerca.

Más tarde fue enviado Luis Andrada por caudillo, con treinta hombres, a buscar de comer para el viaje. Fue a la isleta que llamábamos huerta y en un estero halló cinco canoas de las grandes, cargadas de espuertas de bizcocho de la tierra, que los indios allí tenían retirado, y sin ninguna dificultad lo cogió todo y envió a la nao: y dijo que mató ciento y veinte puercos, de que se vio parte, y que halló los indios de paz, y después se amontaron porque soldados mal mirados toman más licencia que les dan para hacer agravios. Por esto en los caminos que son angostos, hicieron cuevas cubiertas de ramas y tierras, y dentro clavaron púas derechas, a donde un soldado se enclavó un pie. En cuanto anduvieron en esta entrada, se dio orden con los enfermos, y la nao se aprestó del todo.

Venido el caudillo, fue luego el piloto mayor con veinte hombres a la misma isla, siguiéndole muchas embarcaciones de los indios. Dejando en la barca seis hombres, saltó con los demás en tierra, y los indios de ella, como escarmentados, los recibieron con las flechas en las manos, haciendo la *perneta* (113), dando gritos y vueltas. Hízoseles con bandera blanca señal de paz; mas ellos daban más vueltas y más voces. Allegóse más el piloto mayor haciendo de la misa señal. Era un camino angosto y de mucha arboleda; y ansí comenzó de todas partes a llevar flechas y piedras. Hizo tirar dos arcabuces perdidos y dar arremetida al pueblo, en que no halló más de espuertas de su bizcocho en las casas, y otras de raíces muy naranjadas de que hacen tinta del mismo color. Siguió los indios que iban huyendo por una cuestecilla arriba, y llegando a lo alto, se halló en una muy hermosa llanada y de grande abundancia de frutales, a donde se cortaron muchos y grandes racimos de plátanos, cantidad de cocos, y en una casa se halló gran número de bizcocho; y cargado por escoltas a vista una de otra, por no dividirse, lo embarcaron todo, sin que se les hiciese mal ninguno, con haber habido muchos encuentros con ellos, ni tampoco se hirió ni mató a indio, porque el piloto mayor

(113) Con las piernas desnudas.

decía a los soldados que no les tirasen a dar, sino a espantallos.

Hecho esto, mandó a la barca le fuese siguiendo playa en la mano, a un puesto a donde iba a cortar palmitos; y cuando llegó, no fue vista la barca, por más que se procuró. Hizo junta, y todos fueron de acuerdo de ir a la parte a donde habían saltado en la isla. Iban marchando ya puesto el sol, cuando encontraron un sitio que con unas peñas hacía un buen reparo. Por esto y haber allí una canoa, decían al piloto mayor esperase a que del todo fuese de noche, para que uno en la canoa fuese a dar aviso a la nao y los viniesen a buscar. El piloto mayor dijo que el no parecer la barca daba pena, y mucha más considerando el lugar poco seguro a donde estaban los marineros de más cuenta, a cuya falta no quedaba quien pudiese llevarla y la gente a donde estaba acordado: con que no se tendrá noticia del descubrimiento hecho, y de la presunción de la parte.

Preguntó qué pólvora había. Dijéronle que diez cargas. Dijo ser poca, y mejor pasar adelante, buscando alguna de las muchas embarcaciones, que ganadas, si los indios los necesitasen, después de gastar la pólvora se defenderían con las espadas y rodelas, y dio por razón que si a la barca había sucedido desgracia, los indios la habían de ver, y esconder sus embarcaciones para que no se pudiesen ir. Esto acordó. Encargó la vanguardia a un soldado, y él con otros fue caminando por la playa, a donde había una grande espesura de árboles que desde su creación están allí sin haber quien les ponga mano, y unos grandes peñascos con cuchillas y puntas y partes casi imposibles de andar de día, cuanto y más de noche obscura. Unas veces les daba el agua a la rodilla y otras a medio cuerpo. Iban subiendo y bajando troncos y peñas, y torciendo caminos al mar y al monte. Eran por todos diez: los dos enfermos, que sentados dijeron a los demás que se fuesen y los dejasen, que ya no podían andar más. El piloto mayor que oído la resolución, les dijo no los habían de dejar, sino llevárlos, si necesario fuese, a hombros. Esforzados algo más, daban sus pasos, o traspiés. Era más de media noche cuando oídos dos arcabuces y luego otros dos, los compañeros delanteros se dieron prisa por saber qué fuese la causa; y hallaron ser la barca que acababa de llegar, y se habían detenido por la contrariedad del viento, y dado vuelta a la isla. Embarcada la gente, volvieron a

las naos, donde al romper del alba llegaron, hallando la gente de ella con el mismo cuidado y pena de la tardanza.

Este día propuso la gobernadora a los pilotos que quería salir de aquella isla, a buscar la de San Cristóbal, por ver si en ella hallaba la nao almiranta, para hacer lo que fuese para más servicio de Dios y de Su Majestad: y que si no la hallasen, su determinación era ir a la ciudad de Manila en Filipinas, a traer sacerdotes y gente para volver a la población y acabar aquel descubrimiento; y que para esto rogaba, persuadía y mandaba a cada uno de los que allí estaban, le diesen su parecer en la forma que entendiese ser más conveniente. El acuerdo y parecer de todos fue se saliese al Oessudueste todo el tiempo que fuese menester, para ponerse en altura de once grados; y que si la isla, o la almiranta no se hallasen, en tal caso siguiesen el camino de las islas Filipinas; y lo formaron todos de sus nombres, y el piloto mayor en su parecer se obligó de volver acompañando a la gobernadora, si ella volvía como decía (114).

Viendo el piloto mayor la nao cuán maltratada estaba así de casco como de aparejos, los marineros pocos, la gente enferma, y que había de ser necesario dar treinta hombres, los más sanos, para con ellos tripular la fragata y galeota, dijo a la gobernadora: que su parecer era dejarse aquellos dos bateles pequeños; pues así por su mal despacho, como porque sus pilotos no eran de satisfacción, como porque con sus jarcias y velas y la gente que habían de llevar, se despacharía muy mejor la capitana y se aseguraría el viaje. A esto replicó el capitán de la galeota, que porque los navíos no le costaron su dinero decía que los dejasen. Respondióle el piloto mayor que no le movía otra cosa más de lo que entendía convenir al bien de todos, y que en Manila a donde se pretendía ir, se hallarían por menos de doscientos pesos otros mejores, y que por tan corta cantidad no era justo arriesgar lo mucho. Ayudaron al capitán de la goleta ciertos lisonjeros enemigos de la verdad y de la razón, los cuales la gobernadora tenía para su consejo de Estado, guerra y mar; y cada uno dijo su poco, y así se quedó siendo nada.

(114) En el Archivo de Indias se encuentra entre los papeles de Castro, ya citados, una «Resolución tomada por la viuda Adelantada, en 14 de noviembre de aquel año (1595), sobre salir pronto de aquella isla...».

Quisiéronse luego descargar de enfados y trabajos de enfermos. Mandóse que fuesen llevados en la fragata. El piloto mayor lo contradijo, diciendo no era justo por la poca comodidad què allá había el quitarlo de la buena que allí tenían; pues todos podían ir alojados y abrigados en la nao grande y no en la pequeña al sol, sereno y lluvia. Respondieron que allá se les haría una tolda con una vela al modo de galera, debajo de la cual irían a su voluntad. El piloto mayor dijo que la navegación no siempre sufría toldos, y los enfermos siempre habían menester reparos. Mandóse en público que los dejasen, y por otra mano un cierto sargento los iba a su pesar echando en la barca. Dio uno voces. Acudió el piloto mayor, quitándosele de las manos, riñendo tan poca piedad y tan gran locura. Al fin mandó la gobernadora que los dejasen: y así, se quedaron.

Venida la tarde, salió el piloto mayor a visitar la galeota y fragata, y les dejó la harina y agua necesaria, e instrucción de la navegación que habían de hacer, y una carta de marear al piloto de la fragata, que no la tenía ni la entendía. A la noche salió a tierra el capitán don Diego de Vera, con algunas personas de su compañía, desenterró el cuerpo del adelantado para llevarlo en la fragata a Manila, porque en la capitana no quisieron consentir por abusos que nunca faltan.

CAPITULO XXIX

De cómo salía la nao y los otros dos bajeles de la bahía Graciosa: los trabajos que por el viaje había: pérdida de la galeota, y dase razón de un ermitaño

Había desde la bahía Graciosa a Manila distancia de novecientas leguas. El siguiente día, diez y ocho de noviembre del mismo año, salieron los tres navíos en demanda de la isla de San Cristóbal, y estaban los aparejos tales, que para recoger la barca se rompían tres veces.

Murieron en un mes cuarenta y siete personas. Los demás se llevaron casi todos enfermos pero alegres, pareciéndoles que ya tenían sus trabajos acabados. Los ojos puestos en las chozas del pueblo, diciendo: —¡Ahí te quedarás, rincón del infierno, que tanto nos has costado! Llorando mari-

dos, hermanos y amigos, caminaban vencidos del propio amor.

Navegóse este día y el siguiente al Oessudueste. Pesado el sol, y hechas cuentas, se hallaron once grados. Miróse luego si por alguna parte se via tierra, y no fue vista. Este mismo día cayeron malos el contramaestre y otros cuatro marineros; y cinco o seis que quedaron sanos, dijeron al piloto mayor: que mirase que aquella nao estaba desaparejada, llena de enfermos, faltos de agua y comida, y no se podía con ella andar arando la mar. Ayudaron los soldados, y no faltaron voces: ni había viento, y se rompió el estay mayor, con que hubo un mal sabor que duró un rato por estar variables los pareceres. Remediado, dijo el piloto mayor a la gobernadora que la altura en que estaba era de once grados; conforme a lo acordado que mirase lo que mandaba se hiciese. A que respondió, que pues no se via la isla de San Cristóbal ni el almiranta parecía, que hiciese su camino a Manila.

El piloto mayor hizo gobernar con el viento Sueste al Noroeste, por huir de la Nueva Guinea de que se hacía muy cerca, por no hallarse entre islas, u otras tierras; que si no fuera por la incomodidad del navío, diera orden de ir costeando aquella tierra y saber lo que era.

Por este rumbo fuimos navegando hasta veinte y siete del mes, y bajar a cinco grados. Viose este día en la mar un grueso tronco, un grande hilero (115)de *rosuras* de río, con tres almendras como las que dejábamos, muchas pajas, culebras, y el viento Sudoeste con refregones, colages y aguaceros de aquella parte: y por estas señas entendimos que la Nueva Guinea estaba cerca de este paraje (116). Empezamos a hallar grandes olas venidas del Noroeste y del Nornorueste, que dieron a la nao mal trato, y peor cuando había bonanzas o calmas: señal de cursar aquellos vientos de la otra parte de la línea. Duró esto hasta casi las islas de los Ladrones (117). También hubo contrastes sin hallar viento hecho hasta otros cinco grados parte del Norte, y en ellos

(115) Señal que forma la dirección de las corrientes marinas.

(116) En realidad estaban dejando a estribor a las islas Salomón, objeto del viaje.

(117) En tiempo de Quirós seguía manteniéndose el nombre con que las bautizó Magallanes en 1521. Su nombre actual, Marianas, fue en honor a la esposa de Felipe IV, Mariana de Austria.

se halló brisa del Lesnordeste al Nordeste que duró todo viaje; y si el sol estuviera cerca del cenit cuanto lo estaba de Capricornio, no sé cómo fuera al doblar la Equinocial.

Navegóse hasta diez de diciembre: hallóse altura de medio grado por llegar a la línea, paraje en que se halló, estando claro el cielo, sosegado el aire, quieta la mar, sin verse tierra, un tal frío de noche, que era menester cubrirse con paños de lana, y de día un sol tan fuerte, que aún no apuntaba por el horizonte, ya no se podía sufrir su calor.

La galeota había días que se conocía de ella que maleaba, porque se apartaba y no quería acudir a las obligaciones de su capitanía. La gobernadora hizo que se notificase al capitán de ella que, so pena de traidor, no dejase la conserva, ni se apartase media legua; pero siempre le pareció que la capitana, por sus incomodidades y llevar el árbol mayor rendido, no había de llegar a salvamento. Por esto aquella noche viró de otra vuelta, y desapareció sin ser más vista.

La ración que se daba era media libra de harina, de que sin cernir se hacían unas tortillas amasadas con agua salada y asadas en las brasas; medio cuartillo de agua lleno de podridas cucarachas, que la ponían muy ascosa y hedionda. La paz no era mucha, cansada de la mucha enfermedad y poca conformidad. Lo que se veían eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristezas, gemidos, hambre, enfermedades y muertos con lloros de quien les tocaba; que apenas había día que no se echasen a la mar uno y dos, y día hubo de tres y cuatro: y fue de manera, que para sacar los muertos de entre cubiertas, no había poca dificultad.

Andaban los enfermos con la rabia arrastrados por lodos y suciedades que en la nao había. Nada era oculto. Todo el pío era agua, que unos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento a Lázaro. Las mujeres, con las criaturas a los pechos, los mostraban y pedían agua, y todos a una se quejaban de mil cosas. Bien se vio aquí el buen amigo, el que era padre o era hijo, la caridad, la cudicia y la paciencia en quien la tuvo; y se vio quién se acomodó con el tiempo y con quien así lo ordenaba. Viéronse muchas muertes sin confesión, y otras faltas que de verlas todas juntas era para sentir sumamente. La *Salve* se rezaba a la tarde, delante de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que fue todo el consuelo en esta peregrinacion.

Había ido a la jornada un venerable viejo y buen cristiano, que en Lima era *barchilon* (118), que servía al hospital de los indios: su nombre era Juan Leal (que tal fue él para todas las necesidades que hubo). Este siervo de Dios y viejo honrado, con poca salud, porque era convaleciente, sin asco (que había bien de qué tenerle con mucha verdad, porque él mismo buscaba en qué ocuparse de noche y de día sin descansar), fue el que en el campo y en la nao, cuando estaba surta, y en el presente viaje, llevó en peso el servicio de los enfermos, con rostro alegre, mostrando a lo claro que aquellas sus entrañas ardían en caridad; con que sangraba, echaba ventosas, hacía las camas, las medicinas, y todo pasaba por sus manos en servicio de los enfermos: ayudábalos a bien morir, amortajábalos y los acompañaba hasta la sepultura o sacarlos de peligro. Hombre, al fin, que mostraba bien en las palabras y obras cuanto sentía ver tantos y tan miserables trances; pero había orejas a donde llegadas sus voces, por no hallar puertas se volvían a su dueño, que de nuevo las convertía en más amor y más cuidado de acudir, como acudió, con su piedad acostumbrada.

CAPITULO XXX

Del estado en que iba la nao prosiguiendo su viaje, y la muerte del ermitaño

Hízose lista de los demás enfermos, y a cada uno se daba cada mañana, de más de su ración, un plato de gachas ayudadas con manteca y miel, y a la tarde un jarro de agua con un poco de azúcar para ayudarlos a sustentar; y a las personas que estaban con alguna salud más; ración doblada para poder suplir la bomba cuatro veces cada día, con que se padeció grandemente, porque unos se escondían, otros se sentaban, otros se tendían diciendo no podían trabajar. Noche se pasó toda sin poderlos obligar con el daño que tan cerca estaba, cuyos clamores y necesidades forzosas son dos cosas que no se pueden bien soldar.

La nao por tener la jarcia y velas podridas por momentos había que remendar, y que hacer costuras a cabos: era el

(118) Enfermero de hospital.

mal, que no había con qué suplir. Iba el árbol mayor rendido por la carlinga: el dragante por no ser amordazado, pendió a una banda y llevó consigo el bauprés, que nos daba mucho cuidado. La cebadera con todos sus aparejos se fueron a la mar, sin cogerse cosa de ella. El estay mayor se rompió segunda vez: fue necesario del calabrote cortar parte y hacer otro estay, que se puso ayudado con los brandales del árbol mayor que se quitaron. No hubo verga que no viniese abajo, rompidas trizas, ostagas, y tal vez estuvo tres días la vela tendida en el combes, por no haber quien la quisiese, ni pudiese izar, y triza de treinta y tres costuras. Los masteleros y velas de gavia, verga de mesana, las quitamos todos para aparejar y ayudar las dos velas maestras, con que sólo se navegaba. Del casco del navío se puede decir, con verdad, que sólo la ligazón sustentó la gente, por ser de aquella buena madera de Guayaquil, que se dice Guatchapelí, que parece jamás se envejece. Por las obras muertas estaba tan abierto el navío, que a pipas entraba y salía el agua, cuando iba a la bolina (119).

Los marineros, por lo mucho que tenían a que acudir, y por sus enfermedades, y por ver la nao tan falta de los remedios, iban ya tan aborridos, que no estimaban la vida en nada; y uno hubo que dijo al piloto mayor, que para qué se cansaba y los cansaba: que más valía morir una que muchas veces; que cerrasen todos los ojos, y dejasen ir la nao a fondo. No querían algunas veces laborar, diciendo que Dios ni el Rey obligaban a lo imposible; que ellos estaban sin fuerzas, y si se colgaban de los brazos, no se podían sustentar sin venir abajo; y si muriesen, ¿quién los había de resucitar? Y al piloto mayor le dijo uno, que se echaría a la mar, aunque le llevase el diablo cuerpo y alma; y otros muchos le decían, que pues los sabía mandar, que les diese de comer, y juntamente de las botijas de vino y aceite y vinagre que tenía la gobernadora, o que se las vendiese a trueque de su trabajo, o que ellos le darían prendas, o pagarían en Manila, o la darían otro tanto de lo mismo, pues era para cobrar fuerzas para llevar su nao y a ella, o si no que muriesen todos a trueque de que ella muriese; y cuando había las mayores necesidades de sus personas, entonces mostraban

(119) Navegar de modo que la dirección de la quilla forme con la del viento el menor ángulo posible.

las suyas y recordaban lo pasado. El piloto mayor trató por veces a la gobernadora de este pleito, que duró todo el viaje, y le dijo que mucho peor era morir que no gastar. Díjole que más obligaciones tenía a ella que no a los marineros que hablaban con su favor del, y que si ahorcase a dos, los demás callarían. Respondióla el piloto mayor, que no trataba sino de remediar necesidades, y que los marineros eran buenos; que si abogaba, no era por afición ni obligación que les tuviese, sino para que llevasen su nao donde ella misma quería; y que la obligación del darla gusto, no le quitaba la que tenía a su oficio; que bien parecía la paga junto a la deuda. Al fin dio dos botijas de aceite; mas como eran muchos gastóse presto; y por esto se renovaron quejas, que duraron todo el viaje.

Los soldados, viendo tan largos tiempos (porque ninguno es corto a quien padece), también decían su poco y mucho; y tal dijo, que trocaría la vida por una sentencia de muerte en una cárcel, o por un lugar de un banco en una galera de turcos, a donde moriría confesado, o viviría esperando una victoria, o rescate. —Esperanza en Dios, cuyo poder es mayor que todas nuestras necesidades, dijo uno, y que aquél era viaje armado y sobre pobreza.

Esta muerte que tengo por venturosa venida al remate de tan buenas obras, recibida con mansedumbre, ¿qué se puede entender sino que pues el Señor fue servido de llamar en tan buena ocasión a nuestro buen Juan Leal, que fue para premiarle en el cielo lo merecido en el suelo? Murió tan solo y desamparado como los otros. Era en vida y costumbres ejemplar; estimaba el mundo y sus cosas, en lo que merece ser estimado; andaba vestido de sayal pegado a las carnes, hábito a media pierna y descalzo, barba y cabello largo; y en esta estrecha vida, y en servir hospitales, había muchos años que vivía, después de otros muchos que había sido soldado en Chile. Esta misma noche se fue a la mar un enfermo, no se supo cómo, y dando voces, que pedía socorro y las metía en el alma, se quedó sin ser más visto.

CAPITULO XXXI

De cómo se trataba de elegir general: la respuesta a ello del piloto mayor, y el consejo que dio un hombre a la gobernadora, y pérdida de la fragata

Como llevaba el piloto mayor la agua tan en cuidado por ser poca, y haber por vías secretas grandes gastadores de ella, se hallaba presente al dar la ración. Era muy larga la gobernadora en gastarla, y en lavar con ella la ropa, y para este efecto le envió a pedir una botija, a que el piloto mayor dijo mirase el tiempo, y no parecía justo gastar largo el agua que había, pues era poca. Tuvo éste por gran delito, y sintióse tanto, que con mucha ira le dijo: —¿De mi hacienda no puedo yo hacer lo que quiero? Respondióle el piloto mayor, que de todos era, y por todos iba: que buena era la tasa para lo que faltaba por andar, y suya la obligación de acortarse para que los soldados no dijesen que lavaba su ropa con su vida de ellos; y que estimase en mucho la paciencia de los que estaban padeciendo, y no quitaban por fuerza cuanto en la nao llevaba; pues gentes hambrientas a veces saben pasar adelante. Quitó la gobernadora las llaves al despensero que era hombre fiel, y a quien el piloto mayor las había dado, las dio a un criado suyo. No faltó quien dijo al piloto mayor, que no se dejasen gobernar de una mujer, y que a más votos se eligiese un hombre; mas el piloto mayor respondió, que la dejasen gozar el breve espacio que le quedaba de su justo título; que cuando el tiempo obligase a ello, entonces parecería más razón decir lo que agora se decía sin ella.

Deseoso un hombre de bien de ver en el galeón menos chismes, más orden y paz de la que había, sabiendo que ciertos hambrientos y mal sufridos estaban determinados a saquear la escotilla, cuando se abriese, y lo que podría resultar de esto así de encuentros como de mucho daño, que con asaltos recibiría el poco bastimento que había, dijo a la gobernadora muchas cosas tocantes a su buen gobierno; mas no faltaba quien a ella le decía que no se fiase de él, y sabiéndolo la dijo así: —Mirad, señora, que no son santos los que os hablan; y bien lo muestran en lo que os dicen, y piden en su provecho y daño ajeno. Fiad de los hombres de quien vuestro marido se fió; pues habéis visto que en sus necesidades y vuestras han hecho bien su deber, con ver su

riesgo. Aquietaos, que aquí no hay quien se quiera alzar, ni tal se le consentirá, ni quien os deba más de una sola obediencia a cosas justas. Respondió: —Aquí me vienen con cuentos sin que yo los quiera saber. El otro dijo: —No oírlos, ni creerlos, y tratar bien a los hombres. Mirad que sobrecargas a tan grandes cargas como tienen, pueden como de apurados echarse con ellas y no querer levantarse, o hacer algún desconcierto malo de concertar después. Estad cierta que cada uno piensa que aunque le sobran miserias, no le faltan merecimientos. A estos vuestros hermanos refrenadlos, no se diga, chico gobierno de muchas cabezas sin pies, o de muchos pies sin cabeza. Mirad bien, que son noveles: vuelan poco, y aquí les sufren mucho, y no les deben nada, y ellos deben muchas, que por lo que se debe a vos se disimulan; y si no vinieran aquí, a nadie faltaba nada, ni lo que falta fuera falta; y a vos os sobra todo. Finalmente la preguntó este hombre: ¿qué debía hacer aquel que estaba avisado que le querían matar en la nao? Respondió ella que ganar por la mano. Y dijo él: —Pues sabed que me dijeron que vos y vuestro hermano sois los que tratáis de mi muerte, y afiláis los cuchillos; pero yo no me creí de ligero, aunque de amigo. Tampoco me descuidé, aunque no debo: y veis aquí cómo se va acertando; y si queréis acertar, no creáis a quien os engaña; mas no me espantó lo dicho y excusado; pues mujeres para cabezas hay muy pocas Didos, Cenobias y Semíramis.

Con los contrastes dichos se fue navegando por el mismo rumbo Nornoroeste hasta martes diez y nueve de diciembre, que se llegó hasta tres grados y medio de la parte del Norte. La fragata venía fatigada por bomba; y tanto que fue necesario darles tres hombres, para que ayudasen a sus trabajos. Envióse gente de mar para tomar las aguas que por mucha parte entraban. No valieron diligencias, ni podía andar al paso de la capitana. La gente se mostró muy triste y deseosa de conservar aquel bajel, por el cuerpo del adelantado que iba en él. Conociendo el piloto mayor el peligro, dijo a la gobernadora algunas veces, que le parecía justo se dejase la fragata y recogiese la gente, con que quedaría segura y el galeón más bien despachado; y como no aprovechó, le dijo a Don Diego de Vera, capitán de ella: —Pues sabe quejarse, ¿por qué no se sabe salvar? ¿No ve que es homicida de sí mismo y de todos sus compañeros?: aborde con

este navío, que aquí les darán la mano con amor más que de hermanos. Al fin la fragata anocheció aún a vista, a cuya causa el piloto mayor hizo aventar las escotas, y esperó hasta el otro día a la tarde. Los soldados le daban voces, diciendo no era tiempo de perderle y navegase, que pues la fragata no parecía, iba adelante, y si no que Dios con todos y cada uno mirase por sí. Respondióles que sería muy mal hecho dejar aquel navío de amigos en un golfo, sin un tal piloto cual para salir de él era necesario, y que si perdía la compañía no asiguraba su llegada, y se quedó sin ser más vista.

CAPITULO XXXII

De cómo se tuvo vista de una isla de la parte del Norte, y el peligro grande en que el galeón estuvo puesto

Con viento Leste y Lesnordeste que ya se llevaba, se fue siguiendo el rumbo Nornoroeste, y el siguiente sábado se tuvo vista de una isla en cuya demanda se fue con ánimo de buscar puerto y provisión; mas no le pareciendo bien al piloto mayor ir de noche por junto a tierra no conocida, mandó virar la nao. Los marineros, gente harta de trabajar, le dijeron no los fatigase tanto, y que bien se podía ir más adelante. Ayudó uno del consejo que se fuese hasta cierta punta. El piloto mayor largó al trinquete la escota, y cambiado el timón, fue la nao virada; y parece fue inspiración de algún ángel, pues si no se vira, sin remedio alguno se pierde, como abajo se dirá. Fue haciendo y diciendo que hasta adonde estaba conocía ser la mar limpia y que más adelante no sabía lo que la nao toparía.

Al cuarto del alba se volvió la nao, y vino a amanecer donde anochecido había. Mandó subir un marinero al tope, como lo tenía de costumbre mañana y tarde, y avisó que a la vuelta del Noroeste iban unos grandes arrecifes, y no les veía su fin (120). El viento era Nordeste y poco y travesía.

(120) Estos arrecifes anuncian la presencia de unas 600 islas o islotes, hoy conocidos por islas Carolinas. Ya habían sido conocidas en 1526 por el español Alonso de Salazar. A partir de 1600 se las denominó islas de Quirós, pero no prosperó, porque a partir de mediados del s. XVIII el marino español Boenechea las bautizó «Carolinas» en memoria de Car-

La nao no llevaba velas de gavia para tenerse a barlovento; los bajos llevaban el agua a sí. La nao estuvo tan cerca de ellos que ya no se buscaba remedio, estando todos con la muerte tragada. Cierta persona hizo en su corazón una petición y promesa a San Antonio de Padua, y fue servido el Señor que este día, que lo era de su santo nacimiento, la nao salió de este peligro en que estuvo, y a las tres de la tarde se acabaron de doblar los bajos y puédese decir de milagro.

De la isla salieron indios en sus embarcaciones de velas, y sin ellas: por no poder pasar el arrecife saltaron en él, y desde allí llamaban con las manos. A la tarde, por el remate de los bajos, vino un solo indio en una pequeña canoa. Púsose a barlovento y lejos; y por esto no se pudo divisar si tenía barbas, por ser aquel paraje de las islas de los *Barbudos* (121). Pareció ser hombre de buen cuerpo, desnudo: traía los cabellos largos y sueltos; apuntaba de hacia donde había venido, y partiendo cosa blanca con las manos, lo comía, y empinaba cocos como que bebía. Fue llamado, y no quiso venir (122).

Era ya tarde, y a esta causa subió un marinero al tope a mirar la mar, y avisó de unas isletas bajas y muchas restingas, en que la nao estaba metida como en corral. Hubo otro poco de desabrimiento, con pareceres que si se hubieran de seguir (como de quienes no lo entendían), prometían daños. La nao se puso a camino, y se navegó al Nornoroeste.

Esta isleta tiene de elevación de Polo ártico seis grados largos. Es casi redonda: bojea treinta leguas. No es muy alta en demasía: tiene mucha arboleda, y por su laderas muchas

los III. Estas islas, que estaban adscritas a la Capitanía de Filipinas, provocaron en 1885 un famoso incidente diplomático cuando una cañonera alemana quiso imponer la ley del pabellón. El arbitraje de León XIII confirmó la soberanía española sobre las islas, que fueron vendidas a Alemania en 1898, tras la desastrosa guerra con los Estados Unidos. El II Reich las mantuvo en su poder hasta 1918, en que, por el Tratado de Versalles, pasarán a depender de Japón, en forma de mandato. Después de la Segunda Guerra Mundial, están controladas por los Estados Unidos, en fideicomiso, por resolución de la O.N.U. en 1947.

(121) Posiblemente la isla *Senyavin,* en las Carolinas orientales.

(122) Los indígenas de las Carolinas pertenecen a la raza malayapolinesia. Actualmente se calcula una población para toda la isla de unos 40.000 habitantes.

rosas y simenteras. A tres leguas parte del Oeste tiene cuatro islas rasas, y otras muchas junto a sí, y todas cercadas de arrecifes. Pareció ser más limpia por la parte del Sur.

CAPITULO XXXIII

De cómo se tuvo vista de las islas de los Ladrones, y lo que allí pasó

Siguióse el rumbo Nornoroeste, y lunes primero de enero se halló altura de catorce grados. Gobernóse al Oeste franco. El viento era largo y fresco; y miércoles tres del dicho, al amanecer, se tuvo vista de dos islas de los *Ladrones,* en cuya demanda se iba. La una era *Guan* (123), y la otra la *Serpana* (124). Pasóse por entre las dos, que se corren Nordeste Sudueste por canal de diez leguas arrimado a la de Guan. Cayó un hombre a la mar estando mareando el trinquete, y no había en toda la nao más de una cuerda, y ésta la tenía uno en la nao, que echada a la mar acertó de ser en parte donde salía el caído debajo la nao, a la cual asido, subió arriba ¡gracias a Dios! De la isla de Guan salieron muchas piraguas con sus velas y muchos de aquellos indios ladrones, que son unos hombres fornidotes, de razonable color (125). Venían diciendo *charume* (126), que quiere decir amigos; *herrequepe,* que quiere decir daca hierro, que esto es lo que venían a buscar, por ser muy amigos

(123) La isla de Guam es la mayor de las Marianas, con una extensión de 534 km. cuadrados. Su descubridor fue Magallanes, quien en 1521 pasó entre las islas de Guam y Rota. López de Legazpi tomó posesión del archipiélago en nombre de España en 1565; la isla de Guam fue cedida a los Estados Unidos tras el Tratado de París en 1898, y al año siguiente vendió España a Alemania el resto de las islas, que fueron germánicas hasta 1918, en que pasaron a ser dominadas por el Japón, como Mandato de la Sociedad de Naciones. En la Segunda Guerra Mundial fueron escenario de trágicas batallas entre japoneses y estadounidenses. Finalmente fueron asignadas por fideicomiso a Estados Unidos.

(124) Hoy Saipán, que tiene una superficie de 181 km. cuadrados.

(125) Son de raza micronesia, mezcla de papúas, malayos y melanesios, con predominio de los primeros.

(126) Los españoles llamaron *Chamorros* a los indígenas de estas islas, hasta 1898.

de ello. Como venían tantos, y se daban mucha priesa, se encontraban y trastornaban algunas embarcaciones, cuyos dueños nadando las volvían boca arriba con grande facilidad. Son embarcaciones de dos proas; virando la vela están a camino, sin que se vire el bajel. Trajeron muchos cocos, plátanos, arroz, agua, petates, y unos grandes pescados voladores y dorados, y todo lo dieron a trueque de hierros viejos. Con esta gente y refresco, la de la nao se alegró extremadamente. Acabóse el rescate: fuéronse los indios, dos menos, que mató un arcabuz, por un pedazo de arco de pipa.

Los soldados instaron mucho con el piloto mayor que tomase puerto en la isla para procurar que comer. Buena fue su voluntad, mas dejólo de hacer por no tener aparejos en que echar la barca al agua: y esto lo dijo a todos; mas ellos instaban más, diciendo a manos la echarían. Preguntóles: —¿Y al recoger, qué será?— Respondieron:—¿Qué más que se quedase allí? El piloto mayor dijo: —No está bien perder la barca, habiéndose de navegar por entre las muchas islas que se iban a buscar. Porfiaron mucho; mas él, haciéndose sordo, siguió al Oeste franco su camino hasta viernes doce, que se tomó del sol trece grados.

CAPITULO XXXIV

De cómo teniéndose vista de tierra de Filipinas, tuvo la nao muchos peligros, y cómo se surgió en un buen puerto

El piloto mayor iba por sólo noticia y sin carta en demanda del cabo del Espíritu Santo, primera tierra de Filipinas. Domingo al romper del día se vio tierra (127), corona de un alto cerro, y no pareció otra cosa por la cerrazón que había. La tierra se pregonó con tanto contentamiento como si se hubiera llegado al cierto y seguro descanso. Unos decían: presto oiremos misa y veremos a Dios: no hay que temer la muerte sin confesión, porque ésta es tierra que pisan cristianos. Con estas cuentas y la grande alegría, ya parecían otros los que venían tales que no se podían tener

(127) 14 de enero de 1596.

en pie por flacos, y tan faltos de virtud, que con sola la armadura parecían la propia muerte: y así traían por refrán decir, que no querían sacar a luz más de los fustes apuntalados. Luego pidieron doblada ración de agua, por ser su falta la que más guerra les daba; mas el piloto mayor dijo no se diese más que la tasa, por ser muy poca la que había, y que hasta surgir todo era navegar.

Llegados que fueron a tierra, se vio una abra en costa de Norte-Sur. Dio la gente en decir era el embocadero y que se entrasen por él, pues Dios les había hecho tan señalada merced, que de punto en blanco se había dado con él (128). Este parecer era el suyo, porque había un soldado que en los tiempos pasados había hecho aquel viaje, y lo certificaba a todos. Ibase costeando la tierra por si se hallaban señas que fuesen de satisfacción. El viento era Lesnordeste y mucho, la tierra estaba anublada; el sol cubierto, y no se podía pesar. Al piloto mayor no le pareció aviso ir más adelante, ni menos entrar por un lugar tan peligroso, donde una vez entrado no se podía volver atrás por viento contrario, pocas fuerzas de gente, y mal aparejo de nao. Por esto la mandó virar a la mar, y por ver si aquella noche podía conocer la altura por la estrella, o el día siguiente por el sol, para estar cierto de que acertaba.

Volviéronse a persuadir que embocase, y él a ellos que tuviesen un día de más sufrimiento en caso que no les iba menos que las vidas, y al soldado preguntó por muy menudo las razones de que se satisfacía de ser aquél el embocadero buscado; y las que dio fueron tan lejas de la verdad cuanto él estaba cerca de mal mirado, y con todo, éste y otros daban sus pareceres a la gobernadora. Hacían sus corrillos, y decían que el piloto mayor no sabía gozar de tan buena ocasión como le ofrecía el tiempo; y a todo esto respondió que ninguno deseaba más la salvación de aquella nao, a cuyo cargo estaba el buscar puerto con la pena al ojo de la honra, y cuanto a la vida todos eran parejos; y que pues Dios había sido servido de traerlos allí también lo sería de que él los llevase a Manila, y si no que hubiese quien le descargase y se obligase, pues no haría mucho si tan ciertos estaban en lo que decían.

También la gobernadora decía que aquella debía de ser

(128) Creían que era la entrada de la bahía de Manila.

la boca, pues todos así lo decían. El piloto mayor la dijo que le dejase hacer como entendía su oficio, o si no que mandase lo hiciese otro, porque él sabía que acometer aquella entrada, en que veía no tiene disculpa un yerro tal cual lo sería si el navío tuviese algún mal tope en lugar que lo fuese sin remedio: y ¿cómo se podían salvar en sola la barca los muchos enfermos, mujeres y niños como había? Y cuando todos se salvasen, ¿cómo se podrían sustentar ni caminar? Y ¿qué certeza tenía ser de paz aquella tierra? Y cuando lo fuese, ¿cuánto mejor era procurar conservar aquella nao que estaba cierta, que no buscar después en duda embarcaciones para poder ir a Manila, que distaba de allí cien leguas? Y más, que venía la noche y picaba la necesidad de hacerse afuera. Al fin la nao fue virada, y velada con el cuidado que pedía noche sin luna.

Venida el alba, se volvió a buscar la tierra, que no se vio por mucha neblina, a cuya causa se levantó contra el piloto mayor suma de murmuraciones. Decían que a todos los había de ahogar de una vez, y que mejor hubiera sido haber embocado cuando se lo dijeron, que no arriesgallos. De nuevo volvióse a ver la tierra en parte que hacía un cabo, que por estar algo a barlovento, se puso boneta (129), y se metió dello cuanto se pudo, con intención de ir costeando la tierra, la sondalesa (130) en el brazo, y en la mano el escandallo (131), para en hallando fondo, surgir luego y elegir lo que más pareciese convenir. Hízose la verga arriba: rompiéronse las ostagas (132): cayóse la vela abajo, y la gente, que estaba ya aburrida, desconfió de manera que no querían ya el remedio; mas al fin, obligados de buenas razones y de unos bajos que a sotavento parecían, fue la verga levantada, y con unas bozas amarrada al mástil para que se detuviese. Rompiéronse las bozas (133): volvió a caer la

(129) Paño que se añade a algunas velas para aumentar su superficie.

(130) Cuerda larga y delgada, con la cual y el escandallo, se sonda y se reconocen las brazas de agua que hay desde la superficie del mar hasta el fondo.

(131) Parte de la sonda que lleva en su base una cavidad rellena de sebo y sirve para reconocer la calidad de los fondos marinos.

(132) Cabo que pasa por el montón situado en la cruz de las vergas de gavia y por el de la cabeza del mastelero, y sirve para izar dichas vergas.

(133) Trozo de cuerda hecho firme por un extremo en un punto fijo del buque, y que por medio de vueltas que da al calderote impide que se deslice.

verga, y para volverla a izar fue menester lengua (134) y manos. Aquella noche había habido grandes olas, y al presente era lo mismo; y como la nao con la proa al viento trabajó tanto, la jarcia se rompió toda casi, en especial la del trinquete a quien no le quedó amante (135), y sólo un obenque por banda. Casi tan desacompañado parecía el árbol, que al primer balance había de tronchar; pero era bueno y tuvo firme; que firmeza es menester en todas cosas, porque sin ella todo vale poco, o nada.

Por los arrecifes vistos, decían que eran las *Catanduanes* (136), que los tiene, y que había de zozobrar la nao en ellos y perecer todos; y si escapase alguno a nado los indios lo habían de flechar como a San Sebastián, que lo sabían hacer muy bien. Otros decían que estaban entre ellos y la isla de Manila, en parte donde la salida era imposible. Otros que el embocadero se quedaba atrás, y que el piloto mayor tenía la culpa. Otros decían que varase la nao, muera el que muriere, y otras cosas tan desconcertadas como éstas, bastantes a desconcertar al más concertado.

La gobernadora en su retrete (137) pareció que se estaba concertando con la muerte. Unas horas en las manos (138), puestos los ojos en el cielo, echando jaculatorias, y tan afligida y llorosa como todos. El piloto mayor se quejaba de no poder hacer lo que entendía. Los unos hervían, los otros se mostraban tristes, y todos tenían los ojos en el piloto mayor con quien era todo el tema. Preguntábanle qué tierra era aquélla, o a dónde estaban, entendiendo que sólo bastaba verla allí para que sin más ni menos la conociese; pero al fin, de todo esto y mucho más que se deja, tenía la culpa el soldado que por práctico de aquella tierra se vendía, y parecía que algún espíritu se había aquel día encastillado en él para dar a todos muerte, si Dios no guardara un juicio.

Dijo el piloto mayor: —¿Qué es lo que queréis que os diga? Esta tierra, yo no la he visto en mi vida si no es agora.

(134) Dar voces.

(135) Cabos del aparejo.

(136) Isla de Filipinas, frente a la Península de Caramuán, de una extensión de 1.700 km. cuadrados.

(137) Cuarto pequeño en la nao destinado para retirarse.

(138) Oraciones que se hacen ordinariamente los jueves, en memoria de la oración y agonía de Cristo en el huerto.

Tampoco soy adivino; el cabo del Espíritu Santo vine a demandar. Aquí debe de estar dos leguas más o menos. Bien veis que la tierra está cubierta de nieblas y lo mismo el cielo, con que no me puedo aprovechar de mis instrumentos. Agora iremos costeando y a donde viéremos puerto o fondo, le daremos, porque la nao no ha de varar por ningún caso. Y dijo a dos marineros, que sin cortar el cable se pusiesen unos brandales al trinquete para sustentarle, y que el otro chicote se atalingase a una áncora para dar fondo donde se hallase. Dieron las espaldas sin responder nada, blasfemando de él.

En este estado estaba la nao y gente, cuando el Señor con los ojos de su clemencia los miró, y fue servido que iba la nao con la proa derecha a una bahía. Luego se hizo el viento largo, con que se entró en ella por un canal, de una y otra parte de arrecifes, que la bahía tiene en su boca. Ya en este tiempo venían a reconocer tres indios en una barangay (139), y se pusieron a barlovento de la nao sin decir nada. El práctico, que de sólo la lengua lo era, les habló en ella, y sabiendo ser cristianos, se llegaron y entraron a enseñar el surgidero que ya se iba buscando; y en mitad de la bahía se surgió en catorce brazas. El uno destos indios era ladino (140), y el otro, según él dijo, era el que el inglés Tomás Candi (141), cuando pasó por allí, llevó consigo para que le enseñase entre aquellas islas sus canales. Preguntóseles qué tierra era aquélla. Dijeron que era el cabo del *Espíritu Santo,* y el puerto y bahía se decía de *Cobos,* y el embocadero cerca y la nao en su camino (142). Preguntósele: —¿Quién gobernaba a Manila? Respondió que don Luis Pérez de las Mariñas (143), y que estaba por españoles. Pre-

(139) Embarcación filipina de remos, baja de bordo.

(140) Que hablaba varias lenguas, entre ellas el español.

(141) El pirata inglés, Tomás Cavendish, estuvo merodeando por el Pacífico (1586-1588), atacando los puertos españoles en el Perú, y dirigiéndose a Filipinas, donde fue rechazado en la villa de Arévalo (Luzón) por el capitán Manuel Lorenzo de Lemús (1588).

(142) En la isla de Samar, en las Filipinas.

(143) Era hijo de Gómez Pérez Dasmariñas, natural de Betanzos, gobernador de 1590 a 1593, que envió misiones al Japón para establecer relaciones comerciales. Murió en el intento de conquistar el Maluco. En 1593, a la muerte de su padre, Luis Pérez Dasmariñas le sucedió en la gobernación, organizando la extraordinaria expedición a Camboya. En

guntóse esto por decirse en el Perú que bajaba sobre ellas el Japón con gruesa armada (144). Estas nuevas fueron dadas a gente que no había una hora tenían por sentenciados a muerte, y agora a vida. No pudieron encubrir la alegría que tenían de lo que ya se iba gozando. Manifestóse con lágrimas y gracias a Dios, que sabe hacer destas mercedes cuantas quiere a quien se sirve.

CAPITULO XXXV

De lo que pasó en el tiempo que la nao estuvo en la bahía

Fueron los indios a su pueblo, de donde vinieron otros, y uno con vara alta de justicia, que por verla, y una cruz en tierra, se creyó ser gente de paz y cristiana. Trajeron gallinas y puercos, que por dos y tres reales daban uno, y juntamente vino de palmas, con que algunos hablaron varias lenguas: muchos cocos, plátanos, cañas dulces, papayas, raíces, agua en cañutos, leña en tercios; al fin, socorro tal cual lo había menester gente tan necesitada. De todo se rescató por reales, cuchillos, cuentas de vidrio, que estiman más que la plata; y con esto, en tres días con sus noches, no se apagaron los fogones, ni dejaron de amasar y cocinar, comiendo, cuando la olla del uno y el asado del otro; de suerte, que sólo se trataba de comer de día y de noche.

Con las bocas dulces y los estómagos satisfechos, quedaron todos tan contentos, cuanto se puede entender. Mas el piloto mayor dijo que estaba la obra presente, y ellos por llegar donde tanto deseaban. Unos le querían abrazar, otros le decían haber hecho feliz, y él a todos, que diesen las gracias a Dios; y dijo a los dos marineros que no le quisieron oír: —¿Paréceos que si hubiese seguido vuestro parecer que hubiera dado buena cuenta? Decid si estáis mejor aquí que donde me importunabais que fuese.

Los indios son de color parda, no muy altos, y todos los

1595 llegaba el doctor Antonio de Moya, nombrado teniente gobernador y capitán de las Filipinas.

(144) Los recelos japoneses sobre la proximidad española a sus hijos hizo pensar al emperador Taycosama en organizar una expedición contra las Filipinas. Los rumores no eran infundados.

cuerpos labrados. No tienen barba ni señal de ella: los cabellos negros y largos. Traían cubiertas partes con unos medriñaques, y de lo mismo en los pueblos traen una túnica sin cuello que llega a la pantorrilla. En las orejas unos grandes zarcillos de oro, en los brazos unas manillas de marfil, y en las piernas de latón dorado, con que engañaron algunos nuestros. Es gente tan interesada que sin plata, o cosas que ellos apetecen, no dan nada.

Los enfermos, como venían tan poco usados a comer y comían sin tasa, les hizo notable daño, de que murieron tres o cuatro. Los indios venían mañana y tarde, trayendo y llevando su rescate, con que en catorce días se reformaron y sacaron comida que duró hasta donde se veía.

La entrada de la bahía está abierta al Noroeste, que por soplar reciamente era de ver la nao combatida de tantas olas y gruesas y tanto viento, amarrada con un cablecito que parecía un hilo, en que se conocía ser nueva merced que Dios hacía, en darle fuerzas para que tuviese la nao, dos días y una noche que allí estuvo proejando sobre su delgada amarra, con bajos a sotavento, mezcla de mangles, la tierra anegadiza y despedazada. El piloto mayor, como vio el peligro de la nao, dijo a la gobernadora que convenía echar fuera la artillería del Rey y municiones, y ponerla en uno de aquellos pueblos que cerca estaban y juntamente su hacienda, la de los soldados, mujeres y niños, o a lo menos las cosas de más valor; y que lo tocante a la nao él, con la gente de mar, estaría siempre en ella presto para lo que sucediese. Respondióle que para ocho días que había de estar allí, ¿qué peligros podía haber? Díjole ser tan puntuales que no asiguraba la nao sola una hora, y por ver el descuido con que la gobernadora estaba se lo volvió a decir; y como no quiso, le dijo haría un protesto para su descargo, pues ella tenía cierta su disculpa con su cuidado dél. Por esto hizo una breve protestación, diciendo en ella lo que le pareció debía y convenía; y como fue leída, juntóse el consejo y salió proveído un auto, que le mandaba se hiciese luego a la vela, y siguiese el camino de Manila, a donde se le mandó que fuese, y no que entrase en aquel puerto. El piloto mayor dijo que daba lo pasado por respuesta, y que la nao no estaba de presente para navegar sin que primero se aderezase y avituallase de todo lo necesario, y que el viento entraba por la boca de la bahía, por donde había de salir; y que de nuevo

la volvía a protestar mandase hacer lo pedido, porque un momento no estaba sigura la nao. Proveyó segundo auto, y mandó que dentro de una hora saliese con la nao e hiciese el viaje a Manila, y que lo que hacía era desacato o motín. Todas estas y otras cosas tales pasaron allí, a que el piloto mayor decía a los soldados: —¿No ven que concertadas respuestas son éstas para sus necesidades? No sé qué orden me tenga para que esta señora se aficione a la razón. Debe de entender que yo nací con obligación de servirla y de sufrirla. ¿No ven esta nao cuál está sustentada de esta amarra que con dos dedos se abarca? ¿No ven que aunque ve su daño al ojo usa de su condición?

Los marineros firmaron con esta ocasión un papel y lo dieron al piloto mayor, pidiendo en él que pues era su mandador, les diese de comer, o dinero a cuenta de su salario, o los despidiese luego porque lo fuesen a buscar, porque allí ya habían vendido lo que tenían, y si trataban de ración, o de prestado, o de paga, para todo había excusas y malas respuestas. Mostró el piloto mayor el papel a la gobernadora; y díjole ser traza suya que todos se le querían ir, o alzarse con la nao. Los marineros decían que era tiranía: que el Rey, con lo ser de todos, pagaba, daba de comer, y libertad. La gobernadora a esto decía al sargento mayor: —No quiero decir que hice en esta jornada otra cosa buena más de solo sufrir una gobernadora mujer y a sus dos hermanos, y todo esto y más puede el deseo de no ofender el nombre del servicio del Rey: que de presente estaba en manos de doña Isabel Barreto.

El piloto mayor, no se descuidando de lo que le tocaba, hizo sondar cierto puerto que parecía estaba allí al abrigo de una punta a donde luego fue a surgir la nao; y se podrá con razón decir que fue a excusar un peligro para acometer otro más cierto y el uno tan a la ventura como el otro; pues los dos ramales de la escota del trinquete de sotavento, fuera de la escotera, estaban rotos: tieso el viento, los escollos cerca; pero en semejantes dudas suele salvar la temeridad, como lo fue ésta. Y dado un pruis (145) en tierra, quedaron en puerto muerto, y allí se mandó hacer a los indios de un pueblo que cerca estaban un grueso cable de bejucos y

(145) O sea, una amarra para asegurar la embarcación. Usase aquí prúis por próis. Hoy se llama noray. (Nota de la edición de J. Zaragoza).

otros delgados, con que se enjarceó el trinquete, y se amarró la nao, que se aprestó del todo.

Por respeto de los marineros había la gobernadora mandado echar un bando, que so pena la vida nadie saliese a tierra sin su licencia. Sucedió que un soldado casado, que fue a un pueblo a buscar de comer sin licencia, o con ella que él bien decía que la había pedido, y por esta razón lo mandó prender. Juntóse el consejo y luego salió resuelto que fuese el preso estropeado. El sargento mayor, a quien la ejecución tocaba, muy solícito pegaba en uno y otro cabo, y como no los conocía ni se daba maña, dijo al contramaestre hiciese guarnir un motón y subir la verga arriba. En este paso estaba la comedia, cuando iban saliendo por la escotilla un alférez con unos alabarderos tan largos y flacos como él lo era, que venían por autoridad desta justicia, y el atambor que cerca de difunto estaba en rostro y fuerzas, y en vestido y caja extragadísimo, porque no hay obra sin entremés. Era el contramaestre un Marcos Marín, de nación *aragocés* (146), hombre de gran cuerpo, ya viejo y muy de bien, y como sabía mejor conocer cosas y quejarse de ellas, que no pronunciar la lengua castellan, era donosa cosa oír sus libertades honradas y bien fundadas quejas, de que usó hasta con el mismo adelantado; pero era muy cuidadoso y grandemente entendido en su oficio. Como el sargento mayor le daba tanta priesa, y él tenía tan poca gana, le dijo: —Reportaos, señor sargento mayor, que harto estropeados estamos con tantas hambres, enfermedades y muertes que por la mar se han pasado y pasan: mejor será que se vea esto que no se estropee el otro. El sargento mayor le replicó, que diese orden se aprestase, que la gobernadora lo mandaba. Respondió el contramaestre: —Igual hiciera la señora en darnos de comer de lo que tiene guardado, y las botijas de vino y aceite que aquí vende un secreto mercader, gastarlas con quien tiene necesidad, que no esas estropeaduras. Mandador tengo que me mandará lo que convenga. El sargento mayor se enojó, y él, sin ninguna pena, dijo: —Buen recaudo tenemos: estropea acá, ahorca acullá, mucha orden y morir de hambre.

Estando en esto sonaron quejas y llantos, que su mujer del preso hacía pidiendo justicia a Dios, del agravio que a

(146) Aragonés.

su marido querían hacer. El piloto mayor fue a hablar a la gobernadora y representarle, que parecía cosa injusta, en pago de tantas calamidades como aquel hombre había pasado, muertos cuatro hijos, gastada su hacienda, en remate, por causa poca y mal averiguada, quedar sin todo y morir sin honra. Respondió la gobernadora, que había quebrantado su mandamiento y era razón lo pagase. Y el piloto mayor replicó diciendo: que también se quebrantaban los de Dios con pena de la vida eterna, y los de la Santa Madre Iglesia con pena de excomunión, y los del Rey con pena de traidor, pérdida de la vida, honra y hacienda, y que no se ensangrentaba luego la espada. Dijo la gobernadora que había mandado hacer aquello para poner miedo a los marineros. Pidióla el piloto mayor que no fuese a tanta costa ajena, y que él los asiguraba y se hacía cargo de ellos. Con esto fue libre el preso y paró la solicitud del sargento mayor.

CAPITULO XXXVI

De cómo salió la nao desta bahía, y lo que sucedió hasta llegar a la boca de la Manila

Desta había de Cobos, que está doce grados y cinco sesmos de elevación de Polo ártico, salió la nao martes veinte y nueve de enero, y en su salida se echaron a la mar dos muertos; y a las cinco de la tarde ya estaba del todo embocada, y dejada muy atrás la isla de *San Bernardino*, que está en medio de la boca. A la noche, en el paraje de un isla que se dice *Capul,* halláronse unos furiosos rilleros y escarceos (147), alhajeados de corrientes, que son allí muy poderosos, y tanto que hicieron dar a la nao una vuelta en redondo, y aprovechó mucho su bondad para no dar en tierra. El siguiente día, de un puerto que está en la isla de *Luzon,* que se dice *Nivalon,* salieron indios en barangais con muchas gallinas, puercos, vino y fruta; mas por no haber ya casi con que rescatar los soldados, se compró poco. Navegóse la isla en la mano sin dejarla, yendo por entre otras muchas de noche a la ventura, pasando por partes que dijeron los pilo-

(147) Oleaje que se levanta en los lugares en que se cruzan dos corrientes.

tos prácticos, después, que no sabían cómo no se habían perdido en muchos bajos que había por donde fueron, los cuales nunca vieron; y si los hay, fue el Señor servido de guardarlos (148).

Jueves primero de febrero, la gobernadora, en el paraje que dice de Galván, envió en la barca a sus dos hermanos y otros siete hombres, con achaque de que iban a tierra a buscar de comer. Este negocio llegó a punto que el capitán don Diego mandaba tirar con un arcabuz a un marinero que se subió a la mesana. El piloto mayor dijo a la gobernadora que a nadie estaba mejor que a ella acabar el viaje en paz. Esto fue mucho y necio, y así se deja. La barca no vino, aunque se estuvo esperando el día, y ellos fueron a Manila, a donde había quince leguas, por cierto delgado que la isla hace, a dar aviso desta ida. Aquella siguiente noche al amanecer, se halló la nao ensenada en islas sin ver salida, sin barca y sin comida, por haberse acabado la provisión del puerto de atrás. Veíanse por allí muchas embarcaciones de indios, que todas se huían de la nao aunque della los hacían señas, porque como aquel tiempo no era en el que van las naos de la Nueva España, entendían ser nao de ingleses, porque tienen muy presente lo de Tomás Candí, y aviso del gobernador que lo hagan así. No faltaba pena de verse tan estrechos, y mucho más de no verse por donde salir con la nao. Anduvieron así en calma lo que se pudo de una parte a otra, cuando se vio una muy angosta canal, que poco más tendrá de ancho que un tiro de piedra, y con el viento que refrescó a popa la acometieron, y salieron por entre la isla de la *Caza* y la de *Luzon,* por junto a una punta que se dice del *Azufre,* a mar ancha de una grande ensenada que se dice de *Bombon.*

Donde hay hambre no hay contento. Los soldados, porque la gobernadora no les quería mandar dar su ración, amanecieron muy marchitos alrededor de la escotilla. El piloto mayor por verlos así, hizo con el escribano decir a la gobernadora que le hiciese merced de mandar dar de comer a aquella gente, y que si no quería dárselo, él la haría una obligación de pagarla en Manila lo que gastase con ellos hasta llegar, o si no, de darla otro tanto en la misma

(148) Cruzaron el estrecho de San Bernardino y penetraron el mar interior filipino (Sibuyan), uno de sus lados, en la isla de Luzón.

especie, y que si no, podría ser fuese desentrañada la bodega; que no era justo que habiendo que comer en aquella nao, la gente de ella muriese a falta. Mandóle llamar la gobernadora, y en llegando le dijo: —Señor capitán, ¿vuesa merced tiene gastados cuarenta mil pesos como yo gasté en esta jornada, o esta gente tráela a su cargo para lo que dice? Mal paga el adelantado lo mucho que le quería. Respondióle a esto el piloto mayor, diciendo: —Señora mía, yo gasté mi hacienda y cada uno la suya, y muchos la vida, y todo lo gastado se sabe; y del señor adelantado he sido yo con más verdad servidor que él se ha mostrado mi amigo, y esas memorias pasadas no me han de obligar a que me parezcan bien presentes faltas, ni vaya contra ellas, que duelen mucho a quien las sabe conocer. Esta gente tiene la misma necesidad de comer un día que tuvo el otro y tenemos todos, y hasta ponerlos en Manila hay obligación de darles la parte de cuanto hubiere que comer y que beber; y lo que es cargos, al del señor adelantado y al de vuesa merced había estado al traer largo lo que había necesidad en su jornada, y al mío el cuidado de guardarlo y disponerlo con fidelidad, midiendo su cantidad, camino y gente con el tiempo que esta nao pudo gastar conforme la poca vela que lleva. Dijo la gobernadora, convencida, que hiciese matar una ternera que allí había.

Estando en estos conciertos, se tuvo vista de dos caracoas, que cada una la bogaban cuarenta indios, veinte por banda, con canaletes. Hízose con una bandera señal a la que venía delante. Desvióse, y no quiso esperar. Púsose la proa en la otra que temiendo llegó, y con un cabo que se le dio, se amarró. Preguntóse al patrón de donde venía, y para dónde iba. Dijo, que de Manila, que estaba de allí veinte leguas, y esto en lengua castellana (que hablaba bien), y que iba a *Cebú,* la primera población que los españoles fundaron en aquellas partes, que es la isla cien leguas de Manila. Pidióles un indio para guía, porque había la nao de pasar aquella noche unos bajos que se dicen de Tuley. Diéronle con precio de tres pesos por su trabajo. Compróles el piloto mayor dos cestos grandes de arroz, por dos patacones (149), que repartió por toda la gente, y la gobernadora quiso comprar otros dos; mas desavenidos en el precio, y dada la guía,

(149) Moneda de plata, de una onza de peso.

largaron el cabo y se fueron y nuestra gente a su camino. Pasóse aquella noche con mucha vigilancia, y la mañana siguiente se alcanzó a ver la boca de la bahía, a la cual se fue acercando por tierra de la isla de Fortun. Era contrario el viento por estar la entrada a la parte de Poniente y ser brisa del Nordeste la que venteaba.

CAPITULO XXXVII

De lo que pasó en esta entrada con los marineros, y cómo vinieron a la nao cuatro españoles, y lo demás hasta surgir en Cavite

Hay en la entrada desta bahía de Manila una isla que se dice *Marivelez,* a donde de ordinario está un centinela español con indios remeros, y barcas ligeras para salir a reconocer los navíos que van entrando, para con presteza avisar al gobernador. Tiene más un farellón pequeño, que se dice el *Fraile,* Norte-Sur con Marivelez. Estas dos islas hacen tres pequeñas canales, y para entrar por la que hace Marivelez y el Fraile se comenzó a voltear la nao. Como tenía más velas que los dos papahigos, y la gente estaba ya tan lasa y desganada de trabajar, y con tanta gana de dar con la nao al través por se vengar, ganábase poco o nada, y a ratos se perdía mucho. Anduviéronse así tres días: todos cansados y aburridos de ver que el no montar aquella isla les robaba el contentamiento de llegar a descansar en Manila. Todo era pena, y esperar una y otra marea, haciendo cuenta a las horas de su creciente para que les llevase adentro; mas como no guardan orden, nunca llegó esta hora. Decían los marineros al piloto mayor que varase aquella nao; que bastaba lo trabajado, siendo más de lo que debían. La causa debía de ser de una y otra parte la tierra y los humos de Manila. Cuando acudían era tan despacio, que se podía decir de cumplimiento. No había ya que comer, ni agua para beber. Sólo viento contrario y picante; y por esto las mostradas aflicciones. La gobernadora decía que sólo tenía dos costales de harina y poco vino, y que todo lo quería para decir misas por el alma del adelantado.

Mostróse el piloto mayor muy sentido de los marineros que decían que se varase la nao; a cuya causa les dijo que

mirasen que toda aquella costa era brava y de grandes tumbos de mar. —¿No ven que están sin barca, la nao llena de enfermos y sin comida? Si dicen que avisarán a Manila, no hay por la mar en qué; pues por tierra es fuerza gastarse días. Esta gente, según está consumida, no es posible sustentarse sólo un día. No se diga que sólos ellos se quieren salvar por más salud, y por saber nadar. Miren que habemos traído esta nao de tan lejos y remotas tierras y partes, por camino jamás navegado. No parezca lo poco mucho a quien ha padecido tanto con buen ánimo; ¿ni cómo se ha de sufrir, a donde nos están mirando, perder la palma que por lo trabajado se les debe? Miren bien, que si hubieran traído la nao bien aparejada, siendo mucha la gente sana, bien de comer y pagados, en tal caso pocas gracias. Respondiéronle que ellos sólo eran marineros, y que surta la nao, no se había de reparar, ni dar la palma, sino al piloto mayor que mandaba. El cual les dijo, que el mayor premio que esperaban, sólo era el de surgir la nao en puerto siguro, donde todos gozasen del bien que tanto deseaban.

Destos y otros muy penosos lances hubo, cuando aquel piadoso Señor, que todo lo está mirando y siempre en los tiempos de mayores necesidades más acudía con el consuelo y remedio, al fin de padre a hijos aunque desbaratados, fue servido que se acertó a ver un barangay, que a vela y remo a gran prisa venía hacia la nao, que como cerca llegó, se vieron dentro de él cuatro españoles, que cuatro mil ángeles parecieron, con ocho indios que lo bogaban. Estos eran el centinela, que se ha dicho está siempre en Marivelez, que se decía Alonso de Albarrán, y el maestresala del gobernador que con dos soldados, por su orden, venían a dar el pésame a la gobernadora de su desgracia, y a traerla una carta, que luego mostró al piloto mayor, en que la hacía muchos y honrosos ofrecimientos; que ya sabía de la ida por los hermanos de la gobernadora que por tierra habían ido. El contentamiento fue tanto y tan mostrado de todos con la vista de los cuatro españoles, cuanto se deja entender. Diéronles las manos y entraron en la nao, en donde fueron recibidos a puros abrazos, que no había otra cosa; y ellos, con mucho cuidado, mirando a los unos y a los otros, y como veían tantos enfermos y llagados, pobres, rotos y tantas miserias, sólo decían: —¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Bajó el centinela entre cubiertas a ver el hospital robado

(150), y las mujeres enfermas cuando le vieron, alzaron la voz diciendo, ¿qué las traía para comer? o, denos de lo que come, que rabiamos de hambre y sed; y con la esperanza del refresco, que ya venía, las dejó algo consoladas y se subió arriba muy espantado de todo lo que había visto. Mas viendo dos puercos, que en la nao había, dijo: —¿Cómo no matan estas puercas? —Dijéronle cuyos eran: fuese a la gobernadora, y rogóla mucho que las dejase matar, habiendo dicho: —¡Pese al diablo!; tiempo es éste de cortesías con puercas. Mandólas matar la gobernadora, y un soldado que bien notaba estas cosas, exclamando dijo: —¡Oh cruel avaricia, que hasta a las piadosas mujeres, siendo de condición tan blanda, las haces de pedernal el corazón, y más en obra tan forzosa, barata y lustrosa! Fue Dios servido que todo el bien vino junto. De la vuelta que la nao iba se montó a Marivelez, desde donde envió la gobernadora un soldado con la respuesta de la carta que recibió del gobernador, con que se despachó y volvió el berangay.

A poco se tuvo vista de otro barangay en que venía el alcalde mayor de aquella costa, con los hermanos de doña Isabel, y traían mucho pan fresco, vino, fruta que les dio el gobernador; y estándolo repartiendo, se vieron en personas bien compuestas algunas cosas bien lejos de autoridad: porque en los tiempos tan necesitados como era aquél, se suelen descuidar las demás obligaciones. A todos cupo parte, a unos más que a otros, con que comieron por aquella tarde; y venida, se murió un mozo apurado del tiempo atrás. Pasóse la larga noche con esperanzas del día, en que llegó un gran champan cargado de muchas gallinas, terneros, puercos, pan, vino y verdura, que los traía un Diego Díaz Marmolejo, encomendero de aquella tierra, por orden del gobernador. Recogióse todo, y se repartió entre todos con mucha largueza.

Fuese la nao acercando al puerto, haciendo algunas vueltas forzosas. Salió Pinao, contramaestre de otra del Rey, con un esquife lleno de marineros, todos vestidos de sedas de colores, a ayudar los pocos mal sanos que en la nao había. Estaba el capitán de aquel puerto en la playa, con bandera tendida y toda la gente de mar en orden con sus armas. Al punto de surgir, se hizo salva con toda la artillería

(150) Lastimoso.

y arcabucería al estandarte Real que iba tendido. De la nao se respondió como se pudo; y con esto se dio fondo, como se pudo, a una áncora a que estaba atalingado el cablecito tan celebrado en esta jornada, a once de febrero de noventa y seis, en el deseado y buscado puerto de Cavite, dos leguas al Sudueste de la ciudad de Manila, cabeza de Filipinas, altura de catorce grados y medio, parte del Norte, con cincuenta personas menos, que murieron después de la salida de Santa Cruz. Surta que fue la nao, entraron luego algunos hombres movidos de caridad que dieron mucho pan y carne, que ya todo rodaba. Luego la gente de mar y otras personas de la ciudad vinieron a ver la nao por cosa de ver, así por sus necesidades como por venir del Perú y traer, como se decía, la Reyna Sabá de las islas de Salomón. Entraron todos, y habiendo visto su poco remedio, se admiraban de que hubiese venido en salvamento; y por haber llegado alababan mucho a Dios, cuya es la honra y gloria, y a quien se debe atribuir el suceso y dar las gracias, porque son suyas, por las grandes y conocidas mercedes que en este viaje hizo. Es de advertir que si la gente que se murió no muriera, que los que quedaron vivos no llegaran con veinte botijas de agua, y dos costales de harina que sobraron: con que se concluyó, como dicen, este mal viaje a salvamento.

CAPITULO XXXVIII

De lo que pasó hasta que la gente se fue a Manila

Pasó este alegre día y vino la noche, en la cual no faltaron algunos nuevos, pero usados disgustos, con el alcalde de la costa, porque doña Isabel le informó a sus solas, y él se mostró juez que partía con la primera sin oír las partes; que si las oyera, supiera cuánto aquella señora debía a quien la trajo a donde estaba, y cuán poco por ninguna vía se le debía a ella: pero es ya muy usado en pobres trabajar sin paga y sin gracias, y debiéndoles bienes, darles males. Prendió a un marinero, y a otro trató con palabras bien ásperas, y a otros amenazó, diciendo ser costumbre antigua de la gente del Perú ser briosos, y que si venían alzados no pensasen que estaban allá en su isla, a donde se alargaron cuanto quisieron, y que lo que allá dejaron de pagar a falta

de haber castigo, que acá lo pagarían doblado, o con las vidas; y otras razones a que se le respondió, que todos cuantos venían allí habían sido y eran de su Rey buenos vasallos, y en lo demás tanto como otros. Estas y otras cosas al fin pasaron, y así se pasó esta deseada noche con menos contento que se entendió; pero los contentamientos de esta vida llegan tarde, y duran poco más de un soplo.

La siguiente mañana vino a la nao el maese de campo por orden del gobernador, y un regidor por orden del Cabildo popular, y un clérigo por el Cabildo de la Iglesia, todos a recibir a la gobernadora y dar orden como fuesen los enfermos a Manila. A la gobernadora la sacaron luego a las casas reales del puerto, y de nuevo se le hizo salva al desembarcar; y en habiendo comido, la embarcaron y llevaron a la ciudad. Entró de noche y fue recibida con aparato de hachas y bien hospedada. A los enfermos sacaron de la nao en brazos y fueron llevados al hospital. Las viudas a casas de hombres principales, y después se casaron todas a su gusto. Los convalecientes y demás soldados fueron alojados de vecinos ricos. Los casados pusieron casas, donde los unos y los otros fueron de los honrados ciudadanos de Manila recibidos, hospedados y curados con mucho amor y gusto. A pocos días murieron diez, y cuatro se entraron religiosos.

La fragata nunca más pareció. Nuevas hubo que la habían hallado con todas sus velas arriba, y la gente muerta y podrida, dada a la costa en cierta parte.

La galeota fue a aportar a una isla que se dice *Mindanao,* en tierra de diez grados, andando perdida por entre todas aquellas islas. Llegaron a estar tan necesitados, que saltaron en una pequeña que se dice *Camaniguin,* y mataron y comieron un perro que en ella vieron; y unos indios que acaso encontraron, los encaminaron a un puerto, a donde había unos padres de la Compañía de Jesús, y los padres a un corregidor de aquel partido el cual envió cinco presos a Manila, porque su capitán se querelló de ellos diciendo que se le quisieron alzar, con carta para el doctor Antonio de Morga, teniente general de aquel gobierno, que se la mostró al piloto mayor. Decía así:

«Aquí vino a aportar una galeota que traía su capitán tan impertinente como las cosas que decía. Preguntéle de dónde venía, y dijo que de la jornada del adelantado Alvaro de Mendaña, que salió a hacer desde el Perú a las *Islas de Salo-*

món, y que habían salido cuatro navíos. Este aportó aquí, y por traer una bandera del Rey le recibí como es debido. Si los otros fueron allá, se sabrá esto mejor. Contra los soldados no se procedió. Dijeron, como porque quiso el capitán se apartó de la nao con su galeota.

CAPITULO XXXIX

En que se pone un discurso que el piloto mayor hizo por qué no se hallaron las islas de Salomón

Porque las *Islas de Salomón* de que Hernán Gallego, piloto mayor que las descubrió, hace mención en su relación, y en cuya demanda iba el adelantado Alvaro de Mendaña, no son las *Islas Marquesas de Mendoza,* ni las de Santa Cruz, que en este viaje hallamos, y se pasó tan adelante del paraje en que él decía que estaban conforme a su instrucción; me pareció conveniente decir aquí lo que siento, para satisfacer las dudas que se pueden ofrecer por no haberse dado en ellas.

Tres causas hallo que pudieran ser impedimento para que las islas de Salomón, a donde íbamos, no fuesen halladas. La primera, es decirse haber menos longitud de la que realmente había, porque no pareciesen tan lejos a las gentes que habían de ir a la población de ellas.

La segunda, alguna pasión nacida de particulares intereses, y por éstos negarse la verdadera latitud, dando de ella más, o menos parte.

La tercera es ignorancia, o la falta de los instrumentos, que no hay para mostrar ciertas distancias, o por razón de la estimativa con que se navega, parecer una cosa y ser otra, o yerro en el escribir.

A la primera, si fue ansí que no se dijo la verdadera longitud de las islas de Salomón; digo que realmente no llegamos a ellas, y están más al Poniente de las otras que descubrimos. La razón es, porque si es verdad como me dijo el adelantado, por cuya orden hice las cartas para navegar, y verdad lo que dice su instrucción y la relación de Hernán Gallego, que de siete grados hasta doce de la parte del Sur, mil cuatrocientas y cincuenta leguas de Lima, estaban las islas de Salomón, no podían ser erradas, por haberse siem-

pre navegado sin llegar a sus *tremos* (151), y haberse pasado por en medio de ellas cuatrocientas leguas más al Poniente: y es de creer que no quedan atrás y que están adelante.

A la segunda, si fue pasión, como muchas personas dicen, que Hernán Gallego, pidiéndole el adelantado la derrota de aquellas islas, no le dio su verdadero lugar según latitud; porque cuando fue a la corte a dar noticia a Su Majestad, no había negociado una de ellas para él mismo, y que el adelantado en el tiempo que las fue a descubrir, no entendía el arte de navegar, y que a esta falta le pudo engañar: a esto digo que no pudo ser tan secreta su altura, cuando se descubrieron con cuatro pilotos, que no la supieran todos cuatro y toda cuanta gente fue con ellos, ni Hernán Gallego sabía entonces que se había de desavenir con el adelantado, ni yo creo que un hombre de tan buena fama como lo es el dicho, hiciese una cosa tal. Mas si en esto hubo engaño, digo que si las islas estaban de siete para menos grados, o de doce para más, y las buscamos por de siete a doce, bien podían quedar atrás a una de las dos partes (152).

A la tercera, si fue ignorancia, no hay más que decir en esta parte; y lo más cierto es que navegando tanto como ellos navegaron del Leste a Oeste, que es rumbo por donde no se determina altura, ni se conoce longitud más de aquella que la estimación de cada uno puede determinar; en que puede haber muy grande engaño, así en el que estima, como en el navío, que en tal caso bien podían haber entendido andar menos camino del que realmente hicieron.

Y para prueba de la mayor distancia que tienen del Perú las islas de Salomón, digo que dice Hernán Gallego en su relación, y también el adelantado me dijo, que en ocho grados y dos tercios, parte del Norte, estuvieron en las islas de San Bartolomé, que están en el paraje de los Barbudos, y vieron salir huyendo dellas una embarcación con vela de gavia; y enviada la barca a tierra, toda la parte natural se huyó de un pueblo suyo, y los nuestros lo entraron, y trajeron dél a los navíos un escoplo hecho de un clavo, por

(151) Extremos, límites.

(152) Realmente, las islas Salomón se encuentran entre los 6° y 10° un tercio, latitud sur, y 156° y 162° y un tercio, longitud O.

donde se entendió que habían estado, o estaban allí españoles.

Lo que acerca de esto sospecharon es que cuando el adelantado Miguel López de Legazpi descubrió las islas Filipinas, un piloto llamado Lope Martín, sin orden suya se volvió a la Nueva España, a dar la nueva al virrey don Luis de Velasco (153), que había enviado a hacer aquel descubrimiento, de quien fue muy bien recibido y despachado con el socorro para ellas, y una carta, que llevaba el Lope Martín u otro de los que iban con él, que cierto amigo del adelantado Legazpi le escribía desde Méjico, en que decía que vista aquella, ahorcase luego al Lope Martín, por haber tomado la licencia que no le dio. Esta carta la hubo a las manos, no sé por qué orden, el Lope Martín. Demás de esto, entre él y los otros hubo encuentros y algunas muertes con la del capitán, y llegados a los Barbudos, salió a tierra Lope Martín con otros amigos suyos; y el contramaestre con los de su bando se concertaron y se hicieron a la vela, y los dejaron en la isla (154); y como el adelantado Alvaro de Mendaña llegó a estas islas, que fue poco tiempo después de este suceso, sospéchase que los quedados entendieron que los iban a buscar para castigarlos, y a esta causa se huyeron en aquella embarcación que sobre la barca debían ya de tener hecha, y fueron a parar a la *Nueva Guinea.*

Digo yo, que si esto es verdad, como se dice que las islas de los Barbudos están de la parte del Norte en ocho, nueve y diez grados, más y menos, y dos mil leguas y más del Perú, y que saliendo Hernán Gallego de las islas de Salomón, que dice están a mil cuatrocientas y cincuenta leguas de Lima, yendo a buscar tierra de la Nueva España, navegando del Nordeste para el Norte, que así se corren las islas con aquella costa, que no podían encontrar con las islas de los Barbudos, estando con las islas de Salomón a menos que al Norueste, sino es habiendo salido de mucha más longitud de

(153) Aunque oficialmente es Urdaneta el primer europeo que hizo la vuelta del NO., realmente quien la hizo, fue el piloto Lope Martín, al mando del patache *San Lucas,* hazaña verdaderamente increíble si tenemos en cuenta la pequeñez del navío.

(154) Lope Martín fue un hombre verdaderamente cruel. Testimonio de sus felonías puede ser la relación del viaje, escrita por Juan Martínez, que iba de soldado en la expedición. (Codein, documento n.° 47).

la que realmente pensaron, o no quisieron decir; y más, que las islas pobladas no es poco indicio estar la Nueva Guinea cerca.

Dice más Hernán Gallego con estas formales palabras: «En dos y tres grados, hasta cuatro de la parte del Sur, hallamos grandísimas señales de tierra, y nunca vimos tierra ninguna. Al fin, que había tierra de la parte del Oeste de nosotros, y era la Nueva Guinea, y no está en más altura de cuatro grados de la parte del Sur, porque la descubrió Iñigo Ortiz de Rates, y no otro ninguno; que Bernardo de la Torre no descubrió ni vio tal, ni hay tal *Cabo de la Cruz.*»

Yo digo que lo tocante a señales de palmas en la mar y las demás que dice Hernán Gallego, también yo vi muchas que me estaban haciendo fuerza a creer que fue la causa estar la Nueva Guinea cerca, por ser en la misma altura y paraje, y por otras razones que adelante en su lugar daré: y que también en la parte del Norte encontré, en altura de seis grados paraje de los Barbudos, una isla poblada de buenos indios; mas que yo salí de la isla de Santa Cruz, mil ochocientas y cincuenta leguas de Lima, y después navegué más al Oeste otras cuarenta leguas, que vienen a ser cuatrocientas y cuarenta de más camino que no salió Hernán Gallego, según él dice; y que porque yo navegaba a las islas Filipinas, que es más al Poniente, estaba más anejo a mí dar vista a las señales de isla que hallé, que no a Hernán Gallego, pues confiesa que salió de punto apartado de Lima mil cuatrocientas y cincuenta leguas, y llevaba su vía a la Nueva España, que es de Norte al Nordeste. Con que está probado que no podía ver las tales señas, ni las islas que vio, sino habiendo salido de mucha más longitud de la que dice.

Dice más Hernán Gallego, hablando en su relación con el licenciado Castro, presidente que era en aquel tiempo en la audiencia de la ciudad de los Reyes, que es quien despachó para que se hiciera aquel descubrimiento, estas palabras: «Estando en siete grados parte del Sur, treinta leguas apartados de la isla de Jesús, que fue la primera que descubrimos, porque como vimos el archipiélago de las islas, nunca quisieron que descubriese para adelante, sino que volviésemos al Perú como es público y notorio; que si adelante fuéramos, otro gallo nos catara: porque descubriéramos otra tierra diferente de ésta y muy cerca de adonde

estábamos. La bondad de la tierra que dijo no la quiero decir porque V.ª S.ª lo sabrá de otros.»

Digo a esto, que pues Hernán Gallego estaba tan cierto que se hallaba tan cerca de la Nueva Guinea como él dice, que esto no lo podía él sentir sino era sabiendo que estaba las dos mil y más leguas que hay de Lima a ella, porque en el sitio suyo no puede haber grande engaño, por ser descubierta a muy poca distancia, como hay del Maluco a ella; porque Miguel Rojo de Brito, natural de Lisboa, fue del Maluco a la Nueva Guinea, y dice estar muy cerca, como se verá en un capítulo de una relación suya que irá al pie deste discurso. Y aunque yo no sé el fundamento que se llevaba en aquel descubrimiento de que se trata, sospecho que iban en su demanda, porque lo da a entender cuando dice que Iñigo Ortiz de Rates la descubrió (155), y no Bernardo de la Torre; y según esto bien se puede tener por cierto que era relación de alguno de ellos, o de ambos que iban siguiendo; pues dice que no hay tal Cabo de Cruz, y que la Nueva Guinea no está más de en cuatro grados de la parte del Sur, dando a entender que el uno decía en los cuatro grados que él tenía por más cierto, y el otro en más; que decía ir buscando, y no la halló: y como acaso encontró la isla del nombre de Jesús en seis grados y tres cuartas, y luego encontró los bajos de la Candelaria y la isla de Santa Isabel, y siempre fue descubriendo para más altura y a menos longitud. Fuele quizás el impedimento para no ver la Nueva Guinea, el que yo entiendo fue a nosotros la isla de Santa Cruz, que encontramos para no ver las islas de Salomón, y lo que de esto entiendo es que la Nueva Guinea, islas de Salomón, islas de Santa Cruz, todas son vecinas, unas de otras, por algunas razones que luego daré.

Dice más Hernán Gallego, que cuando el adelantado le pidió su parecer para la vuelta de aquellas islas al Perú, que quedaban mil y setecientas leguas de golfo que navegar: y luego dice que salido del puerto de la isla de San Cristóbal, estando tres leguas de tierra a la parte del Leste della, que les dio un recio viento del Sueste, con que navegó veinte leguas al Nordeste, cuarta del Leste, y quince al Nordeste cuarta del Norte, y al Nordeste veinte y cinco, y diez y ocho

(155) Efectivamente, el descubridor de Nueva Guinea fue el portugués Iñigo Ortiz de Retes, en 1545.

al Norte cuarta del Nordeste, y que estando en aqueste punto, estaba en siete grados largos parte del Sur-Leste-Oeste cuarta del Noroeste-Sueste, treinta leguas apartado de la isla de Jesús de la parte del Leste della.

Digo, que él dice, que aquesta isla de Jesús fue la primera que descubrió, y que estaba en seis grados y tres cuartas de la parte del Sur, y que había de ella a la ciudad de Lima mil cuatrocientas y cincuenta leguas: y si es ansí como lo dice, que esta isla de Jesús con el puerto de donde salió se corre casi Norte-Sur, síguese luego que las mismas leguas que hay de la isla de Jesús a Lima, había de haber del puerto de San Cristóbal, por estar ambos puertos casi en un mismo meridiano. Y pues a lo claro se ve que en esto se descuidó, o no hizo bien su cuenta, muy mejor se puede entender que lo debió de haber en el todo en determinar la verdadera longitud; pues en tan poco espacio como hay de un punto a otro, hubo engaño de ducientas y cincuenta leguas: por donde infiero que en tanto camino como hay de Lima a las islas de Salomón, mucho mayor sería el yerro, y siendo, como es, navegación de Leste a Oeste.

Si su relación se mira, hallarse han otros puntos de poca claridad y aun de contradicción, porque una vez dice: los indios le dijeron había de aquellas islas al Sueste mucha tierra, y dice que la vio: y luego dice que un marinero subió en la palma, y que no la vio. Dice más, que a la isla de Guadalcanal no la vio el cabo, y que su costa iba corriendo al Oeste: y luego dice que era menester seis meses para andarla; y a la tierra que no vio la vende por muy buena, y afirma lo no visto por muy cierto: y dice que era mejor ir a la parte del Norte para volver al Perú, porque por la del Sur tenía por dificultoso hallar vientos (156); razón que la confesaron pocos pilotos, porque no la hay más par haber vientos generales fuera de los trópicos en tanta altura de la parte del Norte como de la del Sur. Y ¿cuánto más barato era, estando (como dice) cierto de no haber tierra al Sueste, ir de once grados, donde se hallaba a treinta o cuarenta de su parte, que no disminuir once y subir a treinta y más de la parte contraria, y quedar más lejos del Perú?

(156) El razonamiento de H. Gallego era correcto, pues vistos los fracasos anteriores, la ruta Urdaneta hacia la Nueva España era la única posible, y por ella discurría el famoso galeón de Acapulco.

Y porque también puede ser duda, cómo el adelantado la primera vez no encontró las islas que agora descubrimos, digo; que cuando salió a navegar del Perú, hicieron una vuelta larga a diez y ocho grados al Oessudueste, y otra al Oesnorueste, y puestos en seis grados más y menos, fueron siguiendo aquella altura, según que lo he sabido de quien se halló en aquella navegación: y por esto no pudieron encontrar aquellas islas, que estaban en más altura, y las dejaron a la parte del Sur, y pasaron por el Norte de ellas.

Para más prueba de que las islas de Santa Cruz parece que están más cerca de las de Salomón, viene bien ser sus naturales parejos en color, teñirse de colores los cabellos, llamar al capitán jauriquí, tener las mismas armas, los puercos, gallinas de Castilla, y otras tantas cosas de unos mismos géneros como en ambas relaciones se puede ver, y realmente se puede tener por cierto que todas las gentes de las islas de Santa Cruz, islas de Salomón, proceden del Archipiélago de las Filipinas. Demás que el teñir los indios de Santa Cruz los dientes de colorado y de negro, y usar comer el *buyo* (157), como lo comen en Filipinas, y haber en la isla de Luzón negros que dicen ser los naturales de la tierra, a quien llaman *pogotes,* retirados en una isla que se dice *Maragondon,* y en otras islas; por manera que los morillos e indios vizayas, y otras castas de gentes que hay por allí, les ocupan sus tierras, y los echaron de ellas, y arrinconaron los que quedaron a donde están: y bien podría ser, que por razón de los advenedizos, los perseguidos fuesen buscando a donde poblar, hasta hinchir y ocupar la Nueva Guinea, como más cerca, y de allí a las islas de Salomón, y de estas a la de Santa Cruz; y los mulatos, y las diferencias de color que hay entre todos proceda de las mezclas de unos y otros.

En conclusión digo, que me dijo el adelantado, y también ciertos pilotos de aquel tiempo, que Hernán Gallego, yendo navegando a la costa de Méjico, se hizo un día con tierra, y que después se navegó para llegar a ella setecientas leguas, que juntadas con las mil cuatrocientas y cincuenta, que él dice de las islas de Salomón a Lima, vienen a ser más de dos mil, que digo ponen de Lima a la Nueva Guinea, del cual paraje realmente debió de salir. Y siendo así, viene

(157) Mezcla del fruto de la areca, hojas de betel y cal de conchas, que mascan los indígenas de Insulindia, Filipinas y Melanesia.

todo bien a mi sospecha, y podría ver, como él dice, las señales de la tierra de la Nueva Guinea, encontrar con los Barbudos, y no se ver la tierra cuando se dijo; porque si saliera de las mil cuatrocientas y cincuenta que dice, parece mucho tiempo más de cuatro meses de navegación, para poco más de setecientas leguas que hay desde allí a la costa de la Nueva España, navegando por rumbos tan fáciles de conocer, el camino hecho, por ser al Norte. Con que se ve no podía haber tan grande engaño, si no era habiendo entendido salía de aquel punto, y ser de otro más al Poniente las dichas setecientas leguas; y parece que satisface lo dicho, hasta que se vea lo contrario.

CAPITULO XL

De varios sucesos del piloto mayor Pedro Fernández de Quirós, hasta que llegó a la corte del Rey de España

En esta ciudad de Manila, como se ha dicho, estuvimos algún tiempo; la cual es cabeza del gobierno de las islas Filipinas, y está plantada en una punta rasa que hace al mar, y un río que entra en él (158), y tiene una buena fortaleza y edificios y otras cosas particulares y dignas de cuenta, de que se pudiera hacer un largo capítulo; pero puédese excusar, remitiéndonos a un libro particular que de la dicha ciudad, islas Filipinas, y de sus conquistas y sucesos escribió el doctor Antonio de Morga.

Estando en esta ciudad, vino a ella, proveído por nuevo gobernador, don Francisco Tello, que había sido tesorero de la casa de contratación de Sevilla; en cuyo recibimiento hubo muchas fiestas, que le hicieron así los españoles como los indios, y en especial fueron mucho de ver tres elefantes que se sacaron a la plaza, de los cuales el más grande se decía don Fernando, que el rey de Camboja envió de presente al gobernador pasado cuando le pidió socorro (159). En cada uno de ellos venía caballero un indio, diestro en el modo de gobernarle así de palabra como con un garabato

(158) El río es el Pasig, y la fortaleza que a continuación hace referencia es el fuerte Santiago, construido en 1590.

(159) Luis Pérez Dasmariñas.

de hierro, con que puesto en la frente le hacía correr, parar, arrodillar, levantar y otras cosas bien de ver hacer a un tan grande animal. Sirve este garabato como a un caballo el freno. Fueron corriendo derechos a donde el gobernador estaba en la ventana, a quien pusieron de rodillas en el suelo por tres veces, quedando los pies largos para atrás, porque no los pueden doblar. Las gentilezas que los elefantes hicieron fueron muchas; y por remate le apartaron a don Fernando, y su indio le puso con el rostro derecho a las vigas, sobre que se había armado el castillo de fuego de la noche antes y diciéndole una palabra, y tocándole con el garabato en la frente, daba el elefante un arremetón y entre los dos colmillos cogía la viga que le decían, con mucha facilidad, y así las sacó todas: cosa notable.

Pocos días había (según allí se decía), que estando este elefante bebiendo en el río, se llegó a él un grande y cebado cocodrilo, que en aquel río había hecho muchas presas en indios; aferróle de la trompa y tiróle para sí, y como el elefante lo sintió lo levantó al modo que la caña de pescar saca un leve pez, y a un buen trecho fue a caer en el campo sin dar más paso: y pesa un caimán, cual éste era, lo que pesa un grueso buey.

Decíase también, que este mismo elefante tuvo una llaga en una encía, y que habiéndole curado un día el mismo indio, por el dolor le aventó con la trompa de que le trató muy mal y cuando sanó le dijo: —Muy enojado me tenéis, señor don Fernando, pues en pago del beneficio que os hice, me habéis querido matar. ¿Qué os parece si lo supiera el rey mi señor y vuestro que os envió aquí, y me dio por vuestro compañero para que mirase por vos? Mirad que no podéis comer y os vais enflaqueciendo, con que moriréis muy presto sin tener yo culpa: abrid si queréis la boca, y luego os curaré como amigo, olvidado del mal que me hicisteis. Y que el elefante había dado con la trompa dos vueltas a un estante que allí estaba y abrió la boca, con que fue curado sin moverse, mostrando bien el gruñir cuánto sentía el dolor; y así vino a sanar.

De otro elefante me contaron que, por vengarse de un indio que le mandaba, pasando por un portal lo estrujó y mató, y que su mujer le dijo: —Don Pedro, habéis muerto a mi marido; ¿quién me ha de sustentar? Y que luego el elefante fue a la plaza y della cogió con la trompa una cesta

de arroz, que le dio, y cuando le pareció que la había comido le llevó otra, y más adelante otra. Cosas se dicen destos animales que parecen increíbles, y para mí lo más es que entienden a todos en la lengua que les hablen; como yo lo vi allí, estando cercado de soldados españoles decirle uno, sin otra señal, que le sacase de la faltriquera un plátano para comer; y entrar la trompa en ella, y porque no lo halló cogió del suelo con la trompa un poco de tierra, y se la tiró al rostro al soldado que le engañó.

Acabadas estas fiestas, se casó nuestra gobernadora con un caballero mozo llamado don Fernando de Castro, primo del gobernador Mariñas, el cual, como era justo, tomó las cosas de su mujer por propias suyas, y podía en la ciudad mucho; y así, con su ayuda, la nao se avitualló y aprestó de todo lo necesario, y se dio vela día de San Lorenzo para hacer viaje a la Nueva España, en que, por haber salido tan tarde, se pasaron increíbles trabajos y tormentas. Y en efecto, llegamos al puerto de Acapulco a once de diciembre del año de mil quinientos y noventa y siete, donde la nao se visitó, y se dio franca licencia para que todos pudiesen saltar en tierra; y allí yo, el capitán Pedro Fernández de Quirós, me despedí de la gobernadora, y demás compañeros, y me embarqué en una nave pasajera para el Perú.

Habiendo corrido toda la costa de la Nueva España, llegué al puerto de Paita, a tres de mayo de mil quinientos noventa y ocho, de donde escribí una carta al virrey don Luis de Velasco, y por tierra caminé a Lima, donde llegué a cinco de junio, y fui muy bien recibido por el dicho virrey; que se quiso informar particularmente del discurso y sucesos de nuestro descubrimiento y navegaciones, y yo le di de todo la mejor relación que pude y supe, y me ofrecí que, dándome un navío de sesenta toneladas y cuarenta marineros, volvería por los rumbos convenientes a descubrir las dichas tierras, y otras muchas que sospechaba, y aun tenía por cierto, había de hallar en aquellos mares.

Pero, en efecto, se resolvió que no podía darme el despacho que yo pretendía y era necesario, sin particular consulta y orden de Su Majestad: y que así tenía por mejor que me animase a ir en persona a la corte de España, pues el negocio eran tan grave e importante, que nadie lo podía alentar y dar a entender mejor que yo que tenía de ello tanta noticia; y que él de su parte me ayudaría con algún socorro,

y con cartas para Su Majestad y sus consejeros. Y habiéndolas recibido, me embarqué en el puerto del Callao en la capitana, a diez y siete de abril de mil quinientos noventa y ocho, general don Beltrán de Castro y de la Cueva, y en veintidós días llegamos a Panamá, y de allí por tierra a Puerto-belo, donde me embarqué en una fragata de las del trato, y en siete días llegué a Cartagena; la cual hallé muy alborotada, porque había parecido sobre ella una escuadra de veintidós naos gruesas, cuyo general era el conde de Morlant, inglés, que había tomado la ciudad de Puerto Rico (160). Pero parte de este temor cesó con la llegada de don Luis Fajardo, caballero del hábito de Calatrava y general de la Armada de la guarda de Indias y su carrera.

Desde allí volví a escribir al virrey del Perú, y, por si acaso yo muriese en el viaje, le di más particular cuenta del discurso de la jornada y descubrimiento que pretendía, y de las cosas que juzgaba ser necesarias para cuando se hubiese de proseguir; y habiendo vuelto don Luis Fajardo de Puerto-belo con la plata, me embarqué en su galeón, y salimos de Cartagena primero de noviembre de mil quinientos y noventa y ocho. En veintisiete días dimos fondo en la Habana, de donde salimos a diez y seis de enero del año siguiente en conserva de treinta navíos; y habiendo desembocado bien y brevemente, en altura de veintinueve grados tuvimos una tormenta tan recia, que estuvimos para perdernos, y se desaparecieron muchos navíos, y otros con el nuestro se desaparejaron, y fue forzoso volver a arribar a Cartagena, martes tres de marzo. De allí escribí a Su Majestad y al virrey del Perú, y hubimos de invernar todo aquel año hasta que, habiendo llegado aviso de Su Majestad y venido nuevos galeones por la plata, los dos generales cargaron en veinte bajeles trece millones. A cuatro días de enero dieron velas, y habiendo pasado algunas tormentas llegamos al cabo de San Vicente, donde se tomaron dos naos inglesas, y a veinticinco de febrero de mil y seiscientos, con estruendo de artillería y música de instrumentos, dimos fondo en Sanlúcar.

De allí me embarqué para Sevilla, donde entré tan ajus-

(160) La ciudad de San Juan de Puerto Rico fue en aquella ocasión (agosto de 1597) tomada por el conde Jorge Cumberland. (Nota edic. J. Zaragoza).

tado de cuenta, como se deja entender de los trabajos y arribadas que había padecido; y viéndome libre de ellos, y considerando que aquel año era el santo en que en Roma se gana el gran jubileo, me determiné de ir allá, y gastar en esto aquel verano. Para cuyo efecto vendí lo poco que tenía y compré un hábito de peregrino; y a pie, con sólo el arrimo de un bordón (161), fui siguiendo mi viaje hasta Cartagena de Levante, en todo lo cual me pasaron varios sucesos; y habiendo llegado las galeras de Italia, me embarqué en ellas por San Juan, y fuimos costeando por Valencia y Barcelona. A quince de agosto atravesamos el golfo de Narbona, y poco después desembarcamos en el puerto de *Baya*, que está en el *Ginovesado,* de donde vestido como peregrino, en compañía de otro y de un fraile, pasamos por todos los mejores pueblos de Italia, en que tuve mucho que ver y notar.

Finalmente, habiendo llegado a la gran ciudad de Roma, tuve suerte de ser bien recibido y oído por el señor duque de Sesa (162), que hacía a la sazón oficio de embajador de España en aquella corte, a quien di cuenta de las tierras que había descubierto y el deseo que tenía de volver a ellas, y cuán justo era que Su Santidad favoreciese este intento; pues principalmente iba enderezado a la salud y conservación de infinitas almas, como las de aquel nuevo orbe. Parecióle bien a Su Excelencia, e hizo juntar en su casa los mayores pilotos y matemáticos que se hallaban en Roma; y habiendo en su presencia hecho largo examen de mis papeles, discursos y cartas de marear, y quedando satisfechos de que todo lo que yo decía era probable y digno de ponerse en ejecución, me negoció el señor duque audiencia para con Su Santidad de Clemente VIII, la cual tuve a veintiocho de agosto, habiendo primero comido en la mesa de los pobres. Su Santidad me oyó muy de espacio y vio todos los papeles que le mostré y se enteró de mi celo y verdad; animándome a que siguiese tan loable intento, con muchas gracias y jubileos que me concedió para cuando hubiese de hacer la jornada, y con cartas para la Majestad del Rey Nuestro Señor, a quien ansimismo escribió en mi abono y reco-

(161) Bastón más alto que la estatura de un hombre, rematado con una punta de hierro y unos botones de adorno.

(162) D. Antonio de Cardona y Córdoba.

mendación el señor duque de Sesa, y también me dio cartas y socorro para otros príncipes y consejeros de la corte de España, y poder llegar a ella. Habiendo ganado el santo jubileo, y visto muchas cosas que en él se ofrecen que notar, y la canonización del glorioso San Reimundo, me detuve todavía en Roma mucho más de lo que pensé, por negociar el despacho de los breves y jubileos que he dicho, y que Su Santidad me hiciese gracia y merced de algunas cuentas benditas y de parte del *Lignum Crucis*, en que tuve gran dificultad.

Al fin, pasadas estas y otras que se me ofrecieron, llegó el día de salir de Roma, que fue Miércoles Santo a la tarde del año mil seiscientos y dos; y habiendo ido por la Casa de Nuesta Señora de Loreto, pasé por las ciudades de Arimino, Forli, Ferrara y Lodi, en que tuve mucho que ver y notar, y me acontecieron varios y notables sucesos; y entré en la ciudad de Milán, que tiene tantas cosas de grandeza y admiración, que no se pueden decir brevemente sin agraviarlas. Pasé a Pavía y a Tortona, de donde fui a dormir a la villa de Santo Esteban, primero lugar de la señoría de Génova; y de allí entré en Génova en tan buena ocasión, que al segundo día me embarqué en una de seis galeras del príncipe Doria, que enviaba con su sobrino suyo a dar el parabién a Su Majestad de nacimiento de la señora infanta (163). Y con este llegamos a Barcelona, de donde fui a Monsarrate, y pasando por otras principales ciudades de España, entré en Madrid la víspera de la octava del *Corpus Christi* del dicho año de seiscientos y dos; y por no estar allí la corte, que había pasado a Valladolid, fui luego al insigne convento del Escorial, donde tuve noticia que estaba Su Majestad, a quien puede hablar, y besar sus reales pies, y dar el primero mi memorial, cerca de mi pretensión, un lunes que se contaron diez y siete de junio del dicho año.

(163) La hija mayor de Felipe III y Margarita de Austria fue Ana, nacida en Valladolid el 22 de septiembre de 1601.

CAPITULO XLI

De lo que pasó al capitán Pedro Fernández de Quirós en la corte de España, negociando licencia de Su Majestad para ir a descubrir y poblar las partes australes; y cómo y en qué forma lo negoció, y su viaje hasta el Perú

Habiendo hablado a Su Majestad, como he referido y puesto en sus manos el primer memorial, en que declaraba mi pretensión y la importancia de ella, me oyó con la clemencia y benignidad que acostumbra, y respondió que lo mandaría ver; y luego fui hablando a don Juan Idiaquez, y al Padre confesor, y a don Pedro Franqueza, y a las demás personas del Consejo de Estado y otras graves de la corte, que podían ayudar a mi intento y despacho: a los cuales fui dando las cartas que traía del virrey del Perú y del embajador de Roma, y mostré los breves de Su Santidad, y los demás papeles, mapas y derroteros de mi descubrimiento.

Unos me admitieron bien, teniendo el negocio por grave y digno de ser favorecido. Otros hicieron poco caso de él y de mí, pareciéndoles que prometía más de lo que había de cumplir, y que para tan grande empresa era necesario persona de más partes y valor. Algunos hubo que me respondieron, que hartas tierras tenía descubiertas Su Majestad, y que lo que importaba era poblarlas y convertirlas, sin ir a buscar las que yo decía de nuevo, que estaban tan remotas y habían de ser tan dificultosas y costosas de conservar, después que se hubiesen conquistado y poblado. Y no faltó quien pusiese duda en la justificación destas conquistas y en la utilidad dellas; con lo cual me fue forzoso ir haciendo más instancia con Su Majestad, dándole cada día nuevos memoriales, representando las razones que había en favor de mi empresa, y procurando satisfacer a las que se oponían en contrario. En este tiempo pasé mucho trabajo y necesidad en la corte, e hice un largo discurso de la vida que pasábamos los pretendientes en ella, y tuve diferentes respuestas, unas ásperas y otras apacibles de don Pedro Franqueza, y de otros señores del Consejo de Estado; y finalmente, el postrer día de Pascua de flores del año de mil seiscientos y tres fui llamado por don Pedro Franqueza, el cual me dijo que ya estaba despachado, y me puso con el secretario y oficial mayor suyo, llamado Matienzo, y les dijo que por su amor

no me detuviesen un punto; y ansí, el sábado cinco de abril me entregaron unas cédulas de Su Majestad, en que se contenían mis despachos, las cuales se negociaron y libraron por el Consejo de Estado; y su tenor es como sigue.

Copia de la cédula de Su Majestad en cuanto al despacho principal

«Don Luis de Velasco, o el conde de Monterey mi pariente, mi visorey y capitán general en mis reinos y provincias del Perú, o cualquier otra persona que los gobernare en mi nombre al tiempo de la presentación desta. Ha venido aquí de Roma el capitán Pedro Fernández de Quirós, de nación portugués, y escrítome el duque de Sesa y de Baena, del mi Consejo de Estado y mi embajador en aquella corte, que el año Santo tuvo noticia fray Diego de Soria, Prior de Manila, de la orden de Santo Domingo, de que se hallaba en aquella corte el dicho capitán Quirós, que era un gran piloto muy plático del mar del Sur y del gran golfo que hay desde las costas de la Nueva España y del Perú al Japón e Islas Filipinas, habiendo sido piloto mayor del segundo descubrimiento que hizo el adelantado Alvaro de Mendaña; y que habiendo el dicho padre hecho instancia, en que convenía mucho al servico de Dios y mío introducirle otra vez para que volviese a descubrir las dichas islas partes incógnitas, le hizo llamar a su casa con ocasión de preguntarle algunas cosas curiosas de su arte, y le entretuvo en ella cerca de diez y siete meses, y descubrió su ánimo, y vio muchas relaciones y papeles que tenía, y le hizo hacer otros de nuevo que comunicó con el padre Clavio, y otros matemáticos y geógrafos insignes: y con las buenas pruebas y razones que hizo, todos han quedado persuadidos de que no puede dejar de haber gran pedazo de tierra firme, o cantidad de islas que se continúen desde el estrecho de Magallanes hasta la Nueva Guinea y la Java mayor y otras de aquel grande Archipiélago; y juzgan que gozando de lo mejor de las zonas tórrida y templada, por lo que se ha visto, ansí en las antiguas provincias del mundo como en las nuevamente descubiertas, que no puede dejar de hallarse en el dicho paraje mucha y muy buena tierra y muy rica, templada y por consiguiente habitada; y que tienen por muy conveniente no se

pierda tiempo en descubrir aquella parte Austral incógnita hasta ahora, en que se hará gran servicio a Dios.

»Y que demás del interés y provecho que esto promete, será más fácil este descubrimiento que falta de hacerse de la parte Austral, que no lo fue el de las Indias Occidentales; y que el dicho capitán, cuando volvió de aquella larga navegación que con lo que se detuvo en diferentes partes le duró dos años, ofreció a don Luis de Velasco, mi visorey del Perú vuestro predecesor, que volvería, en el mismo navío en que había venido, a aquel descubrimiento, si lo proveía de lo necesario hasta dar en la Nueva Guinea, Islas Malucas, y volver al Perú por la navegación de las Filipinas, con entera relación de todo lo que hubiese descubierto; y aunque le pareció bien, no se resolvió: que le dio cartas para mí, y su Santidad le ha oído y hablado, y gustado de lo que le ha propuesto, de manera que le ha concedido muchas gracias espirituales para aquellas partes (si yo le mando hacer dicho viaje) por lo que le han satisfecho las razones del dicho capitán, de cuyas partes, buen juicio, prático en su profesión, ser trabajador, quieto, desinteresado, de buena vida, celoso del servicio de Dios y mío, y del bien público, me ha hecho el duque muy buena relación; y que en cuanto a la teoría (según lo que los matemáticos que le trataron en Roma afirmaron), entienden que hay muy pocos pilotos que entiendan lo que él, que es hábil en hacer globos, y cartas de navegar, y las entiende muy bien, y los instrumentos necesarios para la navegación, y que ha mostrado allí dos de su invención, uno para conocer navegando la diferencia que la aguja hace del nordeste y noroestar, y otro para tomar la altura con más facilidad y certeza: y que ambos han sido alabados de los padres Clavio y Villalpando, de la Compañía de Jesús, de los dotores Toribio Pérez y Mesa, que en Salamanca han leído públicamente matemáticas, y de otros geógrafos insignes, y que el dicho capitán Quirós había ofrecido al duque que siendo yo servido de que él hiciese este viaje, le haría desde España por el estrecho de Magallanes y volvería por la India oriental, habiendo dado la vuelta al mundo; y usando en mar y tierra con atención de los instrumentos que ha hecho, podría traer muy grande claridad de las verdaderas diferencias que hace la dicha aguja de marear: cosa hasta agora muy obscura y en que hay muy diversas opiniones; y de hallar la verdad se siguiría gran prove-

cho para la facilidad de la navegación, y venir en conocimiento de la verdadera longitud y latitud de los lugares, puertos y cabos descubiertos y que se fueron descubriendo en diversas navegaciones.

»Y en esta misma conformidad me ha hecho, el dicho capitán Quirós, relación de todo lo susodicho, cerca de las navegaciones y descubrimientos; comprobando con escrituras y trazas que trae, las islas que descubrió, cuando fue por piloto mayor del dicho adelantado Alvaro de Mendaña, la diversidad de gentes que vio de diferentes colores, pero a su parecer dóciles, las islas fértiles y que prometían ser ricas; suplicándome que, teniendo consideración a su buen celo y que su fin y pretensión es el servicio de Dios y mío y la conversión a nuestra santa fe, bien de aquellas gentes, y el beneficio que pueda resultar deste descubrimiento (sin tratar de sus intereses): y demás desto facilitar la navegación de aquellos anchos mares, por la mucha plática y experiencia que tiene de ellos; fuese servido de mandarle dar un navío no muy grande, proveído de la gente, bastimentos, municiones y de las demás cosas necesarias para la dicha navegación y empresa, y que con esto confía que dispondrá las cosas de manera que se consiga lo que pretende. Y habiendo considerado su proposición, con la atención que tan grave negocio requiere, por el aumento de la fe y el beneficio de las almas de aquellas gentes remotas, anteponiendo el servicio de Dios a lo demás, como es razón, con consulta de mi Consejo de Estado, he resuelto:

»Que el dicho capitán Quirós parta luego, a hacer el dicho descubrimiento, en la primera flota para el Perú. Y así, os ordeno y mando que llegado allá, le hagáis dar dos navíos muy buenos a su satisfación, que vayan muy en orden, con el número de gente conveniente, bien avituallados, municionados y artillados, como es menester para tan larga navegación, y le hagáis proveer de las cosas necesarias para rescatar con indios, si llegare a parte donde lo pueda hacer, conforme a las órdenes generales que vos y vuestros predecesores tenéis para semejantes descubrimientos, y lo que más os pareciere convenir a mi servicio; pagando el gasto y costa de su apresto, y de la gente que en ellos se embarcare, y las vituallas, municiones y vestidos y las demás cosas que hubieren menester para su viaje, de mi Hacienda Real, y de lo más pronto y bien parado de ella. Y ordenaréis que lleve

algunos religiosos descalzos de la orden de San Francisco, ejemplares, de buena vida; y ternéis la mano en que la gente que se embarcare con él en los dichos navíos sea buena y útil, dándoles orden que obedezcan y respeten al dicho capitán, en su navegación de ida y vuelta, como a su cabo y superior, que yo lo nombro por tal desde agora, cumpliendo en todo y por todos sus órdenes.

Y advertid que es mi precisa voluntad, que el dicho capitán Quirós haga luego viaje y descubrimiento sin que se difiera: y así torno a encargaros, y mandaros muy expresadamente, cumpláis con pronto efecto lo que aquí os ordeno, sin poner en ello duda ni dificultad, no obstante que esta orden no va despachada por el mi Consejo de Indias; que por ser el negocio de la dicha calidad que es, ha convenido, y yo he sido servido, que vaya por esta de mi Consejo de Estado, que en ello recibiré muy aceto servicio de vos: y con el primer navío de aviso me le daréis la llegada del dicho capitán Quirós, a esos mis reinos, y de como lo habéis despachado con los dichos navíos, bien proveídos de todo lo necesario (como se ha dicho); porque esperaré con mucho deseo nuevas del cumplimiento de ello. Y a cualesquier ministros o contadores míos, o a quien tocare tomar las cuentas de lo que en lo contenido de esta mi Real carta se gastare, ordeno y mando que reciba y pase en cuenta lo que para este efecto vos libráredes, o hiciéredes pagar de mi Real Hacienda con vuestras libranzas, o las cartas de pago y recaudos que en ellos acusáredes, sin pedir otro alguno, porque yo desde agora lo doy por bien gastado y pagado, y lo recibo y paso en cuenta. En Valladolid a treinta y uno de marzo de mil y seiscientos y tres.»

Copias de otras dos cédulas reales

«Don Luis de Velasco, o el conde de Monterey mi pariente, mi visorey y capitán general en mis reinos y provincias del Perú, o cualquier otra persona que en mi nombre gobernare los dichos reinos al tiempo de la presentación desta. Aunque en otra carta aparte he mandado escribiros muy particularmente, las causas que me han movido a resolverme en mandar que el capitán Pedro Fernández de Quirós, de nación portugués, que os dará ésta, vaya con dos navíos bien proveídos de gentes, vituallas, municiones y artillería a ha-

cer el descubrimiento de las islas y tierras Australes hasta la Nueva Guinea y Java Mayor; en ésta he querido tornar a ordenaros y mandaros, como lo hago muy expresamente, que sin reparar en dificultad o causas, que a vos se os presentasen por convenientes a mi servicio, despachéis con suma brevedad al dicho capitán Quirós con los dichos dos navíos; de manera que cumpla con gran presteza lo que le he mandado, como sé que él lo hará de su parte, y confío que lo haréis de la vuestra con darle los dichos dos navíos, como lo he ordenado. Pues demás de que conviene así a mi servicio, tengo particular inclinación y gusto al descubrimiento que ha de hacer, por el aumento que con él espero se ha de hacer de nuestra santa fe en aquellas remotas gentes, con gloria de Dios y beneficio público, que es el fin que pretendo; y así daréis aviso con el primer navío que despacháredes para acá, de lo que en ello hubiéredes hecho, pues le aguardaré con el deseo que podréis considerar. De Valladolid a treinta y uno de marzo de mil y seiscientos y tres años.»

«EL REY. Cualesquier mis visoreyes, gobernadores, lugartenientes, y capitanes generales, adelantados, y almirantes de mis Reinos y Estados y de mis ejércitos y armadas de tierra y mar, de las Indias orientales y occidentales, islas de Filipinas y otras, y de las costas de Africa, y todos mis ministros de justicia y guerra de cualquier nombre, calidad, nación y condición que sean, a quien esta mi Real Cédula se presentare. Por tanto yo he mandado al capitán Pedro Fernández de Quirós, de nación portugués, que pase a la ciudad de Lima en el Perú, y con dos navíos bien proveídos de gente, vituallas y municiones de vivir y guerra bien artillados vaya desde allí a descubrir la Nueva Guinea y Java mayor, y otras islas y tierras australes, y venga por ellas, dando vuelta por aquella parte al mundo, a estos mis Reinos de España a hacerme relación de lo que viere y descubriere, y de las observaciones que hiciere en mar y tierra durante su navegación, conforme a las órdenes que le he dado: os ordeno y mando, que en cualquier parte de los dichos mis Reinos y Estados que el dicho capitán o los oficiales y marineros que con él fueren, llegaren con los dichos dos navíos o parte de ellos, o con otro cualquier género de bajel, recibáis, defendáis y amparéis al dicho capitán, y a ellos en mis

puertos y tierras, y le proveáis de lo que hubiere menester para acabar la dicha su navegación con mucha presteza y le asistiréis en todo lo que para ello os pidiere como a criado y capitán mío que va expresamente a ejecutar lo que le he mandado, y no le pongáis en ello impedimento ni estorbo alguno; antes le daréis favor y ayuda, como se ha dicho, por cuanto habéis cara mi gracia; porque así procede de mi voluntad y conviene mucho a mi Real servicio. En Valladolid a treinta y uno de marzo de mil seiscientos y tres años.»

A estas cédulas acompañaron muchas cartas, que en la corte me dieron algunos grandes señores, para el virrey del Perú: y habiendo acudido al real consejo de Indias con los breves de Su Majestad para refrendarlos, quiso el conde de Lemos, que era presidente de aquel consejo, y los demás señores de él, enterarse de mi intento y promesa, y me mandaron que llevase un mapa, y les fuese a dar cuenta de todo a un jardín del conde, donde se juntaron para este efecto; y habiéndome oído, mostraron quedar satisfechos y aun envidiosos de que mi despacho se hubiese encaminado por el consejo de Estado. Pero yo todavía no me tuve por contento, por ver que en las cédulas que había negociado no se había puesto cláusula particular, de que por falta o muerte mía, se pudiese nombrar otra persona que siguiese y llevase adelante este descubrimiento; y ansí hice instancia para que se me despachase cédula para esto, como en resolución, después de algunos lances, la vine a conseguir, y es del tenor siguiente:

«EL REY. Don Luis de Velasco, o el conde de Monterey mi pariente, mi visorey y capitán general en mis Reinos y provincias del Perú, o cualquier otra persona que los gobernare en mi nombre al tiempo de la presentación de ésta. El capitán Pedro Fernández de Quirós, que por orden mía va a hacer el descubrimiento de la parte incógnita del Sur y otras (como más en particular se contiene en los despachos que para este efecto le he mandado dar), me ha suplicado que para asegurar el descubrimiento que ha ofrecido, y que si él faltase por muerte o enfermedad o accidente, no se pierda tan gran bien como se espera del dicho descubrimiento en servicio de Dios y de nuestra santa fe, sea servido mandaros que en el dicho caso nombréis vos persona tan hábil y suficiente cual convenga, para que con los dichos despachos y papeles y escritos que ha ofrecido dejar, de lo

que ha visto y lo que espera descubrir, pueda la tal persona ir a hacer el dicho descubrimiento. Y por ser lo que pide testimonio de su celo en el servicio de Dios y mío y de la cristiandad, os encargo y mando precisamente, que si Nuestro Señor fuere servido de que el dicho capitán Quirós faltase, o no pudiese ir a ejecutar el dicho viaje, con los papeles y memorial que él dejare, para luz e inteligencia de lo que se pretende, nombréis persona en su lugar lo más suficiente que se hallare para que ejecute tan gran empresa; y al que en el dicho caso fuere, le daréis el favor y ayuda que hubiere menester, en la forma que se contiene en las dichas cédulas, que así procede de mi voluntad y conviene a mi servicio. En Aranjuez a nueve de mayo de mil seiscientos y tres.»

Con esto me puse en camino para Sevilla, y hallé la flota de la Nueva España presta ya para partirse.

Procuré despacharme con toda brevedad por lo tocante a la casa de la contratación, en que hubo algunas dificultades, y la víspera de San Juan en la noche, en un bergantín me embarqué el río de Sevilla abajo; pero cuando llegué a la bahía de Cádiz, salía de ella la flota, que lo era de treinta velas, en que iba el marqués de Montes Claros proveído por virrey de la nueva España, y así como pude y la priesa dio lugar, me concerté y embarqué en una fragata de un capitán Diego Ramírez, que hacía su viaje a Tierra-firme en conserva (164) de aquella flota. Con buen viaje, el primer día de agosto vimos la isla Marigalante, y el día siguiente, que era de la Porciúncula, tomamos puerto en la de Guadalupe, donde el virrey y virreina se desembarcaron para oír misa, y por horas de comer los personajes de más cuenta se recogieron a las naos; quedando en tierra mucha gente a espaciarse y lavar la ropa y hacer agua, a los cuales cogieron descuidados los indios de aquella isla, que dando sobre ellos con grande alarido y rociada de flechas, se tiene por cierto que cautivaron, mataron e hirieron y fueron causa de que se ahogasen más de sesenta personas, y siete de ellos fueron frailes dominicos: lo cual causó grande pena y turbación en toda la flota y fue como pronóstico de lo que después había de suceder; porque aquella noche se turbó el cielo y se hizo Susudueste el viento, que era casi travesía, y como las naos estaban cerca de la costa y juntas unas con

(164) De vigilancia del convoy.

otras, corrieron todas grande peligro, especialmente la capitana, por haber arribado sobre ella otra nao llamada la *Pandorga*, con que entrambas se vinieron a perder, y fue forzoso que el virrey y virreina casi desnudos se pasasen a otras naos, dejando perdida mucha hacienda que en aquellas venía, las cuales se mandaron quemar porque no se aprovechasen de ellas los enemigos. Habiéndose las demás hecho a la mar lo mejor que pudieron, fueron prosiguiendo su viaje y nuestra fragata el suyo, en demanda de una isla que se dice *Curazoa* (165), la cual fue tan desgraciada, que la víspera de San Lorenzo se sentó e hizo pedazos en unos bajos que después entendimos ser lo que llaman isla de *Aves;* donde nos vimos en grande aprieto, aunque por la misericordia de Dios se salvó lo más de la gente, saliendo en la barca a ponerse sobre aquellas piedras. Con la misma barca se fue sacando lo que se pudo de la ropa y matalotage, con que nos entretuvimos, hasta que el diligente capitán mandó aserrar la barca por el medio y sobre ella armó un barco, que el postrero de agosto fue echado a la mar, y aprestado me dijo tenía determinado de enviarlo con todos los pasajeros, y a mí por cabo de él, para que fuésemos al puerto de Guaira de la ciudad de Caracas, y trujese bastimentos para los que quedaban, y algún barco o fragata en que pudiesen salir de aquel peligro y cárcel en que Dios los dejaba puestos; aunque no sé si era mayor el suyo que el que llevamos y padecimos los que ibamos en el barco. Pero con el favor de Dios, habiendo pasado grandes trabajos, llegué a Caracas, y dando cuenta del suceso al gobernador, me previne de lo necesario y volví con el refresco a mis tristes conpañeros, que con penitencia y oraciones rogaban a Dios por mi vuelta, y comían a sólo dos onzas de pan, y a esta tasa sólo les quedaba para diez días. Habiéndoles entregado el socorro, dije al capitán que pues tenía bastimentos y casi hecha otra fragata, era justo siguiese yo mi derrota; y así me despedí y embarqué con ciertas personas, volviendo a Caracas, donde estuve ocho meses esperando pasaje, y noté, y escribí muy particularmente las cosas de aquella isla. Por gan ventura hallé en ella tres hijos de un hermano mío, de quien yo no había sabido en muchos años, y parece que se había casado allí y muerto, dejando viuda a su mujer con los

(165) Curaçao.

hijos que he dicho. Y pareciéndome justo sacarlos de tan mala tierra y llevarlos en mi compañía, se los pedí a su abuela, porque también la mujer era muerta, y me envió los dos varones; quedándose con una niña.

Llegó, en fin, el tiempo de mi deseada partida, y embarquéme para Cartagena en una fragata, y en Cartagena presenté al gobernador la cédula en que Su Majestad mandaba a todos sus ministros ayudasen mi viaje, aunque él hizo poco caso de ella y de mi socorro; pero como pude me volví a embarcar para Puerto-belo y llegué a Panamá tan pobre, que había más de ocho días que no tenía un real. Entré debiendo el alquiler o flete de las mulas y otras muchas cosas, por lo cual determiné de pedir a la Audiencia de aquella ciudad se me prestasen de la caja ducientos reales de a ocho, o se me buscasen a daño por vía de mercaderes, que yo los pagaría en Lima. Pero los oidores hicieron tan poco caso de mí, como de las cédulas de Su Majestad que les presenté; diciendo que mostrase algunas que hablasen con aquella caja, y que en lo demás no había lugar; y ansí me hube de retirar a mi pobre albergue, donde fui ejecutado por al arriero y otros acreedores.

En medio de estos trabajos, un lunes treinta de agosto salió el Santísimo Sacramento de su casa al hospital, que es fabricado de madera vieja; y subiendo a lo alto, como fue mucho el peso de la gente se hundió una gran parte del sobrado (166), de alto de más de cinco estados, y caímos sesenta personas, y camas y enfermos, en que hubo diversos sucesos, y murieron allí luego un clérigo y un seglar, y otros salieron rotos brazos y piernas, y yo saqué de mi parte lo que me dieron, que fue un mal golpe en el costado izquierdo, una herida en el cornejal (167) derecho, y una mano atravesada de un clavo, cuya cura me costó cuatro sangrías y dos meses y medio de cama, sin tener para todo esto un solo maravedí, y en un lugar tan costoso, donde por milagro hallé quien me acudiese ni se doliese de mí en tanta necesidad.

Mal convalecido me hube de embarcar, como pude, en una nave que partía para el Perú sin un pan, ni un jarro de agua, y Dios la dio tan buen viaje que en veinte días surgimos

(166) Desván.
(167) Extremo.

en Paita, y con el chasque (168) escribí luego al conde de Monterey, que había venido por virrey de aquel reino desde la Nueva España, y volviéndome a embarcar fue Dios servido que en diez y ocho días llegué al puerto del Callao, donde desembarqué a seis de marzo de mil seiscientos y cinco con deudas del pasaje y comida, y sin dinero. Para alquilar los caballos fióme un conocido de atrás, y entré en Lima de noche; corrí los mesones sin hallar ninguna posada, hasta que Dios me deparo un ollero (169), que con buena voluntad aquella y otras tres noches me hospedó entre sus oilas; por lo cual puedo decir con razón que llegué a Lima, a pesar de tantos trabajos viejos, a dar principio a los nuevos, en la manera que se verá en lo siguiente.

CAPITULO XLII

De lo demás que sucedió en la ciudad de los Reyes, y en el puerto del Callao de ella al capitán Pedro Fernández de Quirós, hasta que tuvo efecto su despacho y embarcación para el nuevo descubrimiento

Después de haber llegado a la ciudad de los Reyes, como se ha referido, se pasaron tres días sin que pudiese tener puerta ni audiencia del virrey, para darle noticia de mi pretensión y la cédula de Su Majestad. Habléle la primera vez en viernes once de marzo, y habiendo visto la cédula, me señaló audiendia para veinticinco del mismo mes, la cual se me dio; habiendo mandado juntar para ella dos oidores, dos religiosos de la compañía de Jesús, el general del Callao, D. Lope de Ulloa, el capitán de la guarda y un secretario.

Mandóme el virrey que leyese ciertos papeles del caso, y que les enterase de todo; y tendióse una carta general de navegar sobre un bufete, con que satisfice a lo que me quisieron preguntar. Aunque en el discurso vino a decir el virrey, que le parecía más a propósito hacer aquel viaje desde Manila, donde se podría armar toda la jornada con menos

(168) Chasqui, correo de a pie o posta, que conduce correspondencia (Nota, edic. J. Zaragoza).

(169) Cocinero.

costa de la que se había de hacer en la compra de los dos navíos en Lima, yo dije ser contra la orden real, que mandaba expresamente saliese de Lima y no de las Filipinas, y contra toda buena navegación por los vientos opuestos; y añadí la falta de la gente de mar y guerra en Manila. Hubo en la junta a quien pareció bien este dicho. D. Juan de Villela, que era uno de los oidores, se mostró muy en favor de la empresa, y también el padre Francisco Coello, que había sido aldalde de la misma audiencia y asesor del virrey pasado, D. Luis de Velasco, y el uno y el otro se hallaron presentes cuando la primera vez le di cuenta de mi navegación y pensamientos; y así les dije ser testigos que dios había traído aquel tiempo, para prueba de las verdades que trataba. Mostró el virrey quedar satisfecho de ellas, y de la importancia y grandeza de este descubrimiento; pero por las dificultades que siempre se suelen ofrecer en materias semejantes, y que han de pasar tantas manos, no se pudo disponer su despacho, que era menester y yo deseaba; porque si pasaba del día de San Francisco, se perdía la mejor sazón de dar velas y seguir la derrota al Sudueste. Así que fue forzoso continuar los memoriales al virrey y pedirle se sirviese de abreviar, y proponer en ellos todas las cosas que yo juzgaba ser necesarias para armar, bastecer y pertrechar los navíos, así de gente como de municiones, bastimentos y aparejos necesarios para tan larga jornada; la cual, en todas partes, halló siempre más contrarios que valedores, y D. Fernando de Castro, marido de mi antigua gobernadora, doña Isabel Barreto, que había con ella y toda su casa venido a vivir al Perú, me dijo había de contradecir mi viaje por tocarle la población de las islas de Salomón, como a sucesor del adelantado Alvaro de Mendaña, descubridor de ellas. Pero dejóse el buen caballero convencer de mis razones piadosas, y dijo, que a su entender condenaría su alma quien pretendiese estorbarme.

El doctor Arias Ugarte, oidor de aquella real audiencia, sabiendo cuán pobre y desacomodado estaba, me dijo que acetase su casa y mesa y lo que valía su persona, como ofrenda hecha de un hermano, o de un amigo a otro. Viendo diferente mi voluntad de la suya, quiso casi por fuerza recibiese una gran fuente llena de reales de a ocho. Rendíle las gracias, y dije que no parecía honesto, sirviendo en cosas grandes a Su Majestad de balde, sustentarme de limosnas.

En efecto, después de muchos memoriales y mayor porfía, acabé con el virrey nombrase comisarios a quien se cometiesen y repartiesen las cosas menesterosas de mi despacho; y lo más de él, en lo tocante al mar, vino a pender del almirante Juan Colmenero de Andrada, que no se mostró bien afecto a mi pretensión. Así tuve necesidad de volver con algunas quejas e importunaciones al virrey, el cual en todo me honraba y favorecía, y un día me dijo que, en virtud de la cédula real que le mostré, quería nombrar persona que fuese en mi compañía, para que, en muriendo yo, quedase en mi lugar y oficio. A que respondí que no me convenía llevar conmigo quien supiese que había de suceder y heredar, por ser cosa ésta que tiene muy conocido peligro; que en la cédula confesaba Su Majestad que yo mismo la pedí, a fin de que, si muriese antes de llegar a Lima o salir de su puerto, quedase el negocio vivo, y que al presente yo estaba tan sano y bueno, y presta la voluntad; y así le suplicaba suspendiese este negocio hasta ver lo que ordenaba Dios, o lo dejase a mi cargo para que cuando me viese necesitado pudiese echar mano de persona tal, que el mismo hubiese mostrado que merecía la administración de un negocio tan grave.

En este estado se quedó, y mi despacho se iba prosiguiendo, aunque a paso lento; y acercándose el tiempo de la partida, se trató de hacer la paga ya servida y adelantada, y las personas a quien tocaba el hacerla, pretendieron que había de ser dentro de los navíos, o con abonadas fianzas; y yo les procuré satisfacer, quedando por todos, y diciendo que pues Su Majestad fiaba de mí y de ellos un negocio tan importante, no era justo se procediese en todo con tanta limitación.

Hecho esto, traté de que la gente ganase el jubileo, que se me había condecido para ellas por su santidad, y se hiciese una particular fiesta para ella en el convento del Señor San Francisco del Puerto del Callao, de donde eran los seis religiosos que habían de ir en nuestras naves, y que se bendijese el estandarte y banderas y saliésemos de allí con toda la gente en orden, con los vestidos que para este fin casi todos habíamos hecho de sayal o a lo galano; pero la envidia, que es tan poderosa, desbarató lo más de este intento tan loable, y no faltó quien contradijo la bendición y leva del estandarte, como si aquella armada y empresa no fuera

de Su Majestad. Por lo cual la gente toda se confesó, y comulgó donde pudo, y se embarcó el estandarte y banderas arrolladas en sus astas, y yo con otras personas de la armada fui a buscar a los seis religiosos que, acompañados de otros muchos de su orden y del guardián y del comisario, salieron de su convento, siendo mirados y abrazados amorosamente de muchos; que siempre en semejantes despedimentos suele haber tiernas lágrimas. Con esto nos embarcamos todos juntos con el almirante general y oficiales reales; y hecha la visita, no faltó un solo hombre de los que recibieron paga, y sin ella fueron otros veinte y dos. Un día antes había yo ido a Lima a despedirme del virrey, llevando conmigo los dos capitanes de los otros dos navíos: le dije que perdonase la priesa pasada, pues había sido necesaria para dar fin a mi despacho. El virrey respondió a esto, que antes estaba muy grato, y me abrazó; y lo mismo hizo a los otros dos capitanes, diciendo que por sus graves indisposiciones no podía ir al puerto a vernos salir, como deseaba; pero que escribiría una carta a toda la gente de la jornada, la cual se les leyese en público al tiempo que se quisieren hacer a la vela, como se hizo, y su tenor era el siguiente:

Carta del virrey conde de Monterrey

«La indisposición presente no me da lugar para honrar y favorecer con mi presencia vuestra salida del puerto, y el principio de vuestra navegación. Ya que de palabra no pueco cómodamente deciros lo que conviene, me ha parecido hacerlo por carta».

«Estoy bien cierto de que generalmente habréis entendido los altos fines del servicio de dios Nuestro Señor, a que la Majestad Real se ha movido a emprender este descubrimiento, con gran costa de su hacienda, y cuán grande interés puede resultar de esto a la Iglesia de Dios con la salvación de muchas almas, y a la corona de Castilla en el aumento de Estado; y así fío que llevaréis lo uno y lo otro muy presente para proceder como se debe, habiendo sido lo principal que también os movió a determinaros.

«Lo que tengo que encargaros es la paz y obediencia de los súbditos a sus oficiales, y de todos al capitán Pedro Fernández de Quirós, a quien Su Majestad manda hacer esta

jornada; y yo la encargo, con viva memoria de que se os debe representar en su persona que yo mismo voy embarcado, y os doy las órdenes que él diere; certificando que en la sujeción y obediencia que le prestáredes en todo acontecimiento, se ha de echar de ver señaladamente la lealtad y afición de buenos vasallos de Su Majestad, y que quien desdijere de ello, será mirado y juzgado severa y rigurosamente por los consejos de Su Majestad o ministros del reino a donde aportáredes, y señaladamente por mí en lo que me pudiera tocar. Dios os guíe, y vaya en vuestra guarda. Veinte de diciembre de mil y seiscientos y cinco años.»

Leída esta carta, y estando los navíos prestos, hice luego descoger banderas de topes y cuadras y enarbolar el estandarle real, y a todo reclamar izar las vergas, zarpar áncoras, y en el nombre de la Santísima Trinidad largar trinquetes, cebaderas y velanchos, diciendo la gente de rodillas: —«Buen viaje, Señora nuestra de Loreto, que esta armada se dedica a vuestro nombre y va fiada en vuestro favor y amparo.» Disparóse la artillería toda, los mosquetes y arcabuces. Pasóse por junto a las otras naos del Rey que estaban tirando sus piezas, y mucha gente asomada por sus bordos y corredores, y mucha más en el pueblo, en balcones, terrados y playas, mirando con atención cómo salíamos de aquel puerto: que fue día de San Tomé apóstol, miércoles, a las tres de la tarde, en veinte y uno de diciembre de mil y seiscientos y cinco años; estando el sol en el grado postrero de Sagitario. Y desta manera salieron y partieron las dichas tres naves, que la capitana ses llamaba San Pedro, la cual se compró de Sebastián de Goite y Figueroa, y era muy acomodada para semejante descubrimiento. La otra iba por almiranta, que era algo menor, y también se compró por cuenta de Su Majestad en el Puerto del Callao (170). La tercera era una lancha o zabra, de menor porte, que había venido poco antes de la isla de los Galápagos, de recoger la gente que allí se había perdido, y era muy fuerte y buena velera: y en todas se embarcaron cerca de trescientas personas de gente de mar y guerra, con algunos versos y piezas pequeñas de artillería, arcabuces y mosquetes, y bastimentos de todos géneros para un año, y cosas de hierro y frutos y animales de los del Perú para lo que se hubiese de poblar, y los dichos seis

(170) Iba mandada por Váez de Torres, portugués.

frailes religiosos de San Francisco, y cuatro hermanos de Juan de Dios para curar los enfermos. Por piloto mayor iba uno contra mi voluntad me hicieron recibir, que había traído de la Nueva España al conde Monterey, que me fue de harto daño, y por segundo piloto iba el capitán Pedro Bernal Cermeño, al cual entregué el cargo y gobierno de la dicha zabra.

CAPITULO XLIII

De cómo habiendo el capitán Pedro Fernández de Quirós salido del puerto del Callao con su armada, fue navegando por la costa del Perú, y la instrucción que dio a los demás pilotos y gente de mar y guerra para que supiesen cómo se habían de gobernar

Comenzando a salir del puerto del Callao, fueron puestas las proas de las tres naves a donde estaba puesto el tema. Ibase poniendo el sol. La almiranta pidió el nombre. Fuele dado el nombre de San Pedro, patrón de la misma nave y causa. Navegóse con el viento Susueste, tan continuo en aquella costa, a la vuelta del Oes-sudueste, y así como nos íbamos apartando se iba el viento pasando de cuarta en cuarta hasta que hizo Leste franco, a donde por muchos días afijó y sopló suavemente. Parece que aquella alta cordillera del Perú de Norte-Sur impide que no cale el viento Leste, hasta que ya engolfados, se abate el horizonte y se goza de él, que es la brisa ordinaria.

El capitán, aquellos tres primeros días, señaló en su carta puntos, y luego le faltó la salud; porque de Lima sacó el cerebro tal, que ni le sufría sol ni sombra tenerle desnudo o cubierto. Sobre este mal le dio un pasmo que le puso en grande aprieto, y según después se entendió, fue curado al revés, y nada de esto bastó para acabarle, pues quien Dios quiere vivirá. Las tres vísperas y días de Navidad, Circuncisión y de los Reyes, fueron celebradas con grande fiesta, y el de la Conversión de San Pablo, el capitán, por no haber podido antes, dio la instrucción siguiente a la gente de su nave y de las otras dos de su armada, por juzgarla muy necesaria.

»Pedro Fernández de Quirós, capitán y cabo de los tres navíos de armada que llevo a cargo para descubrir la parte meridional incógnita por Su Majestad, etc.

»Por cuanto conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y al del Rey de España don Felipe, tercero deste nombre, cuya es la dicha armada, y cuyo vasallo soy, y en cuyo nombre voy al dicho efecto; y conviene al buen gobierno que los capitanes han de tener, reglas que han de guardar, el viaje que han de seguir, y lo demás que han de hacer, si acaso por algún temporal forzoso y otra legítima causa perdieren mi compañía, lleven instrucción y avisos para con ellos procurar todo buen aumento en lo que va a su cargo, se le da a Luis Vaez de Torres, almirante del navío llamado San Pedro, la orden como se sigue:

»Encargo mucho al dicho almirante, que procure introducir toda buena disciplina cristiana, política y militar en la gente de su nao.

»Y más le encargo, que vele mucho que no se pesie ni reniegue, ni digan ni hagan otras cosas de mal sentir o sonido contra Dios Nuestro Señor, ni contra su Madre Santísima, ni contra los ángeles y santos y cosas divinas o sagradas; y si acaso (lo que Dios no permita) hubiere algunos tan desalmados que se atrevan a semejantes blasfemias, sin disimular los castigará luego severa y rigurosamenrte como merecieren sus delitos.

»Otrosí: Le encargo mucho que no consienta que se juegue a dados, ni naipes en poca ni en mucha cantidad; y si acaso en su navío fueren algunos naipes, o dados (excepto para jugar las tablas), los eche luego a la mar, como cosa tan perjudicial al intento que se lleva; y si el juego de las tablas, damas o perinola causaren porfías, inquietud y revueltas, los echará todos a la mar, para con esto del todo evitar ocasiones tan dañosas.

»Tendrá mucho cuidado que todos los días a las tardes, la gente toda de rodillas delante de una altar a donde estará una imagen de Cristo o de la Virgen María, se rece la salve y las letanías de Nuestra Señora de Loreto; pidiéndole su favor y suplicándole su intercesión para que Dios Nuestro Señor nos guíe y muestre las tierras y gentes que buscamos y nos ayude en todo aquello que con justicia pretendemos,

y nos dé tal suceso cual conviene a este negocio, que tan enderezado es a su mayor honra y gloria, y al bien de tantas sus criaturas.

»Más le encargo, que vele y del todo evite que no se jure el nombre de Dios en vano, con pena que la persona que incurriere le será quitada la ración de aquel día, y si la hubiere cobrado, será la del día siguiente; y pasarán por la misma pena aquellas personas que le dieren de comer aunque sean sus camaradas: y si el jurador se arrepiente de su culpa, le será perdonado por aquella vez, y por la segunda, tercera o más veces será la pena arbitraria de cepo, o grillos, o dinero para las almas del purgatorio, y esto irremisible. Y porque venga a noticia de todos, se pegará la copia de este capítulo al árbol mayor de la nao.

»Otrosí: Será muy vigilante en que no se digan palabras libres, o desacato contra la persona Real ni se hagan contra su servicio: ya los que las dijeren o hicieren, los castigará con rigor brevísimamente; justificando siempre bien la causa desta y de todas especies.

»Ansí mismo tendrá cuidado y mucha cuenta, de tratar suave y amorosamente toda la gente de su cargo, y honrar y mantener a cada uno de sus oficiales en el puesto que les tocare, y de hacerles respetar a todos y a cada uno de por sí. En suma, se desvelará en adquirir aquellos modos y medios que han de ser parte para que su gente concorde y guarde en su trato amor, verdad, fidelidad y lealtad; recordando cuán digno es de estimación el capitán que, sin cuchillo ni otro rigor alguno, gobierna en paz su gente y la conserva.

»Encomendará mucho al maestre de su nao, que sea muy vigilante en mirar que los bastimentos no se pudran ni malgasten; y que aquellos de que se tuviere sospecha que se han de corromper los haga gastar primero.

»La ración que ha de mandar se dé cada un día, a cada una persona de cuantas fueren en la nao con sueldo o sin sueldo, ha de ser libre y media de bizcocho, una libra de carne, dos onzas de tocino, una de garbanzos, media azumbre de agua para beber y la que bastare para guisar las ollas. Los días de pescado se les dará un tollo (171), y si fuere

(171) Nombre que se da en el Cantábrico a los tiburones, marrajos; tintoreras.

grande, la parte, seis onzas de garbanzos, una medida de aceite, otra de vinagre y su pan y agua como en día de carne, y cuando no hubiere tollo, se darán cuatro onzas de queso; y en lo tocante a ventajas, hará lo que le pareciere convenir, mirando siempre mucho tiempo a que mirar y camino que andar.

»Será vigilantísimo, así de día como de noche, en ir siguiendo la nao capitana, que va navegando la vía del Oessudueste, hasta subir altura de treinta grados; y si puesta en ellos no hallare tierra, hará su derrota al Noroeste franco hasta bajar a altura de diez grados: y si hasta ponerse en ellos no hallare tierra, navegará al Sudueste hasta subir a veinte grados; y si hasta este punto no hallare tierra, navegará al Noroeste hasta bajar a diez grados y un cuarto; y puesto en ellos navegará al Oeste en demanda de la isla de Santa Cruz, y en ella tomará puerto en la bahía Graciosa, que está a la parte del Norte en altura de diez grados y un tercio, y mil ochocientas y cincuenta leguas de la ciudad de los Reyes, al Sur de un grande y alto volcán que está solo en la mar ocho leguas más o menos de la dicha bahía. El capitán que primero llegare a este puerto, que está en el remate de la bahía entre un grande manantial de agua y un mediano río bien junto a tierra, su fondo de cuarenta a treinta y cinco brazas, surgirá allí, y esperará allí tres meses a los otros dos navíos, para que estando juntos se tome resolución de lo que se ha de hacer en cumplimiento de lo que Su Majestad manda; y si acaso no se juntaren, el capitán que quisiere salir del puerto levantará una cruz, y al pie de ella o del más cercano árbol, haciendo señal en el tronco para que sea entendido del que llegare después, enterrará una botija tapada la boca con brea y dentro en ella la relación de todo cuanto le hubiere sucedido, y el intento que lleva, y luego irá navegando a la vuelta del Sudueste hasta subir a veinte grados, y de ellos al Noroeste bajará a cuatro, y puesto en ellos irá al Oeste a demandar la Nueva Guinea. Y costeada toda ella, y tomada la razón cuanto más fuere posible, arribará a la ciudad de Manila en la isla de Luzón y Filipinas, altura de catorce grados; y dellas, por la India Oriental, irá a España a dar a Su Majestad la cuenta que espera de todo lo descubierto, en la forma que sigue.

»Tendrá cuidado todos los días de pesar el sol y de noche el crucero, o al menos las veces que diere lugar el tiem-

po, para saber su altura y para señalar punto en la carta, dando los resguardos del abatimiento de la nao por viento, o por corrientes, y por la aguja dará el resguardo de cuarto, o grado que tuviese de variación al Nordeste; y para mejor saberlo cuidará de mascarla por el sol y por las estrellas conocidas, cuando estuvieren en el meridiano. Y asimismo irá haciendo derrotero de las leguas que cada día anduviere su navío, de los vientos y mudanzas dellos, de los aguaceros, corrientes, pájaros, cardumes de peces, y otras señales que son de tierra, y el paraje donde topare con ellas: asimismo de las islas pobladas y despobladas, que se ha de describir en la carga según longitud, latitud y forma; y si fuere tierra firme será guardada la misma orden en los puertos, puntas, cabos, senos y ensenadas, y de todo lo demás que contiene; escribiendo las señas, y para qué parte está cada cosa, y juntamente los ríos, u otra cualquier parte a donde poderse hacer aguada y leña, y también más los bajos placeres y arrecifes que encontrare: siendo de arena, señalarse han con puntillos de tinta; si fueren de tierra con crucetas. Demás desto el color, talle, faciones y trajes de las gentes que las habitan, de sus comidas, armas, embarcaciones, tratos, señorío, gobierno y culto; y de todo esto y de lo demás que viere hará tal relación, que por si solo la pueda dar copiosa y verdadera al Rey Nuestro Señor en el su Consejo de Estado donde esta causa mandó.

»Todos los días llegará a esta capitana a dar, como es costumbre, el buen viaje, y a pedir el nombre; y se le dará, y responderá en la forma que se usa.

»Tendrá cuidado al salir y poner el sol, y más veces si le pareciere convenir, hacer subir a los topes a dos hombres para explorar la mar a todas partes del horizonte; y de noche hará que la nao se vele con dobladas centinelas, habiendo una en el bauprés: y la ronda y sobrerronda la hará por su persona, y no pudiendo, la encomendará a otras de quien tenga muy grande satisfacción; y en esto será puntual, y riguroso en castigar a los que estando de guardia se descuidaren, o durmiesen. Y en lo que es tomar las velas, no haya en esto pereza cuando el tiempo amenaza.

»Cuando en la capitana se pusiere una bandera en la gavia mayor, es señal para pedir el punto a los pilotos, hacer junta y acordar lo que convenga. Luego los navíos llegarán a su capitana, para hacer lo que de ella se ordenare.

»Si la capitana virase de noche de otra vuelta, tirará una pieza; y si avisare de vista de tierra y de bajíos, tirará dos piezas. Lo mismo harán los otros dos navíos; y todos tres se responderán para entenderse.

»Si de día le sucediere alguna cosa que necesite, avise de ello poniendo una bandera en el medio de la jarcia, de modo que pueda ser vista por los otros dos navíos, que luego se llegarán a saber la necesidad que tiene y a remediarla; y si este caso fuere de noche, hará dos lumbres, sin la del farol, para aviso que pide el socorro, que luego se le dará.

»Tendrá mucha cuenta con el fogón, y con que no vaya vela encendida, ni otro fuego abajo de cubiertas, si no fuere dentro de una linterna y con un hombre que la lleve y otro de guarda que la vele. Y le encargo que no reserve de esta deuda y de todas a ninguna persona de cuantas fueren en la nao como sean capaces.

»Tendrá mucho cuidado de que no se malgastase la cuerda, pólvora y balas, y mucha cuenta con los gastos y consumos de toda Hacienda Real, para que en esto no haya fraude alguno.

»Si navegare con mar y viento y se hallare de golpe sin los dos, si fuere de noche, reparo y sonda y buena guardia, porque suele ser por interposición de cercana tierra.

»Si hallare embates o bahajes de viento fuera del que va en las velas, o el navío alzare la popa y proa como que le dan de rempujones, si fuere de noche, breve la sonda, porque suele ser muy cerca de tierra o de bajíos, a donde quiebra la mar y vuelve la resaca atrás.

»Si estando el cielo claro, el sol, luna y estrellas saliere, o se pusiesen más altas que el horizonte, por ser señal cierta de tierra, si fuese de noche reparo y sonda, y de día demandarla.

»Si a su camino tuviere nublados espesos que no corran ni se deshagan, o una ceja fija, o cerrazón ahumada, si fuere de noche, reparo, sonda y buena guarda, que suele ser sobre tierra.

»Si hacia donde navega viere unos *fuciles* muertos y de poca lumbre, u oyere algunos truenos roncos o viere unos pequeños y a menudo chubazos, si fuere de noche, reparo y sonda, porque suele ser señal de cayos, o de islas pequeñas o de bajos coronados; y si los relámpagos fueren encen-

didos y apresurados con recios truenos, si fuere de noche, lo mismo de reparo y sonda y buena guarda, y de día procurarla.

»Si a pesar del viento que llevare vinieren de alguna otra parte unos refregones secos, o con agua o con granizo, señal de tierra cerca, y si menudearen, señal de más cerca; siendo de noche, reparo, para de día buscarla.

»Si hallare la mar engrasada, o en ella hojas de árboles, pajas, yerbas, maderos, ramas, cocos, palmas, y las otras cosas que el agua saca de playas, y los ríos le traen con avenidas, es señal de tierra cerca hacia la parte a donde el presente cursa el viento, o ha cursado, o las corrientes las trajeron, o las traen; y en caso tal, el paraje puede mejor avisar de lo que tiene de hacer, sino deja tierra atrás de hacia el viento que lleva.

»Si hallare corrientes, es mejor cuanto mayores, con cardumes de peces menudos que suelen hervir sobre el agua o manchas de camarones, culebras, lobos marinos, tortugas, muchas aguas malas, *alfurrezas* y carabelas juntas, o el agua sin su pureza revuelta como *compulo,* o algunos pájaros de tierra que suelen della desgarrar, cuidado como en lo demás, por ser muy cerca de tierra.

»Si topare bandadas de muchos pájaros marinos, como lo son garajaos blancos o negros, rabiahorcados, ha de mirar a la tarde para qué parte van volando, y de dónde vienen de mañana; advirtiendo que si se recogen temprano y vuelven tarde, que tienen lejos la tierra, y si se recogen tarde y vuelven temprano, que la tierra está más cerca, y que si no los viese recoger y de noche los viese graznar, y al amanecer están a vista que en caso tal, o la tierra está muy cerca o que duermen en la mar; con advertencia que casi siempre habitan pájaros en islas o placeladas, por ser allí muy cerca su pesquería, a cuya causa es mas debida su vigilancia por no dar en sus bajíos, o en ellas.

»Si los pájaros que encontrare fuesen piqueros, patos, gaviotas, gallaretes, estopegados, tiñosas, gavilanes, alcatraces, flamencos, siloricos, señal de tierra más cerca; y si sólo fueren pardelas, no dará tanto cuidado por hallarse estos pájaros en los mayores de los golfos, y lo mismo rabos-de-junco, que suelen volar cuanto quieren. Mas si todas las castas de pájaros o parte de ellas andasen juntos, es señal más cerca de tierra; advirtiendo que unos de esos pájaros

suelen andar desgarrados y buscando tierra de una y de otra vuelta.

»Si hallaren en la mar manchas de agua parda, señal de peñascos entre aguados; si fuere blanca, señal de poco fondo de arenas; si fuere negra, señal de lama (172); si colorada, señal de barro; si verde, señal que el fondo es de yerbas. En suma, si el agua fuere de otra color, fuera del ordinario que tiene el mar de mucho fondo, que es azul obscuro, le dará el verlo así el debido cuidado, y mucho más cuando de noche se oyere roncar, sonar y hervir la mar un poco o mucho más que el ordinario; por ser todas las dichas señales que obligan a grandes vigilias y sonda, que son dos cosas de que más se ha de cuidar y se ha de usar, y las que más han de importar a la seguridad del viaje. Siendo principal aviso que aunque todas las dihas señales suelen ser de tierra y de bajíos, que también los pájaros tienen alas, y que duermen cuando quieren en la mar, y que los peces están en su elemento, y los vientos, truenos y relámpagos y nublados vuelan todos por el aire, y que sólo en Dios se ha de poner la confianza, pues sólo Dios es el que sabe y el que puede guiarle y salvarle su persona, gente y nave.

»Después de surtos en algún puerto, sea aviso que se mire recatadamente, así de día como de noche, que los indios son muy grandes nadadores y buzos, y pueden acuñar los timones (173), cortar las amarras, y se debe temer pegarán fuego a las naos; a cuya causa será bueno que en las partes sospechosas se haga guarda de noche a las boyas en la barca, o a lo menos que las visiten muchas veces.

»Aviso que no deje entrar en su navío a tantos indios que se puedan alzar con él, o, cuando poco, suceda de esto un grande daño así a nosotros como a ellos, que no conocen nuestras armas, con que se dará principio a guerra y nunca se haga paz fiel.

»Aviso que siendo fuerza salir a tierra, sea de día, y jamás de noche; y que la parte sea rasa y sin monte, o a lo menos el mejor puesto que se pueda hallar; llevando perros delante para descubrir emboscadas, las armas prestas, marchando juntos y en orden, y en los pasos ocasionados, antes de entrar en ellos se haga alto y se acuerde lo que pareciere con

(172) Cieno.
(173) Meter cuñas.

venir: advirtiendo bien que los indios suelen estar detrás de troncos o peñascos, o en el suelo tendidos, aunque sea en campo raso, cubiertos con sólo yerbas.

»Aviso que si posible fuere, antes de nuestra gente salir a tierra, se queden en el navío caciques u otros indios que parecieren de más cuenta como por prendas; y que a éstos se les haga buen tratamiento y se les den cosas de las nuestras a que más se inclinaren: y esto mismo se haga en tierra cuando ellos buscan trato y nuestra conversación y el rescate lo haga un nuestro, dándoles siempre a entender que las cosas que les dan son todas de mucha estima, como realmente lo son para ellos, y esto porque no estimen las suyas en mucho y en poco las nuestras.

»Informarse ha de los indios si tienen cerca otras islas o grandes tierras, o si es firme la en que están, si tienen gente, y de qué colores, si comen carne humana, si son amigos, o tienen guerra. Mostrarles ha oro en polvo o en pepitas, o en joyas, plata labrada, por labrar, y en metales, toda suerte de perlas, de especerías y sal, para saber si comen estos géneros; y si les dieren nombre escribirlos, y preguntarles en qué parte se hallan las dichas cosas, y cómo se llaman aquellas tierras. Lo que dieren, mostrarse agradecidos a ello; y a lo que preguntaren por señas, procurar dárselo a entender.

»Aviso que no se haga poca cuenta de los indios, porque son maniprestos y corredores, y cuando a su parecer ven la suya, conócenla bien y ejecútanla mejor; a lo menos la intentan, de que se siguen daños de parte a parte, que es lo que se debe excusar.

»Aviso que no se dejen guiar de los indios sin ir con grande recato; que jamás se fíen ni crean de ellos en ninguna ocasión de muchas ni pocas muestras de amistad, porque suelen empuyar los caminos, hacer cuevas cubiertas con yerbas y tierra. Pueden llevarlos derechos a donde estén sus trampas armadas, o emboscadas hechas, o con otro mal intento apartarlos de las barcas, o playas, o campos, y entrarlos la tierra adentro, o en los montes, y hacer el mal que pudieren. Lleven siempre sus cañutos abiertos por ambos cabos a donde vaya la cuerda encendida, porque no se apague cuando llueva.

»Aviso que jamás se mezclen con los indios, ni los dejen juntar consigo, por el peligro a que se ponen de que tres o cuatro de ellos a señal dada arremetan y se aferren con uno

y con todos los nuestros, y hacer a salvo la suerte que ellos quisieren.

·Aviso que las veces que se vieren con los indios, si pudiera ser, sea siempre en parte clara, apartados buen espacio de ellos, y que el caudillo, u otro por su mandado, estando en medio de unos y otros, concierte con ellos lo que quisieren, o de lo que pidieren; y siempre con cuidado se procure el seguro de las espaldas, sin dejarse cercar de ellos ni jamás volver el rostro, sino todos en un cuerpo: y cuando obligados, en cerco espaldas con espaldas y rodeleros delante, para estar todos más fuertes y seguros.

·Aviso que si se hubieren de embarcar de retirada por ser así necesario, o en presencia y aun en ausencia, la mitad de los arcabuceros y rodeleros hagan rostro a los indios, y guarda a la otra mitad de los nuestros para embarcarse a salvo: y con presteza los embarcados, cuerdas caladas, harán desde la barca la misma guarda a los quedados en tierra hasta que todos se embarquen; porque si van de tropel, corren peligro de flechas, pedradas, dardos y lanzas, que son las armas de los indios.

·Aviso que jamás quiten a los indios cosa que traigan consigo o las que tienen en sus casas, aunque sea oro, plata, perlas y otra cualquier cosa de estima, ni entiendan nuestra cudicia; mas antes les den de las nuestras, mostrándose muy liberales, y juntamente les siembren y enseñen a sembrar maíz, frisoles, sapallos, algodón, y todas las otras semillas y legumbres más provechosas; y todas las veces que hubiere· ocasión las haga sembrar a su gente aunque sea en islas disiertas: y si en ellas hubiere disposición, haga echar conejos, cabras y puercos, pues será ganando tiempo enriquecer aquellas tierras perdidas, por lo que puede suceder navegando después por ellas y para provisión de las pobladas.

·Aviso que no se ceben en las cosas que los indios presentan de comida o lo que fuere, porque de intento saben hacer mucho desto; a cuya causa no embaracen las manos ni dellas quiten las armas, ni de los indios los ojos: en cualquier caso que sea, será este punto y el no se dividir, muy bien guardados; y el uno o dos nuestros hagan siempre guarda a todo velando la parte que más sospecha tenga.

·Aviso que se guarden de veneno echado en agua, o dado en comida, y que las yerbas y frutas no las coman sin

las conocer primero o verlas comidas de pájaros o de monos.

»Aviso que en los puertos donde hubieren de asistir jamás maltraten indio alguno, ni lo prendan, si no fuere para volverlo a soltar vestido y acariciado; ni menos quiebren paz ni palabra que les hayan dado, ni les corten árbol frutal, ni talen sus sementeras, ni les quemen sus casas, piraguas, canoas u otras embarcaciones, por ser todas estas cosas de gran dolor para ellos por lo caro que les cuestan de obrar por falta de herramientas; a cuya causa procuran luego la venganza, retiran luego las comidas: en suma, se pierde todo lo que dellos se pretende. Si fuere necesario, les dará a entender el mal que con arcabuces, espadas y otras de nuestras armas les pueden hacer, y no hacen; y esto a fin de refrenarlos.

»Sea aviso que los indios por dos razones pueden dar falsas noticias en materia de tierras, gentes y riquezas, que es lo por que más preguntamos y ven que buscamos. La primera porque nos vayamos; la segunda porque nos despeñemos, en venganza de algún mal que se les haya hecho; y cuando al parecer convenga seguir alguna destas noticias por tierra o por mar, se llevarán los mismos indios que las han dado, por asegurar este punto.

»Aviso que los gritos y alaridos de los indios en sus juntas, ni el estruendo de sus muchos instrumentos de guerra, no han de ser parte para ser temidos de los nuestros, ni menos para ser despreciados los indios; y que en los lances forzosos se ha de probar primero si disparando por alto, con bala o sin ella, o haciendo otras diligencias acomodadas al tiempo, los hacen huir o parar.

»Sea aviso principalísimo que cuando se buscare agua, leña, o comida, sea llevando en las barcas cantidad de gente armada para amedrentar a los indios, y en partes que prometan no venir a rompimiento con ellos; y si procuraren impedirlo, no siendo muchas las necesidades de lo buscado, se vuelvan a la nao a esperar mejores ocasiones; y siendo la necesidad grande, llevar más gente para guardar de los que han de hacer la provisión. Finalmente, jamás se pongan a peligro de ofender a los indios, o ser ofendidos dellos. El trato para con ellos sea como de padres a hijos, y se han de guardar dellos como si fueran enemigos conocidos; nuestra parte sea siempre la justificada, sana la intención, desnudo

el celo, para que Dios nos ayude como hace a todo lo bueno.

»Sea notorio a todas las personas que van a este descubrimiento, el como Su Santidad de Clemente octavo a mi humilde petición, les tiene concedido que si Nuestro Señor fuese servido llevarlos desta vida a la otra, que a la hora de la muerte, si no pudieren confesar y comulgar, estando contritos nombraren con devoción con la boca o con el corazón el Santísimo nombre de Jesús, indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados. El breve desta gracia tengo en mi poder.

»Si alguna persona cayese enferma, confiese luego y haga su testamento. Si muriese, mandará que el maestre con el escribano hagan el inventario de los bienes que tomará a su cargo para que sean cumplidas las mandas del difunto. Si no testare, se hará la misma diligencia de inventario y guarda de bienes.

»Todo lo cual guardará y hará cumplir sin exceder dello en cosa alguna, si no fuere muy obligado del tiempo. En caso tal, pareciéndole convenir mudar de lo referido, tomará consejo con su maestre y piloto, y los demás oficiales y personas de cuenta, y con el parecer de todos ellos firmados de sus nombres hará y seguirá lo acordado, siendo todo encaminado a más servicio de Dios y de Su Majestad. Dada en el navío de San Pedro y San Pablo, capitana del dicho descubrimiento en este golfo de Loreto, navegando a la vuelta del Oes-sudueste, altura diez y nueve grados, a ocho de enero de mil seiscientos y seis años.»

CAPITULO XLIV

Cuéntase la navegación que se fue haciendo, y las señales que se hallaron, y cómo se vio la primera isla despoblada

Por el Oes-sudueste, derrota conforme a la instrucción, se fue navegando desde que se dieron velas en el Callao hasta subir altura de diez y seis grados, paraje en que se hallaron largos y bien vagarosos mares que se dicen de leva, y venían del Sudueste. A diez de enero se vieron los primeros pájaros; a once los primeros aguaceros con los vientos Leste y Les-sudueste; a doce hubo viento Sur; a trece se vio

cantidad de pájaros garajaos; a quince tuvimos viento Norte y Noroeste; a diez y seis se vieron grandes bandadas de pájaros; a diez y siete, en altura e veinte y cuatro grados, nos hallaron los vientos Norte-Sur, Sudueste y el Oeste con alguna fuerza y grandes mares, por la cual mudanza hizo luego el capitán poner bandera en la gavia para tomar el parecer, a que no dio lugar el tiempo. Dijeron los pilotos de sus navíos a voces que estando fuera de los trópicos se hallaban todos los vientos, y que subiendo a más altura, más fuerza tendría el Norte. A diez y ocho anduvo el viento los rumbos todos, y uno nos dio viento Sur y Sudueste.

A veinte y dos nos hallarmos en viente y seis grados con temporal y aguaceros del Sueste y con grandes mares del Sur, que descubrieron los temerosos ánimos de algunos, diciendo: —¿A dónde nos llevan por este golfo grande en tiempo de invierno? Tal hubo que dijo se echase la barca a la mar. Obligados, pues, de la fuerza de los vientos y mares, se navegó al Oes-noroeste hasta veinte y cinco grados. A veinte y cuatro días a la noche se vieron los primeros relámpagos, que no eran muy encendidos: a veinte y cinco se vieron las primeras yerbas: a veinte y seis se vieron juntos pájaros de diversas castas; y este día, a las once, se descubrió la primera isla, cuya altura es veinte y cinco grados escasos. A buen juzgar dista de Lima ochocientas leguas (174): tiene cinco de boj, mucha arboleda y playas de arena y junto a tierra fondo de ochenta brazas: púsosele por nombre *Luna-puesta*. Era ya tarde, y por esto se acordó andar la noche de toda en vueltas, esperando el otro día para ir en su demanda; que venido, nos hallamos a sotavento, a cuya causa y por otras se dejó.

CAPITULO XLV

Cuéntase cómo desapareció la nao almirante y volvió a juntarse, y cómo se vio la segunda isla despoblada

Ya se iba con alguna desconfianza navegando al Oeste franco, cuando se vieron algunas ballenas y muchos pájaros

(174) La legua tiene una variada medida según los países, y también difiere si se aplica en tierra o mar. En nuestra patria tenía 20.000 pies o 6.666 varas, equivalentes a 5.572 metros y 70 cm.; la marítima equivale a 5.555 metros y 53 cm.

grajaos. Al amanecer deste día no se vio la almiranta. Luego el capitán mandó se reparase y mirase, como de los topes miraron, con antención a todas partes; y a las nueve del día a una fue vista venir la nao por nuestra estela con todas sus velas dadas. Causó tan grande alegría, cuanto dio pena su ausencia. Llegada, recibió el capitán una carta, diciendo el almirante en ella, que aquella noche pasada se había muerto el farol de la capitana, y que como iba enfermo no veía lo que pasaba, ni todo lo que mandaba se hacía fielmente.

Yendo así navegando, a veinte y nueve de enero al romper del día, vimos una isla cerca; fuimos luego en su demanda. La zabra, a la parte del Sudueste, halló puerto en una pequeña caleta, a donde luego surgió en veinte y siete brazas de fondo y casi en tierra. Iban las naos a lo mismo. Dieron de la zabra voces que ya habían garrado, y por esto viraron de otra vuelta, y la zabra zarpó su ancla y dio velas.

Envióse de la almiranta tres hombres en un botiquín a tierra, y temiendo quedarse en ella dieron priesa en se volver, trayendo de allí ciertas piñas, furta de algunos conocida, que no se comió por verde. Dijeron que aquel desembarcadero para el botiquín era malo y mucho peor para barcas.

Esta isla al parecer dista de Lima ochocientas y setenta leguas: bojea diez. Es maciza, medianamente alta, llana, tiene arboledas y sabanas: es alcantil y sin fondo, y sus orillas de unos cóncavos roquedos, morada sola de pájaros: su altura veinte y cuatro grados y tres cuartos; su nombre San Juan Bautista (176); y por no haber en ella puerto para buscar agua y leña, seguimos nuestro viaje al Oes-noroeste.

Este día vino el almirante a ver al capitán para tratar ciertas cosas, el cual, por desterrar enemistades hizo que el almirante y el piloto mayor se abrazasen y quedasen los dos amigos, porque lo eran muy poco.

El otro siguiente día, que fue penúltimo de enero, se

(175) Isla situada a 25° lat. sur. Descubierta por Quirós el 26 de enero de 1606; González de Leza, el piloto, en su diario de navegación, la denominó *Anegada*. Se trata de la *Encarnación*, según las cartas del marino José Espinosa; también puede ser la célebre de *Pitcairí*, donde en 1790 hubo una sublevación de la marinería de la fragata *Bounty*.

(176) El piloto González de Leza sitúa en los 24° 45 minutos lat. Sur, y la llama *Isla sin Puerto*; y Váez de Torres, *San Valerio*.

vieron mucho número de pájaros, y el último tuvimos unos aguaceros tan recios que obligó a calar los masteleos.

CAPITULO XLVI

Cuéntase cómo se tuvo vista de la tercera isla descubierta, y una grande tormenta

Siguiéndonos iba la vía del Oes-noroeste, cuando a tres de febrero el capitán hizo poner una bandera en la gavia, y tenía un auto hecho para declarar los pilotos en cuántos grados se hallaban, y cuántas leguas de Lima, y el resguardo que a las naos habían dado por el abatir del mar y vientos y variación de aguja, y las islas las Marquesas de Mendoza a donde le demoraban. Llegáronse los navíos, y sus pilotos dijeron que por los muchos nublados no habían pesado el sol tres días había, y que a su parecer tenían las Marquesas de Mendoza al Nor-nordeste, y que en habiendo sol sabrían su altura y hablarían más en forma.

Estando, pues, tratando desto, fue vista al Poniente una tierra que por estar nublada y cerca, y ser ya tarde, se tomaron todas las velas. Cerró la noche, y a poco andado della se levantó al Nordeste un negro y espeso nublado con tres pies, que en breve se hicieron uno, y con éste enderezó la vía hacia donde estaban las naos, con tanta presteza y furia, que a todos nos hizo cuidar de buscar remedio a los males con que venía amenazando. Los navíos temblando lo recibieron y se inclinaron a las bandas. Alborotóse la mar; y todo se puso horrendo: los *fuciles* (177) y relámpagos que por el aire tejían, parecía dejar los cielos rasgados, y deslumbradas las vistas. Oyéronse caer tres rayos, los truenos espantosísimos; terribles los aguaceros, y los borbotes de viento venían con tanto ímpetu, que el menor daño esperado era llevarse los mástiles; y por vecindad de la zabra, el piloto della decía con roncas voces: —¡Ah de la nao capitana: desvía! ¡Ah, orza, arriba! Todo eran sobresaltos, todo priesa y todo grita. Era la noche espantable, la determinación incierta, grande la pena por no saberse si era seguro el lugar a donde estaban las naos.

(177) Resplandores.

Nuestro padre comisario, con una cruz en las manos, pasó la noche toda en claro conjurando mar y vientos. Allí pareció Santelmo, según dicen marineros, al cual con gran devoción le saludaron tres veces (178). En suma, noche tenebrosa, confusa, fea y larga, que pasamos fiados, después de Dios, en la bondad de navíos y valor de marineros. Venido el muy deseado día, se vio ser nuestra tierra una isla toda en medio anegada y cercada de un paredón raso de múcaras. No se halló fondo ni puerto, que con cuidado se buscó para provisión de agua, de que ya íbamos faltos; y para leña sólo había matorrales. Acordóse, por verla ser tan inútil, dejarla para quien era, y más también, porque la noche que nos dio, fuera cara de pasar por una muy buena tierra, cuanto más siendo tan mala. Esta isla, al parecer, dista de Lima mil y treinta leguas: bojes treinta y cinco: tiene de elevación de Polo Antártico, veinte grados y medio. Diósela por nombre *San Telmo* (179).

CAPITULO XLVII

Túvose vista de otras cuatro islas desiertas, y lo demás que pasó

Navegando al Oesnoroeste, el otro siguiente día encontramos una isla, al parecer de seis leguas, y luego otra, y otras dos; y en todas cuatro no se halló puerto ni fondo. Son bajas y anegadas y casi de un mismo cuerpo. Distan las unas de otras a cuatro y a cinco leguas, y de la ciudad de los Reyes mil y cincuenta. Su altura son veinte grados y su nombre *Las Cuatro Coronadas* (180).

Viendo el capitán que en todas las siete islas descubiertas no halló puerto ni agua, preguntó la que había en la nao; y hallando menos botijas de las que mandó embarcar, hizo

(178) Salvador, favorecedor en algún apuro.

(179) Hoy *South Marutea*. Leza, aunque no la cita particularmente, la incluye en las *Cuatro Anegadas* o *Cuatro Coronadas*. Su situación es 21° 20 minutos lat. Sur y 143° 5' longitud O; Prado la llama *San Blas*, y Torquemada *Corral de Mar*.

(180) Leza las denomina *Las Cuatro Anegadas;* Dumolin, por su parte, *Vincendos:* Carteret, *islas Gloucester*, y según el P. Kelly, *Actaeron group*.

algunos discursos en razón del tiempo y del estado presente, y parecióle convenir acortar, como acortó, la ración, de tal manera que de doce a quince botijas de agua que se gastaban cada día, las redujo a tres y cuatro. Hallábase presente al repartirla, y cerrada la escotilla, guardaba las llaves della.

Ordenó luego que se hiciese sobre uno de los dos fogones un horno de ladrillo, para con un instrumento de cobre que llevaba, sacar del agua de la mar agua dulce por vía de destilación. Sacábanse al día dos, tres botijas della, muy dulce y muy sana: el día que menos, botija y media, y por todas hasta cincuenta; cuya invención, añadiéndole ciertos requisitos, promete que con poca leña se pueden sacar en quince horas ocho, nueve y diez botijas de agua dulce, y más si fueren necesarias (181).

Era este día de Ceniza. Nuestro padre comisario la dio a toda la gente de la nao. La derrota seguida fue al Oesnoroeste, y a distancia de setenta y cinco leguas de las cuatro islas atrás, se vio al Nordeste otra isla pequeña, a la cual no se pudo ir por estar a barlovento. Juzgóse ser su altura diez y ocho grados y medio. Diósele nombre de *San Miguel* (182), y por amenazas del tiempo y mucho escuro, esta noche estuvimos de mar al través con las naos.

CAPITULO XLVIII

Viose la primera isla poblada. Lo que en ella pasó con sus naturales

El otro día, que se contaron diez de febrero, estando mirando de cada un tope un hombre, con el cuidado de siempre, a todas las partes del horizonte, tiró la almiranta una pieza, y al punto en los tres navíos se dijo: —¡Tierra por

(181) Posteriormente, en España, dará cuenta minuciosa del manejo de este aparato, que podría revolucionar las navegaciones de entonces, muy largas. Sin embargo, este invento, por el silencio administrativo que tuvo, no parece ser que alcanzara difusión y popularidad.

(182) Quirós daba a esta isla una latitud sur de 19° escasos, pero su medición es de 20° 44' latitud sur y 145° 15' longitud O. Según Torres y Prado, la denominan ambos *Santa Polonia*. El P. Kelly dice que se trata de la acual *Vairaatea*.

proa! Y como las otras islas todas salieron desiertas, entendióse que ésta sería lo mismo, y a esta causa se festejó con tibieza. Fuimos luego en su demanda, y a poco espacio fue visto entre unas palmas levantarse un alto y espeso humo. Los de la zabra dijeron luego a gritos: —¡Gente, gente por la playa! Una nueva tan alegre como gozosa e increíble para muchos, con ser tanto deseada, temiendo no fuese antojo, hasta que por cercanía vimos a lo claro ser hombres; y como si fueran ángeles, fue celebrada su vista.

Desta gloria cupo al capitán grande parte, que hasta allí vino diciento: —Muéstrenos Dios en este piélago a un hombre, que ciertos son millares de millares dellos. La gente estaba tan inquieta de puro contentamiento, que no había entenderse el marear de las velas para montar cierta baja. Surgió la zabra junto a la rebentazón de la playa, y las naos, que iban ambas a lo mismo, se hicieron luego a la mar por no ser para ellas puerto. Por buscarlo se echaron las barcas fuera, y no le hallaron, sondando hasta llegar a donde estaban los indios puestos en hilera con bastones y con lanzas en las manos. Los nuestros que así los vieron, entendiendo estar de guerra, se pusieron a mirarlos y a hablarles por señas; y ellos por señas decían fuesen a tierra.

Era el lugar arriscado, y poca la satisfacción que de sus personas había: a cuya causa nuestra gente estaba determinada de se volver a las naos por no se poner a tiro de romper la paz con ellos. Hacían las olas su oficio, y los indios, cuando venían las bravas, decían que desviasen las barcas por el peligro que tenían, y cuando había buen *jacio* (183) decían que se llegasen. Pareciendo a los nuestros que estas muestras eran todas de bondad, se desnudaron y arrojaron dos al agua. Los indios, como los vieron en tierra, dejando luego las lanzas, todos juntos a un tiempo, bajando cabezas y brazos, los saludaron tres veces. Al parecer dábanles la bien venida y risueños fueron a recebir a los nuestros, en tiempo que a el uno de ellos atropelló una ola que ellos luego levantaron, y a ambos los abrazaron y besaron en los carrillos; que debe de ser modo de darse la paz, como se usa en Francia. Viendo, pues, los de las barcas, la lealtad que aquellos hombres mostraban con otros para ellos tan extraños, y no sabidos sus intentos, salieron otros dos a tie-

(183) Vacío.

rra. Era el uno muy blanco, y los indios como lo vieron, llegaron todos no parando de tentarle espaldas, pechos y brazos, mostrando desto cierto género de espanto, y esto mismo hicieron con los otros tres, y todos cuatro les dieron lo que llevaban, que los indios recibieron como por prendas de amor. El uno, que pareció ser el señor de los otros, dio a un nuestro una palma por señal de amistad, y también hizo más, cruzó los brazos haciendo grandes caricias y señales de que fuesen a su pueblo, que con el dedo mostraba, para darles de comer.

Con esto se despidieron los nuestros con tristeza de los indios, y ocho dellos fueron siguiendo las barcas, y por verlos dejaron luego de remar y los llamaron que entrasen; y visto que lo temieron, se vinieron con la zabra a donde estaban las naos ya que se ponía el sol. Luego el piloto mayor preguntó al capitán lo que había de hacer, y respondióle que tener a borlovento aquella noche, para que al día siguiente se volviese al mismo puerto o a otra parte, de nuevo a buscar puerto o surgidero y agua, por ser tan necesaria. El piloto mayor fue a explorar de la gavia y dijo della que via a sotavento una bahía muy mejor que la de Cádiz.

Toda la noche anduvimos a las vueltas de mar y tierra algo gustosos con la esperanza del puerto, y cuando amaneció nos hallamos tres leguas a sotavento del paraje a donde estaban los indios, y mirando segunda y tercera vez no fue vista tal bahía, sino sólo una angosta y larga restinga de piedras y que casi la cubre el agua. Estaba allí cierto paraje a donde había unas palmas, a cuya causa el capitán envió ambas las barcas bien despachadas de gente, armas y vasijas para que buscasen agua. Hallaron muy enojada la playa, que era lo más della peñas a donde la mar quebraba sus olas con mucha furia; mas no por verlas nuestra gente dejó de arrojarse al agua, que le daba a la cintura, cargados de arcabuces, barretas y azadones, y al postrero, que se decía Belmonte, trujo tan a mal traer, que si un alférez Rojo no le acude con el cuento del venablo, a que asido salió fuera, allí da fin su jornada. Y marchando con buena orden, entraron en el palmar a donde hallaron al pie de un árbol, armado de piedras acaneladas, uno o forma de altar enramado. Este lugar fue juzgado por entierro, o donde el demonio hablaba y engaña a aquellos miserables indios sin haber quien se lo impida. Los nuestros, por santificar el puesto al punto levan-

taron una cruz, y de rodillas dieron a Dios muchas gracias por haber sido los primeros que enarbolaron su estandarte Real en tierras no conocidas, gentiles sus moradores, y con dolor de sus daños dijeron desta manera: —¿Hasta cuándo, piadoso Señor, han de durar a estas gentes las tinieblas en que viven? Esto dicho con la reverencia debida, se despidieron de la cruz, y cavando buscaron el agua, que no hallaron siquiera para matar la sed presente, que suplió la de los cocos.

Ya venían a embarcarse, cuando apartado un poco vieron andar hacia ellos un bulto que pareció ser de hombre. Fueron a ver lo que era, y hallaron una vieja, al parecer de cien años, mujer alta y abultada, que tenía los cabellos delgados, sueltos y negros, con sólo cuatro o cinco canas, el color suyo tostado, arrugado el rostro y cuerpo, los dientes podridos y pocos, y tenía más otras faltas causadas de vida larga. Venía tejiendo de blandas palmas una tela; traía en una espuerta pulpos curados al sol y un cuchillo de una concha de nácar, y una madeja de hilo y compañía de un perro chico manchado, que luego se fue huyendo.

Con esta presa tan buena se vinieron a la nao para verla el capitán, que sumamente se alegró por ser criatura humana. Sentóla sobre una caja: hizo darle de una olla carne y sopas que sin escrúpulo comió, y más conserva; mas el bizcocho a secas nunca lo pudo moler, sino empapado en vino, que mostró saberle bien. Diósele en la mano un espejo que miraba al revés y al derecho, y cuando en él vio su rostro se alegró mucho, y todos de verla a ella su modo y su buena gracia; y se entendió que cuando moza no debía tenerla mala. Miraba a todos con cuidado, y de lo que más gusto mostró era de ver los muchachos. Miró las cabras como que había visto otras. Vio en un dedo un anillo de oro con una esmeralda. Pidiólo a su dueño, que le dijo por señas no le podía dar sin que se cortase el dedo. Mostró lástima desto. Diósele uno de alquimia que nada le agradó. Estándole dando cosas para vestir y llevar, vimos venir de hacia el pueblo cuatro piraguas a la vela por un lago que la isla tiene dentro, y surtas junto al palmar, el capitán hizo luego llevar a la tierra la vieja con ánimo de asegurar a los indios, que apenas la conocieron cuando vinieron a verla, y de tal modo la miraban como si hubieran hecho alguna muy larga ausencia. Llegarónse a los nuestros con confianza de amigos. Eran

setenta y dos los indios y por señas les dijeron que fuesen, como luego todos fueron, a mirar la cruz; y lo mejor que se pudo les dieron a entender el precio suyo, y que se pusiesen delante della de rodillas. Al fin hicieron todos cuanto les dijeron.

Preguntóseles cuál dellos era el señor, y mostraron un indio robusto y alto y de muy proporcionados miembros, bueno el rostro y el color, al parecer de cincuenta años, que traía en la cabeza un mazo de plumas negras y hacia la parte del celebro unas madejas de unos dorados cabellos, cuyas puntas bajaban al medio de las espaldas, y según la estima dellos, debían de ser de su esposa. Traía más, colgada al cuello una gran patena de nácar. Era el modo grave, y a quien todos los otros tenían grande respeto. Fuele preguntado a éste si quería ir a la nao, y dando a entender que sí, fue llevado con los suyos a donde estaban las barcas, la una dellas zozobrada, que ayudaron a levantar. Embarcóse el señor, y en otra barca ciertos indios que, a poco espacio andado, parece que por temor se echaron todos a nado, y queriendo hacer lo mismo el otro indio principal, los nuestros lo detuvieron. Quiso valerse de sus fuerzas que eran muchas; quitar a un soldado un cuchillo: no pudo; hizo otras diligencias; mas nada le aprovecharon. Llegó la barca a la nao, y cuatro aferrados del, procurando subirlo arriba, mas fue trabajo en vano, pues ni moverlo podían. Estaba el indio tendido de largo a largo esgrimiendo con sus brazos nerviosos, y deste modo y de otros porfiaba por desasirse y echarse a nado; mas visto que no podía, puso un pie en el costado de la nao y apartó la barca un gran trecho. Viendo los nuestros lo mucho que a todos daba que hacer, le ataron un aparejo para izarlo a la nao, y como se vio ligado se embraveció de manera que espantaba con los ojos.

El capitán bajó a la barca y lo primero que hizo fue darle en la mano la palma que él mismo dio, como queda referido, y la cuerda que tanta pena le daba al punto se la quitó. Mostró estimar esto en mucho con el rostro y con las manos; mas no por ellos se tenía por seguro, pues con asombro miraba a cuantos en la barca estaban y luego a la nao, velas y árboles y a su tierra apuntándola con el dedo, dando en esto a entender si lo habían de volver a ella. Doliéndose el capitán de verlo tan mal contento, le vistió un calzón y camiseta tafetán amarillo; púsole en la cabeza un sombrero; al

cuello una medalla de estaño; diole una vaina de cuchillo; abrazólo y halagólo y ordenó que luego fuese a la barca, y con esto se aquietó.

Habían quedado en tierra un sargento y ciertos hombres que divididos andaban cogiendo cocos: y para tres que estaban juntos se vinieron puestos en orden los indios con sus lanzas arrastrando, al parecer muy airados y con ánimo determinado, de por fuerza llevarlos a sus piraguas, como a la nao fue llevado su señor. Juntáronse de los nuestros ocho, y por no venir a las manos, procuraron asegurarlos con decir que ellos habían quedado por prendas de su capitán, que le mostraron ya venía en la barca. Con esto, y con que dos de los nuestros esgrimieron con espadas y broqueles y hicieron otras gentilezas, se entretuvieron los indios, hasta que el otro desembarcado lo extrañaron por vestido. Dióseles a conocer con hablar, y conocido, corriendo lo fueron a recibir. El uno de ellos era mozo muy dispuesto y muy hermoso. Entendióse ser su hijo porque éste sólo abrazó, y ambos juntos hicieron un modo de sentimiento que los otros ayudaron.

Acabada esta y otras extrañezas de recibirse y hablarse, con orden de soldados prácticos, llevando todos en medio a su señor, fueron marchando despacio hasta entrar en sus piraguas, y algunos de los nuestros que iban mirando y notando a todo esto, entraron también con ellos. Los indios que ya estaban contentos les dieron agua a beber y pescado que traían para comer. El principal, que su guirnalda, o lo que era, de plumas y cabellera en tierra había dejado, la dio en la mano al sargento para darla al capitán que lo soltó y vistió. Muestra al fin de hombre conocido y grato, aunque incógnito, y confusión de algunos de la compañía que recibieron muy mayores beneficios y daban males por retorno. Los indios se fueron luego, y los nuestros por darles gusto dispararon al aire sus arcabuces y se volvieron a las naos.

A esta isla se puso nombre la *Conversión de San Pablo* (184). Está en altura de diez y ocho grados; dista de Lima al

(184) La localización de esta isla es difícil, y por esa razón encontramos pareceres diferentes, aunque todos coinciden en que pertenece al archipiélago de *Tuamotú;* para Duperny es la de *Brillonart;* Navarrete, la de *Tahití,* cosa más improbable. En la carta marina de Patermann se denomina *Hereheratua* a un grupo de islotes más meridionales, en los 22° de

parecer mil ciento y ochenta leguas (185): tiene cuarenta de boj, y en medio un grande lago de mar de poco fondo. La gente della es corpulenta y de muy buen talle y color; su cabello delgado y suelto, y traen cubiertas partes. Sus armas son unas gruesas y pesadas lanzas de palmas de treinta palmos de largo y bastones de lo mismo. El surgidero que tiene, a donde dio fondo la zabra, está a la parte de Levante en frente del referido palmar, debajo del cual está el pueblo a la orilla del lago.

Luego que la gente se embarcó, pareció al capitán sería acertado que aquella noche se pairase, para ir al otro día a donde estaban los indios. El piloto mayor dijo que por estar muy a barlovento y no gastarse el agua sería mejor navegar, como se navegó, con el viento Leste al Noroeste. El día siguiene se vió al Nordeste otra isla que se llamó la *Decena* (186). Procuróse y no se pudo ir a ella, ni a otras dos que más adelante se vieron. La primera se llamó la *Sagitaria* (187), la segunda la *Fugitiva*. Más adelante, en altura de catorce grados, se pidió el punto a los pilotos y hubo en esto mucho más y mucho menos.

CAPITULO XLIX

Cuéntase los avisos que tuvo el capitán de que se le querían alzar con la nao, y los discursos y diligencias que hizo en razón dello

Ya de atrás había visto el capitán que el piloto mayor le mudaba la derrota, y se decía se quería alzar con la nao, y si tardaba dos días no lo podría remediar. Hombre hubo

lat., conservándose el nombre de *San Pablo*, el situado en los 19° 30'; el P. Kelly cree que se trata de la actual isla *Hao*.

(185) El manuscrito que se conserva en la Biblioteca del Ministerio de Marina dice así: *Dista de Lima mill y cincuente y ocho; digo mill y ciento ochente leguas*. (Nota ed. J. Zaragoza).

(186) En la isla de *Hervey*, según Dalrimple, y su situación 19° 18' lat. sur, y 185° log. O; según la carta del capitán Espinosa, pudiera ser la de *Maitea*.

(187) Espinosa cree que se trata de la acutal *Otaiti*. Los descubridores le dieron una latitud de 14°, pero realmente está situada a los 17° 29' lat. Sur, y 149° 7' log. O.

que le dijo, que por esto estuvo determinado de darle de puñaladas y echarlo a la mar. Estas y otras cosas se decían que el capitán no creía, sino lo que les oía decir de ruin sonido y lo que les veía hacer de mal parecer. Consideraba que motín no se podía formar sino entre dos o tres, y que para granjearse los otros era fuerza haber pruebas, amistades y grandes correspondencias, y que éstas se habían de ver, como ya se via la poca voluntad que el piloto mayor mostraba de que se buscase lo necesario, y la largueza con que se gastaba el agua y los bastimentos con sus amigos y otros que de nuevo adquiría, y podrían estar inocentes, favores que a todos daba, el ruido que juntos en la nao hacían, trabacuentas con los oficiales della, los concilios tan continuos que había de día y noche sin haber podido obligar a él y a ellos con los modos que buscó, más de amigo que no de juez, por no venir a rompimiento por la trabazón de cosas y disgustos de todos; en suma, por conservarse. Para lo que un día les dijo a todos, se acordasen que la Majestad Real despachó aquellas naos, con grandes gastos de hacienda, a fin de saber si había en aquella parte incógnita la tierra que se entendía; por el tanto, estuviesen todos ciertos que la había de buscar arando toda la mar con largas vueltas, hasta que diese con ella o costar a todos las vidas. Y al piloto mayor dijo que conociese lo que llevaba a su cargo, diciéndole mucho en ello; mas no por esto hizo mejores diligencias, y le envió a decir con el padre comisario le diese licencia para pasarse a la nao almirante. El capitán dijo a esto fuese luego, y no se fue ni trató más dello; ni faltó quien dijo que eran envites falsos entendidos y tenidos del capitán, que añadió que siempre los descubrimientos costaron caro a sus inventores, y que él no podía desechar los inquietos ni mejorarse de otros; por el tanto, paciencia y vigilancia, dos cosas bien necesarias.

Viendo el capitán la poca altura en que se hallaba, sin haber hallado la madre de aquellas islas que dejaba atrás, y que el piloto mayor dijo a voces al capitán de la zabra que estaba cerca el invierno, y otras cosas que de oírlas no sentía muy bien dellas; y que había otros que decían que si la navegación se hacía al Sur-Sudueste y Oeste, y la costa de la tierra que se buscaba seguía los mismos rumbos, que jamás se toparía y que quedaríamos engolfados y por contrarios vientos imposibilitados de vivir, y que al fin todos se habían

de ahogar; dichos, testigos del poco amor a la obra y mucho a sí mismos, y lejos de los ánimos esforzados, que deben tener buscadores de ocultas tierras para sustentar en pie las causas de sus primeros motivos, y hacer hechos heroicos, o cuando menos merecedores de un buen nombre: a cuyas faltas, y por otras sobras, dijo en público que supiesen estimar y agradecer haberles cabido en suerte la demanda, busca y cata de la cuarta parte del globo que estaba por descubrir; y que de mostrarse arrepentidos o cansados sin haber ocasiones, ¿qué esperanza podía tener siendo lo más lo que faltaba? Y advertía, que servicios no los había sin padecer y sufrir todos los golpes que viniesen, una vez y tantas veces cuantas bastasen para dar al caso fin o a las vidas. Ordenó que se fuesen navegando al Noroeste y al Norte hasta bajar a diez grados y dos tercios, por si podía ganar el oriente de la isla de *San Bernardo* (188), que el otro viaje ayudó a descubrir aunque no se llegó a ella.

CAPITULO L

Cuéntase cómo se tuvo vista de la isla de San Bernardo, y lo que pasó allí

Por los dichos dos rumbos se fue navegando hasta diez y nueve de febrero. Este día se navegó al Poniente, y a veinte y uno el piloto de la almiranta, Juan Bernardo de Fuentidueña, dijo que aquel mismo día había de ver, como se vio, la isla que se buscaba, y por acercarse la noche pairamos con poca vela. Venido el día, fuimos en demanda della. Iba delante la zabra que surgió muy cerca de tierra, y della dieron voces a las naos, que ambas iban a dar fondo, que no era puerto para ellas.

Hizo luego el capitán echar las dos barcas fuera, y que un caudillo fuese en ellas con gente y procurase muy de veras buscar agua, pues su falta era causa del cuartillo que se daba. Salieron a tierra, y buscada el agua no fue hallada; por lo que se volvieron a las naos.

Esta isla de *San Bernardo* es despoblada, partida en cua-

(188) Según Kelly, se trata dela isla *Carolina*.

tro o cinco mogotes y todo lo demás anegado. Su boj parece de diez leguas; su altura son diez grados y dos tercios. El surgidero está a la banda del Norte y sólo bueno para embarcaciones pequeñas. Dista de la ciudad de los Reyes al parecer mil y cuatrocientas leguas. Hallóse en ella una canoa vieja al través. Tiene en sí mucho número de peces de diversas castas; y por ser tan poco el fondo, lo mataban con las espadas y palos. Tiene muy grandes langostas, y cangrejos y otros géneros de marisco. De cocos hallaron amontonados a los pies de sus palmas una gran cantidad y muchos dellos largos y angostos, garajaos, rabihorcados y bobos tanta copia, y ellos tan importunos, que parecía querer embestir a los hombres. De todo se trajo copia.

Pareciéndole al capitán que en isla a donde había tantos árboles era imposible faltar agua, quiso que aquella noche se esperase, para que el día siguiente se volviese a buscar agua haciendo nuevas diligencias, y que al menos se hiciese pesquería. Dijo el piloto mayor estar la gente cansada, y otros desvíos dio, y cosas dijo, haciéndolas todas hijas legítimas de nuestras necesidades.

Viéndose el capitán tan enfermo y engolfado en muchos géneros de cuidados, y que había algunos de obligaciones que como polilla iban comiendo la jornada y representaban muy grandes desconfianzas, y traían a la memoria aquella grande abundancia de la corte, nieves frías, frutas frescas, y otros toques y recuerdos que entibiaban las voluntades fervorosas y otras muchas se trocaban; y que hasta el presente no había hallado islas con puerto ni agua, tan necesaria, y la poca que tenía en las naos, y sin ella no era justo poner a riesgo negocio tan importante, siendo los tiempos dudosos y dudosa la parte a donde se había de buscar la tierra; por estas y otras razones que deja de apuntar, acordó, pareciéndole ser lo que más convenía, que se fuese en demanda de la isla de *Santa Cruz*, que sabía tenía puerto y agua, y otras cosas necesarias a provisión de naos, haciendo cuenta salir de allí a descubrir como si saliera de Lima; y en prosecución deste intento se navegó al Oeste. Esta noche, en la capitana hubo un muy grande alboroto, a cuyo ruido acudió el capitán, que halló a unos abrazados unos con otros, y a otros ir a buscar armas, y al piloto mayor con una espada desnuda con que hirió a un hombre. Se la quitó de las manos sin acabar de entender quién era reo ni autor. Lo que desto

sintió, lo dejo para sí, confesando estar tan flaco que no pudo decir en voz alta tercera palabra.

CAPITULO LI

Túvose vista de la segunda isla poblada, y cuéntase lo que sucedió en ella

Con el viento Leste y sus colaterales se fue navegando al Oeste hasta primero de marzo. Esta noche, yendo la zabra delante tiró un verso y se atraveso diciendo un hombre della: —¡Tierra por proa!; que luego al punto vimos y fuego en ella, que por verlo fue grande el contentamiento. Iba ya mostrándose claro el día con que vimos era isla, en cuya demanda fuimos; y cerca della vinieron a reconocernos dos canoas, y no quisieron esperar, por más que fueron llamadas, las gentes que las traían. Fue la zabra y surgió muy cerca de tierra por no poder menos, y della salieron luego hacia la nao capitana, bogando apriesa y a porfía, una flotilla de diez canoas pequeñas que traían para escora contrapesos; y llegados vimos venir dentro en ellas a unos hombres altos, bien hechos y hermosos, y de buen color (189). Venían cantando todos al son de sus canaletes, siendo uno de su capilla el maestre, a quien juntos respondían, y por señas nos dijeron llamásemos a la almiranta que por montar cierta punta seguía la vuelta de afuera, mostrando de ver que se iba tanta pena, cuanto quedaron gustosos ya que la vieron volver; y nos daban a entender, apuntando con los dedos, que fuésemos a su puerto. Lo para qué, saben ellos. Ponían-se muchos enhiestos y con los brazos y manos, piernas y pies y sus remos hacían con gran destreza sones, bailes y ademanes. Su mayor tema era música y mostrase de nuestra vista y naves alegres y regocijadas. Por más que les porfiamos, nunca quisieron entrar ni comer de tantas cosas que les dimos, que recibieron en las puntas de las lanzas, y a todas ellas las olían y guardaron y mostraron estimar, y las que caían a la mar las sacaban con destreza zambulléndose.

(189) Polinesios, de los que ya hemos dado sus características.

Venían en una canoa cinco indios, y muy brioso el del medio achicando el agua de su bajel. Traía éste a la cinta su rubio cabello. Era blanco de color, lindo de cuello y de talle, el rostro aguileño y bello, algo pecoso y rosado, los ojos negros, graciosos, la frente y las cejas buenas, la nariz, boca y labios muy proporcionados al todo, con los dientes bien ordenados y albos. En suma, era dulce en la risa y caricias, y en el modo extremado. Por rico de tantas partes y gracias, fue juzgado por una doncella muy hermosa; mas empero, era un zagal al parecer de trece años. Este fue el que de la primera vista se robó los corazones de todos los de la nao, y el más mirado y llamado, y el a quien todos a una ofrecían dones, y a quien con muy grande instancia el capitán pretendió acarrear con un vestido de seda, que pidiéndolo, se fue con mucho donaire; dejando bien que decir, y que notar, y al capitán bien que sentir la pena de no lo poder haber, para llevar por muestra desta grandeza de Dios en tal lugar.

A la zabra se llegaron muchos indios, y atada al bauprés una cuerda, pretendieron llevarla a tierra. Otros muchos, zambullidos en el agua, ataban sobas al cable y tiraban por el ancla: otros ocupaban luego sus puestos para cubijar las tretas: y vistas sus diligencias y tanta priesa cuanta daban, hizo el capitán de la zobra se disparasen arcabuces, para con esto espantarlos. Mas ellos, por no conocer sus efectos, no mostraron un punto de miedo ni recelo de asir con ambas las manos a las espadas desnudas, y lastimados algunos, se alborotaron los otros, y se hablaban, bogando de unas a otras partes sus canoas a gran priesa; y con ésta, a la capitana vino en una dellas un viejo muy atrevido, con una gruesa y larga lanza de palma bien terciada, y puesto en pie. Traía de una hoja de carmesí un capotillo o muceta, y en la cabeza un sombrero que le dieron en la zabra. Era hombre alto, robusto y muy suelto; mostraba ser arrogante. Hería de pies y piernas, temblando terriblemente. Con los ojos y con la boca hacía fieros visajes. Daba muy altas las voces; al parecer nos mandaba o nos reñía. Con la lanza, blandiéndola a menudo, amenazaba y tiró cuantos botes pudo. Con intención de armansarlo se dispararon dos mosquetes. Diéronle gritos y amagáronle, de que hizo poco caso; mas antes con más orgullo dio de nuevo otras muestras para ejecutar su ira, y visto que no podía, como un rayo rodeó ambas las naos y

se fue a donde estaba la zabra, y siguiéndolo todas las otras canoas.

En este tiempo ambas las naos dieron fondo, siendo el viento de la tierra, y para ella los indios se huyeron todos, y se mostraron de guerra. A poco espacio fue el viento travesía, y aunque poco, hizo prolongar las naos, que por estar cerda de tierra estuvieron en un notable peligro; por lo que el capitán mandó al punto que por la mano fuesen largados ambos cables, y con gran priesa dar velas, y a las dos barcas que fuesen a recoger cables y áncoras. Los indios parece que de amor o de pena, de ver cuán presto nos íbamos sin ejecutar su bueno o su malo intento, no alcanzando el secreto, como yo no supe el suyo, vinieron muchos a nado y se asieron fuertemante a los remos de una barca, procurando con toda fuerza quitarlos a quien los bogaba: y tanta fue su osadía y su coraje del viejo de la muceta, que con sólo un garrote acometió a un alférez que en la delantera estaba, que recibido en la rodela su golpe no le quiso dar el pago, por ser orden del capitán que a los indios no les hiciesen mal alguno en las personas, ni haciendas; mas yo entiendo, según después alcancé que fueron menos que vinieron, y que estas órdenes sólo las quiere cumplir el que las da o les duelen.

La zabra y barcas se recogieron a donde estaban las naos. El capitán hizo llamar al almirante y le dijo, estaba determinado de enviarle el otro día siguiente con las dos barcas y gente armada, y la zabra para que le hiciese escolta a tierra y que procurase en ella con buena maña traerle al menos cuatro muchachos, siendo el uno aquel zabal que se ha dicho, y los otros como él, y notase, que pues ponía a tan manifiesto riesgo naos gente en una tan pequeña isla, la necesidad que tenía por este o por otros medios haber de agua, y la leña de que tan faltos estaban, para de allí buscar al Sur y Sudoeste las tierras de donde aquellas gentes vinieron y ellos mismos nos guiasen. Esto encargó muchas veces mostrando mucha codicia de él mismo ser el caudillo.

De una y otra vuelta anduvimos esta noche bien deseosos de pasarla, y cuando ya rasgaba el día, el almirante salió con la gente a tierra, a donde saltó el primero, y porque los indios procuraron impedirlo, fue forzoso a él y a otros dos atravesárselos delante. En esto la gente toda fue saltando a la mar, cuyas olas los arrebataron y los arrollaron, y a puros

golpes les echaron a la playa con manifiestos peligros. La una barca reviró la quilla arriba, quedando debajo los cuatro que la bogaban. Otra ola puso la barca derecha y todos salieron salvos, que a no ser gente marinera, según el rigor que hallaron, fuera muy mayor la pérdida, que paró en vasijas y otras cosas que llevaban para hacer aguada y leña, y más en ciertos arcabuces.

Estaba la playa con muchos indios puestos en orden y en arma, y todos juntos a un tiempo haciendo un *pabori* (190), que yo entiendo ser lo mismo que un modo de una entonada grita, a cuyo son deben de dar sus batallas, y remataban con una voz pareja brevísima y espantosa. Viniéronse para los nuestros, por lo que fue forzoso acometerlos con brío por el mucho con que ellos se allegaban; mas empero los arcabuces, a los que no les conocen después que saben sus obras los espantan, como se espantaron éstos, dejando bien franco el campo, y llevando como habían traído en unas andas y a hombros haciéndole con palmas sombra, a su rey o capitán, quedando allí dos o tres encendiendo a trechos con paja, leña: y entendimos que era señal o de paz o de imitar el fuego salido de nuestro mosquetes. Huyendo estos y los otros, se entraron todos en el pueblo que allí estaba debajo de un palmar, junto a una laguna que la isla tiene en medio. Se embarcaron los más dellos, y fueron a la otra banda.

El almirante formó su cuerpo de guarda, a donde vino un muchacho, según dijeron tan hermoso y con tan dorados cabellos que era verlo lo mismo que ver un ángel pintado. Este tal, con las dos manos cruzadas, ofreció su persona o por preso o por lo que más quisiesen del. El almirante, por verlo así tan humilde y ser tan bello, lo abrazó y vistió con calzón y camiseta de seda, que el capitán le dio del rescate llevado, para este fin dado por Su Majestad. El muchacho por mostrarse agradecido, se subió con ligereza a unas muy altas palmas y derribó dellas cocos para los nuestros, diciendo si querían más. Parece que viendo otros muchos indios que allí estaban este buen trato, se venían ya llegando a donde nuestra gente estaba: el almirante sin moverse los llamaba por mejor asegurarlos, para que en estando juntos hacer muy mejor presa; mas Santanás, que no se duerme en

(190) Cantos guerreros.

casos en que tanto le importan, acabó con un soldado bisoño y mal mirado, que se entrase en una de aquellas casas. Su dueño se le opuso delante: acudió allí otro nuestro; mas el indio se dio tal maña con un garrote, que si no acude más gente, mata al uno, que de un golpe ya le tenía en el suelo aturdido, habiendo huido el otro. A la grita acudió más gente nuestra, a quien el indio hizo rostro; y un alférez Gallardo, que es el que llegó primero, dio al indio un balazo, que como se sintió herido y vio su sangre, con gran coraje arremetió con Gallardo, que por detenerlo, puso delante la espada y en ella se pasó de parte a parte; y cayó muerto en el suelo quien no debía la muerte por valiente y defensor de su casa. Con esta muerte y otras que allí se dieron, se perdió la ocasión del capitán deseada y pretendida, pues por sólo conseguirla y lo más della pendiente, se puso a brazo partido a luchar con la fortuna. Esto visto por los indios, se fueron como los otros, y así quedaron los nuestros con todo el trabajo en vano; que para un tan grande daño basta y sobra quien quiera. Dijo un nuestro por los muertos, que era de poca importancia llevarlos hoy el diablo, habiendo de ser mañana; razón de toda razón bien lejos, y más teniendo la fe de Cristo a las puertas de sus almas.

Los soldados, repartidos por escuadras, se entraron la tierra adentro, y por el paraje que Gallardo con ciertos amigos iba, oyó ruido y miró hacia la parte a donde vio que se movían las ramas, y puestos todos en arma, Gallardo caló la cuerda, y apuntando caminaba para ver quién era desto la causa: y estando cerca, se levantaron con priesa y miedo de niños dos donceles y tres doncellas, todas bellas criaturas de diez años la más vieja, y más una dama derecha, gallarda y lozana muy airosa, cuello levantado y los pechos, muy ceñida de cintura, los cabellos muy rubios, largos y sueltos, y de hasta solos quince años. Era por extremo hermosa y agradable el todo della, y en lo que es color muy blanca, y por ser tanta su lindeza, a los nuestros esta dama espantó más que nuestra vista a ella; pues con ánimo varonil y prestos pasos, rostro alegre y risueño, los salió a recibir y al Gallardo le dio con su propia mano una su cobija nueva, que doblada llevaba debajo del brazo inquierdo, y luego con grande amor, ambos los brazos abiertos, lo abrazó y a su usanza le dio la paz en la mejilla. No faltó gana a los nuestros, según después me dijeron, de traer todo este

nido, y que la dama no se mostró melindrosa para venirse con ellos; mas empero yo digo a esto, que dejaron de las manos a una tan rica presa cuanto yo la sentiré por grande pérdida de seis almas.

Pasando más adelante, vieron detrás de unas matas estar escondido un indio que, de viejo, apenas abría lo ojos; mas por verlo tan pesado, Gallardo le dio la mano, y tan recio se la apretó, que dudó que tanta fuerza estuviese en tanta flaqueza cuanta aquel viejo mostraba.

Visto por el almirante cuanto pudo desta isla, con la gente se vino para los barcos, a donde hallaron tan enojada la mar como cuando desembarcaron, y a tal extremo llegaron, que estuvieron muchos dellos para quedarse en la isla por el rigor de la playa, a donde por haber erizos de mar muchos se empuaron los pies y se embarcaron con trabajo y mayor peligro, y se fueron a las naos. El almirante de pesar excusó de verse con el capitán, cuyo dolor no se dice, por la mala maña que se dieron.

Fueron halladas en las casas de los indios mucha cantidad de blandos y muy delgados petates, y otros más grandes y gruesos, y madejas de muy dorados cabellos, y otras de unas delgadas y bien tejidas trencillas, teñidas unas de negro, otras de rojo y leonado; unos cordeles delgados recios y blandos, que parecían de mejor lino que el nuestro, y muchas conchas de nácar, cada una tan grande como un plato ordinario. De estas mismas y de otras más pequeñas hacen, como allí se vieron y se trajeron, cuchillos, sierras, escoplos, formones, gubias, barrenas y anzuelos; y de huesos, al parecer de animal, hacen agujas para coser sus vestidos y sus velas, y azuelas con que labran sus maderas. Halláronse ensartados muchos ostiones secos, y en algunos al comer se toparon menudas perlas y se vieron unos ciertos pelos blancos, que parecían de animal.

Esta isla es muy rasa; al parecer, de seis leguas; y en una parte que está casi empantanada, tiene el agua de que sus naturales beben, que a mi ver sólo es de la que llueve, que allí está en el arena detenida el mismo paso de la mar. En este propio paraje hay algunas caserías: tienen la tierra dividida como que es de muchos dueños y sembradas ciertas raíces, que debe ser su pan. Todo lo demás es un grande y espeso palmar, y de los indios su principal provisión; de cuya madera y hojas hacen y cubren sus casas, que son de

cuatro vertientes curiosa y limpiamente obradas, con un sobrado cada una, abiertas todas por abajo, y el suelo y todas ellas aforradas con esteras, que también hacen de las palmas y de sus cogollos más tiernos tejidas unas blandas telas, con que los hombres cubren partes y las mujeres se cubren todas.

Y destas palmas hacen los indios sus canoas y unas muy grandes piraguas, de veinte varas de largo y dos de ancho, más y menos, con que navegan a lo lejos, en que bien caben más de cincuenta personas; cuya fábrica es extraña y de dos vasos, el uno apartado del otro el espacio de una braza, con muchos palos y cuerdas muy firmemente ligados. Destas palmas hacen los árboles y todas sus jarcias y velas, timones, remos, canoas y achicadores, y sus armas de lanzas y de garrotes. En estas palmas nacen los cocos que les sirven de comida, y de bebida, y de aceite para curar sus heridas, y de vasijas en que recogen el agua; y casi se puede decir que con solos estos árboles se sustentan aquellas tan buenas gentes, que están allí y estarán en aquel desierto de agua hasta tanto que Dios se apiade de ellos.

Esta isla dista de Lima, al parecer, mil y seiscientas leguas: su altura son diez grados y un tercio. El puerto a donde surgió la fragata está a la parte del Norte, bien junto a tierra, enfrente y cerca del pueblo. Parecióle al capitán quedarle bien el nombre de *Peregrina.*

CAPITULO LII

Lo que pasó salidos de esta isla

Por altura de diez grados y un tercio se fue navegando al Oeste, en demanda de la isla de Santa Cruz; habiendo hallado en el camino muchas calinas y bonanzas, con algunos contrastes de viento Oeste y Noroeste, hasta veinte y uno de marzo. Por ser este día del equinoccio, se marcaron las agujas al salir y poner del sol, y se halló que tenían de variación media cuarta al Nordeste.

La noche del siguiente día, que fue Jueves Santo, con mucha cera ardiendo y disciplina fueron hechas procesiones en todos los tres navíos. Toda la noche estuvieron le-

vantados los altares, y hubo delante de ellos de rodillas muy continua oración.

Esta misma noche hubo un grande y total eclipse de luna. Al parecer, tuvo principio a las ocho de la noche, y que duró dos horas y media.

Como eran ya pasados tantos días que se navegaba, sin topar la isla de Santa Cruz, a donde al presente estaba puesta la esperanza de surgir en su bahía Graciosa, y en aquellos manantiales que tiene matar la grande sed que había, y porque tanto se dilataba la ejecución de este deseo, lo pagaba bien el capitán; diciendo los mal sufridos ser digno de un castigo ejemplar, pues por sólo sus antojos y movido de sus provechos, los llevaba todos a morir por aquellos grandes golfos; y que era sueño, que no había tierra, que engañó al Papa y al Rey, y cosas de esta manera: y según después se supo, más males dijeron dél que pudieran decir de un turco. Mas el capitán dijo a esto, que no era nuevo para él, ni en semejantes viajes haber hombres que de poco se cansasen: y que en lo que reparaba y le cuidaba era ver tanta salud, tanto comer y beber, poco trabajo, muchas quejas, tantas juntas, y tan poco amor al caso y tanto temor al tiempo; y no quisiera que unas tan ruines madres engendrasen y pariesen monstruos dañosos y feos. Al fin oficiales muchas veces hacen más lo que quieren, que no lo que se les ordena y manda. Unos venden las cosas de su cargo, otros las dan porque callen, otros por ganar amigos, y muchos por temor de enemigos, y por otros muchos fines todos engañan su poco: y como de estas verdades son testigos los mismos interesados, guardan muy bien el secreto, y son tantos los culpados que se hallan por estos caminos y otros, que les fuerza a quien gobierna hacer del ladrón fiel; porque a ser de otra manera, sería guerra casera.

CAPITULO LIII

La junta que se hizo de pilotos, y lo que en ella pasó, y prisión del piloto mayor

A veinte y cinco de marzo, víspera de Pascua, el piloto mayor dijo en público que se hallaba del Callao distancia de dos mil doscientas y veinte leguas, y que lo decía así por lo

que podía suceder. Por esto, y porque en razón del viaje había en algunos desasosiego y diversos pareces, luego al punto el capitán hizo poner en la gavia mayor una bandera, señal que llamaba a consejo, para por este medio satisfacer y aquietar la gente poco gustosa de lo que oyeron decir al piloto, que los debía animar. Llegáronse los dos navíos y en sus barcas vinieron a la capitana el almirante Luis Vaez de Torres y Juan Bernardo de Fuentidueña, y de la zabra el capitán della Pedro Bernal Cermeño, todos tres pilotos. Estando juntos con el piloto mayor y su acompañado Gaspar González, sin haber causa conocida, el piloto mayor se subió a la toldilla, mostrándose muy sentido; cosa que a todos pareció bien nueva y bien mal. El capitán lo llamó, y venido, dijo a todos desta manera:

—Esta junta he hecho, para que cada uno diga en público las leguas que le parece estar del puerto del Callao, juntamente lo que siente en razón del no haberse hallado la isla de Santa Cruz, habiendo venido en su demanda navegando por su paralelo. Advierto que es grande y no baja, y que tiene cerca un volcán tan alto, que se puede ver a más de cuarenta leguas, y que dista de Lima mil ochocientas y cincuenta.—Esto dicho, los pilotos mostraron todos sus cartas y sus puntos, que por ser estimativos había grandes diferencias, en especial en el punto del piloto mayor por serlo de dos mil y trescientas leguas poco más o menos, y en el punto del capitán Bernal porque iba más adelante. El almirante dijo que se hallaba dos mil leguas, y que podría ser haber corrientes que detuviesen la nao, o haber juzgado más camino del que realmente anduvo, o estar la isla de Santa Cruz más lejos de Lima que en la carta se mostraba, y otras causas que de presente no se podían alcanzar; mas que si por aquella altura caminaba lo que restaba del año sin ver la buscada isla, entendería no haber pasado della. Deste mismo parecer fue el piloto Juan Bernardo de Fuentidueña, cuyo punto y el de su contramaestre y otros no estaban tan adelante como los referidos.

Queriendo el piloto mayor (191), con razones que daba, hacer creer que su punto era el bueno, le dijo el capitán mirase como de hacia el Norte venían muy hinchadas y muy

(191) Es Johan Ochoa de Bilbao. Lo sabemos a través del veedor Iturbe. Quirós no da su nombre.

espaciosas olas; señal cierta de que estábamos mucho más al Oriente de lo dicho; porque si estuviéramos tan al Poniente como decía, quedaba a la parte del Norte todo lo que es Nueva Guinea y Filipinas, y así no había lugar de venir tan grandes olas como aquellas que con el dedo le mostraba. Y diciendo el piloto mayor que había noventa y cuatro días que se navegaba, le dijo el capitán que el viaje pasado se vido la isla de Santa Cruz en sesenta y nueve días, y que aunque era verdad haber más días que se navegaba ahora, que también lo era que muchas noches habían estado de mar al través con las naos, y que otras muchas se había navegado con solo el trinquete o con la cebadera, y que en todas las islas ahora vistas se habían gastado días enteros, y partes dellos en buscar puerto, y que casi todo el mes de marzo, en que estábamos, había sido de calmas y de pocos vientos; y que no habían faltado en otros tercios del viaje bonanzas y contrastes y otros gastos de tiempo, que reducido a singladuras enteras venían a ser sesenta y cuatro, y que sesenta y nueve a su cuenta faltaban cinco para igualar los dos viajes; y que él mismo había pesado el sol en la isla de Santa Cruz y estaba cierto de ser su altura de diez grados y un tercio, y de que no quedaba atrás y estaba adelante.

Luego el piloto mayor mostró en su carta la derrota que en ella puso desde el Callao hasta los veinte y seis grados a que los navíos subieron, que venía a ser casi por el Oeste cuarta del Sudueste; y al parecer éste debió de ser su mayor engaño, pues multiplicaba grados por el Oessudueste, que es por donde se le mandó navegar, y daba la derrota por la cuarta, que es lo mismo que por ella y por la altura, habiendo de ser para más certeza, por las leguas estimadas y por la altura conocida: no advirtiendo los imposibles que hay para determinar distancias en camino de Leste Oeste y sus dos cuartas, y juntamente la variación de aguja, abatimiento de mares más y menos, vientos y velas y otros resguardos, y cuentas necesarias saberlas bien hacer para señalar en la carta el punto más llegado a la verdad; y que aquélla no era la navegación que él solía hacer y se hace de Panamá, o de Acapulco al Callao costa a costa, y cuando se apartan della, es poco, y aunque sea mucho es grande y conocida la tierra que van a buscar, la cual, si no se halla en un día, vese en otro, y si no se da a donde se pretende, dase a donde se conoce y se hallan los puertos buscados.

Hecha, pues, la cuenta de todo lo dicho y regulado a lo que después se halló cuando se vino al puerto de Acapulco, se hallaron de yerro seiscientas leguas, como se podrán mostrar cuando se pidan. Estas y otras razones dio el capitán a todos, y algunas al piloto mayor que, turbado, se subió segunda vez a su toldilla, y dijo della que venía sirviendo al Rey sin ganar sueldo, y había trabajado mucho en el despacho de los navíos, y otros cargos hizo; a todos los cuales el capitán le dijo, que todos los presentes sabían cómo sin conocerle ni deberle nada, ni haberle menester, más de sólo para hacerle el bien que él mismo así no se pudo hacer a fin de obligarlo, y más viéndolo por su enfermedad imposibilitado de poder asistir. Finalmente, el piloto mayor se mostró ingrato, y el capitán dijo a esto, bastaba serlo para no se le hacer increíble cuanto dél le habían dicho, y para no esperar más de su ánimo obras que bien estuviesen al caso. En suma, en la nao se decía que había quien deseaba que no se descubriesen tierras ni en nada se acertase, y el capitán vio parte de cosas, y obligado de todas, dijo al almirante que llevase preso al piloto mayor. Luego le fue dicho al capitán que estaba la nao revuelta, por lo que dijo en público: —¿Hay quien le pese, siendo servicio Real, que yo eche desta nao al piloto mayor?: y al uno que habló en su favor mandó callar, diciéndole que bien sabía que un día atrás le había dicho lo contrario.

Con la salida del piloto mayor quedaron todos sus amigos muy sentidos y la nao sin aquellas libertades y alborotos que había habido hasta aquel día.

Luego el capitán dijo a Pedro Bernal Cermeño, convenía quedase haciendo oficio de piloto mayor, para lo que fue por su ropa a la zabra; cuya gente se mostró tan inquieta, que no bastando exhortarlos el capitán, le fue fuerza amenazarlos. Con lo cual se aquietaron al parecer, y quedó por cabo della un Gaspar González Gómez, hombre honrado y buen piloto, y el mayor se vino a la capitana.

Y luego al punto el capitán hizo guarnir un motón en el penol, y echar un bando, y de allí adelante vivió con el cuidado que le parecía deber a tan ruines muestras, y dijo: —¿Por qué malas obras que yo haya hecho, voy vendido en esta nao de algunos a quien tantas buenas hice y deseo hacer?: y el grande engaño suyo, pues de Lima no había querido traer cepos, grillos ni cadenas, entendiendo obligar a fiel

trato el bueno que había hecho. Y cuando el capitán estaba ya en Madrid, le fue a ver un fray Andrés de San Vicente, dominico, y le dijo que navegando con el piloto mayor de Terranate a Malaca, perdió el navío en que iba, por lo que, y la culpa que los pasajeros le daban y aprieto en que le pusieron, dijo: —¡Oh, capitán Quirós, tú tienes la culpa desto, porque no me castigaste por la ocasión que te di, a que no dio lugar tu piedad!

No faltaba en la nao quien del concierto della se cansaba, y rogaba al capitán dejase jugar de poco, y que los baratos se aplicasen para las almas del purgatorio. Mas el capitán dijo a esto muchas veces, le dejasen salir con obra tan nueva y tan buena cuanto lo era el no jugar ni jurar, y más habiendo dicho que sus padres no pudieran hacer más que estorbarles no perdiesen sus haciendas: y que cuanto a la limosna ofrecida por baratos, no quería por sacar un alma del purgatorio que ya estaba en el camino del cielo, meter la suya y las de otros en el infierno, y que mucho mejor sería diesen sin jugar lo que habían de dar jugando; y que para gasto de tiempo tenía muy buenos libros, quien enseñase a leer, escribir, y contar a los que no lo sabían; maestro de armas, y espadas negras, soldados prácticos para adiestrar los bisoños, y quien mostrase el arte de fortificación y de artillería, esfera y navegación; y que esto les convenía más que no jugar su dinero.

CAPITULO LIV

Cuéntase cómo se tuvo vista de la tercera isla poblada, y lo que en ella pasó

Navegando se iba al Poniente con mucha pena, nacida de la confusión que había en determinar la distancia de nuestras naos al puerto de Lima, y más por ser la ración tan corta que ni mataba la sed ni dejaba comer guisado, en tiempo que Dios nos dio un grande aguacero de que se cogió suma de agua. La gente con esta provisión del cielo se consoló grandemente, y por ver presto mucha cantidad de culebras, peces de poco fondo y tortugas, frutas silvestres, cocos, troncos, pájaros de tierra, grandes corrientes, y otras señales de cercanas tierras; a cuya causa se navegaba

de noche con poca vela y mucha guarda, los faroles encendidos, la zabra delante con orden de los avisos que había de dar con fuego si huebiese bajos, o tierra. Así fuimos navegando hasta siete de abril. Este día, como a las tres de la tarde, del tope de la capitana dijo un hombre: —Tierra veo al Noroeste; parece alta, y es negra. Sonó la voz bien a todos, y mareadas las velas se puso en ella las proas. Pairamos aquella noche, y venida la mañana nos hallamos sobre un banco, su menos fondo doce brazas: hubo por esto bullicio que duró las dos horas que gastamos en pasarle, siempre con las áncoras listas y sondando, y gente a los topes mirando para decir lo que viesen.

Llegamos cerca de la isla, y por la parte del Norte vimos en ella levantarse algunos humos, que dobló alergría y dio esperanza del agua, que era el tema. En esto cerró la noche: el otro día ordenó el capitán que el almirante con zabra y barca fuese a reconocer la isla: y las naos, de aquella vuelta en que iban, hallaron puerto, a donde con gozo increíble dieron fondo. El almirante vino a la tarde muy contento de la disposición de la tierra, y quedaron de acuerdo que el otro día se fuese a buscar mejor puerto, agua y leña.

No era bien amanecido, cuando con la zabra y barcas y gente armada salió de las naos el almirante, y a distancia de dos leguas halló un pueblo en un pequeño arrecife. Los indios a grande priesa llevaron luego tierra a dentro las mujeres, niños y todo cuanto tenían, y ciento y cincuenta dellos tomaron presto las armas: el uno se adelantó dando voces, no entendidas a qué fin; más por algo inquietos se disparó un mosquete para sólo espantarlos, y así como fue oído se zambulleron en el agua, salvo el indio primero. Este tal se llegó cerca y por señas dijo a los nuestros no tirasen, que él haría que los suyos dejasen arcos y flechas, y así se hizo de ambas partes. Llegóse del todo a las barcas y en muestras de amistad dio la mano al almirante, y a entender señalando su cabeza que era el señor de la tierra y que se llamaba Tumai; y por otro nombre *Falique.*

Llegóse luego allí otro indio a mirar con grande espanto a los nuestros, que no con menos cuidado lo estaban mirando a él por ser de color tan blanco y tan bermejo de barbas y de cabellos, que por esto le llamaban el flamenco y su nombre era *Olan.*

Dijo el almirante a Tumai, avisase a los indios que no

tirasen sus flechas y se desviasen de allí para se desembarcar; y a una palabra suya se fueron todos a la isla, y él solo se quedó. Con esto salieron en paz los nuestros, formando ante todas cosas en una de aquellas casas cuerpo de guardia, y puestos en las partes que convino: centinelas se alojaron en el pueblo.

Mostró por señas Tumai al almirante sus casas, y por señas le rogó no pegasen fuego a ellas ni a las otras; y dijo más, que él asistiría allí y daría de cuanto en su isla tenía. El almirante se le mostró grande amigo, y para que mejor lo viese, le vistió de tafetán tornasol, que mostró estimar mucho: luego al punto fue despachada una barca y avisado el capitán de todo cuanto pasó, y de una muy buena aguada que estaba cerca del pueblo, y que viniese, como vino, por estar más a la mano a surgir con las dos naos en otro puerto más cerca; y la zabra surgió más junto del pueblo entre la tierra y una baja.

Surtas las naos, se desembarcaron luego y fueron al pueblo todos seis religiosos, y a instancia del capitán se dijo y ofreció la primera misa a Nuestra Señora de Loreto, con conmemoración a San Pedro. Los indios, en cuanto se dijo la misa, estuvieron presentes, muy atentos, de rodillas, dando golpes en los pechos y haciendo cuanto vieron que los cristianos hicieron; que cierto es muy gran dolor, cuando bien se considera, lo fácil con que todas las gentes de aquellas partes recibirían la fe si hubiese quien las enseñase, y doblado por tan grande perdición de tanta suma de almas cuantas allí se condenan. Mas será servido Dios que muy presto se ha de llegar el tiempo de todo el bien de los bienes, tan ignorado de estas gentes, y de otras tan deseado.

El otro día, a petición de Tumai lo envió el almirante con un soldado a la nao, que dijese al capitán como iba a verlo, y la persona que era: recibiólo el capitán con rostro alegre y abrazos, y Tumai le dio la paz en el carrillo, y sentados en el corredor, fue luego puesta la mesa para que con él comiese; mas nunca quiso comer nada, aunque más se lo rogó.

Estaba el comisario presente, y porque Tumai supiese que era persona de estima, la mano le besó el capitán, y dijo a Tumai que hiciese, como hizo, otro tanto.

Preguntó el capitán a Tumai si había visto navíos o gente como la nuestra: dio a entender que no; mas que tenía noti-

cia. Preguntóle por el volcán que la otra vez había visto, y dijo por señas de fuego, que a cinco días de viaje estaba más al Poniente, y que en su lengua se llamaba el volcán *Mamí,* y que allí a vista y cerca está la isla de Santa Cruz, cuyo nombre natural es *Indeni.* También dio a entender la muerte que el otro viaje se había dado al cacique Malope, y la cabeza que en pago de esta muerte el adelantado Mendaña envió, como se lee en aquella relación. Esta, pues, se entendió ser la causa porque él y todos sus indios se mostraron tan temerosos cuando vieron arcabuces, y la noticia que dijo de gente y naos como las nuestras.

Pregúntole más el capitán; si sabía de otras tierra lejas o cerca, pobladas o despobladas; y para esto le mostró su isla y luego a la mar, y apuntó a través del horizonte: y habiendo por estas señas entendido, fue por los dedos contando y dando nombre a más de setenta islas, y a una muy grande tierra que se llama *Manicolo.* El capitán fue escribiendo los nombres, teniendo presente la guja de navegar para saber hacia el rumbo que cada una demoraba, que viene a ser de aquella isla de *Taumaco* a la parte del Sueste Sursudueste-Oeste hasta el Noroeste. Para dar a entender cuáles eran mayores, hacía mayores círculos; por aquella grande tierra abrió ambos los brazos y manos, sin los volver a juntar. Para dar a entender cuáles eran las lejanas o estaban de allí más cerca, mostraba el sol, recostaba la cabeza sobre una mano, cerraba los ojos, y contaba por los dedos las noches que en el camino se dormía, y decía por semejanzas cuáles gentes eran blancas, negras, mulatas; cuáles estaban mezclados, cuáles sus amigos, o enemigos. Dio a entender que en una isla se comía carne humana, y para esto hizo como que mordía su brazo, y mostró querer mal a esta gente. De este modo, y de otros, al parecer se entendió cuanto dijo: y repitiósele tantas veces, que mostró cansarse dello; y dando con la mano hacia el Sudueste y Poniente y otras partes, dio bien a entender cuántas más tierras había. Mostró deseo de volverse a su casa, el capitán, por más gustarlo, le dio cosas de rescate, y se fue despidiéndose con abrazos y otras muestras de amor.

El día siguiente el capitán fue al pueblo a donde nuestra gente estaba, y para más bien enterarse de lo que Tumai declaró, llevó los indios a la playa. Teniendo en la mano el papel, presente la aguja de navegar, a todos fue preguntan-

do una vez y muchas veces por las tierras a que Tumai puso nombre, y en todo conformaron todos, y dieron noticia de otras pobladas de gentes de los referidos colores, y juntamente de aquella grande tierra. Todas estas preguntas y diligencias hicieron otras personas este día y otras veces, a estos y otros indios, y siempre dijeron lo mismo; por manera, que pareció gente que trata verdad. Mucho se espantaron los indios de ver leer el papel, y tomándolo en las manos, lo miraban al derecho y al revés.

Un día vieron los indios estar comiendo a los nuestros ciertos tasajos de carne, y con cuidado preguntaron aquella carne de qué era; y para lo entendiesen le mostraron un peto de cuero crudo y con pelo, y así como lo vieron, puso el uno las manos en la cabeza, dando en esto a entender, y en otras señas bien claras, que en aquellas grandes tierras hay vacas o búfalos; y porque les mostraron perlas en el botón de un rosario, dieron a entender las había.

Holgaban mucho de ver meter nuestra guarda; mostrábanse muy contentos del buen trato que siempre allí se les hizo: cuanto les daban lo comían sin escrúpulo, y cuanto les dieron tomaron de buena gana. Trabaron grande amistad con quien bien les parecía de los nuestros: trocaban los nombres, llamándose camaradas, y tratábanse con todos de tal manera como si fuera muy antigua la conocencia. Llegó a tanto, que algunos de los nuestros fueron solos y vinieron de sus pueblos, sin jamás hacer ofensa, ni falta de cosas nuestras, con quedar en su arroyo, cuando se lavó, la ropa una y dos noches, las ollas y las calderas de cobre.

Tratósele a Tumai de aguada y leña para las naos, a las cuales envió con gran demostración toda cuanta se quiso con sus indios en sus canoas: algunos se recataban en llegando, otros entraban y pedían cascabeles, que estimaban mucho, y otras cosas que les dieron, con que volvían contentos.

Era Tumai señor de ésta y otras islas; su edad cincuenta años, hombre de buen cuerpo y rostro, y de hermosos ojos y buena forma de nariz, su color algo moreno, barbas y cabellos entre cano, era grave y de gran reposo, mostró ser prudente y sagaz en cuanto hizo; y en cuanto prometió trató de verdad. Una vez quiso salir del pueblo para ir a ver a dos mujeres que tenía, pidió licencia y dejó un su hijo en prendas.

CAPITULO LV

Dase razón de esta isla, sus gentes, comidas y embarcaciones, y de la salida della

Esta isla se llama en lengua natural *Taumaco;* púsosele por nombre *Nuestra Señora del Socorro* (192), por el mucho que aquí se halló: está en altura de diez grados y un tercio. Tiene de boj diez leguas más o menos: es medianamente alta, y de mucha arboleda. Por esto y su forma es a la vista agradable: córrese de Leste-Oeste, tiene en rueda sus playas con muchos palmares y pueblos de pocas casas, y cantidad de embarcaciones. Dista de Lima, a buen juzgar, mil seiscientas y cincuenta leguas; tiene a la parte de Leste tres farallones que sólo abrigan de los vientos Leste y Nordeste, y entre ellos y la isla está el puerto a donde primero surgimos. Tiene de quince a veinte brazas de fondo limpio; el surgidero segundo está al Sur de la isla, y al Oeste de una baja que no se descubre; su fondo ocho y diez brazas de coral tosco, que roen cables, por lo que se aboyaron los nuestros; es sin abrigo, a cuya causa y por los grandes mares que había, se estuvo allí con sólo un ancla y con algún trabajo y peligro.

El pueblo de Tumai está a la parte del Sur, un poco apartado de la isla y cercado de agua, por lo que le llamábamos *Venecia.* No pueden entrar ni salir dél canoas, sino cuando hay pleamar: tiene enfrente, como a tiro de arcabuz, un mediano valle con frutales y sementeras, y un arroyuelo de agua muy clara, dulce y sana, a donde se hizo la que se llevó a las naos. Las casas son de dos vertientes algo grandes y limpias, armadas sobre maderas, las techumbres de cañas dulces, cubiertas de hojas de palmas, con dos y tres puertas bajas, y los suelos con esteras; las camas son de petates, con banquetas algo curvas para poner las cabezas: hay allí mayores casas, y en ellas unas ciertas embarcaciones de un grande y bien labrado tronco, con su cubierta de tablas, y con vigas y otros palos muy fuertemente amarrados que bajan por la una banda hasta topar en el agua, como contrapeso

(192) Leza la llama *Nuestra Señora de Loreto,* a 10° 10'. El capitán Espinosa la sitúa en el grupo de las Duff, manteniendo el nombre indígena de Taumaco.

para que escore y sufra más vela; las junturas del bajel breadas con cierta goma que allí se vio y se trujo, que pegándole fuego arde como una vela y huele bien. Tiene el vaso un camarote, o retrete a donde cuando navegan llevan todas sus comidas; las proas engastadas con las conchas de las perlas, y junto allí a parte sus remos, jarcias, y cuerdas y grandes velas de petate. Caben en cada navío de treinta a cuarenta personas. Estaba más una placeta y ciertos palos, algunos teñidos de colorado, a los cuales los indios tenían grande respeto, colgados dellos telas, petates y cocos. Entendióse ser entierro de alguno de sus personajes, o lugar a donde el diablo los habla.

Tiene esta isla raíces como ñames, cocos, plátanos, cañas dulces, y unas almendras bien grandes, cuyas pepitas se forman de hojas, son dulces y muy suaves al comer; nueces moscadas, que sólo sirven a los indios la masa dellas para teñir sus flechas. Otras frutas se vieron y se comieron, y un pequeño cochino; las gallinas no las comen; matáronse diez o doce gallos; las gallinas las escondieron. Viose un perrito; hallóse una bala de *artimonia,* y súpuso que allí mesmo las hacen para con ellas pelear engastadas en los remates de bastones, sirviendo de maza.

Los indios en común son hombres altos, derechos, briosos, y bien agestados, color de mulato claro más, o menos: otros que no llegan del todo a ser negros. Entendióse ser algunos venidos de otras islas por vía de contrato, o que los traen cautivos. Algunos dellos se labran: cubren partes con unas telas que tejen en pequeños telares. Usan mucho el *buyo,* comida usada en Filipinas, del cual se dice que conserva la dentadura y fortalece el estómago. Tienen por armas arcos y flechas; es gente, al parecer, amiga de pelear con indios de otras tierras: dos dellos estaban de poco heridos y lastimados de esto. Decían a los nuestros, que los fuesen a ayudar a vengar de los otros que los flecharon. El uno dio a entender ser cirujano.

Dos leguas al Poniente está otra isla, poblada de gente como la dicha, al parecer del tamaño y vista de la de Taumaco. Llámase *Temelflua.* Al Nordeste della, a poco trecho, hay dos isletas algo riscosas.

Ya del todo estaban prestas las naos y dada orden al almirante, que se viniese a embarcar trayendo algunos indios para los fines requeridos. En su lugar el almirante envió

delante a Tumai, con achaque que lo llamaba el capitán para despedirse dél. Estaba Tumai con otros dos en una piragua hablando con el capitán, que le dio una banda y otras cosas, cuando las barcas llegaron en que venía nuestra gente con cuatro indios presos, de modo que Tumai no los viese; mas ellos que vieron a Tumai, levantaron la voz pidiendo al parecer socorro. Tumai se hizo sordo viendo no tener remedio, y por asigurar su persona se apartó de las naos. Tiró la capitana una pieza para aviso que se levase la zabra. Los dos indios compañeros de Tumai, al punto se arrojaron a la mar y fueron nadando a tierra. El Tumai estuvo quedo sin mostrar temor alguno, que era animoso este hombre y su bondad digna de ser celebrada y eternizado su nombre, y llorada su miseria. Nuestra gente se embarcó, y en cada nao dos indios, y al punto fueron zarpadas las áncoras, y dadas velas ya que estaba puesto el sol, martes diez y ocho de abril con mucho peligro de dar en el bajo.

CAPITULO LVI

Túvose vista de la otra isla poblada. Dícese cómo se huyeron de la nao tres indios, y lo que más pasó

Ya se iba navegando, cuando cierta persona de la almiranta dijo a voces al capitán que se fuese a buscar la isla de Santa Cruz. El capitán dijo a esto, que de las naos se habían de poner las proas, como luego fueron puestas, al sudeste con ánimo de seguir aquel y otros rumbos, pues tenía bastantemente agua y leña hasta hallar lo que buscaba. Diónos Dios Noroeste, el viento tan propio para este intento cuanto suena.

Navegando se iba con poca vela, por ser noche y camino no conocido, cuando al cuarto del alba se arrojó a la mar un indio, que por mozo, alto y brioso, de buen rostro y gentil talle, lo cudició el capitán para la nao en que iba: diéronle voces llamándole, y como si él entendiera, le dijo un hombre: —Vuelve a la nao, no te ahogues; mira que te engaña el diablo. ¿Por qué pierdes tanto bien cuanto te aguarda?: y como llevaba otro intento, no curando de palabras tan mal entendidas dél, se fue nadando a la isla de que estaba tres leguas al parecer.

Seguimos nuestro camino, y a tres días, una tarde vimos lejos una isla: paramos aquella noche, y cuando día dimos vela en su demanda; y estando cerca, el otro indio compañero, que no era menos mozo, ni menos gallardo y dispuesto, sin poder ser estorbado dio consigo en la mar y así quedó como si fuera una boya. Al punto que en ella estuvo, no curando de voces ni amenazas con grande desenvoltura, como si estuviera en pie dentro del agua, desnudó una camisa que llevaba y con velocidad increíble se fue nadando a la isla, a donde entiendo llegaría presto, por cerca y por barlovento. Diose aviso al almirante de la fuga de los indios, para que a los dos que tiene pusiese a mejor recaudo.

Con sólo intento de saber si esta isla estaba poblada la íbamos costeando, cuando por una larga playa que allí había vimos ir corriendo indios a juntarse con otros que nos estaban capeando. Embarcóse el almirante en el botiquín por ver la gente que era: los indios hicieron señas con grandes muestras de amor saliesen los nuestros a tierra, y visto que no quisieron, aunque más lo porfiaron, dieron una manta de finas palmas y noticia de otras tierras; y despedidos los nuestros con pena mostrada de ellos, se quedaron en aquella soledad mirando a nuestras naos hasta que los perdimos de vista.

Los nuestros estaban muy alegres de la vista de la isla, y mucho más por ser su gente tan buena, cuando del almiranta el uno de sus dos indios, que era un alto, robusto y fuerte hombrazo, se arrojó a la mar: en breve espacio se apartó un grande trecho. Echóse fuera el botiquín; mas el capitán hizo tirar una pieza en señal se recogiese, por ser pequeño bajel para seguirle y fácil para trastornarle aquel determinado indio, que con gran furia iba nadando a la isla, de que estaba dos leguas a sotavento.

CAPITULO LVII

Cuéntase cómo por razón de mucho viento Noroeste estuvieron de mar al través las naos, y cómo se tuvo vista de una alta isla

Con mucha pena de se haber ido los tres mejores indios, aunque mejor librado el que quedó, que fue el que el capi-

tán señaló con el dedo cuando los prendieron, fuimos navegando al Sueste con viento fresco Noroeste hasta el otro siguiente día que, por haber crecido mucho y gran cerrazón, vista de pájaros y venir la noche, se calaron los masteleos y se pusieron de mar al través hasta veinticuatro de abril. Este día, pesado el sol, se hallaron catorce grados y haber las naos abatido veinte leguas. A la tarde, habiendo abonanzado el tiempo, el capitán mandó se diesen las velas, para lo que le fue preguntando a qué rumbo se habían de poner las proas, y respondio: —Pónganlas a donde quisieren, que Dios las guiará como convenga: y porque estaban al Sudueste dijo que fuesen allí, a donde con poca vela navegamos aquella noche, y antes que saliese el sol del siguiente día un Francisco Rodríguez, marinero de la capitana, subió al tope, y dijo alegre a voces: —Tierra muy alta por proa. Fueron los cudiciosos a verla, todos juntos la vimos con un contentamiento muy grande; y mucho mayor se tuvo cuando llegados más cerca se vieron humos y hombres llamando a voces la zabra que llegó más junto a ellos.

Esta isla al parecer dista de Lima mil setecientas leguas: tiene boj de siete a ocho; es un cerro redondo, tajado a la mar, el más alto y bien hecho que yo he visto: su forma es de pan de azúcar despuntada la corona: es a hechura de silla, de a donde desciende al mar un buen arroyo de agua. Viéronse muchas sementeras, platanares, palmas y otros árboles, y sus moradores ser gente de buen color, y buenos cuerpos; poblada a la parte del Noroeste a donde a corta distancia hay un mediano y pelado farallón. Su altura de esta isla son catorce grados, y su nombre *San Marcos* (193), por ser descubierta en su día.

CAPITULO LVIII

Cuéntase como se tuvo vista de una gran tierra, y otras islas

Desta isla de *San Marcos* se fue navegando como al Sudueste con gente a los topes; y como a las diez del día fue

(193) Según Dumolin, aparece hoy como *Pain de Sucre;* y al parecer de Espinosa forma parte de las isla *Banks,* hoy *Saddle.*

vista al Sueste, a distancia de doce leguas, una tierra de muchas sierras y llanos y arboledas sin verle fin, por más que se procuró todo aquel día. El capitán le puso en nombre la *Margaritana* (194).

Como a veinte leguas al Poniente se vio una isla de tan buena vista, que pareció acierto ir a ella: al tercio del camino vimos a otra hasta de tres leguas: es rasa y tiene un cerro que parece farallón mirado un poco lejos. Salieron della dos piraguas a la vela, por lo que se entendió estar poblada; y por su mucha arboleda y alegre vista se le dio el nombre de *Verjel.* El viento era poco, a cuya causa y por el debido cuidado en tierras no conocidas, pairamos aquella noche.

El otro día, que se contaron veinte y siete, a una vista al Norte de a donde estábamos, se vio una larga isla que se corre como de Nordeste Sudueste, cuayas cabezas de sus muchos cerros dieron cudicia al capitán de ir a verla, y lo dejó por cosas que se ofrecieron. Su altura a buen juzgar son trece grados, y su nombre las *Lágrimas de San Pedro.*

Al Noroeste se vio otra isla que se juzgó tener de boj sesenta leguas. Tiene dos altos y faldosos cerros a los remates; lo demás es una tierra llana, de muy buena vista, así por su forma como por sus muchas arboledas. Su altura son menos de catorce grados, y su nombre los *Portales de Belén* (195).

CAPITULO LIX

Dase razón de lo que pasó con los indios de una isla

El otro día se llegó cerca de la isla que dije está al Poniente de la de San Marcos, y por toda ella vimos levantarse muchos humos, y a la noche muchos fuegos. Es en el medio un poco alta y parejamente va extendiendo sus faldas por todas partes hasta la mar: su forma casi redonda maciza, con sólo a la parte del Sur una mediana quebrada: es tierra de muchas palmas, platanares, grandes verduras, muy buenas aguas y muy poblada; bojea al parecer cincuenta leguas,

(194) González de Leza, en su *Diario,* no lo menciona. Sería una de las islas *Banks,* posiblemente *Mota.*

(195) Todas pertenecen a las *Banks.*

aunque hubo quien la juzgó por de ciento y tener doscientos mil indios: su altura catorce grados y medio. Diósele por nombre, por su mucha belleza, *Isla de la Virgen María* (196).

Salieron a la almiranta cuatro piraguas con indios sin armas que convidaron por señas con sus puertos; y viendo que los nuestros no quisieron, les dieron cocos y otras frutas, y recibido un buen retorno se volvieron a su isla.

Pareciendo al capitán buena la disposición de esta isla, envió gente en la zabra y barca a reconocer la costa y a buscar puerto en ella, y por caudillo a un Pedro López de Sojo. Hallaron de la parte del Sur y Sueste fondo limpio de veinte brazas a menos, a donde bien se podía surgir si fueran conocidos los tiempos. Vieron en la isla mucho número de gente que salían a ver y llamar, y seguían a los nuestros sin pasar de ciertos términos, y por esto se entendió ser particiones de tierras y gentes mal avenidas, entre los cuales había dos blancos y zarcos. Estando, pues, con espacio mirando los unos a los otros y hablándose por señas, por unas peñas abajo vino desgalgando un hombre de buen cuerpo, su color mulato claro, los cabellos de barbas y de cabeza bermejos, crespos, algo crecidos: era robusto, doblado y brioso, y de un brinco se entró dentro en la barca, y según los ademanes que hizo y el modo de hablar debía de preguntar:—¿Dónde venís?, ¿quién sois?, ¿qué buscáis? o ¿qué queréis? Y como si fuera así, dijo un nuestro: —Venimos de Oriente, somos cristianos, a vos buscamos, y queremos que lo seáis. Mostróse en todo tan osado que los nuestros entendieron que los quiso hacer creer ser para él todos pocos. Salió presto de este engaño, pues fue preso y traído a la nao, a donde entró tan sin miedo que nos hizo confesar no era hombre cobarde. Abrazólo el capitán, y por señas le preguntó por tierras, de que dio, a buen juzgar, grandes noticias. Apuntaba hacia partes del horizonte, y contaba por los dedos muchas veces, y remataba con decir: —*Martín Cortal.* Mucho se gustó de oírle y de cuán vivo era, de cuánto se esforzaba, de cuán placentero estaba cercado de nuestra gente, haciendo buen rostro a todos, y aun a los que le importunaban con deseos de saber cosas.

Ya había anochecido cuando llegó la zabra, y dijo el pi-

(196) *Santa María* o *Gana.*

loto della al capitán que trayendo preso a un indio en la cadena de su escutilla, la rompió y llevando parte della y el candado en un pie se arrojó a la mar. Mucha pena recibió el capitán temiendo no se ahogase, y por asegurar al otro hizo darle de cenar y ponerle en el cepo con cama a donde durmiese. Ordenó al punto que las naos fuesen a buscar al que huyó. Yendo, pues, en su demanda, como a las diez de la noche un hombre que de guarda estaba oyó en la mar una voz. Fuese al tino hacia la parte de donde el indio venía de cansado peleando con la muerte. A las voces del nadador iba respondiendo el preso con tan dolorosa tonada, que a todos nos daba lástima ver al uno y oír al otro, que llegado fue metido dentro de la nao con alegría suya y nuestra, y aun espanto de que con tanto peso en un pie se sustentase cuatro horas. Al momento le fue quitado el candado y la cadena, y le fue dado de cenar con vino para beber, y arropado, fue entrado en el cepo, porque no hiciese otro tanto, a donde los dos estuvieron todo el resto de la noche confusos y tristes hablando; y cuando amaneció, el capitán, fingiendo que reñía a todos por los tener en el cepo, los sacó dél y hizo que el barbero con navaja les quitase las barbas y los cabellos dejando a un lado de las cabezas un montón como lo usan traer, y con tijeras cortar las uñas de pies y manos de cuya facilidad se admiraron. Vistiólos de tafetán de colores: dioles sombreros con plumajes de oropel y chaquiras, cuchillos y otras cosas, y un espejo en que se fueron mirando con cuidado y a buen sabor.

Hecho esto, el capitán hizo luego se aprestase la barca. Dijo a Sojo que los llevase a tierra, y pasase adelante costeando hasta un cabo de isla, y mirase lo que de allí parecía. Iban los indios ya con el temor perdido cantando su buena y no esperada suerte: llegada la barca a la playa de su tierra, les dijeron que saltasen, y según se pudo entender no lo creían. Al fin saltaron a donde estaban muchos inios, y una india con una niña en los brazos, que por recibirle los dos con grande amor, pareció ser esta india mujer del indio primero; y que éste era señor, pues todos le respetaban y obedecían sus mandatos. Mostráronse unos y otros satisfechos, y con alegre mormullo se dieron muchos abrazos. El cacique, apuntando con el dedo, parece que les decía ser buena gente la nuestra: llegaron muchos a donde estaba la barca, y dellos a tanta la confianza, que pidiéndole un nues-

tro a la india su criatura, la dio luego; y viendo que pasándola de mano en mano la vieron y abrazaron, quedaron todos muy pagados. Al fin efectos de buenos y entendidos intentos.

El nadador fue corriendo y vino luego con un puerco a los hombros que ofreció a los nuestros: el cacique dio otro que allí había y un racimo de unos plátanos extraños, por ser su forma de berengenas medianas sin punta, su médula naranjada, olorosa tierna y dulce. Los otros indios a porfía dieron cocos, cañas culces y otra fruta, y unos cañucos con agua de más y menos de cuatro palmos de largo, uno de grueso. Apuntando a las naos pareció decían fuesen allí a surgir para darles de cuanto tenía su isla: los nuestros se despidieron y pasaron hasta llegar a la punta, o cabo donde vieron la contracosta de esta isla ir corriendo como al Norte, y más la otra isla de Belén a distancia de cuatro leguas al Noroeste; y contentos de sus vistas se volvieron a las naos, trayendo flechado en un carrillo al guardián de la almiranta, que ciertos indios con envidia de la amistad de los otros, o con rabia, porque llamando a los nuestros no quisieron pararse a hablar con ellos, tiraron flechas y llevaron la respuesta de mosquetes. Sanó esta herida presto, y por esto se entendió no ser yerbadas las flechas, y más daño hicieran si el indio nadador no viniera delante corriendo, dando gritos y haciendo señas que hiciesen la barca a fuera. ¡Grande prueba de gratitud!

CAPITULO LX

Cuéntase cómo se tuvo vista de dos grandes altas tierras, y cómo se fue en demanda de la una dellas, y se descubrió una bahía y puerto en ella

Este día, estando del tope mirando un Melchor de los Reyes, como a las tres de la tarde vio a distancia de doce leguas más o menos al Sudueste y Sur una grande tierra; y por esto, y porque no se ponían los ojos en parte que no fuese todo tierras, fue el más alegre y celebrado día del viaje. Fuimos en demanda della, y el siguiente llegamos cerca de su costa que va corriendo al Poniente. Púsose por

nombre a esta tierra *La Cardona* (197) a memoria del duque de Sesa, por lo mucho que amó y favoreció esta empresa, así en Roma como en la corte de España, y porque el capitán se precia de ser muy grato.

Cuando se iba en demanda de la dicha tierra, se vio al Sueste y lejos una muy gruesa y muy alta serranía cubierta de espesos celajes al medio y lo alto, y la planta della limpia dellos. Juzgóse de los topes inclinarse las costas bajas de estas dos tierras como que eran una. El capitán puso por nombre a esta tierra *La Clementina* (198); está al parecer en diez y siete grados.

Llegados que fuimos a la tierra, se vio en ella una entrada que por parecer de puerto el capitán envió un caudillo en la barca con soldados y bogadores a ver lo que era, y a la tarde vino y dijo que la entrada es de una isla angosta de seis leguas, que corre de Norte Sur, medianamente alta. poblada de gente y mucha arboleda; que a su abrigo de Leste y de Nordeste halló fondo de treinta brazas las menos, y muchas corrientes. Púsole el capitán por nombre *San Reimundo* (199).

Dijo que costeando la tierra que está de esta isla al Oeste, salieron a la playa muchos hombres, loros y demasiadamente altos con sus arcos en las manos, llamando a gran prisa a los nuestros, que por no querer llegar arrojaron a la mar un gran manojo de plumas de capones, queriendo con esto y con acercarles muchachos asegurarlos para les tirar, como tiraron sus flechas, llevando muchos indios de buen color y grandes cuerpos y del Sur para el Sueste unas muy altas y dobladas tres, cuatro veces serranías, que pareció irse a juntar con la otra tierra y sierras que demoraban al Sueste.

Con tan buena nueva de estar la tierra poblada, navegamos al Poniente, y a distancia de seis leguas entramos el primero día de mayo en una grande bahía a donde pasamos la noche; y venido el día, el capitán envió al almirante en la

(197) Linaje de los Condes de Cardona, catalán. *La Cardona,* denominación que el propio Quirós olvidará, no es otra que la *Tierra del Espíritu Santo,* la isla principal de las *Nuevas Hébridas.*

(198) La sierra recorre de norte a sur la isla del Espíritu Santo, comenzando en el cabo Cumberland, y concluyendo en el cabo meridional de Lisburne.

(199) Se trata de un islote. Leza no lo menciona.

barca a buscar puerto. Salieron a las naos en dos embarcaciones unos indios con los arcos prestos, y en pie paraban un rato y bogaban otro: hablaban alto, y miraban a los nuestros y a su tierra, mostrándose algo inquietos; por lo que los de la zabra, de que estaban cerca, dispararon un verso para espantarlos, y así lo hicieron, pues bogando a gran priesa se huyeron.

El almirante vino a la tarde tan contento, y tanto los que fueron con él que ninguno podía detener la alegre nueva que traían de haber hallado un buen puerto, por ser éste el que faltaba y con tantos deseos se buscaba; pues sin puerto, el descubrimiento hecho fuera de poca importancia. El otro día, tres de mayo, surgimos los tres navíos con grande alegría en el puerto dando a Dios muchas gracias.

CAPITULO LXI

Cuéntase la primera vista con los indios desta bahía y un recuentro que se tuvo con ellos

El otro día siguiente se vieron andar indios paseando por la playa. El capitán en las barcas salió a verlos con deseo de traer algunos dellos para enviarlos vestidos y acariciados, queriendo con estos y otros modos suaves trabar con ellos amistad. Hiciéronse muy porfiadas diligencias para que entrasen en las barcas: ellos hicieron las mismas por que los huestros saliesen; y como no quisieron, arrojaron ciertas frutas en el agua, y cogidas de los nuestros nos volvimos a las naos.

El día siguiente ordenó el capitán al almirante que con una escuadra de soldados fuese a tierra y procurase con todos posibles medios traerle algunos indios, para con ellos asentar paz y amistad, fundada en las buenas obras que deseaba hacerles. Hicieron alto en la playa y con presteza formaron un escuadrón, porque venían los indios no sabiendo con qué intento. Estando cerca hicieron señas y hablaron lo que no se les entendió: los nuestros como pudieron los llamaron, mas ellos hicieron un raya en el suelo y dijeron, al parecer, que no pasasen de allí. Yo entiendo que no hubo quien se entendiese y que es el daño muy cierto cuando en ocasiones tales falta el celo y falta maña. Sentíanse en el

monte indios, y para el asombro dellos se dio orden que tirasen ciertos mosquetes al aire. Un soldado a quien se acabó la paciencia, o se olvidó en el mandato, tiro bajo y mató a un indio. Los otros, dando al punto grandes gritos, se huyeron; y un Moreno, atambor, cortó la cabeza al muerto y de un pie colgó el cuerpo en un brazo de un árbol sin que los de la playa lo viesen. Sucedió que tres capitanes dellos vinieron a donde estaban los nuestros, que en lugar de acariciarlos y traerlos a la nao le mostraron su compañero colgado sin cabeza corriendo sangre, pareciendo ser esta crueldad el medio para la paz pretendida; mas ellos como lo vieron, mostrando grande dolor dieron vuelta a donde estaban los suyos, y a poco rato sonaron sus instrumentos con gran fuerza y alarido que se oía entre los árboles; y por muchas de sus partes iban tirando flechas, dardos, y pedradas, y los nuestros también tiraban a ellos saliendo una manga y otra.

Todo esto el capitán lo miraba, desde la nao a donde estaba, con grande pena de ver la paz y vuelta en guerra. Parecióle convenir saltase en tierra más gente, y acertó de ser en parte por donde del monte iba saliendo mucha cantidad de indios para del todo cercar los nuestros. Los del socorro trabaron tal pelea con ellos, que obligado el capitán hizo disparar dos piezas, cuyas balas, desgajando árboles, pasaron zumbando por encima de los indios; y con esto y con el rostro que los nuestros les hicieron se fueron éstos retirando.

En este tiempo los otros indios que estaban en la playa, se movieron a medio correr esgrimiendo sus macanas puestas las flechas en arcos, y los dardos para tirar, amenazando con desentonada grita. Venía delante un bien alto indio viejo tocando a son de arremetida con gran fuerza un caracol. Al parecer era éste capitán que a trechos hablaba con sus soldados, y creo que les diría que defendiesen su tierra de quien ya entraba en ella matando sus moradores. Estaban de emboscada ocho mosqueteros nuestros y el uno por desgracia, según después lo contó, mató a este principal, y luego los otros pararon, y tres o cuatro llevaron a cuestas su muerto y con grande priesa se fueron la tierra dentro, dejando desiertos los pueblos circunvencinos: y éste es el fin que tuvo la paz del capitán deseada y pretendida por haber de ser el medio para saber la grandeza de la tierra, y todo lo

contenido en ella; y fue tal el sentimiento que el capitán tuvo desto cuanto suena.

CAPITULO LXII

Dícense las causas que movieron al capitán a crear ministros de guerra, y los nombres dellos

Habiendo sido el Señor servido de que el capitán tuviese surtas las naos en un tan deseado, buscado y tan necesario puerto, viendo la bondad de tierras de que estaba cercado, la necesidad que tenía de tomar en nombre de Su Majestad la posesión de todas ellas, sabiendo la guerra que sus deseos le hacían de que en ellas con la seguridad debida fuesen los oficios divinos celebrados, y que para esto y lo demás que surto allí pretendía para mejor despacho suyo, había manifiesto riesgo, pues los indios con armas propias, por no conocer las ajenas, por el bosque y por las playas osada e importunadamente acometían a los nuestros; que no se podía excusar buscar de comer en tierra, aguada y leña, traer lastre a las naos, hacer en ellas ciertas fábricas, arrumar y componerlas, viendo más, cuánto importaba que con escoltas fuesen los caminos tomados y con emboscadas los puertos para poder espantar mejor, al suyo y al nuestro: salvo conociendo más, que para la autoridad Real, mayores fuerzas de la obra, disciplinas de la gente, unión de todas sus voluntades y otras ocultas causas, y que por ellas y todas juntas era muy necesario y forzoso criar ministros de guerra y mar, para que en mar y en tierra fuese puesta una tal orden, cual para mejor se conseguir lo deseado era debida; y porque no costaba dinero a Su Majestad y había que contentar y sobre que fundar, y por ser petición de los mismos; nombró por maese de campo al almirante Luis Vaez de Torres:

por almirante, a Pedro Bernal Cermeño;

alférez Real, Lucas de Quirós;

capitán y sargento mayor, Pedro López de Sojo;

su alférez, Pedro de Castro, y sargento, Francisco Martín Toscano;

ayudante de sargento mayor, Francisco Dávila;

capitán de la gente del almiranta, Alonso Alvarez de Castro;

su alférez, Manuel Rodríguez Africano, y sargento Domingo Andrés;

capitán de la zabra, Pedro García de Lumbreras;

su alférez, Francisco Gallardo, y sargento, Antonio González:

capitán de la artillería, Andrés Pérez Coronado;

condestables de los tres navíos, Francisco Ponce, Lázaro de Olivera, Antonio Balalan;

piloto mayor, Gaspar González de Lesa; segundo piloto, Francisco Fernández.

Hecha la dicha elección, luego el maese de campo dijo al capitán le dejase dormir en tierra con la gente. El capitán nunca lo quiso consentir, porque no durmiesen por los suelos y porque no tomasen más licencia que la que se les daba, y por excusar su peligro y el de los indios, y otras causas que se dejan entender.

El maese de campo con el sargento mayor, capitanes y marineros que servían de soldados, se dieron tan buena maña en tierra, que el viernes, víspera de víspera de la Pascua de Espíritu-Santo, se concluyó con todo lo apuntado, sin daño alguno de los nuestros.

El capitán, esta misma tarde, hizo llamar la gente de todos tres navíos, y estando juntos les dijo desta manera: —Su Majestad el Rey nuestro Señor fue servido enviarme a costa de su Hacienda Real, sin darme instrucciones ni órdenes, ni otra memoria alguna de lo que tengo de hacer en estas partes, ni menos me coartó la voluntad para que dejase de hacer, en nombre de su grandeza Real, aquellas cosas que, a mi parecer, convengan a su más servicio y más honra: en suma, todo lo dejó a mi cargo; y fue tan grande esta merced, que por ella me hizo de vasallo perpetuo esclavo, y me puso en nuevas obligaciones y cuidados de cómo acertaré mejor a bien servirle y gustarle en cuanto a mi vida durare. Por lo que estoy con ánimo determinado de dar principio a mi honrado pensamiento, ya de atrás fabricado y deseado de poner en ejecución, por lo mucho que promete Dios, y para el Rey y para engrandecer los ánimos de los presentes ausentes, esforzar las voluntades, dar firmeza a la esperanza por ser ésta la que acaba los grandes y famosos hechos, y mucho más cuando la honra y el provecho están

vistos y palpables, que son dos cosas buscadas y tan amadas en esta presente vida, por cuyas faltas es mala la que se pasa.

»Es pues el caso, señores, una Orden cuyo título ha de ser de *Caballeros del Espíritu Santo,* con las constituciones y preceptos que se han de profesar y guardar en ella, guiados a tan altos y cristianos fines cuanto en ella se verá, cuando se sirva el Señor de que yo los pueda mostrar; y todo esto en confianza de que Su Santidad y Su Majestad, cada uno de estos dos señores por lo que les toca, serán servidos, en pago de mis continuos trabajos y buenos deseos, confirmar esta Orden con aventajadas mercedes para en cuanto el mundo durare, así por lo mucho que abraza como por lo mucho que merecen unos vasallos tan honrados y tan leales, que tantos servicios le hacen y han de hacer en estas partes.

»Por todo lo dicho y lo que puedo decir en razón desto, pido a todos el consentimiento de la libre voluntad, y en nombre de la Santísima Trinidad, y en nombre del Pontífice Romano, y en nombre de la Majestad católica del Rey don Felipe, tercero deste nombre, Rey de España y mi señor, Yo, el capitán Pedro Fernández de Quirós, doy a cada uno de vuesas mercedes esta cruz de color azul, que luego se han de poner en los pechos; insignia por que han de ser conocidos por tales caballeros de la Orden del Espíritu Santo, y por personas a cuyo cargo si yo faltare ha de estar la demanda, la pacificación, la población y conservación de todas estas partes que vamos descubriendo, y que se han de descubrir en los tiempos venideros.

»Ruego mucho que sepan bien conocer y estimar cuánto vale esta cruz, ganada por sólo una buena determinación merecedora de mucho mayores honras; y acuérdense que aunque no les tiene costado mucho ni poco dinero, trabajos, enfermedades ni tiempo, que es muy largo el que les queda para poderlo bien pagar a esta más alta empresa de su género, que hoy se sabe tiene el mundo para el cielo y para la tierra.

»Rueguen, señores, a Dios que se sirva de mostrarme mayores tierras y cosas, que mayores son mis deseos de que el Rey nuestro señor haga a todos mucho mayores mercedes; y yo aquí, en su real nombre, ofrezco colocarlos en mucho mayores oficios y dignidades: encargo mucho que sean todos como miembros que han de ser un mismo cuer-

po, y que adviertan que de hoy en adelante han de ser sus obligaciones mayores y mayor la pena o premio merecido por buenas o por malas obras.·

Todo esto se oyó con atención y acetó con mucho gusto: el capitán les rogó se confesasen el sábado, para domingo día del Espíritu Santo ganar el Santo Jubileo plenísimo, que Su Santidad fue servido conceder a la jornada este y otros cinco días cada un año. Luego nuestro padre comisario los persuadió a todos, y con sus tres sacerdotes se ofreció a confesar como a todos confesaron.

CAPITULO LXIII

Cuéntase la celebración de la fiesta la víspera y día del Espíritu Santo, y la posesión en nombre de la Iglesia católica y en nombre de Su Majestad

Esta noche en todos tres navíos fueron puestas luminarias: gastáronse ruedas de fuego y muchos cohetes volantes. Disparóse toda la artillería, a cuyo cuyo estruendo y el eco que por cerros y valles se oían, los indios levantaban grandes gritos. Sonaron cajas, repicáronse campanas, hubo músicas y bailes porfiados , y se hicieron otras fiestas en que se mostró bien grande alegría; y con ésta el capitán dijo a todos: —Aquesta, señores, es la víspera de mi tan deseado día, para lo cual no ha de haber mano escasa ni persona a quien no quepa de los apuntados bienes y de cuanto más pudiere la parte que su sujeto mereciere.

No era bien amanecido cuando el maese de campo y ministros, llevando consigo gente armada, en las dos barcas fue a tierra; surgiendo cerca la zarza con cuatro versos para servirles de fuerte: luego con alegre diligencia en la playa fue plantada una tienda de rama, cerca de estacas, porque sirviesen de fuerte si hubiese necesidad. Los religiosos armaron dentro en ella un limpio y ordenado altar debajo de un dosel; iglesia primera en el deseo llamada del capitán Nuestra Señora de Loreto. Habiéndose puesto en toda la orden a que dio lugar el tiempo, fue el capitán avisado, y luego salió de la nao con el resto de la gente. En la playa estaban bien ordenadas todas las tres compañías; los solda-

dos y ministros tan lozanos y tan honrosos con sus cruces en los pechos, que creo que si Su Majestad los viera con tan aguzados filos de acabar lo comenzado, y dar principio a mucho mayores cosas, que estimara su valor por lo que era, y se alargara en mercedes.

Salió el alférez Real con el estandarte en las manos. Las banderas, que estaban tremolando y dando lustre a todo el campo, le pagaron su tributo con grande prisa en las cargas de mosquetes y arcabueces. Salió luego el capitán y las rodillas por el suelo dijo: —A sólo Dios la honra y gloria: y puesta la mano en la tierra la besó, diciendo: ¡Ah tierra de tanto tiempo buscada, y pretendida de tantos y tan deseada por mí!

Luego salió el almirante con una cruz de naranjo de la tierra, que para el efecto hizo hacer el capitán, y nuestro padre comisario, con sus cinco religiosos todos descalzos ya, de rodillas en la playa la recibió en los brazos, diciendo con gran terneza: —Adórote Santa Cruz a donde el autor de la vida hecho carne murió en ti, por mí, tan gran pecador, y por todo el género humano: y levantados, cantando el psalmo de *Lignun*, con la gente en procesión llegamos todos a la puerta de la iglesia, y allí, en una peana que para este fin estaba puesta, el capitán enarboló nuestra cruz y dijo que la gente se juntase, y al escribano que leyese, como en alta voz leyó, este siguiente capítulo.

Enarbólose una cruz

Sean testigos los cielos y tierra, y las aguas con todas sus criaturas, y las que presentes estáis seréis testigos de cómo yo, el capitán Pedro Fernández de Quirós, en esta parte que hasta ahora han sido incógnitas, enarbolo en nombre de Jesucrito, hijo del Eterno Padre y de la Virgen Santa María, Dios y hombre verdadero, esta señal de la Santa Cruz en que su cuerpo Santísimo fue crucificado y a donde dio la vida por el rescate y remedio de todo el género humano.

Y al punto y en el mismo lugar hizo que se leyesen las seis siguientes Posesiones, que los nuestros fueron oyendo con tanta alegría y gozo, cuando los ojos de muchos mostraron destilando lágrimas:

Posesión en nombre de la Santísima Trinidad

En estas partes del Sur, hasta ahora incógnitas, a donde estoy y he venido con licencia del Sumo Pontífice romano Clemente octavo y por mandado del Rey don Felipe tercero, Rey de España, despachado por el su Consejo de Estado, yo el capitán Pedro Fernández de Quirós, en nombre de la Santísima Trinidad tomo posesión de todas las islas y tierras que nuevamente he descubierto y deseo descubrir hasta su Polo.

Posesión en nombre de la Iglesia católica

Tomo posesión de todas las dichas tierras y parte en nombre de Jesucristo, remedio de todas las gentes por más incógnitas que sean, y en nombre de su madre Santísima la Virgen María de Loreto, y en nombre de San Pedro y de San Pablo y de todos los sagrados apóstoles y discípulos, y en nombre del Vicario universal de Cristo el Pontífice romano, y en nombre de toda la Iglesia católica y de todas aquellas cosas piadosas, justas y santas que tienen derecho a esta tal posesión; que tomo con ánimo y a fin de que en toda la dicha parte a todos sus naturales se predique el santo y sagrado Evangelio celosa y desnudamente.

Posesión en nombre de San Francisco y su orden

Tomo posesión de todas las dichas tierras y parte en nombre de mi padre San Francisco, y de toda su religión y profesos della, y como presentes en nombre del padre comisario fray Martín de Monilla, y fray Mateo de Vascones, y fray Antonio Quintero y fray Juan de Merlo, todos cuatro sacerdotes, y en nombre de fray Juan de Santa María y de fray Francisco López, ambos legos, venidos aquí todos seis a petición mía por mandado de Su Santidad y de Su Majestad y de su comisario general y provincial de la provincia de los Doce Apóstoles del Perú; de cuya orden deseo salgan todos los obreros para desmontar y criar esta viña del Señor, y los labradores que han de sembrar su santa palabra y doctrina y coger los frutos della, como en su lugar mostraré.

Posesión en nombre de Juan de Dios y de su orden

Tomo posesión de todas las dichas tierras y parte en nombre de Juan de Dios y de todos los hermanos profesos de su orden, y como presente en nombre de Lázaro de Santa María que aquí vino en cumplimiento de un breve que Su Santidad me dio para este fin, para que ellos mismo funden, administren y conserven con sus profesa caridad a todos los hospitales que en todas estas partes ha de haber, y tan necesarios son para que los naturales suyos se aficionen a todo nuestro proceder, y nos tengan la devoción y el amor que merece el ver cómo los nuestros curan y sufren sus enfermos y les hacen otros bienes.

Posesión en nombre de la orden del Espíritu Santo

Tomo posesión de todas las dichas tierras y parte de todo el derecho que Su Santidad y Su Majestad determinaren ha de haber lícitamente de repartimientos de tierras y encomiendas de las gentes dellas, como a descubridores, pobladores, defensores y conservadores que han de ser todos los caballeros que en estas partes han de militar debajo de la orden del Espíritu Santo, obligados sin salario al uso de todos los oficios Reales y públicos, y toda policía divina y humana de los naturales, y defensa dellos, y con profesión de todo lo demás que en las constituciones se dice.

Posesión en nombre de Su Majestad

Finalmente tomo posesión desta bahía, nombrada de San Felipe y Santiago (200), y de su puerto de la Vera-Cruz, y del sitio a donde se ha de fundar la ciudad de la Nueva Hierusalem (201) en altura de quince grados y un tercio, y de todas las tierras que dejo vistas y estoy viendo, y de toda esta parte del Sur hasta su Polo que desde ahora se ha de llamar Australia (202) del Espíritu Santo, con todos sus ane-

(200) Hoy, *St. Philip and St. James Bay.*

(201) En las proximidades de la actual población de Talomako.

(202) En el Manuscrito de Marina, está enmendado y puesto malamente Australia, y digo malamente, porque Quirós, según manifiesta en

jos y pertenecientes; y esto para siempre jamás cuanto en derecho ha lugar, en nombre del Rey don Felipe, tercero deste nombre Rey de las Españas e Indias orientales y occidentales, mi Rey y Señor natural, cuyo es el gasto y costa desta armada, y de cuya voluntad y fuerzas ha de emanar la fundación, gobierno y sustento de todo lo que se pretende, espiritual y temporal, destas tierras y gentes, y en cuyo real nombre están descogidas estas sus tres banderas, y yo enarbolo este su estandarte Real.» —Fueron hechos los autos de esta posesión, y lo firmaron ciertas personas por testigos.

Hecha la diligencia digan todos (como dijeron en altas voces): ¡Viva el Rey de España don Felipe tercero Señor nuestro! Y al punto nos entramos en la iglesia a dar a Dios las debidas gracias.

Las misas que se dijeron, la comunión de toda la gente, la bendición del estandarte Real, y banderas, y la fiesta que se hizo

Dijéronse tres misas: la cuarta, que fue cantada, la dijo nuestro padre comisario. La gente toda comulgó fervorosamente. Hecho esto, los tres alféreces, que ya tenían en las manos las banderas, las inclinaron en el suelo enfrente del mismo altar; el alférez Real teniendo el estandarte derecho. Los bendijo el comisario con grande solemnidad, y a cierta señal que se dio los navíos, cuyas banderas de topes mostraban las armas Reales y a sus dos lados las dos columnas y el *plus ultra* y los gallardetes ondeando, dispararon a buen compás todas sus piezas; los soldados sus arcabuces y mosquetes, los artilleros los cohetes y las ruedas, y en medio de todo este ruido se dijo en altas voces: —Digan todos, como dijeron con gozo casi infinito, una vez y muchas veces: —¡Viva la fe de Cristo! Y con esto se dio fin a la celebración desta fiesta.

uno de los memoriales dirigidos al Rey, que se publicaron en el tomo II, formó este nombre del de Austria, a cuya Casa reinante a la sazón en España dedicaba sus descubrimientos. (Nota edic. de J. Zaragoza).

CAPITULO LXIV

Lo que pasó al capitán con el piloto mayor y ciertas personas que por él le hablaron en pro y en contra, y la libertad de dos esclavos

Luego el piloto mayor rogó con encarecimiento grande al capitán le perdonase. El capitán le preguntó de qué le pedía perdón, porque si procedía de cosas que tocaban a él, estuviese cierto que sin que tal perdón le pidiese estaba perdonado, y que si el perdón pedido nacía de cosas tocantes al servicio Real, lo dijese, para que fuese sabido que el haberle descompuesto fue con razón y justicia. El piloto mayor dijo a esto, jurando con grande demostración de inocencia, que ni al Rey ni al capitán ofendió en cosa alguna, ni deseó de ofender; y dijo a esto el capitán: —Según lo dicho, yo soy el que debo de pedir ese perdón.

Luego un cierto religioso apartó al capitán y le dijo estaba el piloto mayor muy reconocido y grato, y que de allí adelante había de hacer maravillas en todos casos, y que ya las estaba obrando y era deso testigo. El capitán le dijo que lo dejaba a Dios, que sabía las más secretas intenciones y no le podían engañar, y que para con él muy de otra manera lo había de haber hecho el piloto mayor, habiéndose fiado de su persona negocio que en sí encierra tantos bienes y juntamente su honra; y que aún era muy temprano, porque sus obras de atrás le habían avisado no se fiase de sus palabras ni ofrendas, y que el haber hecho tanto bien a quien no lo aprovechase le quedaría por pena.

Otras personas había que daban prisa al capitán contra el piloto mayor, y a todas respondió que hasta Dios justifica sus causas, avisando, perdonando y esperando; y que cuando no aprovechaba, tomaba en la mano el azote e iba dando los golpes como merecían los culpados, y que al piloto mayor tenía preso, entendiendo ser castigo que de presente bastaba.

Libertad dada a dos esclavos

El capitán rogó al capitán Alonso Alvarez de Castro, y a Juan Bernardo de Fuentidueña, piloto del almiranta, que diesen, como dieron de muy buena voluntad apuntando

causas piadosas y por honra de la fiesta de aquel día, libertad a un esclavo que cada uno tenía, de que le hicieron sus cartas. Esto hecho, nos fuimos a comer a la sombra de grandes y coposos árboles junto a un claro arroyuelo, el cuerpo de guarda vivo y repartidas las postas.

CAPITULO LXV

Elección de cabildo y regimiento, y nombres de las personas electas, y lo demás que pasó hasta que la gente se embarcó

Habiendo pasado la siesta, el capitán hizo junta del maese de campo, almirante, alférez Real, sargento mayor, y capitanes, y les dijo deberse, pues estaba tomada la posesión de aquella tierra y nombrada la ciudad de la Nueva Hierusalem, con su acuerdo elegir cabildo y regimiento y más ministros que suele haber en una ciudad cabeza de una provincia; y porque dijeron ser así conveniente, fue acordado entre todos que esta elección se hiciese en la manera siguiente:

Regidores.—Don Diego Barrantes y Maldonado;
Luis de Belmonte Bermúdez;
el licenciado Alonso Sánchez de Aranda;
el capitán Manuel Noble;
Francisco de Medina;
Francisco de Mendoza y Sarmiento;
Francisco de Zandategui;
Antonio Francisco Camiña;
Juan Ortiz;
Alonso Pérez de Medina;
Juan Gallardo de los Reyes;
Pedro Carrasco;
Gil González;
Santiago de Iriarte, escribano de cabildo.
Alcaldes ordinarios.—Don Alonso de Sotomayor;
el capitán Rodrigo Mejía de la Chica;
Alguacil mayor, el capitán Gaspar de Gaya.
Oficiales Reales.—Don Juan de Iturbe, contador;
Don Juan de la Peña, tesorero;
Juan Bernardo de Fuentidueña, factor;
Don Antonio de Chaves, escribano de minas y registros;

Don Diego de Prado y Tovar, depositario general;
Don Juan de Espinosa y Zayas, proveedor general.

Luego que la dicha elección fue hecha, todos los dichos hicieron juramento, poniendo la mano derecha sobre un breviario que en las suyas tenía el padre comisario, de que guardarían la lealtad que se debe a Su Majestad, en cuyo nombre se le habían dado los dichos oficios: y con esto se cerró la junta.

Luego se puso en orden el cabildo, y todas las demás personas lo fueron acompañando hasta la iglesia: estaba dentro en ella el comisario, que mostrando la levantada Cruz, dijo: —Aquí, señores, tenéis esta Santa Cruz, semejanza de aquella en la cual por la misericorcia divina se remató todo nuestro remedio y todo nuestro bien: y tantas fueron sus lágrimas que no pudo más decir.

El capitán se embarcó llevando la misma Cruz, el estandarte y banderas, y llegado a la nao, dijo fuese quitado aquel montón del penol, a donde estaba para castigo de culpas, porque no creía que personas que tuvieron tan honrada suerte darían ocasión cuya pena fuese soga; y al maese de campo ordenó, que con la gente se entrase la tierra adentro este día más que otros. Y viéronse en ella más y mejores haciendas y pueblos, y en el uno hallaron muy ocupados los indios en sus bailes, y como vieron a los nuestros, se entraron a más correr por los montes, dejando sembrados por donde iban arcos, flechas y azagayas. Los nuestros hallaron dos puercos asados y todas otras sus comidas, que comieron a su placer y a buen sabor: trajeron vivos doce puercos, ocho gallinas y pollos, y encontraron un árbol cuya vista causó porfía que su tronco no lo abrazarían de quince para veinte hombres, y se volvieron a las naos.

CAPITULO LXVI

Cuéntase una sementera que se hizo, la entrada de un valle; traída de tres muchachos, y lo que pasó con los indios

El capitán, al postrero día de Pascua, llevando la gente que le pareció, fuese a una hacienda cercada de los indios y en ella se sembró cantidad de maíz, algodón, sapallos, melones, badeas, habas, garbanzos, frísoles y otras de nues-

tras legumbres y semillas, y cargados de muchas raíces y habiendo pescado en playa se volvieron a las naos.

El otro siguiente día el capitán envió al maese de campo con treinta soldados a reconocer cierto alto, a donde hallaron un grande y apacible valle y pueblos: y como de sus moradores fueron los nuestros sentidos, se juntaron muchos dellos, y se pusieron en arma. Cogieron allí tres muchachos, el más viejo de siete años, y veinte puercos. Con esto dieron la vuelta los nuestros, y los indios con ánimo y brío acometían la vanguardia, batallón y retaguardia, tirando en suma de flechas. Salían al encuentro los caudillos, que les hacían perder con las cargas que les daban la tierra que iban ganando. Llegados, pues, a cierto paso, hallaron sobre unas peñas muchos indios con conocidos deseos de hacer cuanto mal pudiesen: aquí fue su mayor priesa, su flechar, despedir galgas, y en gran peligro los nuestros: y el capitán que oyó tanto tirar de mosquetes con alaridos tan grandes, tantas voces y tantos gritos, hizo disparar tres piezas para amedrentar los indios y animar a los nuestros y porque mejor atinasen a donde demoraba el puerto, y que el resto de toda la gente que quedó en las naos y la playa fuesen a socorrer a gran priesa; y habiéndose juntado se vinieron a las naos, salva la presa y sanos todos.

Estaba allí cierta persona que dijo en alta voz: —Más quisiera para comer treinta puercos que tres muchachos. Oyó esto el capitán, que dijo con sentimiento más quería a uno de aquellos niños que a todo el mundo por suyo. Hizo sobre esto discursos, y concluyóse con decir: —Son mis pecados y a solos ellos doy la culpa. Y ¿cuánto mejor pareciera en la persona que tal disparate dijo, que diera a Dios las alabanzas debidas, pues por modo tan extraño y no pensando atrajo aquellas tres almas, de que se podía entender estaban predestinadas?... Y por aquel dicho primero hubo allí ciertos rencores de parte del que lo dijo, y más de sus allegados.

Los indios el otro día siguiente, teniendo otros emboscados, vinieron a acometer a los nuestros que estaban haciendo aguada; y sentidos de las postas tocaron arma a gran priesa, y con ésta tiraron los indios sus flechas, y los nuestros sus mosquetes, y dando gritos se fueron, dejando rastro del mal que hicieron las balas.

Parece que con rabia los indios, de no se poder vengar

en nosotros, fueron a desbaratar la iglesia. El capitán a gran priesa envió en ambas barcas gente armada que lo fuesen a impedir; mas como las vieron ir, se fueron poco a poco retirando. Al parecer, querían que se empeñasen los nuestros para llevarlos a donde estaban escondidos otros muchos, que luego vimos ir pasando el río del *Salvador*.

CAPITULO LXVII

Salió la zabra a reconocer la boca del río grande. Dícese lo demás que pasó en razón de entradas

Con zabra, barca y gente se envió al maese de campo a reconocer la boca de un río que está en medio de la bahía. Tentóse su fondo, y hallóse que con todo un remo y el largo de un brazo no se alcanzó a su suelo. Entró la barca más adentro; y dio la vista del río a los que iban en ella mucho gusto, así por su grandeza, bondad y claridad de agua, como por la mansedumbre della y hermosura de las arboledas de sus orillas.

Pasó la zabra adelante; saltó nuestra gente en la playa; entró por la tierra adentro: hallaron un pueblo pequeño de cuatro calles, y plaza adelantada en lo más eminente del sitio, y a su redondo muchas haciendas cercadas de *guincha* (203). Fueron sentidos de dos espías, y dellas avisados los indios que al punto se huyeron todos. Los nuestros hallaron dentro de sus casas peces-reyes, lizas, y otros géneros de pescados asados envueltos en hojas de plátanos, y en cestillas cantidad de almejas crudas, y colgando de ciertos palos, muchas de sus frutas y flores, allí cerca unos entierros y una flauta, y ciertas cosas pequeñas labradas de piedra mármol, y de jaspe; y porque oyeron atambores y caracoles, y un gran mormurio a la sorda, entendiendo ser junta de mucha gente, dieron los nuestros la vuelta, siendo seguidos de los indios, que no osaron acometerlos. Al fin se embarcaron en paz y se volvieron a las naos.

Otras muchas veces salió nuestra gente a pescar y a buscar cosas menesterosas para el servicio de las naos; volvien-

(203) Palos.

do dellas más contentos de la bondad de la tierra, de sus frutos y mayores pueblos. No les faltaron encuentros, y entiendo se mataron algunos indios, aunque más me lo negaron.

CAPITULO LXVIII

Cuéntase la fiesta del Corpus Christi, y la procesión que se hizo

Las obras de carpintería se acabaron todas a veinte de mayo. Este día ordenó el capitán al maese de campo, que con cien soldados fuese a tierra y procurase en ella de adornar a nuestra iglesia de Loreto y a su redonda hiciese calles para que el siguiente día, que lo era de *Corpus Christi,* fuese allí celebrada su fiesta cuanto alcanzasen nuestras fuerzas. A la noche fue festejada esta víspera en las naos como la otra pasada.

Antes que rompiese el alba del siguiente día, salió nuestra gente a tierra, y en ella hizo escolta a nuestros seis religiosos, que acomodaron todo lo que les tocaba; y ya que todo estaba presto fue avisado el capitán, que luego se embarcó dejando en cada navío a dos hombres, y llevó los demás consigo. Llegados, pues, a la palya, con todos saltó en tierra y fue a la iglesia, cuya puerto estaba al Norte y al mar su portada, galanamente aderezada con las cosas de la tierra, la techumbre y parte del cuerpo cubierto de ramos verdes, y un muy curioso altar debajo de un dosel, su más servicio de plata; por retablo un Cristo crucificado pintado en un grande lienzo, con cuatro velas a sus lados y dos pebetes ardiendo.

Habiendo hecho oración salió para ver la cuadra, a cuyos principios había dos altos arcos triunfales enlazados de palmas, pimpollos, y flores; desto mismo estaban sembrados los suelos; las calles formadas de muchos árboles, quedando dellos adentro hecho un claustro, y allí, como significando jardín, plantadas diversas ramas y yerbas; y en dos ángulos, debajo de otros dos arcos, estaban puestos dos altares con sus cielos, frontales y las imágenes de San Pedro y de San Pablo, y su autor, el hermano Juan de Dios de rodillas a un lado estaba haciendo oración.

Era este día claro, alegre y sereno, y como el sol hería por las coronas de los árboles y por donde hallaba entrada comunicaba sus rayos, mostraba en la mayor espesura la diferencia de frutos que tenía cada planta: allí mismo se oía la porfía con que las aves cantaban y discantaban: veíase mover las hojas y los ramos blandamente, y todo el sitio ameno, fresco, sombrío, y por que nadie faltase sentíase el poco aire que bastaba, y se mostraba manso y obediente el mar.

Y vueltos a la iglesia luego, se dijeron dos misas: a la tercera que dijo el padre comisario, se ordenó la procesión, desta manera. Iba delante un soldado llevando en las manos la cruz pesada de naranjo; seguía un fraile lego con otra de sacristía, dorada, con manga levantada en una asta, y a sus lados dos monacillos con ciriales y con hopas coloradas, y todos tres sobrepellices, y luego las tres compañías en orden llevando en medio cada una su bandera, y su caja tocando a son de marchar. Había una muy vistosa danza de espadas de once mozos marineros, sus vestidos eran de sedas columbinas rojas, verdes, y cascabeles en los pies; danzaban con mucha destreza y gracia al son de una vihuela, que tocaba un viejo honrado: seguía otra de ocho niños todos vestifos como indios, calzones y camisetas de tafetanes morados, azules, leonados, guirnaldas en las cabezas, en las manos blancas palmas, y en las gargantas de los pies collares de cascabeles: danzaban con rostros muy sosegados y cantaban sus motetes al son de tamborín y de flauta que les tocaban dos pláticos.

Seguía el estandarte Real acompañado del maese de campo, sargento mayor y capitanes: seguían seis regidores, cada uno con una hacha encendida en la mano: seguía el palio que era de seda amarilla; sus seis varas las llevaban los tres oficiales Reales y otros tres regidores; iba debajo el comisario que llevaba en las manos un cofre de terciopelo carmesí, clavazón dorado, en que iba el Santísimo Sacramento que otro lego con un incensario incensaba: todos cuatro sacerdotes iban alegres cantando el himno de *Pangelingua*. El capitán, que llevó el estandarte Real hasta la puerta a donde lo entregó a su alférez, se puso detrás del palio con los dos alcaldes y el alguacil mayor.

Y cuando ya por la puerta iba saliendo el Señor, se repicaron reciamente las campanas; la gente, que atenta estaba

mirando, se arrodilló por los suelos; los alférez tres veces abatieron las banderas; los atambores tocaban apriesa las cajas a son de batalla trabada; los soldados, que tenían las cuerdas caladas, dispararon fuego a las cámaras y a los versos que allí había para más seguridad del puesto, y en las naos los artilleros a las lombardas y a los versos que tenían zabra y barcas, que puestas y cerca estaban para lo que sucediese. De nuevo y a buen compás se fueron siempre dando cargas y refrescando las cosas; mas cuando daba lugar la espesura del humo, veíanse por entre aquellas verduras tantas bandas y penachos, y tantas picas, chuzos, bisarmas, rodelas, tantas espadas lucientes, alabardas, y venablos, y las ginetas, con bastones empuñados, y en los pechos tantas cruces, y tanto oro, matices, colores, sedas haciendo visos tremolando, y entre tanto bullicio en todo tanto concierto, que muchos ojos, no pudiendo detener lo que brotaba el corazón, dieron a otros motivos de derramar gozosas lágrimas. Y con esto se recogió la procesión, faltando allí quien nos viese, y quedando la gente de guerra teniendo la iglesia en medio con cuatro cuerpos de guarda. Los danzantes danzando por más celebrar la fiesta, se quedaron dentro en ella, y salidos a su puerta les dijo el capitán: —Tengan todos esos vestidos por suyos, que son hacienda Real: yo quisiera que ellos fueran de brocado de tres altos o de otros más altos precios.

Por remate se dijo la cuarta misa para que fuese oída de las postas, que en cierto puesto estaban puestas para guarda de la gente que de la tierra se veía, aunque lejos, en la playa y en los cerros.

Esto hecho, se fue el capitán derecho a repicar las campanas diciendo, que fuese en nombre de los que en Lima dijeron que irían a aquella tierra cuando a ella los llevasen.

El indio que se trajo de Taumaco y después se llamó Pedro, este día andaba vestido de tafetán tornasol con una cruz en los pechos con su arco y sus flechas, tan lozano y tan espantado y alegre de todo cuanto veía y de su cruz, que miraba y la mostraba poniendo la mano en ella, y la nombraba muchas veces. Cosa digna de notar, pues hasta a un bárbaro una cruz levantó el ánimo con no saber qué insignia era.

Habiéndose dado a las almas tan dulce y sabroso pasto como suena, se apartaron amigos y camaradas a los puestos

dedicados para fogones y ollas, a donde puestas las mesas a la sombra de altos y enramados árboles, lo dieron todos a los cuerpos.

En cuanto duró la siesta hubo músicas y bailes y buenas conversaciones; y quien dijo, era dichoso aquel día, y dichoso lo vio por haber sido el primero celebrado en honra del Señor altísimo en tierras extrañas y ocultas; y por ser nuesta gente poca y los naturales muchos, fue juzgado de algunos por grande atrevimiento: yo digo que no fue sino grande acierto y muy bueno el fiador.

Hubo allí quien dijo, que pareció anuncio de lo sucedido esta octava de don Alonso de Ercilla, a cuya contraposición un gran devoto desta empresa ordenó la otra que se le sigue:

Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de extranjeros pies jamás pisadas;
Las cuales estarán siempre encubiertas,
Y de aquellos celajes ocupadas,
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque más sus secretos se engrandezcan (204).

Ves las manchas de tierras sin cubiertas
Tan claro y tan patente divisadas,
Son las que agora han sido descubiertas
Y de cristianos pies luego pisadas;
Las cuales estuvieron encubiertas
Mil siglos, de celajes ocupadas,
Hasta que quiso Dios que pareciesen
Y sus secretos más engrandeciesen.

El capitán hizo embarcar parte de la gente, y con el resto, a son de cajas, entró la tierra. Vio su sementera brotada y las estancias, casas labranzas, frutales, y habiendo andado una legua, se recogió por ser tarde. Luego que entró en la nao, dijo que pues de aquella bahía estaban sus naturales de guerra, y no hubo un azar en nuestra parte, saliésemos el

(204) *La Aracucana* de Alonso de Ercilla, canto XXVII, octava 52. (Nota ed. J. Zaragoza).

otro día del puerto a ver las tierras del barlovento. El almirante le rogó, en nombre suyo y de todos, que esperase otro día para que la gente pescase. Sucedió que pescaron en cierto rincón, de donde trajeron a las naos cantidad de pargos (205) que se dicen siguatados, como los hay en la Habana y otros puertos, muertos al cordel, y a cuantos comieron dellos les dio bascas, vómitos y ardores.

Mucha pena dio a todos este mal tan repentino y no esperado, y no faltaron juicios ni estimación de uno que dijo que porque mucho costase algo, se aguó lo dulce con lo amargo.

CAPITULO LXIX

Dase razón desta bahía, y de todo lo contenido en ella y en su puerto

Esta bahía, a la cual el capitán dio por nombre *San Felipe y Santiago,* por haber sido descubierta en su día, dista de Lima al parecer mil y setecientas leguas, y de Acapulco mil y trescientas, y mil y ciento de la ciudad de Manila en Filipinas. Su entrada está al Noroeste en quince grados parte del Sur, y el puerto en quince y un tercio. Tiene de circuito veinte leguas, y de entrada cuatro y de variación de agujas siete grados al Nordeste.

La tierra con que se forma, de la parte del Oriente corre derecho al Norte con repechos altos, y valles poblados de gente y de muchos árboles (206). Acaba en la boca con una frente alta seguida a pique, y tira la costa a Leste y de allí al Sur, y Sueste sin saberse qué fin tiene.

La otra tierra del Poniente se corre al Noroeste y tiene de largo hasta su punta once leguas, todas de luengo, de una sierra de mediana altura que la baña el sol cuando sale, a donde hay manchas sin árboles cubiertas de yerbas agostadas. Hay quebradas y arroyos, que algunos bajan de lo alto a sus faldas, a donde se veían muchos palmares y poblaciones; y de la punta va corriendo la costa al Oeste.

Su frente desta bahía, que es el Sur, tiene de largo tres

(205) De la familia del besugo.
(206) Hoy, cabo Quirós.

leguas, todas ellas de una playa, y en medio un río que se juzgó ser tan ancho como Guadalquivir en Sevilla, a cuya boca hay de fondo dos y más brazas por donde pueden entrar barcos y buenas fragatas. Llamóse el *Jordán* (207). En su derecho se arma el crucero en el cielo, que hace el sitio notable.

A la parte del Leste al rincón desta bahía tiene otro mediano río llamado del *Salvador,* en el cual entraban las barcas a hacer aguada a su placer. Las aguas de ambos ríos son dulces, delgadas y frescas: dista el uno del otro legua y media de un guijarral negro, menudo y pesado, bonísimo para lastre de navíos.

Entre los dichos dos ríos está el puerto (208). Su fondo es limpio de arena negra, donde cabe mucho número de naos en las brazas que quisieren de cuarenta a media. No se sabe que tenga broma. Por no estar la playa robada, ni carcomida, y verdes las yerbas cerca del agua, se entendió no ser batida de mares, y por los árboles estar derechos sin azotes ni desgajes, se juzgó no haber grandes temporales. Llamóse puerto de la *Vera-Cruz,* por ser su día cuando en él surgimos (209).

En toda la bahía no se vio banco, placel, ni arrecife; es tan hondable que no hay donde poder surgir si no es en la referida frente y puerto, y es mejor arrimándose más al río del Salvador, y en otro puerto mediano que dista dos leguas deste, en la costa de Norte-Sur.

Toda la dicha frente está ocupada de grandes y espesos árboles con algunos caminos a la playa: pareció servirles como de muralla para mejor defenderse y ofender a otros indios que les dan guerra. Todo lo demás es una vega llana, pareja, con sierras de ambas partes: las de Poniente van corriendo hacia el Sur, siendo cada vez más altas y más dobles. A la vega no se le ha visto el fin que tiene; es tierra negra, grasa y de gran migazón. Está desmontada de los árboles silvestres con muchos frutales, sementeras, huertas cercadas

(207) Yora River.

(208) El pueblo donde fondeó Quirós casi ha desaparecido por un levantamiento del fondo marino y los aluviones del Yora River.

(209) El capitán Prado Tovar que iba en la nao Almiranta, hizo un plano de la bahía de S. Felipe y Santiago, que se conserva en el Archivo de Simancas. (M. P. XVIII-82).

de palizadas: por todo el sitio cantidad de caserías, y en todo lo que se alcanzaba a ver se divisaban muchos fuegos y humos, testigos de sus muchos pobladores.

La gente (210) que se vio aquí en común es corpulenta, no del todo negra ni mulata; tiene el cabello frisado, buenos ojos, cubren partes con ciertas telas que tejen: son limpios, amigos de fiestas y bailes al son de flautas y de atambores, de palo hueco; usan tocar caracoles, y en sus arremetidas, alcances y retiradas, dan grandes gritos.

Sus armas son macanas de palo pesado y arcos de lo mismo; flechas de carrizo con puntas de palo tostado muy agudas, dardos con trozos de huesos engastados. No se entendió haber yerba.

Tienen sus entierros cubiertos: algunos se vieron enramados y sus oratorios con figuras, a que ofrecen y respetan. Es gente al parecer animosa y parcial, y no les duele el mal de sus vecinos, pues los vian estar peleando con los nuestros sin los querer ayudar.

Las casas son de madera cubiertas de hojas de palmas a dos vertientes, con su cierto modo de sobrado a donde tienen sus comidas; las pertenencias muy limpias. Tienen también sus macetas de arbolitos no conocidos; las hojas son muy suaves, casi de color leonado.

El pan que tienen es grande suma de raíces, cuyos pimpollos o ramas trepan en palos que para esto les arriman. Son las cortezas pardas, las médulas moradas, amarillas y encarnadas, las unas muy mayores que las otras; haylas de vara de largo y media de grueso, y también otras dos castas, la una casi redonda y del grandor de dos puños, más o menos; su sabor como de papas del Perú. El meollo de la otra es blanco, su forma y grandor como de mazorcas de maíz por desollar. Todas tres castas son de una pasta sin nervios, suelta, suave y aceta al gusto. Es pan tan sin trabajo todo lo destas raíces, que no tienen más beneficio que sacarlas de la tierra y comerlas asadas y cocidas. Echadas en las ollas son muy buenas: comiéronse muchas y por su buen sabor y ser de mucho sustento se dejaba nuestro bizcocho. Duran

(210) Pertenecen a la familia melanesia, fruto de la mezcla de los negros papúas y de los polinesios y malayos. Pero aquí predomina la raza negra, papúa.

tanto sin corromperse, que hasta el puerto de Acapulco, las que guardaron, llegaron sanas.

La carne es mucha cantidad de puercos mansos, unos rojos, otros negros, o blancos y manchados. Viéronse colmillos de palmo y cuatro dedos de largo, y puerco se mató de ocho arrobas de peso. Los indios usan asarlos enteros sobre guijarros envueltos en hojas de plátanos. Es modo limpio que da a la carne buen color y no se pierde la sustancia.

Hay muchas gallinas como las de Europa. Usan capones: hay muchas palomas torcazas; tórtolas, patos reales y unas como perdices muy pintadas, de picos y pies colorados. Hallóse una en un lazo con que las arman.

Hay cantidad de golondrinas. Viose un papagayo e ir volando grandes bandadas de periquitos, y oíase, estando en las naos, desde que rompía el alba, una muy dulce armonía de millares de diversos pájaros, al parecer calandrias, mirlas, ruiseñores y otros, y se gozaba las mañanas y las tardes de los suaves olores que despedían árboles de tantos géneros de flores, juntamente albahaca. También se vio una abeja, y cantar muchas chicharras.

El pescado son peces-reyes, lizas, lenguados, salmonetes, pargos, meros, macavis, otro género como sábalo, cazones, grandes rayas, pámpanos, viejas, peces puercos, sardinas, palometes, anguilas, rubias y otros peces, que con tres mallos que tienen, al parecer, de pita el hilo y con otras redes en arcos para canales pescan los indios, y de noche al candil. Los nuestros pescaron con atarrayas (211) y chinchorros su buena parte; y de marisco se vieron camarones y almejas.

Sus frutas son grandes, y muchos cocos, y según se entendió no hacen dellos mucho caso, de cuyas palmas se puede hacer luego vino, vinagre, miel y suero para dar a los enfermos. Los palmitos se comen crudos y cocidos: los cocos cuando están verdes sirven de cardos y de natas: cuando maduros es sustento de comida y de bebida en mar y tierra: cuando viejos dan aceite para alumbrar, y curar tan bien como con el bálsamo, y para comer cuando nuevos. Sus cascos son buenos para vasos y frascos: de sus capullos sale estopa para calafatear las naos y para hacer cables y todas jarcias y las cuerdas ordinarias, y de arcabuz la mejor: de las

(211) Veneno.

hojas se hacen velas para embarcaciones pequeñas y esteras finas y petates con que se aforran y cubren las casas que se arman con los troncos, que son derechos y altos; y dellos se sacan tablas y lanzas y otros géneros de armas y muchas cosas para el servicio ordinario y todas de mucha dura: del aceite se hace la *galagala,* que excusa brea. En suma, es viña sin necesidad de beneficio y todo el año se disfruta.

Hay tres castas de plátanos, la una la mejor de cuantas he visto, olorosos, tiernos y dulces.

Hay muchos *obos*, que es una fruta casi del tamaño y sabor de melocotones, de cuyas hojas se pueden criar gusanos de seda, como se crían en otras partes.

Hay gran suma de una fruta que nace en altos árboles, cuyas hojas son grandes y arpadas, su grandor como melones comunes, su forma casi redonda, la corteza delgada, la haz cruzada a cuadritos, la médula entre amarilla y blanca, las pepitas seis y ocho. Cuando madura es muy dulce, cuando verde se come cocida y asada. Comióse mucha, y hallóse ser sana y que los indios usan ordinario della.

Hay dos castas de almendras, la una con tanta médula como cuatro avellanas a la larga, la otra es de forma triangular; su pepita es mayor que tres grandes de las nuestras y de bonísimo sabor.

Hay un género de nueces, cuyas cortezas son duras y de una pieza el meollo sin división, casi a modo de castaña; su sabor casi como las de Europa.

Hay naranjas sin que se planten; tienen muy gruesas cáscaras, otras delgadas, no las comen los indios. Algunos nuestros dijeron haber limones.

Hay muchas y muy grandes cañas dulces coloradas y verdes, bien largas y reforzados sus cañutos, de que se puede hacer azúcar.

Halláronse por la montaña del repecho junto al puerto muchos y grandes árboles cargados de nueces de especie, y se trajeron a las naos así verdes como estaban en sus ramos: sus hojas no son del todo verdes por la una parte, y por la otra tiran a pardas; su largo de un jeme más o menos, y en lo de más ancho tres dedos. La nuez tiene dos cáscaras, entre las cuales se cría lo que llaman *masia* al modo de redecillas; su color anaranjado: la nuez es algo larguilla, y

(212) Redes arrojadizas.

hay quien dice que ésta es la mejor casta. Los indios no hacen ningún caso dellas, y los nuestros las comían verdes, y las echaban en las ollas, y la masia por azafrán.

Hallóse en la playa un fruta a forma de piña, y preguntado a Pedro si se comía, dijo que no más que del árbol que aquella fruta daba se comía la corteza.

Otras frutas a forma de higos, de avellanas y de albaricoques, se comieron; otras se vieron, mas no se supo qué frutas eran, ni las que más hay en la tierra; y para dar razón desto y de otras cosas, es menester estar un año en ella y andar mucho della.

Lo que es yerba, no conocí otras sino muchos grandes bledos, verdolagas y calabazos.

Tienen los indios del barro negro unas bien obradas ollas, mayores y menores, y cazuelas y escudillas a hechura de barquillos. Entendióse que usaban de algún brebaje porque en las mayores ollas y en cuevas se hallaron ciertas frutas acedas.

Pareciónos ver allí tres canteras de buena piedra mármol; digo buena, porque se vieron ciertas cosas hechas della y de jaspe. Viose ébano y grandes caracoles de nácar, y unos medianos telares; y en una casa se vio un montón de piedras negras pesadas, que salió después metal, a donde se halló plata, como adelante se verá. Dos de los nuestros dijeron que habían visto pisadas de grande animal.

El temperamento pareció muy saludable, así en las fuerzas y corpulencia de los naturales como porque en todo lo que allí estuvimos no cayó enfermo un hombre, ni se sintió molesto, ni quebrantado con trabajar y sin guardarse de beber en ayunas a deshoras y sudados, ni de mojarse con agua salada, ni dulce, ni de comer cuanto la tierra cría, ni del sereno, luna, y sol que no era muy ardiente de día y de media noche abajo pedía y se sufría bien ropa de lana; y el vivir los naturales en casas terreras, teniendo tantas maderas, es indicio de ser la tierra muy sana, y más en verse muchos viejos. Oyéronse pocos truenos, viéronse pocas lluvias, y por venir los ríos claros se entendió ser ya pasadas las aguas.

Notóse no haberse visto cardones de ninguna de sus castas ni arenales, ni ser los árboles espinosos, y que muchos dellos siendo silvestres dan buenos frutos. También se notó no tener nieve las sierras, ni haber en la tierra ningún géne-

ro de mosquitos ni hormigas, que suelen ser muy dañosos en las casas y en los campos, ni sabandijas ponzoñosas en las montañas, ni en las tierras cultivadas; también ni en los ríos caimanes, y que el pescado y la carne duraban sanos por salar dos y más días; la tierra tan apacible, tan llena de arboledas, y tantas suertes de pájaros, que por esto y los otros buenos efectos se entendió ser allí clemente el cielo y que guarda su orden naturaleza. De lo que pasa en las sierras no se puede dar razón hasta que se vaya a ellas.

Por no se ver muchas ni grandes piraguas, habiendo tanta población y tan grandes árboles, ni otras embarcaciones más de sólo unas pequeñas canoas, y por ser las sierras tan altas de cordilleras a Poniente y Levante y al Sur, y ser tan grande el río Jordán, en cuya boca se vieron muy grandes árboles arrancados y traídos cuando el invierno, se entendió ser grande la tierra y tanta su abundancia, que los naturales della a esta causa son holgazanes y no tienen necesidad de buscar otras.

Puedo decir con razón que tierra más apacible, sana y fértil de sus frutos; ni sitio de mayor aparejo de canteras, maderos, y barro para teja, y ladrillo para fundarse una muy grande ciudad, junto al mar y a puerto y a un buen río en un llano con llanos cerca de sierras, lomas y quebradas; ni de mayor aparejo para criar, plantar y sembrar de todo cuanto produce Europa y las Indias juzgado por la disposición de lo dicho; ni de puerto más alegre ni más airoso con todos los requisitos menesterosos para serlo, sin de presente conocérsele contrarios; ni de tantos astilleros, fondo a pique o de menos para fábrica de grande suma de naos de todos portes; ni de monte más abundante, de muy trabadas maderas, buenas para ligazones, curvas, *busardas, forcajes*, altos, gruesos y derechos árboles para tablas y todos mástiles y vergas; ni tierra que por sí sola pueda luego sustentar a tantas gentes extranjeras y tan regaladamente si bien se considera lo escrito; ni que tenga lo que ésta tiene tan junto, tan a la mano y a vista de su puerto, y cerca siete islas que bojean doscientas leguas al parecer de las mismas calidades, y que tenga tantas tan buenas señales para ser buscada y hallada sin bajíos ni tropiezos, y casi a medio camino y otros tercios islas conocidas con gente y puertos adonde se puede hacer escala, no la he visto en todo cuanto he andado ni he tenido noticia.

Hago ejemplo en el puerto de Acapulco por ser de fama, y de una ciudad tan principal como es Méjico. Digo, pues, que si es bueno para en él surgir naos, que es muy malo por la mucha broma que tiene y por faltarle río y lastre, y ser enfermo lo más del año y el resto insufrible por calores, mosquitos y otros animalillos molestos y dañosos, y mal asiento del lugar, y por la vecindad de altos cerros pedregosos y secos, y porque la provisión necesaria y el sustento les ha de venir de muy lejos, y porque se corrompe presto; y finalmente por caro, y no les faltar a los navíos sus malos ratos del Sueste.

Si se mira desde el estrecho de Magallanes, por sus dos costas hasta los cabos Mendozino, y del Berton en Bacallaos, con ser siete u ocho mil leguas de orilla, hallarse ha que los puertos que yo he visto, el de San Juan de Ulua no merece nombre de Puerto, ni el pueblo ser habitado de gentes; y que Panamá y Puerto-belo tienen poca y mala comodidad y son escalas del Perú; y que Paita, el Callao y Arica, la Habana y Cartagena, con ser éstos de fama, y la Guayara y Santa Marta, y otros muchos principales, con más los de Chile y el Brasil, según que me he informado, son faltos de muchas cosas necesarias, y otros muchos todos playas: y no se hallará ninguno que tenga todas las comodidades que tiene el puerto y tierra de que se trata, que por ser en quince grados se debe esperar mayores bienes, en viente, treinta y cuarenta si sube como promete. Y también digo que aunque no se mejor que lo ya visto, basta por la parte principal para que sea poblado.

Si se mira la costa de España no se hallará en toda ella un tal puerto, y que el terreno della sólo produce de suyo espinos, alcornoques, carrascos, jaras, retamas y a lo más madroños, mirtos y otras malas frutillas, y lo que cría de provecho es a puro beneficio; y en faltando abril y mayo faltan los frutos.

CAPITULO LXX

Cuéntase la salida deste puerto y la arribada a él, y lo que desta vez pasó con los indios en razón de los tres muchachos

Como estaba acordado saliesen las naos del puerto, entendiendo que no sería tanto el mal del siguato, diéronse velas al otro siguiente día, veinte y ocho de mayo. A la tarde los tocados estaban todos tan caídos, que ordenó el capitán a los pilotos, que no desabrazase las naos aquella venidera noche del morro de barlovento y boca de la bahía, hasta ver la disposición con que la gente se hallaba el día siguiente, que venido, estaban todos tales que dijo el capitán volviesen las naos al puerto, a donde, por ser favorable el viento, dimos fondo fácilmente. Tratóse luego de confesar, curar y regalar los enfermos, que todos sanaban brevemente.

Otro día, después de surtos, fueron vistos en la playa muchos indios tocando sus caracoles. Por entenderse que llamaban, ordenó el capitán que en las barcas fuese el maese de campo con gente a saber lo que querían. Estando los nuestros cerca los indios, no pudiendo detener el sufrimiento, con gran coraje al son de sus instrumentos despidieron muchas flechas vanamente. De las barcas se tiraron cuatro mosquetes al aire y se vinieron a las naos.

Luego al punto el capitán hizo volviesen a tierra y llevasen los tres muchachos, para que los indios los viesen, y con esto hacerlos ciertos no se les haber hecho mal, que ésta se entendió ser la causa de todo su desasosiego. Llegados que fueron, luego los muchachos llamaron a sus padres que, aunque oían, no conocían a sus hijos en la voz y en la vista porque iban vestidos de seda. Acercáronse más las bracas para que mejor fuesen vistos, y como fueron conocidos, al punto dos de los indios se entraron hasta los pechos en el agua, mostrando en esto, y en el gozo que tuvieron todo el tiempo que duró su dulce prática, ser padres de los muchachos.

Diose a entender a los indios, que haberse tirado mosquetes había sido porque ellos tiraron flechas. Dijeron a esto que no ellos, sino otros de cierta parcialidad, y que pues ellos eran amigos, les diesen a sus tres hijos. Fueles dicho que trajesen gallinas, puercos y frutas que luego se

los darían. Dieron a entender por el sol, habían de ir y volver a medio día. Fuéronse, y los nuestros se recogieron; y al mismo tiempo concertado, sonaron dos caracoles, salieron a ellos las barcas llevando los tres muchachos, cuyos padres, cuando los vieron y hablaron, no mostraron menos placer que cuando la vez primera. Dieron a los nuestros un puerco y pidieron los muchachos. Dijéronles que trajesen muchos: dieron a entender que el otro siguiente día; que venido, sonaron sus caracoles.

Salieron luego las barcas; llevando en ellas para los indios un macho y una cabra, para quedarles para casta: iban también los muchachos para añagaza de que los indios se entrasen, y los trajesen a las naos para volverlos a enviar. Hallaron en la playa dos puercos, que recogidos, entregraron a los indios el macho y cabra, que con cuidado miraron y gran mormurio entre sí.

Pidieron los padres sus hijos, y porque no se los dieron dijeron que traerían más puercos, y que los nuestros volviesen cuando ellos avisasen. A la tarde hicieron la misma señal: fueron las barcas a tierra, y sólo vieron en la playa estar el macho y cabra atados, y dos indios junto a ellos que dijeron los saliesen a buscar que ellos no los querían. Sintiéndose mal del caso, con cuidado se miró y se vieron por entre las arboledas muchos indios con arcos y flechas. Entendido ser modo para prender algunos nuestros, o de otro mal intento, se dispararon mosquetes, que oídos con grita y mucha prisa se fueron huyendo los indios, y los nuestros recogieron macho y cabra y se volvieron a las naos. Luego el muchacho mayor, que después se llamó Pablo, dijo al capitán una vez y muchas veces con señas de gran terneza: —*Teatali:* que debía ser decirle que lo dejase ir a su tierra; mas el capitán le dijo: —Calla, niño, que no sabes lo que te pides; mayores bienes te esperan que no la vista y el trato de padres y amigos gentiles.

Es de notar que una cruz que se había dejado junto al río del Salvador, fue hallada en su lugar levantada, y que los indios habían colgado della ramos y flores.

No faltó quien dijo al capitán, que pues tenía presente una tierra de tantos ríos y quebradas, hiciese en ellas dos catas del metal que llaman oro, a los ojos de los hombres tan acepto. El capitán dijo a esto, que sólo había venido a descubrir tierras y gentes, y que pues Dios le había hecho

merced de mostralle lo buscado, no era justo ni razonable arriesgar el todo por la parte; y que si lo pudiese hacer, entendiendo tener color a disculpa, lo hiciera sin que dello le avisasen, y que a los pobladores que a aquellas tierras viniesen, tocaría con la seguridad debida deste y otros cuidados. Volvióse decir a esto, estar el tiempo de tantas cudicias lleno, que si no hay oro ni plata, no hay gustosa gana de poblar, y lo demás; y por cerrar esta partida respondió el capitán, que la causa es de Dios, y cuando llegase la hora determinada por Su Majestad divina, daría para aquella hacienda suya mayordomos con obreros, que su pío no sea sólo de oro, sino de bien de las almas.

CAPITULO LXXI

Las causas que movieron al capitán salir segunda vez deste puerto, y cómo, volviéndose a él, desgarró la capitana y perdió la compañía de los otros dos navíos, y se vieron mejor los llanos que se habían visto antes de entrar en la bahía, y aquella grande y alta sierra que muy lejos al Sueste demoraba; y se descubrió una isla

Viendo, pues, el capitán que los indios de aquella bahía estaban de guerra por el mal trato que se les hizo, determinó de ir a ver de cerca aquella grande y alta sierra; queriendo con la vista della aficionar los ánimos de todos los campañeros, porque si él muriese quedasen ellos con filos de proseguir la obra hasta el todo acabarla. Consideró que si faltaba su persona, no faltaría discordia ni peligro en pretensiones de quién había de ser al cabo; y también, que necesariamente había de haber acuerdos en razón de la derrota que se había de seguir, que por ser a barlovento no dejarían de ser diversos loa pareceres, y quedar en contingencia lo que tanto deseaba fuese visto, porque pareció a muchos que de los topes miraron, que a todas aquellas tierras trababan unas con otras, y al capitán parecía que la que quería ver era de mucha cudicia, y que tenía para reparo aquel puerto a sotavento.

Y para dar principio a este deseo, salió de la bahía con los tres navíos un jueves, ocho de junio, por la mañana, tres días después de la conjunción de la luna. Estando templado

el viento Leste, que era el que más había cursado todo el tiempo de nuestra estada en ella, hallóse fuera el Sueste con alguna fuerza, y se navegó lo restante del día porfiando, sin poder ir adelante; a cuya causa los pilotos de unos a otros navíos se dijeron: —¿A dónde vamos? Tratóse con el capitán estas y otras razones, y por todas ellas dijo volviesen las naos al puerto, con intención de hacer una casa fuerte, sembrar, invernar, conocer mejor los tiempos, y hacer un bergantín para con él y la lancha enviar con otros a descubrir lo que tanto deseaba por sí mismo, por hallarse presente a todo lo ausente de que tenía muy grande necesidad; pues de lo más importante a vista de ojos le daban tan mala cuenta.

Toda la noche anduvimos de una y de otra vuelta en la boca de la bahía. Cuando amaneció estaba la nao almiranta tres leguas a sotavento, y como a las tres de la tarde ella y la zabra estaban ya cerca del puerto. El capitán preguntó la causa, de que siendo aquellas naos menos buenas de bolina estaban tan adelante: le fue dicho que hallaron más favorables vientos, siendo todo en un paraje; mas luego se dijo allí que a la nao capitana dieron muy cortas las vueltas, y que ésta fue la razón, y parece buena, de haber quedado tan atrás. Venía creciendo el viento y acercándose la noche: por esto ordeno al piloto que si no pudiese tomar el puerto surgiese a donde alcanzase. Cerróse del todo la noche muy escura: la almiranta y la zabra al parecer dieron fondo: viéronse sus faroles encendidos para que la capitana, que también iba a surgir, se pudiese marcar por ellos: allí se dijo que echada la sonda, hallaron treinta brazas de fondo y que no estaban del puerto un tiro de arcabuz. Cargó el viento con un borbotón de sobre la tierra; tomáronse las velas, la nao quedó con sólo dado trinquete, y parecer que por esto descayó un poco, por lo que el piloto mayor encareciendo mucho este caso de no hallar fondo, la escuridad de la noche, y el mucho viento, muchas lumbres que se veían, sin poder juzgar con certeza las de los dos navíos, lo dijo así el capitán y que no se podía tomar el puerto. El capitán le encomendó el ánimo y la vigilancia.

Hay quien dijo, y se deja bien entender, que pudo fácilmente hacer más diligencias por surgir o entretenerse sin salir de la bahía, y que con sólo la cebadera cazó a popa, diciendo quería ir a abrigarse del morro de barlovento; y

también se dijo que se echó a dormir. Venida la mañana preguntó el capitán al piloto el estado de la nao. Díjole estaba a sotavento del morro: y el capitán, que diese velas porque la nao no descayese. El piloto dijo a esto que eran tan grandes las olas y tan contrarias, que con la proa en ellas se había de abrir la nao, mas que haría sus diligencias. Yo digo que fue grande desavío estar el capitán enfermo, en esta y otras ocasiones, en que los pilotos le vendían el tiempo, y le obligaban a creer cuanto decían, a tomar cuanto le daban, medido como querían. Finalmente, este día, y otros dos, se porfió por entrar en la bahía; los navíos no salieron, el viento no se aplacó, con cuya fuerza y la nao, con poca vela la proa a Lesnordeste, fue desgarrando y perdiendo de tal manera, que nos hallamos distancia de veinte leguas a sotavento de la bahía, y mirando todos aquella alta sierra con pena de no poder llegar cerca della.

La isla de la Virgen María cerróse tanto que nunca se pudo ver. Viose la otra de Belén, y se pasó por junto a otra de siete leguas de cuerpo. Es un cerro muy alto casi a forma del primero: púsosele por nombre el *Pilar de Zaragoza* (213). Viéronse en ella muchas sementeras, y palmas y otros árboles, y también humos. Dista al parecer de la bahía treinta leguas al Noroeste; fondo a pique y sin puerto. Procuramos con diligencia su abrigo, mas obligados del viento y de la corriente la fuimos dejando, y nos hallamos al siguiente día engolfados y sin vista de tierra.

CAPITULO LXXII

Dícense los lastimosos discursos que hizo el capitán y otros para mitigar el dolor que sintió por haberse perdido el puerto, y para determinarse en lo que había de hacer con junta y acuerdo de todos

Aquí se le representaba al capitán, que si en Lima le dieran sus despachos el día de San Francisco, tan pleitado, cuan bien venía con su traza, que lo era subir a treinta grados de Polo declinado el sol al Sur; y que para esto bastaban

(213) Hoy, Ureparapara.

cuarenta días y menos al parecer: y que si de aquella vuelta hallara la buscada tierra, era el tiempo más propio para andar por su costa y entre sus islas; y que si no fuera hallada siguiera aquel paralelo, pues había mes y medio antes de dar el sol la vuelta hasta toparla, o caminar el paso del sol hasta ponerse en veinte grados, y por ellos navegar al Poniente, o con vueltas del Sudueste y Noroeste cruzar aquellos mares hasta toparla o desengañar que no la hay: y hiciera otras muchas diligencias medidas al estado en que se viese.

En suma, digo, que desde San Francisco a todo mayo hay ocho meses, menos aquellos cuatro días, y que para ir de Lima de rota batida a Manila bastan dos y medio, y a todo rigor tres meses, y que los cinco restantes era tiempo muy bastante para descubrir y ver muy grandes tierras y puertos o ir por mayo a Manila, que es antes de vendavales, y por octubre o noviembre, que es principio de los Nortes; y de las brisas salir de aquella ciudad e ir por fuera de las dos Javas, al Sur Sudueste a buscar tierras, y pasar el cabo de Buena Esperanza por enero, febrero o marzo, mejores meses del año para montarlo, e ir aportar a España por julio, Agosto o septiembre, que es el Estío. Y que para hacer tan grande hecho como suena, bastaban sólo veinte meses o a lo más largo dos años, y esta verdad la confesarán todos cuantos saben navegar, y también cuán grandes serán los pesares de quien sabe que desta vez ya no puede sacar de tantos trabajos suyos aquellos frutos para otros que pretendió tan de veras. Y con estos grandes cargos de penas el capitán dijo en público, que todos les fuesen testigos, porque si muriese quedase en la memoria de las gentes, que los dos meses y medio de verano dilatados en el Callao, le habían robado el no poder conseguir tan grande empresa como la tuvo presente, y sola media hora de tiempo se la quitó de las manos.

Consideraba el mucho contrario viento, la grande cerrazón que había, el paraje a donde al presente estaba no conocido, y ser fuerza haber la nao de descaer y que podría se fuese a parte a donde o se ensenase o diese al través en la costa o en bajos, y todo se acabase allí. Tenía muy presente el ver como al primero lance o trance faltó el ánimo o la maña o los deseos de reparar, a cuya causa podía con razón decir que estaba sin pilotos de quien fiarse, y que a algunas otras personas se les daba poco de lo sucedido y esperado,

y menos de sus enfermedades, por las cuales veía el caso en conocido peligro.

Dejando aparte las ordenaciones de Dios, sus altos y secretos juicios, y cuán corto entendimiento era el suyo para poder rastrear si convino o no convino lo sucedido, dijo el lastimado capitán que poco importa discreción para bien ordenar las cosas ni ánimo para las acometer aunque más fáciles sean de acabar, si hay quien quiere y puede quitarle todo su justo valor o grandes partes; y que deben los Reyes, cuando emprenden grandes empresas, distinguir, aclarar y fortalecer sus despachos de tal manera, que las personas a quienes cometen las ejecuciones no tengan que dudar, ni de que asir, ni con qué se poder excusar; o no empeñar los hombres para que se vean en unos estados tan confusos y apretados, como estaba el capitán, sin saber cuál consejo era el maduro, ni cuál el verde, ni la elección que hiciese, ni la determinación que tomase, que seguida fuese acierto o al menos parte del remedio a los daños de que estaba amenazado en caso tan importante.

Acordóse, pues, de ir, como fuimos, navegando del Nordeste al Norte hasta altura de diez grados y un tercio, paralelo de la isla de Santa Cruz, a donde puestos, el capitán hizo los siguientes discursos.

Lo primero, que el viento Sueste tenía la misma fuerza, y que si con tan grande cerrazón iba al Poniente en busca de la isla de Santa Cruz, podría ser quedase al Oriente, y que sin el peligro a que había de poner la nao se alejaba más del remedio si no topaba con ella.

Lo segundo, sabía, por haber ya hecho el viaje de Filipinas, ser en ellas principio de sus furiosos vendavales Oeste y colaterales que duran, cuando poco, hasta principio de octubre, a cuya causa le era imposible por entonces ir a ellas.

Lo tercero, veía que para acometer el viaje de Acapulco era muy larga distancia, y había de doblar la línea equinoccial sin conocer cuál tiempo en ella era el mejor; y que era muy poca el agua que tenía y ninguna carne, porque el piloto mayor enterró las pipas en el lastre que chupó la salmuera, y por esto se pudrió toda.

Sentíase con muchos males y sin médico, y con falta de lo menesteroso para sustentarse.

Sabía que en la nao había algunos pocos amigos y otros

del todo enemigos, y que los que le habían de ayudar a llevar parte de su carga ésos le cansaban más, y menos componían cosas ni trataban de más que de sólo la seguridad de sus personas y ahorrar de trabajos.

No sabía el cierto estado de los otros dos navíos, ni qué sucesos tendrían; por esto hacía cuenta que sola la nao en que estaba había de dar la nueva de las tierras descubiertas, y cuanto esto importaba, y que la misma cuenta debían de hacer los que quedaron en ellas. Otros discursos muy penosos hizo al porpósito, y los consiguientes por consolarse.

Lo primero, cuántos navíos aventureros y de flotas y de armadas cargadas de gentes y riquezas se habían perdido, todos en navegaciones sabidas, sin conseguir muchas veces ni el todo ni parte de lo pretendido.

Lo segundo, que dejaba descubiertas tantas y tan buenas gentes y tierras, sin saber qué fin tenían, y una tan buena bahía y tan buen puerto dentro en ella, y en nombre de su Majestad tomada la posesión, sin haber costado un hombre; y que todo esto era principio con muy grandes fundamentos para poblar y acabar de descubrir y saber todo cuanto aquellas tierras contienen; y que empresa tan ardua no era mucho no se consiguiese toda una vez, ni de tres aunque hubiera sido ayudada con todas veras, y la gente que llevaba le tuviese el mismo amor que él le tenía.

Lo tercero, que pues Dios había sido servido de guialle a aquellas partes, y en ellas le dio tiempo para cuanto estaba hecho, era muy justo estuviese consolado y muy conforme con la voluntad del Señor de los tiempos, y entender que si otra quisiera en favor o al contrario, que también lo pudiera hacer aunque más invierno fuese, y aunque los hombres más contradijesen o más le favoreciesen, y otros millares de contrarios se le atravesasen delante; y que quizá convino lo que tiene sucedido, por causas que de presente no se alcanzan.

Lo cuarto, que en los otros dos navíos quedaba la instrucción que había dado, y entendía si estaban salvos harían todos sus poderíos por descubrir más tierras y traer dellas tales nuevas, cuales las esperaba en Dios y en el almirante y en su piloto Juan Bernardo de Fuentidueña, persona de quien fiaría mayores cosas, y también del capitán de la nao Gaspar de Gaya, y de tres muy honrados religiosos; en suma, de toda la gente que aplicó a aquella nao, por ser así

conveniente. Finalmente dijo, que debía de conservar lo presente por asegurar lo venidero, y de quien gobierna ha de fiar de algún hombre todo o parte de casos y cosas presentes y ausentes, mayores y menores, y que si aquellos de quien se fia engañan los confiados, no sabía tener remedio, salvante el del cielo.

Siéndole al capitán tan forzoso resolverse brevemente en lo que se había de hacer, hizo notificar un auto a todos los oficiales y más personas de la nao, diciendo que considerasen bien todas las razones que daba, el estado presente y cuanto el caso importaba. Hubo algunos, que por la boca de uno tan ignorante como ellos en lo que es navegación, que decían que fuésemos a Filipinas. A esto decían otros, que como tenían dinero querían ir a hacer empleos en loza y gorgoranes de China, aunque lo pagase la obra o al menos la hacienda del Rey; mas al fin todos fueron de parecer que se fuese en demanda del puerto de Acapulco, y lo firmaron de sus nombres a diez y ocho de junio.

Al punto el capitán ordenó a los pilotos que fuesen navegando del Nordeste al Norte, si el tiempo diese lugar; mas que si de la parte del Sur, en que estábamos, se hallase alguna isla, se procurase surgir en ella para se hacer una lancha y nuevo acuerdo, en orden a ser Dios y Su Majestad más servidos; y en caso que no se hallase, se fuese siguiendo la referida derrota hasta poner la nao en altura de trece grados y medio, parte del Norte y paralelo de la isla de Guahan (214) en los Ladrones, camino que llevan las naos de Acapulco a Filipinas, para que allí, conforme a la disposición de la gente, tiempos, nao y bastimentos, se hiciese último acuerdo y se tomase resolución de la derrota que se había de seguir para buscar puerto amigo.

CAPITULO LXXIII

Cuéntase cómo de dos grandes aguaceros se cogió cantidad de agua; y cómo doblada la equinoccial se descubrió una isla, y la junta y último acuerdo, y lo demás de derrotas y alturas hasta cierto punto

Con el viento Sueste, que ya había quebrado su furia, se fue navegando hasta víspera de San Juan Bautista. Este día

(214) *Guaban* o *Guan.* (Nota Edi. J. Zaragoza).

fue Dios servido darnos un grande aguacero, del cual, con veinte y ocho sábanas tendidas por toda la nao, se cogieron esta y otra vez trescientas botijas de agua; remedio puro de nuestra necesidad y gran consuelo de toda la gente.

Con algunos pocos contrastes y algunas calmas, la proa al Norte, llegamos a la equinoccial a dos de julio. Esta noche fue marcada a la aguja, y se halló que tenía de variación cuarta y media a la parte del Nordeste; cosa notable teniendo en la bahía siete grados y siendo casi un mismo meridiano, y la distancia tan corta.

Con el viento Sur y Sudeste el más del tiempo Leste fuimos navegando hasta ocho de julio. Este día se vio una isla de hasta seis leguas de boj; y porque hasta aquí no se había encontrado tierra alguna ni bajo, ni otra cosa que impidiese nuestro camino, se le puso por nombre *Buen Viaje:* su altura son tres grados y medio parte del Norte. Acordóse de no ir a ella por no ser ya a propósito y por el riesgo de ser baja. Deste paraje para más altura tuvimos algunos aguaceros, en especial uno de que hinchieron de agua todas las vasijas que en la nao había vacías, y toda ella se bebió sin hacer el menor daño, ni se corrompió jamás. En suma, los aguaceros, después de Dios, nos dieron las vidas.

A veinte y tres de julio ordenó el capitán a los pilotos que dijesen la altura en que se hallaban, y las leguas que a su parecer estaban de Filipinas y de la costa de la Nueva España, y que determinadamente declarasen a cuál de las dos partes se había de poner la proa de aquella nao.

Cuanto a la altura dijeron ser de tres grados y un tercio: que estaban a Leste de Manila setecientas y ochenta leguas; de la costa de la Nueva España novecientas leguas al Sudueste della, y que a Manila no se podía ir por ser los vientos vendavales en aquel tiempo muchos y muy contrarios, por lo que eran de parecer se fuese en demanda de la costa de la Nueva España y puerto de Acapulco.

Pareciendo al capitán que el mayor servicio que al presente podía hacer a Su Majestad era la salvación de aquella nao, ganar tiempo, excusarle los gastos que se le podrían hacer en Manila, y los sueldos de un año de toda la gente, y que por estar tan a barlovento del meridiano del Japón no había viento que le pudiese impedir el subir a más altura o allegarse a la costa; que la nao y toda la gente sana, y dos indios de aquellas tierras que podrían declarar; y que si él

muriese en aquel golfo, la gente ya empeñada procuraría llevar la nao y ser Su Majestad informando de lo descubierto y prometido, y estaba obligado a escoger el menor de los dos inconvenientes presentes; y así ordenó a los pilotos que fuesen en demanda de la costa de la Nueva España y puerto de Acapulco, y que cada día le diesen cuenta de la derrota que seguía y la altura en que se hallasen; y les dijo que el que más sufriese y más útil fuese, sería digno de premio.

Mirando, pues, el estado de este caso, desde su tardo despacho en las Cortes y en el Callao, digo que por la grandeza e importancia de todo él y la facilidad con que el capitán podía mostrar en obras todos sus pensamientos y deseos, tantas veces pregonados, que ha sido el mayor de los agravios que se ha hecho a un hombre que lo había comprado por tan continuos trabajos y miserias, y otros muy subidos precios, peregrinando y hallando en tan largo discurso muy grandes dificultades. Por todas estas y otras mil razones no sabía el capitán si diese la culpa a la ignorancia o a la malicia, y concluyó con que la daba a sus muchos grandes pecados; con que confiesa que no merece ver el remate de una obra en la cual estuvieran bien empleados cuantos viven justamente, y tienen todas las partes y artes que pide tan santa empresa.

CAPITULO LXXIV

Cuéntase cómo acompañó la nao un grande cardume de peces albacoras muchos días, la pesquería que se hizo, y lo de más que pasó hasta la vista de tierra de la Nueva España

Con los vientos de Leste y al Nornordeste navegamos hasta veinte y seis de julio altura diez y ocho grados. Este día tuvimos el sol por Zenit. Cortóse el trópico de Cáncer primero de agosto. Hasta este paraje casi todos los días se vieron pájaros garajaos y otros. A cinco tuvimos viento largo: con él se navegó a Leste y a popa casi tres días, y luego al Norte hasta veinte y cinco grados. Este día, que lo fue de San Lorenzo, se cogieron de un aguacero cincuenta botijas de agua, y ciertos peces albacoras y bonitos de un grande cardume que hasta aquí vino siguiendo la nao, de que todos

los días se pescaron al anzuelo, fisga y arpón, diez, veinte, treinta y tal vez cincuenta, algunos de peso tres, cuatro y cinco arrobas. Comióse fresco a pasto franco, y en salmuera se hinchieron mucha cantidad de botijas. Juzgóse por dos mil y quinientas arrobas que suplió la falta de carne, y duró hasta el puerto de Acapulco, y sobró.

Ibase alargando el viaje por la escasez de vientos y muchas bonanzas, por lo que fue necesario subir a treinta y ocho grados, que seguimos al Leste con viento Susueste, aunque no del todo fijo.

El primero día de setiembre, como a las tres de la tarde, hubo un grande temblor de mar y del navío, cosa notable y nueva para mí. Al fin, con viento Sur y Sudueste, se navegó hasta diez y seis de setiembre. Este día, a las tres de la mañana, hubo un grande eclipse de la luna, que duró al parecer tres horas. La variación de la aguja iba ya siendo muy poca; los pilotos haciéndose con tierra, toda la gente cansada de tan duradera tasa de un cuartillo de agua y otras faltas, ayudadas de tantos meses de navegar, deseosos de ver tierra o señales della, cuando fue vista en la mar una grande yerba, que se llama *porra* (215). En aquella sazón se iba con el viento Sueste navegando a Lesnordeste. El viento se cambió al Nordeste, y a ser antes fuera fuerza subir a más altura; pero sabiendo el capitán que aquella yerba y otras muchas de su género que por allí se hallan, están cerca de tierra, dijo que se pusiese por la proa a Les-sueste. Así navegó viendo señales que nos servían de consuelo. Este se tuvo mayor con vista de perros marinos, hojas de árboles, y pájaros de playa que se vieron en un tronco.

Llevábase mucho cuidado en la guarda de la nao, las noches en el bauprés dos hombres en vela y de día en los topes de ambos árboles, cuando a veinte y tres de setiembre bien de mañana un Silvestre Marselles dijo con gozo increíble: —¡Tierra veo por la proa: es alta, pelada y seca! Y para certificarse desto subieron muchos a verla, que confirmaron la nueva. Los pilotos pesaron el sol a su tiempo, y hallaron treinta y cuatro grados. Luego el capitán dijo a cuatro hombres mirasen bien si eran islas, y todos dijeron:

(215) ... *Unas raíces blancas que se crían en las peñas, mucha cantidad de ellas como balsas y las llaman porras,* de la *Relación* de Juan Iturbe en el Archivo de Simancas, sec. Estado, legajo 219.

—Tierra firme; y fue engaño, porque aquella prima noche, estando muy claro el cielo, nos hallamos metidos entre dos islas cuya vista dio a todos poco gusto, y al capitán mucha pena; pues aquel día y noche que obligaba a más cuidado se había tenido menos, y mucha más por no saber de quién fiarse dando cada día tientos; y para remedio desto puso un sobreestante en la popa, mas luego éste se hizo con todos los otros, que había allá ciertos medios. Al fin fue Dios servido que la canal era limpia; salimos della y costeando la tierra firme, pasamos a vista de *Isla de Cerros* (216), con gasto de algunos días por contrastes y bonanzas.

Testamento del capitán

Mucho deseo que en aquellas partes de tierras, que Dios fue servido mostrarme, y en todas las que están ocultas y de buena razón tan pobladas como las que pobladas vi, se armen y se fabriquen desde luego unos nidos sin zarzas, ni otros géneros de espinos, albergues y dulces moradas de pelícanos, que lo primero rasgan carnes, abran pechos y muestren claro entrañas y corazón: que no se contenten con esto, sino con dar así mismo a comer a aquellas gentes guisados de muchos modos en los braseros de la encendida caridad, siendo las ollas y las cazuelas la piedad y la misericordia, y la vajilla toda equidad; y lo menos por bebida sea el sudor de sus rostros, si ya no querrán dar la sangre de sus venas: todo esto con un puro y limpio amor siempre jamás sin doblar un paso atrás.

No quisiera, en ninguna de las maneras, que entre aquellas tan nuevas y tiernas gentes fuesen a poblar y a vivir, y entrarse en grandes palacios por nidos, unos falcones y sacres y otras aves de rapiña que con rodeos y disimuladamente cojan de salto la presa, y la agarren con sus bien rapantes uñas, y con los picos revueltos y cortadores las hagan dos mil pedazos, sin nunca jamás se hartar, ni de chuparles los huesos cuando ya no tengan carne; y que por dar sabores a guisados en tan impías maldades, ofrezcan allá ciertas salsitas y den por frutas unas melosas disculpas legí-

(216) El canal es el *Kaulahaki,* y las islas las de *Niban* y *Kanai,* en el archipiélago de las Hawai.

simas de toda ley de razón, e indignas de toda buena memoria y dignísimas de un castigo a proporción. Ejemplo desto en las Indias con sus islas; y pregúntese a todos sus naturales en todo lo que es libertad, honra, vida y hacienda (dejo lo espiritual), en que tanto hay que decir, como les fue en aquellos tiempos pasados, y digan cómo al presente les va, y cómo esperan les irá si no para la posta a que van corriendo.

Mas yo respondo por ellos, y digo desta manera: que las fuerzas, los agravios, las injusticias y los daños grandes que les han hecho y hacen son increíbles, los modos infernales, el número incontable, y que nunca a sus amos vi, ni a otros que gozan muy grandes partes de sus afanes destas gentes, llorar los males que les hicieron y hacen por sólo que ellos descansen con toda comodidad: y que si acaso a alguno he oído gruñir, gritar y reñir, que es para mí muy fingido y lo demás; pues no les han perdonado ni perdonan, ni entiendo perdonarán lo menos que dellos quieren, a todo tirar de edades, cuanto más perdonar dinero. Dinero, digo, que quieren, y más dinero aunque de sus entrañas lo saquen, Esto he visto, y que cuantos menos van siendo más dinero quieren dellos, y que no les vuelven de lo que les tienen quitado a su pesar y pesar un real; mas antes de nuevo y con más reforzadas ansias, teñidas en colores no conocidos, oscuros y extraños, digo pretenden dellos a lo claro siempre más y nunca menos, y de a do diere, aunque sea en la privación de la gloria y eternidad del infierno suya y dellos.

Vean esto, con ojos de cuerpo y alma, los señores que han de ser los jueces de tan piadosa causa como les represento aquí, porque con las suyas descargo mi conciencia; avisando en todo cuanto tengo escrito y mostrando con mucha facilidad, que si bien se quiere templar tan diabólica cudicia, se hallará que hay muy sobrado para todos, y que deste y otros modos suaves y razonables no habrá tantos pescadores, cazadores y armadores con tantas correspondencias cuantas vi bien noté; y haránse obras tan honradas y tan hermosas que hagan feas todas las otras de su género. Y más también, que con muy grandes ventajas sean Dios y Su Majestad servidos en todas aquellas partes y tierras, y los naturales dellas sean tan medrados cuanto es justo y debido, so graves penas se pretenda, y se vea en lo más y en lo menos; y éste será mi premio.

Las razones que daban al capitán para que castigase a ciertos hombres, y las que dio porque no lo hizo

Había en la nao algunas personas, de las que siempre desearon todo el bien de la jornada y que lo procuraron a costa de su mucho cuidado y desvelo, que lastimados de haber visto y ver de otras su poca voluntad, y el mal retorno en lo debido a la obra y a los amorosos tratos y beneficios que el capitán les hizo, se lo dijeron muchas veces, queriendo incitarlo dellos, o a que les diese licencia para darles de puñaladas.

A esto dijo el capitán, los tenía obligadoa a todos y él lo estaba por justas causas a disimular y a sufrir; y pues sufría, sufriesen los que eran sus amigos, y advirtiesen que aquella jornada hizo con ánimo determinado de no quitar vidas ni honras, y que si las hubiera quitado, viviera toda su vida inquieto y descontento y lo tuviera por azar. En lo demás, ¿qué pretende traer presentes hombres muertos o afrentados?

Dijeron no conocer buenas obras, ni merecían cortesías tan dobadas, ni se les podía sufrir el saber que iban con ánimo determinado de, poniendo los pies en tierra, decir mal de su persona y de sus servicios, y derribar la causa tan su amada; sin reparar en lo que es verdad, ni en razón y justicia, sólo a fin de vengar sus corazones.

El capitán dijo a esto, que sería gran cobardía temer la verdad a la mentira, y que si hubiera de hacer caso de diez o doce desgarrados, que ya lo hubiera mostrado; y bien sabía la mala paga de hombres y que nunca la esperó buena, y así no era engañado ni quería en averiguar desvaríos gastar un solo momento, habiendo menester el tiempo para cosas que más al caso importaban.

Dijeron que Dios castiga al que lo merece.

A esto dijo el capitán que Dios perdona, sufre y espera, y que cuando se determina a castigar, no se puede engañar ni ser engañado: y que él había entendido el mal narural de algunos y de otros cuán varios y mudables eran, y que temía de muchos las venganzas deseadas por pasiones, de las cuales ciegas se podrían engañar tanto cuanto ser él engañado por ellos: y que perdonar a ingratos y a enemigos sin haber causa de serlo, y hacerles bien por fuerza, si lo querían co-

nocer era muy grande venganza, y mayor valentía teniendo potestad no usar della, y mucho mayor lo era defenderlos, siendo enemigos, y vencerse a sí mismo cuando hacía sus discursos: y que el haber salido sin ensangrentar cuchillo con este primero intento, aunque lo compró muy caro y más le costase adelante, lo daba por bien empleado a trueque de que la jornada presente no dejase la fama que otras pasadas, ni que sobre los huesos de tales mártires se armase aquella tan buena obra, ni tal sonase en el mundo, que era en lo que más reparaba.

Dijeron ser la piedad muy buena y también puesto en razón el castigo de los malos.

El capitán dijo a esto, que el emperador Teodosio dijo en cierta ocasión quisiera poder dar vida a todos cuantos había muerto, y Carlos quinto sufrió y perdonó muchísimo pudiendo bien hacer castigos medidos a su voluntad, y esto mismo hizo Jorge Castrioto y otros muchos valerosos y prudentes capitanes, espejos en que se estaban mirando días y noches con deseo de acertar; y que la piedad se alaba tanto, y tanto más es celebrada cuanto es más ejercicio, y que si para perdonar yerros a hombres, como él era, esperando la enmienda, no fuera de su natural piadoso, que menos lo habría sido para tratar tan a su costa de una obra toda piadosa: y que pues de su parte la piedad estaba tan pregonada y practicada en lo más, no parecía razón que la negase en lo menos, ni que del todo se le acabase el sufrimiento. Y estando para morir, y en tiempo que ya se iba a buscar puerto a donde a su parecer tenían fin con el viaje todas malas voluntades que había declaradas y encubiertos rencores, y que para más humillarlos, aunque más rebeldes fuesen, los había de apadrinar, diciendo experimentaba desta vez para desengaño de otras y de otros, si había hombres de tan duros corazones a quien el bien no ablandase o por el bien diesen mal: y que cuando fuese así, dijesen lo que quisieren y hiciesen cuanto pudiesen, que sus voces habían de ser tan poco oídas cuanto su poca justicia y menos opinión. Y estaba cierto que el vulgo había de juzgar este hecho con muy diversos sentidos de su intento, y que cuando diese la sentencia más la quería oír de piadoso que no de cruel, o de reputado que de arrojadizo. Y dijo, en suma, ser la justicia una excelente virtud y muy necesaria en el mundo; mas empero que la ejecutasen otros que supiesen, entre cizañas

y uso de poca razón siendo los testigos enemigos, averiguar la verdad sin más ni menos.

Un caso notable

Venía en nuestra compañía un marinero de nación arragoces, mozo dispuesto y soldado y tal de partes y gracias, que por ellas merecía ser tanto como lo era estimada su persona de todos en general. Estando, pues, en veinte y cuatro grados y solas dos leguas de tierra, fue llamado y buscado en toda la nao y en las gavias, sin responder ni ser hallado, para gobernar el timón el cuarto de la modorra. Dada cuenta al capitán, mandó al punto que fuese virada la nao y se buscase aquel hombre, en cuya demanda, mirando a todas partes la mar y llamándole por su nombre y haciéndole señas de fuego, se gastó todo el resto de la noche y parte del día siguiente sin ser visto, ni cosa que nos sirviese de rastro.

Con esta confusión y pena grande seguimos nuestro camino; y deseoso el capitán de saber la causa, hizo pesquisa y halló que ciertos días de secreto hinchió dos peruleras de semillas, chaquiras, cascabeles, cordeles, anzuelos, cuchillos y un machete, que las bocas tapó con cera de Nicaragua, y más otra botija mediana de vino y agua y una cajeta de conserva y su espada; y aquella misma mañana había estado muy atento oyendo leer la vida de San Antón ermitaño, y que alabándola mucho dobló la hoja y guardó el libro. Que toda aquella tarde estuvo del tope mirando, y marcando la tierra con un agujón que tenía; que la noche que faltó lo vieron estar muy desvelado, y se entendió que de una tabla, palos y cuerdas que tenía en su rancho, había hecho una balsa, y que en ella se debió de ir, llevando consigo a todo lo referido, pues nada desto se halló. Y más se dijo, que tuvo muchos deseos de quedarse con los indios de las tierras descubiertas, y que había dicho a un hombre que se quedase allá con él, y que como nuestra venida había sido repentina no tuvo lugar de hacerlo; y por esto se había quedado allí por dotrinar a gentiles o vivir en soledad: y estaba de dos días confesado. Abrióse luego su caja y en ella se hallaron sus vestidos, su dinero y otros y una memoria de todo lo que era ajeno que le dieron a guardar, mandando se le volviese.

Este hecho es de un hombre que teníamos por de razón y buen cristiano; y cuando pienso en determinación tan estraña me hace lástima, y mucho más por arrojarse en una tabla a tanto riesgo de si había de llegar a poner los pies en la playa, y si luego había de hallar la comodidad tan necesaria para poder conservarse, y si para la buscar había de ir la tierra adentro o por la orilla del mar; quién había de cargar aquellas dos peruleras con las cosas que llevaba dentro en ellas y lo demás principal para sustentar la vida; o si luego o después diese con indios, si lo habían de recebir y tratar bien, y más aquellos que tienen fama de comer carne humana: y juntamente la soledad, la desnudez y la inclemencia de tiempos; y que cuando la tierra no le cuadre, por no hallar en ella disposición para su intento o se arrepienta, cuán lejos está el recurso y cuán cerca el daño; y otras cosas muy dignas de considerarse, y sobre todas la falta que ha de tener de los oficios divinos y sacramentos. Y porque ignoro sus designios, no me atrevo a ser juez de este hecho: sólo quisiera que fuese el Señor servido de guiar sus cosas de tal manera, que él se salve y otros muchos por su medio (217).

Una grande tormenta

Seguimos nuestro camino las armas y la gente presta, con centinelas en los topes, porque se iba en demanda de un cabo que se dice de San Lucas, a donde el inglés Tomás Candi robó a la nao Santa Ana. Pasóse presto y en paz, y miércoles once de octubre, estando sereno el cielo, bonancible el mar, sin conjunción ni oposición de luna, en la boca de la California nos dio al cuarto del alba un viento Nordeste y recio con muy grande cerrazón. Pasó al Norte como a las nueve del día, y creció tanto, que obligó a calafatear escutillas, cazar a popa, e ir al Sur con sólo bajo el trinquete que presto hizo pedazos, a cuya causa se atravesó la nao y se rompió el *pinjote:* y la caña del timón por quedar a su albedrío, daba a una y a otra banda tantos y tan fuertes golpes, que el menor daño temido era hacerse toda rajas, y quedar la nao sin gobierno. Mas luego los marineros, por saber cuánto esto importa, acudieron y le pusieron un *al-*

(217) En la relación de Iturbe se da el nombre de este marinero.

drope con que quedó sojuzgado, y al envergar de otro tirnquete hubo hombre, que en el penol a donde estaba, dos veces le cubrió el agua y estuvo debajo della grandes espacios

Tratóse luego de dar vela y correr; mas tanto creció el viento, que del mar que muy alterado estaba sacaba tanta agua por el aire que parecía un muy continuo aguacero, y sus gotas escocían en los ojos, que por acudir a este daño detenían el remedio de la nao, que con gran priesa se buscaba por la mucha que daba el mar; cuyas olas obligaron por hinchir la barca de agua que con presteza fue echada a la mar, y apenas estuvo fuera cuando tres golpes con tanto ímpetu rompieron dentro en la nao, que la dejaron rendida y a medio combés el agua, con cuyo peso y con la fuerza del viento no pudo la nao surtir; y viéndola, pues, así dijo el Moreno, atambor: —Aquí no hay más que esperar. Luego se echó a la mar, y fue su ventura tanta que le volvió una ola a entrar dentro; y porque no hiciese otra locura semejante, lo prendieron.

Los embornales, que es por donde sale el agua, eran pequeños y pocos, y a esta falta quien más podía con barretas, palancas y pies de cabra, dándole el agua a los pechos, procuraban del mareaje quitar tablas para el agua escurrir. Aquí fue visto acudir sin entender, y deber sin querer acudir. Viose más, dar los unos a la bomba, otros alijando apriesa, y muchos roncos gritando: —¡Córtese el árbol mayor, que es el que nos lleva a fondo! Unos decían de sí, otro de no, y en un instante con hachuelas y machetes se cortó la jarcia de sotavento. El capitán llamaba a los pilotos para tomar parecer. Ellos se hacían sordos; por lo que envió a decir a todos que se dilataba el remedio y amenazaba el cuchillo, las diligencias que hicieron eran las que al alma importan. Unos se confiesan luego, otros piden perdón, y perdonan, se abrazan y despiden; unos gimen y otros lloran, y muchos por los rincones esperando estaban la muerte.

El capitán a gran priesa hizo traer los dos indios a la cama a donde estaba, y que el padre franciscano les preguntase si querían ser cristianos; y muy fervorosamente ambos dijeron de sí, y ya que habían rezado el Credo al punto los bautizó, llamándose Pedro y Pablo.

El capitán, su padrino, los ojos corriendo agua los abrazó, y por verlos temerosos los consoló, y dijo: A Dios las

gracias, que debo y puedo Padre Eterno, os doy por merced tan alta; pues habéis sido servido que yo vea de tantos trabajos míos sin merecerlo aqueste pequeño fruto, pequeño para mi deseo y grande, pues son dos almas nuevamente bautizadas, y traídas al gremio de vuestra iglesia católica.

Estaban Pedro y Pablo, puestas las manos tan devotos y constantes y cuando la nao parecía sumergirse, diciendo: —¡Jesús María!, y haciendo cruces a la mar, que bastaba oír y verlos, enternecer los más duros corazones. Corrió la nueva y esforzó la esperanza, y hubo allí uno que dijo: —Nadie tema, que pues tal obra está hecha, Dios ha de dar lo que falta para salvarse nao y gente.

Eran las tres de la tarde. El viento y mar no amansaban ni paraban de combatir a nuestra rendida nao, que tanto a la banda estaba cuando un grande borbotón con dos espantosos truenos cargó tanto, y tanta fuerza tuvo el viento, que ya no faltaba a la nao más de sólo virar la quilla. Aquí se vieron los semblantes de difuntos cortados; los más briosos, mandar sin saber lo qué, y pilotos mudos; y se oyeron los suspiros, los votos y las promesas y grandes coloquios con Dios: y uno que dijo: —¡Ah!, Señor; ¿y de qué habrá servido todo lo hecho y lo visto si esta nao se va a fondo?: y pasó más adelante con grandes muestras de fe. En suma, todos gritando pedían remedio a Dios, que fue servido que las furias se pasaron al Noroeste y Poniente y fueron dando sota de sí; y la nao levantando el cuello, y sacudiendo los costados se puso presto derecha, y antes de venir la noche dimos velas y seguimos la derrota a Les-sueste buscando el Cabo de Corrientes.

La muerte del padre comisario

Ya se iba con todas las velas navegando el viento a popa, y la gente alegre cantando los hechos de la batalla pasada en que hubo bien que notar, algo por que reír, y algunos con asombro de haber visto a un tan esforzado viento cuyo rigor hubiera sido mayor y mayor el daño si sucediera de noche. Alababan unos la nao, sus mañas, su fortaleza; otros la osadía y el ánimo y tan prestas diligencias, y todos al Señor Altísimo por las mercedes que nos hizo. Otros hubo que dijeron que la borrasca y sus furias habían sido necesa-

rias para humillar los soberbios, y hacer los ingratos gratos, y para que allí se acabasen todas las enemistades causadas por falta de fino amor; pues con éste se pudiera padecer con ánimo varonil lo pasado y un poco más: que tales casos más presto dan que ofrecen, cuanto más a donde no hubo uno que tuviese mal sabor, salvante éste, lo que era más difícil sufrirse unos a otros tanto tiempo en una nao viéndose siempre los rostros. ¿Mas qué digo, si se cansan padres de hijos, riñen hermanos y amigos, y el marido a su querida mujer suele a veces aborrecer?

Nuestro padre comisario (218), que ya de atrás venía enfermo (yo entiendo que a falta de sustancia y por su mucha vejez), el otro siguiente día lo pasó con parasismos y agonías, y cuando la media noche, fue Dios servido de llevarlo de esta vida; y por haber sido la suya de cuarenta años de su hábito, y casi ochenta de edad, y haber muerto en una demanda justa y ganado el jubileo a la jornada concedido, se puede bien esperar que está gozando de Dios. El resto de la noche estuvo su cuerpo alumbrado con cuatro velas de cera. Venido el día, el padre de su compañero con la gente de la nao rogaron a Dios por su alma, y con un sentimiento grande fue sepultado en la mar a vista de las tres islas *Marías* (219).

Estaba allí Pablo el indio muy atento, mirando lo que pasaba, y como vio que aquel cuerpo con el peso que a los pies le ataron fue a pique, y que al tiempo de su bautismo le dijeron que cuando mueren cristianos van al cielo, preguntó cómo siendo cristiano el padre se iba al fondo de la mar. Lo mejor que se pudo le dieron a entender que por ahora sólo el alma iba al cielo. Y como desto sabía poco quedó suspenso, y todos muy admirados de haber visto tal pregunta de un muchacho de ocho años que el otro día atrás era un bruto gentil.

(218) Fray Martín Munilla.

(219) Frente a las costas mexicanas, a 21° 30' lat. N. y 107° long. O.

CAPITULO LXXV

Lo demás que pasó hasta que surgió la nao en el puerto de la Navidad

Túvose vista de tierra y por su costa se iba navegando, haciéndose las breves horas largos días, por ser muchos los deseos que había de ver ya surta la nao en el puerto de Zalagua, en cuya demanda fuimos. Estando casi a su punta nos dio calma. Porfióse contra ella y nunca pudimos entrar. Penoso caso; pues la falta de una hora de buen viento nos robaba tan grande contentamiento, cuanto lo era tomar puerto para en él descansar de los trabajos pasados.

Muchos discursos se hicieron medidos a la necesidad en que estábamos, y por que más se hiciesen sobrevino una corriente con tanta furia, que arrebatada la nao en poco espacio la hizo casi perder las cuatro leguas que hay de Zalagua al puerto de la Navidad. Acordóse, aunque era costa brava, enviar dos hombres a tierra a buscar gente y remedio; mas porque unas pipas en que los dos iban las llevaba la corriente, el capitán les dijo volviesen a bordo porque no se ahogasen, y que si pasaba del puerto de la Navidad, para el cual era el viento y la corriente en favor, no había otro puerto conocido a donde poder guarecerse.

Viendo, pues, el disgusto e inquietud de la gente por ver que la nao rodaba y que en ella había solas cuarenta botijas de agua, por todo esto y por no ponerse a nuevos riesgos, determinó se tomase el puerto de la Navidad; para lo que dijo al piloto mayor las causas que le movían, y por la más principal los deseos que tenía de enviar aviso a México, para que el visorrey lo diese a Su Majestad, de todo lo sucedido, que era lo que más cuidado le daba viendo tan cerca a la muerte. Mostróse el piloto tibio, por lo que el capitán, en conformidad de lo dicho, le hizo notificar un auto so graves penas tomase luego aquel puerto, porque así convenía.

En esto cerró la noche: púsose en el bauprés el más experto marinero para que fuese avisando del gobierno que se había de tener a la entrada. Mucho ayudó el poco viento y mucha más la corriente, con que, aunque despacio, fuimos entrando por junto a un gran peñasco fondo a pique, y a sotavento una baja. Por ser la noche oscura hacía temeroso

el paso. Hubo cierta turbación viendo la nao junto a piedras, por lo que algunos se desnudaron y se pusieron a la ordén de nadar. Hubo destos y de otros sobresaltos, y a vueltas dellos buena guarda y buen gobierno en la nao, que entró un poco más adentro. Calmó del todo el viento, diose fondo en un lugar mal seguro por no perder lo ganado con la vaciante marea. A poco rato volvió con fuerza el Sueste. Zarpóse a gran priesa el ancla, y se dio vela, con que fuimos a surgir otro poco más adelante: y al fin, habiendo gastado la noche en estos cortos viajes, vino el día y del todo entramos dentro en puerto, y dimos fondo en doce brazas frontero de una playa descubierta a muchos vientos, por lo que fue amarrada la nao con cuatro cables, a veinte y uno de octubre de mil seiscientos y seis (220).

CAPITULO LXXVI

Cuéntase lo que pasó en este puerto de la Navidad, hasta que salimos dél

Surta que fue la nao, como no había barca, se hizo al punto de una verga y dos pipas una balsa. El capitán ordenó a cuatro hombres que, con la provisión necesaria de bizcocho y arcabuces, fuesen en ella a tierra a buscar unas estancias de que había noticia. La balsa con la fuerza de las olas dio a la costa. Tres marineros que la llevaron, hallaron en cierto puesto una barca nueva, y en una casa pajiza dos tinajas, y un río en que las hinchieron de agua que trajeron, y con ellas y con veinte y siete botijas de nao a que se dio franca mano y no había otras, apagó la gente la grande sed que tenía; y con esperanza de que los cuatro compañeros habían de traer buen recaudo, pasaron todos noche y día, y la mañana siguiente volvieron los cuatro diciendo que toda la noche anduvieron por entre grandes y espesos árboles, por ríos y pantanos sin haber hallado camino ni rastro de las estancias. Con esto quedó la gente muy triste: mas luego dos briosos marineros, el uno ayamontés, otro gallego, dijeron al capitán que si les daba licencia querían ir, como fueron, a buscar indios o pueblos, por donde Dios los guiase.

(220) Cerca de Manzanillo.

Este día se acabó un botiquín que se hizo dentro en la nao. En la playa se armaron ciertas tiendas y ramadas. El capitán se desembarcó sin pulso, llevando el estandarte y bandera, y fue a tierra con mitad de gente y armas, y ordenó que de la nao fuesen tiradas tres piezas al salir y poner del sol y a medio día, por si acaso fuesen oídas de vaqueros u otras gentes.

Tratóse luego de cazar aves, conejos y venados, y de pescar con atarrayas, cazones, pargos y lizas, haciendo cuenta que cuando todo faltase, con esto se suplirían las necesidades presentes.

Estando las cosas en este estado, el otro día a la tarde se vieron dos hombres a caballo venir por la playa a gran priesa, y llegados al punto se apearon. Los nuestros los recibieron con increíble gozo: diéronse muchos, muy apretados abrazos. Era el uno un indio estanciero, ladino; el otro un Jerónimo Jurado de San Lúcar de Barrameda, que dijo que luego que oyó las piezas entendió ser de nao necesitada, a cuya causa, por encaminar sus cosas, había venido y allí estaba para hacer cuanto pudiese por que tuviesen recurso. El capitán que vio esta buena voluntad, lo abrazó segunda vez, y a ambos los contentó con darles cosas de la nao, y le rogó que luego al punto volviese con el sargento mayor, que iba a México a llevar cartas al virrey, y con otras dos personas que llevaban dinero para comprar la provisión; que el otro día enviaron de gallinas, huevos, pollos, y se trajo de ternera y novillos lo que bastó y sobró.

Llegaron el mismo día aquellos dos buenos marineros con indios y con caballos y con socorro de cosas. Parecióles que por segundos no era su hecho de estima. El capitán los abrazó y les dijo cuánto estimaba su determinación tan honrada, y cuán agradecido estaba y lo debían estar todos por el trabajo que tomaron.

Corrió la nueva de nuestra estada en el puerto y del buen trato que había. Muchos indios que estaban escondidos en los montes, por razón de aquellas agregaciones de unos pueblos a otro, vinieron a traernos frutas, maíz, y otras cosas que les fueron pagadas al doble de su valor; y porque asistiesen mejor y en todo nos ayudasen, les hizo dar el capitán mucho bizcocho, sal y vino y otras cosas, y vistió de tafetán a tres o cuatro.

El almirante mayor de la Colima, don Juan de Ribera, a

petición del capitán y por dinero envió cantidad de bizcocho y de gallinas, con que todos, en veinte y siete días que allí estuvimos, fuimos cobrando nuevas fuerzas y sanando de cierto mal de encías (221), que en la costa destas tierras suele dar a los que vienen de Manila.

No se descuidó Satanás en este puerto de sembrar las malas y dañosas semillas que hasta aquí había sembrado, y lo peor que halló tierras dispuestas a recibir y brotar y darle el fruto dellas, que es todo lo que pretende.

Luego que nuestro padre vio indios, pretendió le diesen los caballos para irse a México. Supo esto el capitán, y le rogó muchas veces mirase lo poco que faltaba para allegar a Acapulco, y que ninguna cosa le estaría más a cuento que acabar aquel viaje. A esto dijo, que él sabía lo que más le convenía, y no quería en ese poco morir y que lo echasen a la mar, como al padre comisario, sino irse derecho a una celda, y allí vivir y morir cercado de sus hermanos. Dijo a esto el capitán, que si se iba había de parecer muy mal, quedando la nao sin sacerdote que acudiese a las necesidades de almas que podrían ofrecerse; y pues a falta del otro padre, su compañero, él era nuestro cura, que no nos dejase solos por asegurar lo menos digno de temer, por usar de caridad, para lo cual le daría Dios tanta vida como le daba salud. A esto dijo: —Parezca lo que pareciere, que más obligación tengo a mí, y la caridad concertada ha de comenzar de mí mismo. Otras demandas y respuestas hubo, que fuera bien de excusar; y obligado destas y de las que se callan, le dijo el capitán: —Padre mío, en remate de un tan largo viaje no nos cieguen nuestras pasiones, que hay otro viaje que hacer. Por lo que el padre se echó a los pies del capitán y, sin lo poder estorbar por su flaqueza por haberlo asido, le besó ambos empeines. El capitán se tendió de largo a largo, a nivel de como el padre, y le besó las plantas de ambos pies, diciendo: —No pienso quedar corto en esto.

Hubo aquí ciertas personas que, por sí y terceras, dijeron al capitán los dejase ir por tierra. El capitán dijo a éstos que para lo que ellos servían ya se hubieran de haber ido.

Otro hubo que pidió al capitán certificase no haber recibido sueldo Real, habiéndoselo él mismo dado, y también quiso el título de almirante y que hiciese otro el oficio.

(221) Escorbuto.

Otros muchos quisieron ser cada uno el que llevara la carta enviada al virrey, alegando para ello sus grandes merecimientos; y por esto, y por mucho que no se cuenta, hubo aquí muchas contiendas y quejas, con que se podrá bien juzgar, y por todo lo de atrás, cuánto más cuestan los descubrimientos hechos de voluntades de hombres que no descubrir nuevas tierras.

Había ido en la jornada sirviendo a los padres un indio mozo de hasta veinte años, su nombre era Francisco, su natural el Pirú, su hábito de donado, su vida de cudiciar. Era, pues, éste un hombre humilde, templado y grato, muy amigo de la paz, y tan celoso del bien de las almas de las gentes descubiertas, que puso en prática el quedarse allá con ellos. Tenía a Dios grande amor y respeto; en cada cosa que había, por rigurosa que fuese, se conformaba con su santa voluntad. En suma, a todo mostró buen ánimo y alegre rostro, y no vi que lo hiciese bueno a ninguna cosa mal hecha; ni hizo queja, ni pidió paga, ni trató della; cuyo ejemplo en muchos causó envidia y en un soldado pesar de oír alabar sus virtudes: con que digo, que no veo que uno sólo escape de las lenguas de los hombres, y que o sea por alto o por bajo él ha de llevar su golpe.

Veníase acercando la fiesta de Todos los Santos, que era uno de los días del jubileo de la jornada. Por esto se confesaron todos los nuestros, y fue armado dentro de un pabellón un altar; habiéndose traído ostias de un pueblo que se dice Utlan, y avisado a las estancias que viniesen como vinieron españoles, indios y otros, a oír la misa que allí dijo nuestro padre. Estuvieron Pedro y Pablo de rodillas, cada uno con una hacha encendida, alumbrando todo el tiempo que duró el sacrificio y la comunión. A pocos días se fue este religioso por tierra, y nosotros aprestando para irnos por la mar.

Estando, pues, muy deseosos de huir de la playa y molestia de tanta suma de mosquitos jejenes, zancudos y rodadores, cuantos hay en este puerto, de día y de noche sin haber quien de ellos se pudiese defender, dimos vela a diez y seis del mes de noviembre.

CAPITULO LXXVII

El resto del viaje, y cómo la nao surgió en el puerto de Acapulco

Fuese navegando con poco viento a propósito, y con terrales y virazones. De espacio hallamos corrientes contrarias, y obligados dellas y del poco contrario viento Sueste que nos llevaba a varar en la playa de Citala. Dimos fondo por dos veces: al fin llegamos cerca del puerto, donde salió una barca a remo y vela a saber la nao y gente que éramos. El capitán envió en el botiquín un mensajero, y a la barca ordenó que remolcase la nao hasta que surgimos en el puerto de Acapulco, a veinte y tres de noviembre del mismo años de mil seiscientos y seis, con sola muerte del comisario, y toda la gente sana. ¡Gracias a Dios por esta y las otras mercedes que en todo el viaje nos hizo, como se ve en la historia!

Es de advertir que cuando de la bahía nos desgarró el viento Sueste, que no se entendió venir a la Nueva España, a cuya causa no vinimos, como se puede venir, a Lesnordeste: y cortar la línea equinoccial cuatrocientas leguas más a Leste de adonde la cortamos, fuera más breve el viaje; y si el viento Noroeste que tuvimos cuando fuimos de Taumaco a la bahía es durable, será mucho más breve.

El día siguiente, que fue de Santa Caterina mártir, salió de la nao el capitán y su gente siguiendo el estandarte Real, que muchos del lugar acompañaron desde la playa a la iglesia. Llevamos a Pedro y Pablo, ambos vestidos de nuevo, a la pila; habiendo dicho la misa el vicario, que les puso el óleo y crisma que les faltó por recibir, porque no dio lugar la tormenta cuando fueron bautizados: y con la orden que salimos nos recogimos a la nao.

A pocos días después de nuestra llegada, vino de las Filipinas un navío y trajo por nuevas como don Pedro de Acuña, gobernador de ellas, ganó la isla de Torrenate (222) con poco daño de su gente. Fue esta nueva muy alegre, y celebrada luego aquí con repique de campanas y alegría en la gente. En México se hicieron grandes fiestas bien debidas a vitoria tan deseada. Esto digo, y espero mayores fiestas y

(222) Ternate.

gozos por tantas islas y tierras que Dios fue servido mostrarme; pues todo es de un mismo dueño, y ser muy justo que suene esto en el mundo para más gloria de Dios, y honra de nuestra España..También llegó otra nao donde murieron en la mar setenta y nueve personas, y otras once en el puerto, de una grande enfermedad que da en aquella carrera; y según se dijo, cuando venían navegando se compró una gallina por dos mil y cuatrocientos reales, y por otra daban tres mil y doscientos y no la quisieron vender.

Cuéntase la solenidad con que fue desembarcada y recebida la cruz de naranjo que se arboló en la bahía de San Felipe y Santiago

Envidioso el padre Fr. Juan de Mendoza, guardián del convento de San Francisco de los descalzos de este puerto, de la veneración con que la cruz fue recebida de los religiosos de su orden el día que se arboló en la bahía de San Felipe y Santiago, como está dicho, con grande encarecimiento la pidió al capitán; diciendo que en la playa la quería recebir, y en procesión llevarla a su convento. Hubo sobre esto un muy honrado y santo pleito, porque el vicario del lugar la quería recibir con la misma reverencia para ponerla en su iglesia. Alegóse de parte a parte el derecho; mas al fin, por ciertos ruegos, el vicario largó la palabra que el capitán le tenía dado de dejarla en su poder.

El día de la Concepción de la madre de Dios el capitán, con la más grandeza que pudo, sacó de la nao la cruz, y a la orilla del mar la entregó al dicho padre guardián con otros seis religiosos. Recibióla de rodillas con mucha devoción, y puestos en orden de procesión, a los dos lados de la cruz Pedro y Pablo cada uno con un hachote encendido, detrás toda la gente del pueblo llevando bandera y caja, fuimos marchando al convento. A la puerta de la iglesia estaba un padre revestido; el capitán, que es el que llegó primero, le fue sirviendo de macero hasta llegar donde estaba el guardián, que hizo de rodillas entrega de la cruz al capitán. El capitán la dio al padre en las manos, que la llevó a su iglesia y la clavó en altar mayor, con repique de campanas de ambas iglesias, son de trompetas, tiros de cámaras que allí estaban y de las piezas de la nao y fuerza, y continuas cargas de

mosquetes y arcabuces de los soldados. Alegría que mostró toda la gente en común, y no menos el capitán que, aunque tuvo deseo de dar en Roma esta cruz en las manos del pontífice, y decirle ser la primera que en nombre de la iglesia católica levantó en aquellas nuevas tierras, con los indios que entendía traer de ella por primicias, y pedirle para todos aquellos y otros vivientes grandes favores y gracias, se acomodó con el tiempo que le robó la gloria de este triunfo; da muchas gracias a Dios de cuya bondad espera volver la cruz al lugar donde la trajo.

CAPITULO LXXVIII

De lo que sucedió al capitán en México y en su embarcación hasta llegar a la corte de España

Luego que la gente se desembarcó, hubo personas que por vengar sus pasiones, o por otros respetos, escribieron al marqués de Montes Claros, virrey de México, y sembraron por toda la tierra muchas cartas, procurándome descomponer y desacreditar la jornada: a que yo satisfice por otras lo mejor que pude, dando a entender mi verdad y buen celo; y algunas de ellas envié al dicho marqués, pidiendo orden de lo que había de hacer del navío. Y por habérmela dado de que le entregase a los oficiales Reales de Acapulco, pues era de Su Majestad, lo hice así, y me partí de Acapulco el primero día del año de mil seiscientos y siete, y entré en México el día de San Antón, y el de San Sebastián me recibió el virrey amorosamente, y por su orden hice relación e información de todo lo sucedido. Y entendiendo que cerca de México estaba don Luis de Velasco, que había sido virrey en el Perú en el tiempo que la primera vez vine desta jornada, le fui a hablar y le di cuenta de lo que había pasado, y me honró y consoló mucho.

Y allí en México el indio Pedro, como ya estaba más ladino y entendido en nuestra lengua, hizo ciertas declaraçiones muy importantes de cosas que se fueron preguntando de su tierra, y de las comarcanas; y dio a entender la grandeza de ellas, y sus comidas, frutas y riquezas, y como había plata, oro y perlas en cantidad, y los ídolos que adoraban, y sus ritos y ceremonias, y cuán de ordinario les habla-

ba el demonio; y mostrándole algunas cosas de las nuestras, fue declarando los nombres que tenían en su lengua: y dentro de breve tiempo se nos murió él y el otro indio Pablo, que era muchacho y de muy lindo rostro y disposición.

Volví a hablar al virrey, y trátele de mi partida y necesidades. No salió a remediarlas, antes me entretuvo con gracias, y me dijo que estaba de partida para el Perú, donde le habían proveído por virrey, y que si yo volviese en su tiempo, trujese buenas cédulas, que todas las cumpliría, y que hiciera él de buena gana la jornada por entender que era cosa tan grande. Y con esto me despidió, y se llegó el día de la partida sin tener yo sólo un peso, para ponerme en camino; pero socorrióme Dios con las amistades y socorros que me hizo un capitán Gaspar Méndez de Vera, y un Leonardo de Oria en San Juan de Ulúa me recibió en su nave, en que llegamos en salvo a Cádiz, donde me desembarqué. Y para pasar a Sanlúcar vendí la cama, y en Sanlúcar otra prenda, con que llegué a Sevilla, y allí para sustentarme vendí lo demás que me quedaba: y con esto y con quinientos reales que me hizo dar don Francisco Duarte, y lo que me ayudó un capitán mi compañero llamado Rodrigo Mejía, llegué sin blanca a Madrid a nueve de octubre de mil y seiscientos y siete.

CAPITULO LXXIX

De lo que pasó al capitán en la corte esta última vez, hasta negociar una cédula de su despacho

En los once días primeros, después de haber llegado a la corte, no pude tener comodidad para escribir mis memoriales y alcanzar audiencia del conde de Lemos, que era presidente de las Indias, el cual me la dio de tres horas; y le leí mucho de esta relación, y por remate me preguntó: —¿Qué derecho tenemos a esas tierras? Respondíle que el que había para poseer las otras. Y volvíle a hablar diferentes veces, y en ellas me ordenó que besase la mano a Su Majestad y viese al duque de Lerma, como lo fui haciendo, y dando muchos y muy apretados memoriales en razón de declarar mi empresa y sus provechos, y solicitar y apresurar mi despacho.

Estos memoriales hacía imprimir, cuando tenía con qué, y cuando no los copiaba, y presentaba y repartía en los Consejos de Estado, Guerra e Indias, y sus ministros. Los más los recebían bien y mostraban estimarlos; pero no por eso mi despacho tenía mejor expediente: antes, en veinte y seis de marzo de mil seiscientos y ocho, Su Majestad, por medio del duque de Lerma, remitió un largo memorial que le di al Consejo de las Indias, donde se tomaban floja y desabridamente mis cosas, por haberlas encaminado la primera vez por la vía del Consejo de Estado. Y, en efecto, me dijeron acudiese por la respuesta a don Francisco de Tejada, que era del dicho Consejo de las Indias, el cual me dijo que me volviese al Perú, a la ciudad de los Reyes, y que allí se enviaría orden al virrey de lo que había de hacer. Yo respondí que no estaba bien ponerme en viaje tan largo, y a negocio tan grave, sin saber lo que llevaba; y fui pasando adelante con mis memoriales, y esperé tuvieran mejor suceso, porque en este tiempo llegó al Consejo una carta que Juan de Esquivel, maese de campo de Terrenate, escribó a la Audiencia de la ciudad de Manila, en que decía haber llegado a aquel puerto un navío, y por su capitán Luis Vélez de Torres, y que decía ser uno de los tres del cargo del capitán Pedro Fernández de Quirós, con que salió del Perú a descubrir la parte incógnita del Sur. «Dice que se apartó dél mil y quinientas leguas de aquí, y que vino costeando ochocientas de una tierra. Llegó con necesidad y yo suplí la que pude. El va allá, y dará más particular cuenta a V. A.»

Después vi la relación del viaje de Luis *Vaez*, en poder del condestable de Castilla, que me alegró mucho, y fui con esta ocasión dando nuevos memoriales, pidiendo y proponiendo mi despacho, y las cosas que para él se habían de conceder; pero mis desgracia era tan grande que nunca se acababa de tomar resolución en nada, y todo era detenerme, y a las veces despreciarme o desesperarme los ministros, y en especial los del Consejo de las Indias, que en los del de Estado siempre hallé mejor acogimiento.

Viendo esto, procuré nueva audiencia a Su Majestad y la alcancé, cual la deseaba, el día de los Reyes del año de mil seiscientos y nueve, después de comer; favoreciéndome en esto como en otras cosas el marqués de Velada. Mostré mis papeles, mapas y cartas de marear; di a entender las tierras que proponía y su grandeza, los viajes que había hecho y

sus sucesos; y habiéndolo visto con demostración de gusto, se levantó; y pidiéndole mi despacho, me respondió el marqués que todo se haría bien. Y en siete de febrero salió un decreto para que el Consejo de Estado tratase muy de veras de este negocio, y que se me librase algún dinero para mi socorro. Y después de diversas consultas, y habérseme mandado que declarase lo que habría menester para mi jornada, salió otro decreto en que se remitió el negocio al Consejo de las Indias, donde volví a negociar de nuevo; y al cabo de muchos meses se me mandó dar una cédula del tenor siguiente:

EL REY. Marqués de Montes Claros, pariente, mi virrey, gobernador y capitán general de las provincias del Perú, o la persona o personas a cuyo cargo fuese el gobierno de ella. El capitán Pedro Fernández de Quirós, que, como tenéis entendido, es la persona que ha tratado del descubrimiento de la tierra incógnita y parte Austrial, me ha representado como habiéndole yo mandado dar los despachos necesarios por mi Consejo de Estado, para hacer el dicho descubrimiento y para que los virreyes, vuestros antecesores, le proveyesen de todo lo necesario para esta jornada, salió en demanda della del puerto del Callao, a veinte y uno de diciembre de año pasado de mil y seiscientos y cinco, con dos navíos y una zabra y gente y lo demás; y navegó la vuelta del Oeste-sudeste hasta subir a altura de veinte y seis grados de la parte meridional, por cuyo rumbo, y por otros, se descubrieron veinte y tres islas, las doce pobladas de diversas gentes, y más de tres partes de tierra que se entendió ser toda una, y sospechas de ser tierra firme; y una grande bahía con un buen puerto dentro della, de la cual salió con los tres navíos con intento de ver una alta y grande sierra que está a la parte del Sueste, y volviendo a arribar al dicho puerto, la nao almiranta y zabra dieron fondo, y la capitana en que él iba, desgarró; a cuya causa, y por otras muchas que le obligaron, arribó al puerto de Acapulco, de donde vino a España, a darme cuenta del suceso del viaje, el año pasado de mil y seiscientos y siete: y que la tierra que descubrió es apacible, templada, y se coge en ella muchos y diversos frutos; la gente doméstica, y dispuesta a recibir nuestra santa fe; y que lo que él dejó de ver y descubrir es mucho más sin comparación. Y con grande instancia me ha

pedido y suplicado considere la importancia de este descubrimiento y población y el servicio tan grande que a Nuestro Señor se hará en que se pueble aquella tierra, y se plante en ella la fe, trayendo al gremio de la iglesia y verdadero conocimiento, tanta infinidad de almas como hay en aquel nuevo mundo, a donde se ha tomado la posesión en un buen puerto y sitio, y celebrado misas; y las utilidades y acrecimientos que resultará a mi corona y todos mis Reinos. Y que pues su intento y pretensión no es más que hacer este servicio a Nuestro Señor, y seguir esta causa como hasta aquí lo ha hecho tantos años ha, padeciendo tantos naufragios y trabajos, le mandase proveer de todo lo necesario para volver a la dicha jornada, y hacer la dicha población; para lo cual era necesario le mandase dar mil hombres dese Reino, deste doce religiosos de la Orden de San Francisco o Capuchinos que sean doctos, y con la potestad necesaria, proveídos de los bastimentos y ornamentos, seis hermanos de Juan de Dios, médico, cirujano, barberos y medicinas; y que en esas provincias se le diesen navíos, artillería, mosquetes, arcabuces, y otras armas y bastimentos que fueren menester, y cantidad de rescate para los indios, y una buena partida de hierro en plancha, y herramientas para cultivar la tierra y labrar minas.

Y por lo mucho que deseo que el dicho descubrimiento y población tenga efecto, por el bien de las almas de aquellos naturales, he ordenado al dicho capitán Pedro Fernández de Quirós que vuelva a ese Reino en la primera ocasión; y os encargo y mando que luego como llegue a verse con vos, dispongáis su despacho, y le proveáis por cuenta de mi Real hacienda de las cosas que él pide para hacer esta jornada y población, de manera que con la brevedad posible parta a hacella, no se ofreciendo de nuevo inconvenientes notables; dándole todos los despachos y recaudos necesarios para que sea obedecido de la gente que llevare consigo y a su cargo, y los demás que a este propósito convinieren, o hubiere menester y se suele hacer en semejantes jornadas, descubrimientos, poblaciones. Y mando a los oficiales de mi Real hacienda cumplan lo que en conformidad de esta cédula, y para su cumplimiento les ordenáredes: y vuelvo a encargaros mucho el breve y buen despacho del capitán Quirós, y que me aviséis de cómo se hubiere hecho, porque holgaré de saberlo; honrándole, favoreciéndole y haciéndo-

le buen tratamiento, que en ello me serviréis. De Madrid a quince de diciembre de mil siscientos y nueve. —Yo el Rey.— Por mandado del Rey nuestro señor, Gabriel de Hoa. —Señalada de los del Consejo.

Copia de la carta que el secretario Gabriel de Hoa envió al virrey con la cédula escrita

«El capitán Quirós vuelve a ese Reino, con el despacho que va aquí, en demanda de su descubrimiento. Ha asistido aquí a esta causa con harto trabajo y descomodidad, y con mucho celo del servicio de Nuestro Señor y de Su Majestad. Vuestra excelencia le anime y esfuerce, y aliente este intento conforme a las órdenes de Su Majestad, cuya voluntad es que al capitán Quirós se le dé buen despacho y haga todo buen tratamiento, como vuestra excelencia sabrá hacerle el que merecen sus trabajos y peregrinaciones, y que de nuevo se ofrece a otras mayores. Guarde Nuestro Señor a vuestra excelencia como deseo. Madrid a diez y nueve de Diciembre de mil seiscientos y nueve.»

CAPITULO LXXX

De lo que hizo el capitán habiendo recibido esta cédula, y cómo se le dio otra

No me contentó esta cédula por ver la confusión que tenía, y que no se me daba la mano que era menester para ordenar por la mía lo necesario para mi despacho, y porque en efecto se dejaba en ella abierta la puerta para que el virrey, después de tenerme en el Perú, hiciese lo que quisiese. Y recelándome de lo mal que se cumplen las órdenes y cédulas de Su Majestad en provincias tan distantes, aun cuando van muy apretadas, volví a dar otros memoriales representando estos inconvenientes, y declarando como había menester quinientos mil ducados para hacer mi jornada, y en qué lo había de gastar y distribuir, y di particular cuenta de cómo se había gastado lo que se me dio en la ocasión pasada.

Díjome don Francisco de Tejada, que no faltaba quien dijo ser bueno el despacho que me dieron. Yo dije que lo

debía de haber medido con mis pocos merecimientos; mas no con las grandezas y necesidades de la obra: y proseguí en dar más y más memoriales a Su Majestad y sus Consejos y consejeros, hasta que por el mes de mayo fui llamado del secretario Antonio de Aróztegui, y me dijo que ya estaba despachado a mi gusto, y qué título y ayuda de costas quería. Yo le respondí que el de grumete me bastaba, como el despacho fuese bueno, y que no ponía precio a mis servicios, y por este fin ordené nuevos memoriales que fui dando en el Consejo de Estado; y cuando ya pensé que estaba cerca de conseguir mis deseos, se volvió el negocio a remitir al Consejo de Indias, en el cual, como las voluntades estaban tan frías para conmigo y con mi causa, trocaron, o torcieron mucho lo que Su Majestad había ordenado: y en primero de noviembre de mil seiscientos y diez me dieron una cédula del tenor siguiente:

EL REY. Marqués de Montes Claros, pariente, mi virrey, gobernador y capitán general de las provincias del Perú, o la persona o personas a cuyo cargo fuese el gobierno de ellas. El capitán Pedro Fernández de Quirós, que, como tenéis entendido, es la persona que ha tratado del descubrimiento de la tierra incógnita y parte Austrial, me ha representado que habiéndole yo mandado dar los despachos necesarios por el mi Consejo de Estado, para hacer el dicho descubrimiento y para que los virreyes, vuestros antecesores, lo proveyesen de todo lo necesario para esta jornada, salió en demanda della del puerto del Callao, a veinte y uno de diciembre del año pasado de mil seiscientos y cinco, con dos navíos y una zabra, gente y lo demás que se le dio: y navegó a la vuelta del Oes-sudueste hasta subir a la altura de veinte y seis grados de la parte meridional, por cuyo rumbo y por otros se descubrieron veinte y tres islas, las doce pobladas de diversas gentes, y más tres partes grandes de tierra que se entendió ser toda una, y sospechas de ser tierra firme; y una grande bahía con un buen puerto dentro della, del cual salió con los tres navíos con ánimo de ver una grande y alta sierra que está a la parte del Sueste, y volviendo a arribar al dicho puerto, la nao almiranta y zabra dieron fondo según se pudo juzgar, y la capitana en que él iba desgarró; a cuya causa, y por otras muchas que le obligaron, arribó al puerto de Acapulco, de donde vino a España,

a darme cuenta del suceso del viaje, el año pasado de seiscientos y siete: y que la tierra que descubrió es muy fértil, apacible, templada y rica, y con muchas comodidades; y la gente doméstica y dispuesta a recibir nuestra santa fe: y que lo que dejó de ver y descubrir es mucho más sin comparación. Y con grande instancia me ha suplicado considere la importancia de este descubrimiento y población y el servicio tan grande que a Nuestro Señor se hará en que se pueble aquella tierra, y se plante en ella la fe, trayendo al gremio de la iglesia y verdadero conocimiento, tanta infinidad de almas como hay en aquel nuevo mundo, donde se ha tomado la posesión en un puerto y sitio, y celebrado misas y la fiesta del Corpus; y las utilidades y acrecentamientos que resultarán a mi corona y todos mis Reinos. Y que pues su intento y pretensión no es más que hacer este servicio a Nuestro Señor, y seguir esta causa como hasta aquí lo ha hecho tantos años ha, y padeciendo tantos naufragios y trabajos, le mande proveer de las cosas necesarias para volver a la dicha jornada, y hacer pie y poblar donde conviniere en aquellas partes; para lo cual me ha suplicado mande librar y que se gasten quinientos mil ducados en lo necesario para toda la empresa, y que se le den mil hombres, la mayor parte que se pudiere casados, que se podrán levantar en ese Reino, y los bajeles convenientes marinerados, bastecidos, artillados, y amunicionados, y algunas cosas que dará por memoria para llevar de respeto, para que la gente después de llegada y hecho pie tenga con qué se sustentar, y para rescatar con los indios; y que en estos Reinos se le diesen doce religiosos capuchinos, que desean hacer esta jornada, y doscientas personas de gobierno, de milicia, letras y religión, que sean como piedras fundamentales de la obra; y que a cuenta del dinero que se ha de proveer en este Reino, se comprasen en Sevilla seis mil quintales de fierro, y los arcabuces y mosquetes necesarios; y que se le dé algún título y facultad, que por lo memos sea de gobernador y capitán general, para mejor acudir a mi servicio, y alguna ayuda de costa para desempeñarse y salir de mi corte. Y habiéndoseme consultado por el mi Consejo de Estado; considerando, como lo he hecho, con grande atención lo mucho que conviene el servicio de Dios, y mío, que se lleve adelante esta obra; he resuelto y mandado, que el dicho capitán Pedro Fernández de Quirós vuelva a ese Reino en la primera oca-

sión, a la prosecución de esta jornada; y así os mando le deis lo que fuere menester para la ejecución della, y los despachos que conviniere en orden al negocio a su satisfacción; y que sea a la misma las cosas que se le dieren y proveyeren: y en estos Reinos le he mandado dar seis mil ducados de ayuda de costa para el camino, hay tres mil quintales de fierro, que he mandado a la casa de la contratación de Sevilla compre en aquella ciudad y os los remita para el efecto. Y mando a los oficiales de mi hacienda de la ciudad de los Reyes, y otros cualesquier de esas provincias, cumplan lo que en virtud y para el cumplimiento de ésta mi cédula les ordenáredes. Fecha en San Lorenzo a primero de noviembre de mil y seiscientos y diez años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor, Pedro de Ledesma.

CAPITULO ULTIMO

De lo que el capitán hizo habiendo recibido la cédula referida

Viendo la flojedad de esta cédula, y que faltaban en ella muchas cosas de las que yo había pedido y tenía precisas para mi jornada, volvía a hacer instancia en el Consejo de Estado que se me concediesen; y di para ello diferentes memoriales, y otros en que representé los daños que había de dilatar esta jornada, y que ya los enemigos ingleses y holandeses tenían noticia de ella, y que si no las ocupábamos primero, podría ser que se apoderasen de aquellas tierras y mares. Lo que resultó de esto fue detenerme más, y mandar que para mi sustento se me diese cierta cantidad de dineros cada mes, y tres mil ducados de ayuda de costa por una vez, para pagar mis deudas, los cuales nunca se acabaron de cobrar. Esotros me fue dando de su mano el buen secretario Antonio de Aróztegui.

Di también otro memorial en que propuse el modo que pensaba tener en descubrir y poblar y gobernar aquellas naciones, huyendo de los daños que por ir por otros caminos se habían conocido en las demás descubiertas. Todo se oía y recibía bien; pero mi desgracia dilataba el despacho; y al cabo de muchos años el secretario Juan de Eiriza, me leyó y dio un papel que decía: «Lo resuelto por Su Majestad

en los particulares del capitán Quirós: que en cosa tan grande es menester ir con mucha siguridad y saber de cierto lo que es, y Su Majestad holgara que le ayuden a descubrir lo que Quirós desea; y para esto vuelva al Perú y siga las órdenes que el virrey le diere, asegurándele que se le hará merced como si él solo lo descubriese.» A este decreto respondí lo que me pareció convenir, volviendo por mi honra y la de mi causa, y afirmando que no había de ir sino con papeles y recaudos bastantes y muy claros y firmes.

Pero mientras más andaba el tiempo, más me iba atrasando en mi pretensión, por los contrarios que en ella tuve, y la poca confianza que se debía tener de mi persona, y de lo que prometía. Y como el Consejo de Estado no quiso resolver nada en este particular sin remitirlo al Consejo de Indias, se empeoró mucho mi causa, y don Luis de Velasco, que había venido por presidente de este Consejo, en lugar de alentarla por ser el que dio principio a ella en el Perú, y tener tanta noticia de la verdad que trataba, fue el que más me desfavoreció. Y últimamente, habiendo por este tiempo proveído por virrey del Perú a don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, y se conformaron entrambos Consejos en mandarme que me viniese con él, asegurándome que traía muy apretada orden de S. M. para despacharme llegado que fuese al Callao, y disponer todo aquello que yo le dijese ser necesario para mi jornada; en esta razón se hizo una junta en casa del presidente de Indias, en que se halló el nuevo virrey y me afirmó que era cierto lo que se me trataba, y podía fiarme de él, y que si tuviera mi despacho el menor dolo no se encargara de él por el valor de todo el mundo, porque era celoso de su reputación.

Con esto, viendo que en tantos años no había podido negociar otra cosa, y que tenía tan acabada la vida como la paciencia, me determiné de poner en sus manos la obra y la persona; y él me dijo: —Déjeme y verá lo que hago. Habléle después diferentes veces y procure enterarle de mi causa, y de lo necesario para ella, porque desde acá fuese dispuesto, y con ocasión de haber de enviar a Roma a pedir ciertas gracias a Su Santidad le pedí y me dio la certificación siguiente:

«Don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, conde de Mayalde, gentil-hombre de la Cámara del Rey nuestro señor, y su virrey y capitán general de los reinos del Perú.

Certifico: que Su Majestad me manda que lleve en mi compañía al capitán Pedro Fernández de Quirós, para que desde el puerto del Callao le despache a la población de la tierra Austrial; y que esto sea cuando yo juzgare que es conveniente, y el estado de las cosas del Perú dieren lugar para cumplirse. Dada en Madrid a veinte y uno de octubre, año de mil seiscientos y catorce.»

RELACION DE LUIS BAEZ DE TORRES A FELIPE III DESDE MANILA, A 12 DE JULIO DE 1607

Por hallarme en esta Ciudad de Manila acabo de año y medio de haber navegado y descubierto las tierras y mar por la parte Meridional inconita; y porque en esta Real Audiencia de Manila no me han querido hasta agora dar despacho para haber de acabar el viaje como V.M. lo manda, y porque yo estaba con esperanzas de ser el primero que a V.M. había de hacer relación de los descubierto con los restantes, y como estoy detenido y no saber si en esta Ciudad de Manila me han de despachar quise enviar persona a dar cuenta a V.M. que es Fray Joan de Merlo de la Orden de San Francisco, uno de los tres Relixiosos que a mi cargo traje, cuya relación dará a V.M. como persona que se halló en todo; la qual de mi parte es la siguiente:

Salimos del Puerto del Callao de la Ciudad de los Reyes del Perú a veinte y uno de Diciembre con dos Navíos y una Lancha, por el año seiscientos y cinco por cabo dellos el Capitán Pero Fernández de Quirós y yo por su Almirante; y en muy buen comitiva a la venta de sudeste caminamos por este Camino ochocientas leguas y en altura de veinte y seis grados, parecióle a nuestro Cabo no pasar de aquí por ciertos movimientos que hacía el tiempo, al qual yo di firmado de mi nombre que no era cosa acertada bajar de allí hasta no llegar a 30 grados y más, si el tiempo nos dejase: no valió mi parecer, porque los dichos 26 grados bajamos luego por el rumbo del Oes-norueste, fuimos por este camino hasta

24 grados y medio; en este paraje hallamos una Isleta rasa como de dos leguas de largo despoblada y sin fondo de poder surgir las Naos (223): de aquí salimos gobernando al Oeste quarta al Norueste hasta 24 grados: en este paraje hallamos otra Isla despoblada y sin surgidero; tendría como diez leguas de circunferencia, pusímosla por nombre San Valerio (224): de aquí salimos gobernando al Oeste quarta al Norueste un día; y luego al Oesnorueste hasta llegar a 21 grados y un tercio. En este paraje hallamos otra Isleta rasa y sin fondo, despoblada, repartida en pedazos (225): pasamos adelante por el mismo rumbo, y andadas 25 leguas hallamos quatro Islas trianguladas de 5 ó 6 leguas cada una, rasas, despobladas y sin fondo; pusímoslas por nombre las Vírgenes, aquí nos noresteaba la aguja, de aquí salimos gobernando al Norueste hasta 19 grados. En este paraje vimos unas Isleta a la banda de este, apartada de nosotros como tres leguas, era parecida con las de atrás. Pusímosla por nombre Santa Polonia, bajando por aquí medio grado vimos una Isla (226) rasa con una punta al Sureste llena de palmas estaba en 18 grados y medio, llegamos a ella, no tenía surgidero, vimos gente en la playa; fueron las barcas a tierra y llegados que fueron no pudieron desembarcar por la mucha mar y peñas, llamábanle los Indios de tierra, echarme dos Españoles a nado, a los que les recibieron muy bien, echando las armas en tierra los abrazaron y besaron en el carrillo. Con esta amistad vino un principal dellos a hablar a bordo de la Capitanía, y una mujer vieja, a los quales vistieron y regalaron, y los volvieron a echar en tierra luego, porque estaban con gran temor: en pago del beneficio enviaron un mazo de cabellos y unas malas plumas y unas cáscaras de ostiones de perlas labradas; todo esto eran galas suyas, gente muy salvaje, amulatada, y corpulenta. Las armas que usan son unas lanzas muy largas y muy gruesas. Por no podernos saltar en tierra, ni haber surgidero pasamos adelante gobernando al oesnorueste fuimos por este rumbo dando vista a tierra desta Isla (227), no pudimos llegar a ella fuera del principio, por el viento contrario y recio y con muchos aguaceros: era

(223) *Luna-puesta,* de Quirós.
(224) *San Juan Bautista,* de Quirós.
(225) *San Telmo.*
(226) *San Miguel.*
(227) Conversión de San Pablo.

toda ella muy rasa que a partes la lavaba el agua. Deste paraje de 16 grados y medio fuimos gobernando al Norueste quarta a el Norte hasta 10 grados y 3 quartos, en este paraje vimos una Isla que se entendía ser la de San Martín y de Sant Bernardo (228), por estar en pedazos, más no lo era por lo que después vimos: no hallamos surgidero en ella, aunque fueron las Barcas a tierra por ver si había agua, que tenían falta de ella, y no la hallaron, sólo hallaron unos cocos aunque pequeños. Visto por nuestro Cabo que nos faltaba el agua, acordó que fuésemos a la Isla de Santa Cruz a donde había estado con el Adelantado Alvaro de Avendaño, diciendo que alllí nos proveeríamos de agua y leña, y se determinaría lo que más nos conviniese al servicio de V.M. Andaba en este tiempo la gente de la Capitanía alborotada y con designio de irse derechos a Manila; por esta causa menvió al Piloto mayor (229) preso a mi nao sin hacelle causa ni a otros, siendo de mi bien importunado los castigase o me los dejase castigar, pues tenían el nombre de traidores, y no lo quiso hacer; por donde le sucedió lo que V.M. tendrá sabido, pues le hicieron volver del camino, como adelante se dirá, y el lo habrá dicho en esa Real Corte de V.M. Salimos desta Isla arriba dicha al Oeste quarta al Norueste, aquí hallamos en este Meridiano que el Aguja nordesteaba muy cerca de una quarta, llegamos por este camino hasta 10 grados largos, en este paraje hallamos una Isla rasa de cinco o seis leguas avegadiza y sin fondo, era poblada y la gente y armas era hechura como las de atrás (230); pero diferentes embarcaciones llegaron cerca de las Naos hablándonos, y tomando lo que les dábamos pidiendo más y hurtando lo que estaba colgado de las Naos, tirándonos de lanzas, pareciéndoles no les podríamos hacer daño, visto que no había donde surgir por la falta que había de agua, me mandó nuestro Cabo a tierra con las dos Barcas y cincuenta hombres: llegado que fue a tierra, me resistieron la entrada sin jamás querer la paz; por donde me obligaron a escaramucear con ellos: después de habellos hecho algún daño, salieron tres dellos a darma la paz, cantando con ramos en las manos y uno con un mechón encendido y de

(228) *Sagiraria, y fugitiva,* de Quirós.
(229) Johan Ochoa.
(230) *San Bernardo.*

rodillas, recibíles bien, y abracéles, y luego les vestí por ser a los principales, y preguntándoles por el agua no me la quisieron mostrar, haciendo que no entendían, teniendo los tres principales conmigo mandé al Sargento con doce hombres buscase el agua y habiendo dado con ella le salieron otra vez y les envistieron y hirieron a un español: viendo su traición les envestí y desbaraté sin otro daño alguno, quedando la tierra por mía corrí el pueblo sin hallar más de solo Ostiones secos y algún pescado y muchos cocos de que la tierra estaba bien provista: no hallé aves ni animales, más de solo perrillos: hallé muchas embarcaciones tapadas, conque ellos suelen navegar a otras Islas con velas Latinas hechas de paxa muy curiosas y de la misma tela andan vestidas las mujeres de camiseta y saya y los hombres no más de la cintura y vergüenzas. De aquí salimos en las Barcas cargadas de agua, con la mucha mar se nos anegaron con mucho riesgo de nuestras vidas, y ansí hubimos de pasar adelante sin llevar agua desta Isla, poniéndole por nombre de la Matanza (231). Salimos gobernando por este paralelo treinta y dos días: en todo este camino hallamos que había muy grandes corrientes y muchas bascoridades de madera y culebras y mucha pajerería. Todo esto eran señales que demostraban haber tierra de una banda y de otra: no la osábamos de buscar por no salir de la altura de la Isla de Santa Cruz; porque nos parecía estar siempre serca, y era razón si ella estuviera donde la habían señalado la primera vez que la descubrieron, mas estaba muy más adelante, como por la relación se verá, así antes de llegar a ella como 60 leguas y 1940 en la Ciudad de Lima, hallamos una Isleta como de seis leguas muy alta y toda a la redonda de muy buen fondo y otras Isletas serca della a cuyo abrigo estuvieron las Naos surtas: yo salí con las dos Barcas y siencuenta hombres a reconocer la gente della, y aún tiro descopeta apartado de la Isla (232), hallé un pueblo sercado de muralla con solo una entrada sin puertas estando serca con las dos barcas con intención de envestilles, porque no querían por señas dar la paz: al fin salió de dentro el principal, el agual al pescuezo y un bastón en la mano y sin temor se vino a las Barcas derecho; al qual recibí bien y por señas que muy bien nos

(231) Peregrina.
(232) *Temel-lua,* según Quirós.

entendíamos, me dixo que su gente tenía gran temor de los Arcabuces y que así me rogaba no saltase en tierra, que ellos me darían el agua y leña dándole vasijas; yo le dije que era fuerza estar cinco días en tierra para descansar: Visto que no podía más, aquietó su gente que andaba muy alborotada, y fue de suerte que de su parte ni de la nuestra se tiró: salté en el Fuerte muy a mi salvo y haciendo alto les hice rendir las Armas, y les mandé sacasen de sus casas su atillo, que todo no valía nada, y se pasasen con él a la Isla a otros pueblos que allí estaban: agradeciéronmelo mucho, quedó siempre allí conmigo el principal, apellidaron luego la tierra, todos me vinieron a dar la paz y asistir conmigo todos los principales haciendo a su gente que nos hiciere el agua y leña, y la llevasen a bordo de las Naos: gastamos en esto seis días: era la gente desta Isla de muy buena conversación: entendíamonos muy bien deseosos de aprender nuestra lengua y enseñarnos la suya: eran muy grandes Cosarios, todos muy buen poblados de barba, muy grandes flecheros y Dardos, arrojadizos: sus embarcaciones muy grandes podían andar mucho camino: diéronnos noticia de más de cuarenta Islas grandes y pequeñas, y todas pobladas, nombrándolas por sus nombres, diciéndonos que peleaban con muchas dellas. También nos dieron noticia de la Isla de Santa Cruz, y de lo que allí pasó a el Adelantado Alvaro de Avendaño: es la gente desta Isla de cuerpos ordinarios, había entre ellos gente blanca y bermejos: otros Indios naturales color como los de las Indias y otros negros atecados y mulatados, usan es *(ilegible),* sus comidas son algunos Iñames y Pescado: tienen muchos cocos: tienen puercos y gallinas: llamábase esta Isla Taomoco y el nombre del principal della se decía Tomay: despedíme dellos, habiéndole cogido quatro Indios de que ellos no quedaron muy gustosos, y como aquí hicimos agua y leña, no tuvimos necesidad de ir a la Isla de Santa Cruz, que como digo estaba por este paralelo sesenta leguas adelante: así salimos de aquí gobernando al sureste hasta doce grados y medio, a donde hallamos una Isla del tamaño de la de Taomaco y de la misma gente: llamábase Chuempia (230): no había en toda ella más de un pequeño surgidero y pasando de largo llegué a tierra en un votequi con sólo dos hombres; saliéronme a dar la paz, y con ella me presentaron una cáscara de palo que parecía ser un lienzo muy fino de quatro baras de largo y

tres palmos de ancho de que ellos se visten: con esto me despedí dellos: de aquí salimos gobernando a el Sur, diónos un muy recio viento del Norte que nos obligó a echar de mar entravés dos días: acabo dellos hubo pareceres, que por ser Invierno no se pasase a más altura de catorce grados en que al presente nos hallamos, aunque mi parecer fue siempre bien contrario; acordóse que buscáramos las islas nombradas por los Indios de Taomaco, por donde salimos desde paraje gobernando a Sueste y a un día de camino descubrimos un volcán muy alto y grueso de más de tres leguas de circunferencia muy poblado de Arboleda y gente negra bien poblados de barba: al poniente y a la vista deste volcán, cantidad de ocho leguas estaba una Isla no muy alta, muy agradable a la vista (233): había en ella pocos surgideros y muy pegada a la tierra; estaba muy poblada de gente negra: aquí se cogieron dos en unas embarcaciones a los quales vistieron y regalaron, y a el otro día se echaron en tierra: en pago desto dieron un flechazo a un español, aunque es verdad que no fue en el mismo Puerto, pero un tiro descopeta más adelante: es gente que en viendo la casa no la perdona. A la vista desta Isla y a la redonda della, había muchas Islas muy altas y muy grandes (234), y a la parte del Sur que por serlo tan grande fuimos a ella poniéndole por nombre a esta donde nos hicieron el hombre, Santa María (235): saliendo della al sur hacia esta Isla muy grande que viamos descubrimos en ella una muy gran Bahía muy poblada y muy fértil de Iñames, y muchas frutas, puercos y gallinas: es toda gente negra y desnuda, pelean con flechas, dardos y mazanas: no quisieron jamás paz con nosotros, aunque muchas veces nos hablamos y les regalé jarros por su voluntad, puse los pies en tierra queriéndome siempre defender y peleando siempre muy a nuestros salvo. Es esta Bahía muy fresca y de muchos Ríos y muy grandes: está en altura de quince grados y dos tercios: tenía de circunferencia veinte y sinco leguas: pusímosle por nombre la Bahía de San Phelipe y Santiago, y a la tierra del Espíritu Santo: aquí estubimos sinquenta días, tomamos posición en nombre de V.M. dentro de esta Bahía y de lo más abrigado della se nos salió la Capitana a la una hora después de media noche sin decírnoslo y sin

(233) *San Marcos.*
(234) *Los Portales de Belén,* de Quirós.
(235) Isla de la Virgen María, de Quirós.

hacer señas para que por ellas la entendíeramos: sucedió esto a once de Junio, y aunque luego la siguiente mañana la salí a buscar haciendo las diferencias debidas, era imposible hallarles, pues ellos no iban por el camino ni voluntad derechas: así me hube de volver a la Bahía por ver si acaso volvían a ella: todo lo cual hice por más lealtad en esta Bahía y les aguardé quince días, acabo dellos saqué las órdenes de V.M. y llamando a Consexo juntamente con los oficiales del pasaxe, salió de acuerdo que las cumpliésemos, aunque contra voluntad de muchos; pudiera decir de los más, pero era diferente condición la mía que la del Capitán Pedro Fernández de Quirós. Finalmente salí de esta Bahía en cumplimiento de la orden aunque con intención de voquear esta Isla, no me dio el tiempo lugar por las grandes corrientes, aunque corrí gran pedazo dello: en lo que vi desde muy grandes serranías tiene muchos puertos, aunque pequeños algunos dellos, por toda ella mucha agua de Ríos caudalosos: no tenía en este tiempo más de solo Pan y Agua, y en la mayor fuerza de Invierno, y mar y viento contrario y malas voluntades; todo esto no fue poderoso a estorvarme que no llegase a la altura de la cual pasé un grado, y fuera más si el tiempo me dexara, porque el Navío era bueno era justo hacerse desta manera; pues no son viajes que se hacen cada día, ni V.M. podía ser desengañado, entiéndase, ir haciendo esta derrota de altura. Por el rumbo Sudueste no hallé por ella señal de tierra, de aquí me volví al Norueste hasta once grados y medio; aquí di con el principio de la Nueva Guinea, cuya Costa va corriendo del este güeste, quarta del Norueste sueste: no la pude montar por la vanda de Leste, así la vine costeando al Oeste, y por la parte del Sur toda es tierra de la Nueva Guinea: está poblada de Indios no muy blancos desnudos (236), aunque bien tapadas las vergüenzas con cáscaras de árboles a manera de lienzo muy pintado; pelean con dardos y rodelas y algunas mazas de piedra con mucha plumería muy galana: van de luengo de cota más Islas y pobladas: hay por toda la Costa muchos Puertos muy grandes, con muy grandes Ríos muchas llanadas: va por fuera destas Islas un Arrecife de Baxos (237), y entre ellos y la tierra firme van las Islas: hay canal

(236) Semejantes a los melanesios.

(237) Prolongación de la gran cadena de arrecifes australianos.

(238) por dentro: en estos puestos tomamos posición en nombre de V.M. cuya discrección va con esta (239): andadas 300 leguas de costa como tengo dicho y disminuido dos grados y medio que venimos a quedar en nueve, de aquí va empezando un placer (240) de 3 brazas hasta 9 que prolonga la costa ciento y ochenta y tantas leguas, metímonos por el de luengo de Costa hasta siete grados y medio, y el remate del es de cinco: no pudimos pasar adelante por los muchos baxos y grandes corrientes que hay por todo él; así hubimos de salir la vuelta del Sudueste por el dicho fondo, hasta once grados, y va el Placet max baxo: había muy grandes Islas (241), y parecían más a la punta del Sur (242): estaban pobladas de gente negra muy corpulenta desnudos: tienen por armas unas Lanzas muy gruesas y largas muchas flechas y mazas de piedra muy disformes, ningunas de sus armas podíamos mandar: cogí por toda esta tierra veinte personas de diferentes naciones, para con ellos hader mejor relación a V.M. dan mucha noticia de otras gentes (243), aunque hasta agora no se dejan entender bien: andubimos por este Placet dos meses acabo dellos nos venimos a hallar en veinte y sinco brazas de fondo, y en sinco grados de altura, y diez leguas de la Costa y andadas 480 leguas aquí va la costa recogiendo al Nordeste: no me llegué a ella porque iba el Placet muy baxo, ansí fui corriendo an Norte y por 25 brazas hasta quatro grados que dimos en una costa que iba tan bien echada del este güeste (244), no le dimos fin a la banda de Leste, más de que entendemos de que se pega con la de atrás por llegar el Placet a ella, y por la

(238) El *Great Noth East Channel.*

(239) Se refiere a la costa de Nueva Guinea, tierra en litigio con los portugueses.

(240) Banco de arena.

(241) Son las actuales *Three Sisters, Mulgrave, Thursday, Prince of Wales.*

(242) El cabo de York.

(243) Los dibujos y relatos de Prado de Tovar son pieza capital para probar que los españoles no sólo atisbaron Australia, sino que pudieron pisar tierra. Pueden consultarse mis dos trabajos: *Zeichnungen von Südsee-Eingeborenen aus dem frühen* 17. *Jahrhundert,* en Zeitschrift fur Ethnologie Bd. 79 haft 1; y *Las armas de los indígenas australianos y los dibujos de Pedro Tovar* en XXXVI Congreso Internacional de Americanistas-, tomo II, Sevilla, 1964.

(244) Costa de la Nueva Guinea indonesia.

mucha bonanza que hace: es poblada esta tierra de gente negra diferente a toda la demás: es gente más bien adornada, también usan de flechas y dardos, y unos Escudos muy grandes, y unos montantes de caña llenos de cal que despide de sí, conque a el pelear siegan a los contrarios: finalmente fuimos corriendo al Oesnorueste perlongando la Costa, hallando siempre esta gente (245), aunque salíamos en muchas partes: también en ella tomé posesión en nombre de V.M. aquí fue en esta tierra donde hallé el primer hierro y campanas de China, y otras cosas de allá, por donde más bien entendimos estar serca de las Malucas, y así fuimos prorrongando esta Costa cantidad de ciento y treinta leguas que vendrían a quedar el remate 50 leguas: antes de llegar a las Islas Malucas hay infinidad de Islas por la banda del Sur y muy grandes (246), que por la necesidad de bastimentos no llegué a ellas, porque dudo que en 10 años se pueda ver las Costas de todas las Velas que vimos, hízose observación del Agua por toda esta tierra de la nueva Guinea hasta las Malucas, por todo esto fixa la Aguja que viene a caer en el Meridiano de las Islas de los Ladrones con las Islas Filipinas: al remate desta tierra hallamos Moros (247) vestidos, con artillería de servicio, como son falcones y berzos, arcabuces y armas blancas: éstos van conquistando esta gente que dicen de los Papues y les predican la Secta de Mahoma: tuvieron estos Moros con nosotros contratación, vendiéndonos gallinas y cabras y frutas y alguna pimienta y vizcocho que llama Sagu, que dura más de veinte años, aunque de todo fue poco, porque querían ropa nosotros no la teníamos, porque todo el rescate que nos dieron lo llevó la Capitana, y hasta las herramientas y medicinas y otras muchas cosas que callo por no tener remedio, pero sin ellas nos favoreció Nuestro Señor. Estos moros nos dieron nuevas de los sucesos de las Molucas (248), y aunque dicen que

(245) Posiblemente los *saxai,* pueblo negroide.

(246) Se encuentran *Trangan, Aru, Nuhutjut, Naburga, Kai.*

(247) Malayos mahometanos.

(248) Si los holandeses fueron derrotados en las islas Filipinas (Fortún), más éxito tuvieron en las Molucas, de las que se apoderarán. España no podía permanecer cruzada de brazos, ante el nuevo peligro que amenazaba su hegemonía, y el gobernador de Filipinas, Bravo de Acuña, en 1606 organiza una flota para reconquistar las Molucas. Los españoles ocuparon Tidor y Ternate, y sus régulos prestaron acatamiento al rey de España.

por toda esta tierra hay mucho oro y otras cosas buenas despecias, como es Pimienta y Nuez moscada. De aquí a las Malucas todas son Islas, y por la vanda del Sur también van muchas que se encuentran con las de Bandayan (249), donde los Holandeses tienen contratación: llegué por aquí a las Islas de Vachan, que son las primeras Malucas, a donde hallé un Teatino con obra de cien Cristianos en tierra de un Rey Moro amigo, el qual me pidió le reduciese una de las Islas de Ternate, la qual era de Moros revelados, que Don Pedro de Acuña le había hecho merced en nombre de V.M. la tuviese en tenencia; y habiendo yo ido de aquí a el Maese de Campo Joan Desquivel que gobernaba las Islas de Ternate de mi llegada, y si convenía dar este socorro a el Rey de Vachan; el qual me respondió haría muy gran servicio a V.M. si yo traía fuerza para ello: Con esto me determiné con quarenta hombres españoles, y con quatrocientos Moros del Rey de Vacha, con esto les hice la guerra en sólo quatro horas les desbaraté y gané la fuerza, y puse de posesión en ella a el Rey de Vachan en nombre de V.M. al qual di los juramentos acostumbrados, capitulando con él que jamás iría contra Christianos, y que sería siempre fiel vasallo de V.M. no hallé a esta gente tan valiente de ánimo como las de atrás, debíalo causar la mano poderosa que en tantos trabaxos y victorias como tuve, se me hizo siempre fácil, y con sólo perdidos en todas mis peregrinaciones de sólo un Español: No hago relación dellas a V.M. porque espero darla muy larga: puesto a el Rey de posesión me partí a Terrenate que era doce leguas desta Isla, a donde estaba Joan Desquivel de quien fui muy bien recibido, porque estaba muy apurado de gente, y los naturales de Terrenate revelados, a los quales fue de muy grande espanto ver socorro tan rodeado; y de allí a pocos días llegó el de Manila que era vien deseado por haber faltado la mitad de la gente que dexo Don Pedro de Acuña y de bastimentos lo estaba, porque como tengo dicho estaban los naturales de la Isla revelados: más con la gran prudencia del Maestre de Campo Joan Desquivel se van poniendo las cosas de las Islas muy bien, aunque hace mucha falta socorro de dineros. Aquí dejé el Patage y obra de veinte hombres por ser todo muy conveniente al servicio de V.M. De aquí me partí a la Ciudad de Manila,

(249) Las islas de Banda, próximas a las Molucas.

dende me dan tan mal despacho como tengo dicho, ni hasta agora que son dos meses pasados de comer a la gente, y así no se quando podré salir de aquí a dar cuenta a V.M. a quien Nuestro Señor guarde, prospere por Señor del Mundo. Fecha en Manila a 12 de Julio de 1607 años = Criado de V.M. Luis Baez de Torres.

INDICE

	Págs.
Introducción	7
Capítulo I.—En que se da cuenta de la jornada y viaje primero que al descubrimiento de las islas de Salomón hizo el adelantado Alvaro de Mendaña, siendo piloto mayor Hernán Gallego, que es quien escribió la relación	47
Capítulo II.—De cómo salió el general del puerto y prosiguió el descubrimiento	52
Capítulo III.—En que se prosigue el el descubrimiento, y salida del puerto del general; su gran tormenta y llegada a la Nueva España y Pirú	56
Capítulo IV.—De cómo se dio principio al segundo viaje de las islas de Salomón por el ya adelantado Alvaro de Mendaña, en cuya compañía fue por piloto y capitán Pedro Fernández de Quirós. Cuéntase la salida del Callao	63
Capítulo V.—De lo que sucedió a la armada hasta el puerto de Paita, y qué puertos tocó	65
Capítulo VI.—De lo que pasó en el puerto de Paita y cómo la armada se hizo a la vela para su viaje	69
Capítulo VII.—De cómo se tuvo vista de otras tres islas, sus nombres, y cómo se tomó puerto en la de Santa Cristina	75

Págs.

Capítulo VIII.—De cómo el adelantado saltó en la isla de Santa Cristina, y lo que pasó con los indios de ella 78

Capítulo IX.—En que se da relación del puerto, isla y pueblo de los indios, y de sus comunidades y otras cosas 81

Capítulo X.—De cómo el adelantado salió de esta isla y se comenzaron las murmuraciones entre la gente de guerra, en razón de faltas y de no se hallar la tierra 84

Capítulo XI.—De cómo se descubrió una isla y se reconoció la del volcán, y la pérdida de la nao almiranta . 88

Capítulo XII.—De cómo salieron a las naos, de la isla, muchas canoas; dase razón de ellas y los indios, y de lo demás que pasó hasta que se tomó puerto ... 91

Capítulo XIII.—De cómo los indios vinieron a ver las naos, cómo se halló otro mejor puerto, la «guazabra» que los indios dieron y lo que hubo hasta que se pobló 93

Capítulo XIV.—De cómo se comenzó a tratar de la población y de lo que pasó, poblando, con las quejas de los soldados 98

Capítulo XV.—En que se da particular relación de esta bahía, indios, puerto, pueblos y bastimentos, con lo demás que se vio en ella 99

Capítulo XVI.—De cómo se comenzó la inquietud de los soldados por un papel y firmas; de lo que sobre ello dijo el adelantado a ciertos soldados, y de algunas murmuraciones y casos feos que hubo 103

Capítulo XVII.—De cómo salió el adelantado a tierra y lo que sucedió, y dijo al maese de campo: y lo que se trató entre el vicario y piloto mayor 107

Capítulo XVIII.—De cómo el piloto mayor pidió licencia para ir en nombre del general a hablar a los soldados a tierra, y lo que con ellos pasó 110

Capítulo XIX.—De cómo el maese de campo vino a la nao: lo que pasó con el adelantado, y a él con los soldados en la tierra a donde el piloto mayor habló al maese de campo 116

Págs.

Capítulo XX.—De cómo salió el piloto mayor a buscar de comer, y cómo Malope salió de paz y las amistades que les hizo 119

Capítulo XXI.—De cómo el adelantado con el piloto mayor salió a tierra y mandó a una escuadra de soldados, que iba a buscar de comer, que no matasen a Malope. Cuéntase la muerte del maese de campo y algunas crueldades 121

Capítulo XXII.—De cómo los soldados mataron a Malope, y las prisiones que hubo sobre esta muerte, con la de un alférez y de un matador de Malope ... 125

Capítulo XXIII.—Del gran llanto que por Malope hicieron los indios. Las grandes enfermedades que en el campo vinieron, con la muerte del adelantado y capellán, y las tres victorias que los indios tuvieron 128

Capítulo XXIV.—De cómo el vicario hizo algunas amonestaciones a los soldados y los ejemplos que trajo. 131

Capítulo XXV.—En que se cuenta lo que más pasó con los indios 133

Capítulo XXVI.—En que se cuenta lo que más pasó hasta la muerte del general don Lorenzo Barreto .. 135

Capítulo XXVII.—En que se da cuenta del infelice estado de nuestra gente y muerte del vicario y la embarcación de todos 138

Capítulo XXVIII.—De cómo se hicieron otras dos entradas, que fueron las últimas, y lo que pasó hasta que se dieron velas 139

Capítulo XXIX.—De cómo salía la nao y los otros dos bajeles de la bahía Graciosa: los trabajos que por el viaje había: pérdida de la galeota, y dase razón de un ermitaño 143

Capítulo XXX.—Del estado en que iba la nao prosiguiendo su viaje, y la muerte del ermitaño 146

Capítulo XXXI.—De cómo se trataba de elegir general: la respuesta a ello del piloto mayor, y el consejo que dio un hombre a la gobernadora, y la pérdida de la fragata 149

Págs.

Capítulo XXXII.—De cómo se tuvo vista de una isla de la parte del Norte, y el peligro grande en que el galeón estuvo puesto 151

Capítulo XXXIII.—De cómo se tuvo vista de las islas de los Ladrones, y lo que allí pasó 153

Capítulo XXXIV.—De cómo teniéndose vista de tierras de Filipinas, tuvo la nao muchos peligros, y cómo se surgió en un buen puerto 154

Capítulo XXXV.—De lo que pasó en el tiempo que la nao estuvo en la bahía 159

Capítulo XXXVI.—De cómo salió la nao desta bahía, y lo que sucedió hasta llegar a la boca de la de Manila 163

Capítulo XXXVII.—De lo que pasó en esta entrada con los marineros, y cómo vinieron a la nao cuatro españoles, y lo demás hasta surgir en Cavite 166

Capítulo XXXVIII.—De lo que pasó hasta que la gente se fue a Manila 169

Capítulo XXXIX.—En que se pone un discurso que el piloto mayor hizo por qué no se hallaron las islas de Salomón 171

Capítulo XL.—De varios sucesos del piloto mayor Pedro Fernández de Quirós, hasta que llegó a la corte del Rey de España 178

Capítulo XLI.—De lo que pasó al capitán Pedro Fernández de Quirós en la corte de España, negociando licencia de Su Majestad para ir a descubrir y poblar las partes australes; y cómo y en qué forma lo negoció, y su viaje hasta el Perú 184

Copia de la cédula de Su Majestad en cuanto al despacho principal 185

Copias de otras dos cédulas reales 188

Capítulo XLII.—De lo demás que sucedió en la ciudad de los Reyes, y en el puerto del Callao de ella al capitán Pedro Fernández de Quirós, hasta que tuvo efecto su despacho y embarcación para el nuevo descubrimiento 194

Carta del virey conde de Monterey 197

Capítulo XLIII.—De cómo habiendo el capitán Pedro

Págs.

Fernández de Quirós salido del puerto del Callao con su armada, fue navegando por la costa del Perú, y la instrucción que dio a los demás pilotos y gente de mar y guerra para que supiesen cómo se habían de gobernar 199

Instrucción 200

Capítulo XLIV.—Cuéntase la navegación que se fue haciendo, y las señales que se hallaron, y cómo se vio la primera isla despoblada 210

Capítulo XLV.—Cuéntase cómo desapareció la nao almiranta y volvió a juntarse, y cómo se vio la segunda isla despoblada 211

Capítulo XLVI.—Cuéntase cómo se tuvo vista de la tercera isla descubierta, y una grande tormenta 213

Capítulo XLVII.—Túvose vista de otras cuatro islas desiertas, y lo demás que pasó 214

Capítulo XLVIII.—Viose la primera isla poblada. Lo que en ella pasó con sus naturales 215

Capítulo XLIX.—Cuéntase los avisos que tuvo el capitán de que se le querían alzar con la nao, y los discursos y diligencias que hizo en razón de ello 221

Capítulo L.—Cuéntase cómo se tuvo vista de la isla de San Bernardo, y lo que pasó allí 223

Capítulo LI.—Túvose vista de la segunda isla poblada, y cuéntase lo que sucedió en ella 225

Capítulo LII.—Lo que pasó salidos de esta isla 231

Capítulo LIII.—La junta que se hizo de pilotos, y lo que en ella pasó, y prisión del piloto mayor. 232

Capítulo LIV.—Cuéntase cómo se tuvo vista de la tercera isla poblada, y lo que en ella pasó 236

Capítulo LV.—Dase razón de esta isla, sus gentes, comidas y embarcaciones, y de la salida della 241

Capítulo LVI.—Túvose vista de otra isla poblada. Dícese cómo se huyeron de la nao tres indios, y lo que más pasó 243

Capítulo LVII.—Cuéntase cómo por razón de mucho viento Noroeste estuvieron de mar al través las naos, y cómo se tuvo vista de una alta isla. 244

Págs.

Capítulo LVIII.—Cuéntase cómo se tuvo vista de una gran tierra, y otras islas. 245

Capítulo LIX.—Dase razón de lo que pasó con los indios de una isla 246

Capítulo LX.—Cuéntase cómo se tuvo vista de dos grandes altas tierras, y cómo se fue en demanda de la una dellas, y se descubrió una bahía y puerto en ella. 249

Capítulo LXI.—Cuéntase la primera vista con los indios desta bahía y un recuentro que se tuvo con ellos. . . 251

Capítulo LXII.—Dícense las causas que movieron al capitán a crear ministros de guerra, y los nombres dellos 253

Capítulo LXIII.—Cuéntase la celebración de la fiesta la víspera y día del Espíritu-Santo, y la posesión en nombre de la Iglesia católica y en nombre de Su Majestad 256

Enarbolóse una cruz.—Posesión en nombre de la Santísima Trinidad 257

Posesión en nombre de la Iglesia Católica.—Posesión en nombre de San Francisco y su orden 258

Posesión en nombre de Juan de Dios y de su orden.—Posesión en nombre de la orden del Espíritu Santo 259

Posesión en nombre de Su Majestad 259

Las misas que se dijeron, la comunión de toda la gente, la bendición del estandarte Real, y banderas, y la fiesta que se hizo 260

Capítulo LXIV.—Lo que pasó al capitán con el piloto mayor y ciertas personas que por él hablaron en pro y en contra, y la libertad de dos esclavos 261

Libertad dada a dos esclavos 261

Capítulo LXV.—Elección de cabildo y regimiento, y nombres de las personas electas, y lo demás que pasó hasta que la gente se embarcó 262

Capítulo LXVI.—Cuéntase una sementera que se hizo, la entrada de un valle; traída de tres muchachos, y lo que pasó con los indios 263

Capítulo LXVII.—Salió la zabra a reconocer la boca del

Págs.

río grande. Dícese lo demás que pasó en razón de entradas 265

Capítulo LXVIII.—Cuéntase la fiesta del Corpus Christi, y la procesión que se hizo 266

Capítulo LXIX.—Dase razón desta bahía, y de todo lo contenido en ella y en su puerto 270

Capítulo LXX.—Cuéntase la salida deste puerto y la arribada a él, y lo que desta vez pasó con los indios en razón de los tres muchachos 278

Capítulo LXXI.—Las causas que movieron al capitán salir segunda vez de este puerto, y cómo, volviéndose a él, desgarró la capitana y perdió la compañía de los otros dos navíos, y se vieron mejor los llanos que se habían visto antes de entrar en la bahía, y aquella grande y alta sierra que muy lejos al Sueste demoraba; y se descubrió una isla 280

Capítulo LXXII.—Dícense los lastimosos discursos que hizo el capitán y otros para mitigar el dolor que sintió por haberse perdido el puerto, y para determinarse en lo que había de hacer con junta y acuerdo de todos. 282

Capítulo LXXIII.—Cuéntase cómo de dos grandes aguaceros se cogió cantidad de agua, y cómo doblada la equinoccial se descubrió una isla, y la junta y último acuerdo, y lo demás de derrotas y alturas hasta cierto punto 286

Capítulo LXXIV.—Cuéntase cómo acompañó la nao un grande cardume de peces albacoras muchos días, la pesquería que se hizo, y lo demás que pasó hasta la vista de tierra de la Nueva España 288

Testamento del capitán 290

Las razones que daban al capitán para que castigase a ciertos hombres, y las que dio porque no lo hizo .. 292

Un caso notable 294

Una grande tormenta 295

La muerte del padre comisario 297

Capítulo LXXV.—Lo demás que pasó hasta que surgió la nao en el puerto de la Navidad 299

Págs.

Capítulo LXXVI—Cuéntase lo que pasó en este puerto de la Navidad, hasta que salimos dél 300

Capítulo LXXVII.—El resto del viaje, y cómo la nao surgió en el puerto de Acapulco 304

Cuéntase la solemnidad con que fue desembarcada y recebida la cruz de naranjo que se arboló en la bahía de San Felipe y Santiago 305

Capítulo LXXVIII.—De lo que sucedió al capitán en México y en su embarcación hasta llegar a la corte de España 306

Capítulo LXXIX.—De lo que pasó al capitán en la corte esta última vez, hasta negociar una cédula de su despacho 307

Copia de la carta que el secretario Gabriel de Hoa envió al virrey con la cédula escrita 311

Capítulo LXXX.—De lo que hizo el capitán habiendo recibido esta cédula, y cómo se le dio otra 311

Capítulo último.—De lo que el capitán hizo habiendo recibido la cédula referida 314

Relación de Luis Báez de Torres a Felipe III desde Manila, a 12 de julio de 1607 317

COLECCION «CRONICAS DE AMERICA»
Ultimos títulos publicados

13. Juan de Villagutierre,
Historia de la conquista de Itzá
(Edición de Jesús M.ª García).
14. Francisco de Xerez,
Verdadera relación de la conquista del Perú
(Edición de Concepción Bravo).
15. N. Federmann y U. Schmidl,
Alemanes en América
(Edición de Lorenzo E. López).
16. Fray Toribio de Benavente,
Historia de los indios de la Nueva España
(Edición de Claudio Esteva).
17. Pedro de Cieza de León,
Descubrimiento y conquista del Perú
(Edición de Carmelo Sáenz).
18. Juan Rodríguez Freyle,
Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada
(Edición de Jaime Delgado).
19. G. Garvajal, Pedrarias y P. Teixeira,
La aventura del Amazonas
(Edición de Rafael Díaz Maderuelo).
20. *Chilam Balam de Chumayel*
(Edición de Miguel Rivera).
21. Gonzalo Fernández de Oviedo,
Sumario de la natural historia de las Indias
(Edición de Manuel Ballesteros).
22. Garcilaso de la Vega,
La Florida del Inca
(Edición de Silvia L. Hilton).
23. *Cantos y crónicas del México antiguo*
(Edición de Miguel León-Portilla).
24. Ruy Díaz de Guzmán,
La Argentina
(Edición de Enrique de Gandía).

PEDRO FERNANDEZ DE QUIROS (Evora, 1565-Panamá, 1615). Navegante portugués al servicio de España. Piloto mayor de Mendaña en su viaje a las islas Marquesas. Quirós dirigió la expedición para descubrir las Tierras Australes, que le haría famoso y que se publica en el presente volumen.

ROBERTO FERRANDO PEREZ (Valencia, 1925), es catedrático de Bachillerato en Valencia. En 1953 hizo la tesis doctoral sobre el tema **Descubrimiento en el mar del Sur. Virreinato del Perú, siglos XVI-XVII,** por el que obtuvo un premio de la Real Academia de la Historia. Tiene numerosas publicaciones sobre Alvaro de Mendaña, Pedro Fernández de Quirós, Sarmiento de Gamboa, Hernán Cortés, Cabeza de Vaca, etc.

Metropolitan Toronto Reference Library
1 6048 3002 2773 7